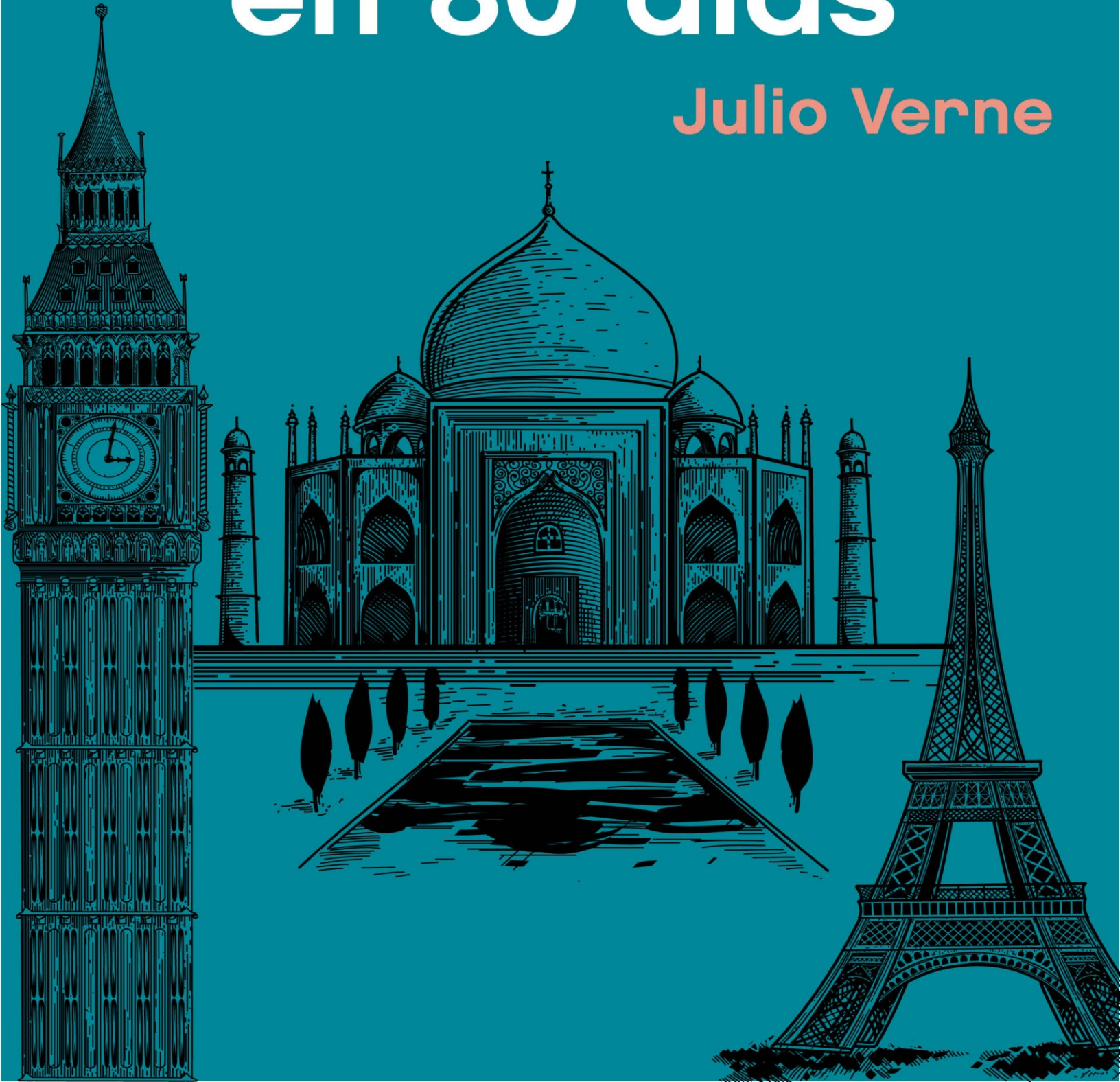


La vuelta al mundo en 80 días

Julio Verne



Julio Verne

La vuelta al mundo en 80 días

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
22-04-2019

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la fotocopia y el tratamiento informático.

Créditos de imágenes de cubierta: <https://www.freepik.es>
ISBN 978-987-678-009-4

Publisher: Vi-Da Global S.A.
Copyright: Vi-Da Global S.A.
Domicilio: Costa Rica 5639 (CABA)
CUIT: 30-70827052-7

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
22-04-2019

» EMPEZÁ A ARMAR TU
BIBLIOTECA DIGITAL
CON NUESTROS EBOOKS **GRATIS**



[Encontralos acá](#)

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
22-04-2019

Capítulo 1

En el año 1872, la casa número 7 de Saville-Row, Burlington Gardens –donde murió Sheridan en 1814–, estaba habitada por Phileas Fogg, esq.[1], quien a pesar de que había tomado, al parecer, el partido de no hacer nada que pudiese llamar la atención, era uno de los más notables y singulares miembros del Reform-Club de Londres.

Por lo tanto, Phileas Fogg, personaje enigmático y del cual sólo se sabía que era un hombre muy galante y uno de los más cumplidos caballeros de la aristocracia inglesa, sucedía a uno de los más grandes oradores que honran a Inglaterra.

Decíase que tenía cierto parecido con Byron –su cabeza, se entiende, porque, en cuanto a los pies, no tenía ningún defecto en ellos–, pero a un Byron de bigote y patillas, a un Byron impasible, que hubiera vivido mil años sin envejecer.

Phileas Fogg era inglés, ciertamente, pero acaso no había nacido en Londres. Nunca se le había visto en la Bolsa ni en el Banco, ni en ninguno de los despachos comerciales de la “City”. Ni las dársenas ni los docks de Londres habían recibido jamás un navío cuyo armador fuese Phileas Fogg. Este caballero no figuraba en ningún Consejo de Administración. Su nombre nunca había sonado en un colegio de abogados, ni en el Temple, ni en Lincoln’s Inn, ni en Gray’s Inn. Nunca informó en la Audiencia del Canciller, ni en el Banco de la Reina, ni en el Echiquer, ni en los Tribunales Eclesiásticos. No era ni industrial, ni negociante, ni mercader, ni agricultor. No era miembro del Instituto Real de la Gran Bretaña, ni del Instituto de Londres, ni del Instituto de los Artistas, ni del Instituto Russell, ni del Instituto Literario del Oeste, ni del Instituto de Derecho, ni de ese Instituto de las Ciencias y las Artes reunidas que se halla bajo la protección de Su Graciosa Majestad. En fin, no pertenecía a ninguna de las numerosas sociedades que desarrollan sus actividades en la capital de Inglaterra, desde la Sociedad de la

Armónica hasta la Sociedad Entomológica, fundada principalmente para destruir los insectos nocivos.

Phileas Fogg era miembro del Reform-Club, y nada más.

A quien se hubiese extrañado de que un caballero tan misterioso alternase con los miembros de tan digna asociación, se le podría haber respondido que entró en ella recomendado por los señores Baring y Hermanos. De aquí cierta reputación debida a la regularidad con que sus cheques eran pagados a la vista por el saldo de su cuenta corriente, invariablemente acreedor.

¿Era rico Phileas Fogg? Sin duda alguna. Cómo había realizado su fortuna, es lo que no podían decir los mejor informados, y para saberlo, el último a quien convenía dirigirse era al propio mister Fogg. En todo caso, aun cuando no prodigaba mucho, tampoco era avaro, porque en cualquier lugar donde faltase auxilio para una empresa noble, útil o generosa, solía prestarlo con sigilo y aún con el velo del anónimo.

Resumiendo: encontrar algo que fuese menos comunicativo que este caballero, era muy difícil. Hablaba lo menos posible y parecía tanto más misterioso cuanto silencioso era. Llevaba su vida al día; pero siempre hacía lo mismo, de tan matemático modo, que la imaginación descontenta buscaba algo más allá.

¿Había viajado? Era probable, porque conocía el mapamundi mejor que nadie. No había sitio, por oculto que pudiera estar, del que no pareciese tener un conocimiento especial. A veces, pero siempre en pocas, breves y claras palabras, rectificaba las mil versiones que solían circular en el club acerca de viajeros perdidos o extraviados, indicaba las probabilidades que ofrecían mayores visos de realidad, y a menudo sus palabras parecían haberse inspirado en una doble vista; de tal modo el suceso acababa siempre por justificarlas. Era un hombre que debía haber viajado por todas partes, a lo menos, de memoria.

Lo cierto era que desde hacía largos años Phileas Fogg no había salido de Londres. Los que tenían el honor de conocerle más a fondo que los demás, atestiguaban que —excepción hecha del camino recorrido por él diariamente desde su casa al club— nadie podía pretender haberlo visto en otra parte. Su único pasatiempo era leer los periódicos y jugar al whist. Solía ganar en este

silencioso juego, tan apropiado a su natural, pero sus beneficios jamás entraban en su bolsillo, y figuraban por una respetable suma en su presupuesto de beneficencia. Por lo demás –bueno es consignarlo–, míster Fogg, evidentemente jugaba por jugar, no por ganar. Para él, el juego era un combate, una lucha contra una dificultad; pero lucha sin movimiento y sin fatigas, condiciones ambas que convenían mucho a su carácter.

Nadie sabía que tuviese mujer ni hijos –cosa que puede suceder a la persona más decente del mundo–, ni parientes ni amigos –lo cual era en verdad algo más extraño–. Phileas Fogg vivía solo en su casa de Saville-Row, donde nadie penetraba. Apenas se ocupaba en las interioridades de su casa. Un solo criado le bastaba para su servicio. Almorzaba y comía en el club a horas cronométricamente fijas, en el mismo comedor, en la misma mesa, sin tratarse nunca con sus colegas, sin convidar jamás a ningún extraño, sólo iba a su casa para acostarse a las doce en punto de la noche, sin hacer uso en ninguna ocasión de los cómodos dormitorios que el Reform-Club pone a disposición de los miembros del círculo. De las veinticuatro horas del día, pasaba diez en su casa, dedicadas al sueño o al tocador. Cuando paseaba, era invariablemente con paso igual, por el vestíbulo que tenía mosaicos de madera en el pavimento, o por la galería circular coronada por una claraboya con vidrieras azules que sostenían veinte columnas jónicas de pórfido rosa. Cuando almorzaba o comía, las cocinas, la repostería, la despensa, la pescadería y la lechería del club eran las que con sus suculentas reservas proveían su mesa; los camareros del club, graves personas vestidas de negro y calzados con zapatos de suela de fieltro, eran quienes le servían en una vajilla especial y sobre admirables manteles de lienzo sajón; la cristalería o molde perdido del club era la que contenía su sherry, su oporto o su clarete mezclado con canela, capilaria o cinamomo; en fin, el hielo del club –hielo traído de los lagos de América a costa de enormes desembolsos–, conservaba sus bebidas en un satisfactorio estado de frialdad.

Si vivir en tales condiciones es lo que se llama ser excéntrico, preciso es convenir que algo tiene de bueno la excentricidad.

La casa de Saville-Row, sin ser suntuosa, se recomendaba por su gran comodidad. Por lo demás, con los invariables hábitos del inquilino, el servicio resultaba fácil. No obstante, Phileas Fogg exigía de su único criado una regularidad y una puntualidad extraordinarias. Aquel mismo día, dos de octubre, Phileas Fogg había despedido a James Foster –por el enorme delito de haberle llevado el agua para afeitarse a ochenta y cuatro grados Fahrenheit en vez de ochenta y seis–, y esperaba a su sucesor, que debía presentarse entre las once y once y media de aquella mañana.

Phileas Fogg, rectamente sentado en su butaca, los pies juntos como los de los soldados en posición de firmes, las manos sobre las rodillas, el cuerpo rígido, la cabeza erguida, veía girar el minuterero del reloj, complicado aparato que marcaba las horas, los minutos, los segundos, los días y los años. Al dar las once y media, mister Fogg, según su costumbre cotidiana debía abandonar su casa para dirigirse al Reform-Club.

En aquel preciso instante llamaron a la puerta de la habitación que ocupaba Phileas Fogg.

El despedido James Foster apareció y dijo:

–El nuevo criado.

Un mozo de unos treinta años se dejó ver y saludó.

–¿Es usted francés y se llama John? –le preguntó Phileas Fogg.

–Juan, si el señor no lo lleva a mal –respondió el recién llegado–. Juan Picaporte, apodo que me ha quedado y que justificaba mi natural aptitud para salir de todo apuro, Creo ser honrado, aunque, a decir verdad, he tenido varios oficios. He sido cantor ambulante, artista de circo, donde daba el salto como Leotard y bailaba en la cuerda como Blondín; luego, para hacer más útiles mis servicios, llegué a profesor de gimnasia, y por último, era sargento de bomberos en París, y tengo en mi hoja de servicios algunos incendios notables. Pero hace cinco años abandoné Francia, y queriendo experimentar la vida doméstica soy ayuda de cámara en Inglaterra. Estaba sin colocación y habiendo sabido que el señor Phileas Fogg era el hombre más exacto y sedentario del Reino Unido, he venido a casa del señor, esperando vivir con alguna tranquilidad y olvidar hasta el apodo de Picaporte.

–Picaporte me conviene –respondió míster Fogg–. Me ha sido usted recomendado. Poseo buenos informes sobre su conducta. ¿Conoce mis condiciones?

–Sí, señor.

–Bien. ¿Qué hora tiene?

–Las once y veintidós –respondió Picaporte, sacando de las profundidades del bolsillo de su chaleco un enorme reloj de plata.

–Va usted retrasado.

–Perdóneme el señor, pero es imposible.

–Va retrasado cuatro minutos. No importa. Basta con hacer constar la diferencia. Desde este momento, las once y veintinueve de la mañana, hoy miércoles 2 de octubre de 1872, entra usted a mi servicio.

Dicho esto, Phileas Fogg se levantó, tomó su sombrero con la mano izquierda, lo colocó en su cabeza mediante un movimiento automático, y desapareció sin pronunciar una palabra más.

Por primera vez, Picaporte oyó el ruido de la puerta que se cerraba; era su nuevo amo que salía; luego, escuchó el mismo ruido por segunda vez; era James Foster que salía también.

Picaporte se quedó solo en la casa de Saville-Row.

[1] Abreviatura de esquire, que significa caballero.

Capítulo 2

A fe mía –decía para sí Picaporte, aturcido al principio–, he conocido en casa de madame Tussaud personajes tan vivos como mi nuevo amo. Conviene saber que los personajes de madame Tussaud son unas figuras de cera muy visitadas, y a las cuales no les falta más que hablar.

Durante los breves instantes en que Picaporte había examinado a su futuro amo, pudo entrever a Phileas Fogg, rápida, pero cuidadosamente. Era un hombre que podría tener unos cuarenta años, de figura noble y arrogante, alto de estatura, sin que lo afease cierta ligera obesidad, de pelo rubio, frente tersa y sin arrugas en las sienes, rostro más bien pálido que sonrosado, magnífica dentadura. Parecía poseer en grado sumo eso que los fisonomistas llaman “el reposo en la acción”, facultad común a cuantos hacen más trabajo que ruido. Sereno, flemático, pura la mirada, inmóvil el párpado, era el tipo acabado de esos ingleses de sangre fría que suelen encontrarse a menudo en el Reino Unido, y cuya actitud algo académica ha sido tan maravillosamente reproducida por el pincel de Angélica Kauffmann. Visto en los diferentes actos de su existencia, este caballero despertaba la idea de un ser bien equilibrado en todas sus partes, proporcionado con precisión, y tan exacto como un cronómetro de Leroy o de Earnshaw. Porque, en efecto, Phileas Fogg era la exactitud personificada, lo que se veía claramente en la “expresión de sus pies y de sus manos”, pues que en el hombre, como en los animales, los miembros mismos son órganos expresivos de las pasiones.

Phileas Fogg era de esas personas matemáticamente exactas, jamás precipitadas y siempre dispuestas a economizar sus pasos y sus movimientos. Atajando siempre, nunca daba un paso de más. No perdía una mirada dirigiéndola al techo. No se permitía ningún gesto superfluo. Jamás se le vio alterado ni conmovido. Era el hombre menos apresurado del mundo, mas siempre llegaba a

tiempo. Pero, desde luego, se comprenderá que tenía que vivir solo y, por decirlo así, aislado de toda relación social. Sabía que en la vida hay que emplear mucho el rozamiento, y como el rozamiento entorpece, no se rozaba con nadie.

En cuanto a Juan, alias Picaporte, verdadero parisiense, durante los cinco años que había habitado en Inglaterra desempeñando la profesión de ayuda de cámara, en vano había tratado de hallar un amo de quien pudiera encariñarse.

Picaporte no era, por cierto, uno de esos Frontines o Mascarillos[1], que, altos los hombros y la cabeza, descarado y seco al mirar, no son sino unos bellacos insolentes; no, Picaporte era un chico guapo de amable rostro y labios salientes, siempre dispuesto a saborear o a acariciar; un ser apacible y servicial, con una de esas cabezas redondas y bonachonas que siempre agrada encontrar sobre los hombros de un amigo. Tenía los ojos azules, animado el color, la cara lo bastante gruesa para poder verse sus propios pómulos, ancho el pecho, fuertes las caderas, vigorosa la musculatura, y con una fuerza hercúlea que los ejercicios de su juventud habían desarrollado perfectamente. Sus cabellos castaños estaban algo enredados. Si los antiguos escultores conocían dieciocho modos distintos de arreglar la cabeza de Minerva, para componer la suya, Picaporte, sólo conocía uno: con tres pases de su peine ralo estaba peinado.

Decir si el genio expansivo de este muchacho podía avenirse con el de Phileas Fogg, es cosa que la prudencia más elemental prohíbe. ¿Sería Picaporte ese criado exacto hasta la precisión que convenía a su dueño? La práctica lo demostraría. Después de haber tenido, como ya sabemos, una juventud algo vagabunda, aspiraba al reposo. Había oído ensalzar el metodismo inglés y la proverbial frialdad de los caballeros y marchó a probar fortuna a Inglaterra. Pero hasta el momento la fortuna le había sido adversa. En ninguna parte pudo echar raíces. Estuvo en diez casas, y en todas ellas los amos eran caprichosos, desiguales, amigos de correr aventuras o de recorrer países, cosas todas ellas que ya no podían convenir a Picaporte. Su último señor, el joven lord Longsferry, miembro del Parlamento después de pasar las noches en los oystersrooms[2] de Hay-Marquet, volvía a su casa muy a menudo sobre los hombros de

los *policemen*. Queriendo Picaporte principalmente respetar a su amo, arriesgó algunas respetuosas observaciones que fueron mal recibidas, y rompió con él. Por entonces, supo que Phileas Fogg, esq., buscaba criado y tomó informes acerca de este caballero. Un personaje cuya existencia era tan singular, que no dormía fuera de su casa, que no viajaba, que nunca, ni siquiera un día, se ausentaba, no podía sino convenirle. Se presentó y fue admitido en las circunstancias que ya conocemos.

A las once y media dadas, Picaporte se hallaba solo en la casa de Saville-Row. Inmediatamente comenzó a examinarla, recorriendo desde el sótano al tejado; y esta casa limpia, arreglada, severa, puritana, bien organizada para el servicio, le agradó. Le produjo la impresión de una concha de caracol alumbrada y calentada con gas, porque el hidrógeno carburado bastaba a todas las necesidades de luz y calor. Sin gran trabajo, Picaporte halló en el piso segundo la habitación que le estaba destinada. Le convino. Timbres eléctricos y tubos acústicos le ponían en comunicación con los aposentos del entresuelo y del piso principal. Sobre la chimenea había un reloj eléctrico en correspondencia con el que Phileas Fogg tenía en su dormitorio, y así ambos cronómetros marcaban el mismo segundo simultáneamente.

–No me disgusta, no me disgusta –se decía Picaporte.

También encontró en su cuarto una nota colocada encima del reloj. Era el programa del servicio diario. Comprendía –desde las ocho de la mañana, hora reglamentaria en que se levantaba Phileas Fogg, hasta las once y media en que salía de su casa para ir a almorzar al Reform-Club– todos los pormenores del servicio, el té y los picatostes a las ocho y veintitrés, el agua caliente para afeitarse de las nueve y treinta y siete, el peinado a las diez menos veinte, etcétera. A continuación, desde las once y media de la mañana hasta las doce de la noche – instante en que el metódico caballero se acostaba – todo estaba anotado, previsto, regularizado. Picaporte pasó un rato feliz considerando este programa y grabando en su mente los diversos artículos que contenía.

En cuanto al guardarropa del señor, estaba perfectamente arreglado y maravillosamente provisto. Cada pantalón, levita o chaleco tenía su número de orden, reproducido en un libro de

entrada y salida, donde se indicaba la fecha en que, según la estación, debía ser llevada cada prenda; reglamentación que se hacía extensiva al calzado.

Por último, anunciaba un apacible desahogo en esta casa de Saville-Row, casa que debía haber sido el templo del desorden en la época del ilustre pero crapuloso Sheridan, la delicadeza con que estaba amueblada. No había ni biblioteca ni libros que hubieran sido inútiles para mister Fogg, puesto que el Reform-Club ponía a su disposición dos bibliotecas, consagradas una a la literatura, y otra al Derecho y a la política. En el dormitorio había una arca de hierro de regular tamaño, cuya especial construcción la ponía fuera del alcance de los peligros de incendio y robo. En la casa no se veían ni armas ni otros utensilios de caza o de guerra. Todo indicaba los hábitos más pacíficos.

Tras haber examinado detenidamente esta vivienda, Picaporte se frotó las manos, su redonda cara se ensanchó, y exclamó con alegría:

—¡No me disgusta! ¡Ya di con lo que me convenía! Mister Fogg y yo nos entenderemos admirablemente. ¡Un hombre casero y arreglado! ¡Una verdadera máquina! No me disgusta servir a una máquina.

[1] Frontin: Personaje del antiguo teatro francés. Era un criado audaz, insolente y replicón, que dirigía los placeres y aventuras de su amo. Este papel ha desaparecido ya de la escena. Mascarillo: Tipo semejante al anterior en la comedia italiana.

[2] Lugares llamados así, donde se sirven ostras príncipes.

Capítulo 3

Phileas Fogg había abandonado su casa de Saville-Row a las once y media, y después de haber colocado quinientas setenta y cinco veces el pie derecho delante del izquierdo y quinientas setenta y seis el izquierdo delante del derecho, llegó al Reform-Club, vasto edificio construido en Pall Mall, cuyo costo no bajaba de tres millones.

Phileas Fogg pasó inmediatamente al comedor, con sus nueve ventanas que daban a un jardín con árboles ya dorados por el otoño. Se sentó a la mesa de costumbre puesta ya para él. Su almuerzo se componía de *hors d'oeuvres*, pescado cocido sazonado con una *reading sauce* de primera elección, un *roast-beef* escarlata salpicado de *mushroom*[1], torta rellena con tallos de ruibarbo y grosellas verdes, y de un pedazo de Chester, rociado todo con algunas tazas de té, especialmente cosechado para el Reform-Club.

A las doce y cuarenta y siete de la mañana, míster Fogg abandonó la mesa y se dirigió al gran salón, suntuoso aposento, adornado con pinturas colocadas en lujosos marcos. Allí un criado le entregó el Times con las hojas sin cortar, y Phileas Fogg se dedicó a desplegarlo con una seguridad tal, que denotaba, desde luego la práctica más extremada en esta difícil operación. La lectura del periódico ocupó a Phileas Fogg hasta las tres y cuarenta y cinco, la del Standard, que sucedió a aquél, duró hasta la hora de la comida, que se llevó a efecto en iguales condiciones que el almuerzo, si bien con el aditamento de *royal british sauce*.

A las seis menos veinte, el caballero se presentó de nuevo en el gran salón y se abstrajo en la lectura de Morning Chronicle.

Media hora más tarde, fueron llegando varios miembros del Reform-Club, quienes se acercaron a la chimenea encendida con carbón de piedra. Eran los compañeros habituales de juego de míster Phileas Fogg, decididamente aficionados al whist como él: el ingeniero Andrés Stuart, los banqueros John Sullivan y Samuel

Fallentin, el fabricante de cervezas Tomás Flanagan, y Gualterio Ralph, uno de los administradores del Banco de Inglaterra, personajes ricos y considerados en aquel mismo club, que contaba entre sus miembros lo más preeminente de la industria y de la Banca.

–Dígame, Ralph –preguntó Tomás Flanagan–, ¿a qué altura se encuentra ese robo?

–Pues bien –le respondió Andrés Stuart–, el Banco perderá su dinero.

–Al contrario –replicó Gualterio Ralph–, espero que se logrará detener al autor del robo. Se han enviado los más hábiles inspectores de policía de los más hábiles a todos los principales puertos de América y Europa, y a ese caballero le será muy difícil escapar.

–Pero qué, ¿se conoce la filiación del ladrón? –preguntó Andrés Stuart.

–Ante todo, no es un ladrón – respondió Gualterio Ralph con la mayor formalidad.

–Cómo, ¿no es un ladrón el individuo que sustrae cincuenta y cinco mil libras en billetes de Banco?

–No –respondió Gualterio Ralph.

–¿Es, quizá, un industrial? –dijo John Sullivan.

–El *Morning Chronicle*, asegura que es un gentleman.

Quien daba esta respuesta, no era otro que Phileas Fogg, cuya cabeza descollaba entonces entre aquel mar de papel amontonado a su alrededor. Al mismo tiempo, Phileas Fogg saludó a sus compañeros, quienes le devolvieron la cortesía.

El suceso de que se trataba, y acerca del cual los distintos periódicos del Reino Unido discutían acaloradamente, había ocurrido tres días antes, el 29 de septiembre. Un paquete de billetes de Banco que formaba la enorme cantidad de cincuenta y cinco mil libras esterlinas, había sido sustraído de la mesa del cajero principal del Banco de Inglaterra.

A cuantos se admiraban de que un robo tan considerable hubiera podido realizarse tan fácilmente, el subgobemador Gualterio Ralph, se limitaba a responderles que en aquel mismo instante el cajero se

ocupaba en el asiento de una entrada de tres chelines, seis peniques, y que no se puede atender a todo.

Pero conviene que hagamos observar, y esto da más fácil explicación al hecho, que el Banco de Inglaterra parece se desvive por demostrar al público la alta idea que tiene de su dignidad. No hay guardianes, ni ordenanzas, ni redes de alambre. El oro, la plata y los billetes, están expuestos libremente, y, por decirlo así, a disposición del primero que llegue. En efecto, sería indigno sospechar en lo mínimo acerca de la caballerosidad de cualquier transeúnte. Tanto es así, que aun se llega a referir el siguiente hecho por uno de los más notables observadores de las costumbres inglesas: En una de las salas del Banco donde se encontraba un día, tuvo curiosidad por ver de cerca una barra de oro de siete u ocho libras de peso que estaba expuesta en la mesa del cajero, y para satisfacer aquel deseo tomó la barra, la examinó, se la dio a su vecino, éste a otro, y así, pasando de mano en mano, la barra llegó hasta el final de un oscuro pasillo, tardando media hora en volver a su primitivo sitio, sin que durante este tiempo el cajero hubiera levantado siquiera la cabeza.

No obstante, el 29 de septiembre, las cosas no sucedieron exactamente del mismo modo. El paquete de billetes de Banco no volvió, y cuando el magnífico reloj colocado sobre el drawing-office dio las cinco, hora en que debía cerrarse el despacho, el Banco de Inglaterra no tenía mas recurso que asentar cincuenta y cinco mil libras esterlinas en la cuenta de ganancias y pérdidas.

Ya reconocido el robo con toda formalidad, agentes y detectives, seleccionados entre los más hábiles, fueron enviados a las puertos principales, a Liverpool, Glasgow, Suez, Brindisi, Nueva York, etc., bajo la promesa, en caso de éxito, de una prima de dos mil libras y el cinco por ciento de la suma que se recuperase. La misión de estos inspectores se reducía a observar escrupulosamente a los viajeros que se iban o que llegaban, hasta adquirir noticias que pudieran suministrar la pista para actuar sin demora alguna.

Y precisamente, según decía el *Moming Chronicle*, había motivos para suponer que el autor del robo no pertenecía a ninguna de las sociedades de ladrones de Inglaterra. Se había observado que durante aquel día, 29 de septiembre, se paseaba por la sala de

pagos, teatro del robo, un caballero bien portado, de buenos modales y aire distinguido. Las investigaciones habían permitido reunir con bastante exactitud las señas de ese caballero, y al punto fueron transmitidas a todos los detectives del Reino Unido y del continente. Algunas buenas almas, y entre ellas Gualterio Ralph, creían con fundamento que el ladrón no lograría escapar de la red tendida con tanta habilidad.

Como es fácil presumir, este suceso estaba a la orden del día en Londres y en toda la Gran Bretaña. Se discutía y se tomaba parte en pro y en contra de las probabilidades de éxito en la policía metropolitana. Nadie extrañará, pues, que los miembros del Reform-Club tratasen la misma cuestión, con tanto más motivo que entre ellos estaba uno de los subgobernadores del Banco.

El honorable Gualterio Ralph no quería dudar del resultado de las investigaciones, y afirmaba que la prima ofrecida debía avivaría extraordinariamente el celo y la inteligencia de los agentes. Pero su colega Andrés Stuart distaba mucho de abrigar la misma confianza. La discusión continuó, por lo tanto, entre aquellos caballeros que se habían sentado en la mesa de whist, Stuart delante de Flanagan, Fallentin enfrente de Phileas Fogg. Durante el juego, los jugadores no hablaban, pero, entre los robos, la conversación interrumpida adquiría más animación.

–Sostengo –saltó Andrés Stuart– que la probabilidad está a favor del ladrón, que sin duda alguna ha de ser un hombre sagaz.

–¡Quite allá! –respondió Ralph–. Sólo hay un país en donde pueda refugiarse.

–¡Tendría que ver!

–¿Y a dónde quiere que vaya?

–Lo ignoro –le respondió Andrés Stuart–, pero me parece que la Tierra es muy grande.

–Antes sí lo era... –dijo a media voz Phileas Fogg; añadiendo después y presentando las cartas a Tomás Flanagan–. A usted le corresponde cortar.

La discusión se suspendió durante el descarte, pero no tardó en proseguirla Andrés Stuart, diciendo:

–¡Cómo que antes! ¿Acaso nuestro planeta ha disminuido?

–Sin duda que sí –respondió Gualterio Ralph–. Opino como míster Fogg. La Tierra ha disminuido, puesto que se recorre hoy diez veces más aprisa que hace un siglo. Y esto es lo que, en el caso que nos ocupa, hará que las pesquisas sean más rápidas.

–Y que el ladrón se escape con más facilidad también.

–Le toca jugar a usted –dijo Phileas Fogg.

Pero el incrédulo Stuart no estaba convencido, y dijo al acabarse la partida:

–Hay que reconocer que ha encontrado usted un chistoso modo de decir que la Tierra se ha empequeñecido. Así, pues, ahora se le da vuelta en tres meses...

–En ochenta días tan sólo –afirmó Phileas Fogg.

–En efecto, señores añadió John Sullivan–; ochenta días desde que la sección entre Rothal y Allahabad ha sido abierta en el Great Indian Peninsular Railway, y he aquí el cálculo establecido por el *Morning Chronicle*:

Días

De Londres a Suez por el Monte Cenis y Brindisi, ferrocarril y vapores 7

De Suez a Bombay, vapores 13

De Bombay a Calcuta, ferrocarril 3

De Calcuta a Hong–Kong (China), vapores 13

De Hong–Kong a Yokohama (Japón), vapor 6

De Yokohama a San Francisco, vapor 22

De San Francisco a Nueva York, ferrocarril y carretera 7

De Nueva York a Londres, vapor y ferrocarril 9

Total 80

–¡Sí, ochenta días! –exclamó Andrés Stuart, que inadvertidamente cortó una carta mayor–; aunque sin tener en cuenta el mal tiempo, los vientos contrarios, los naufragios, los descarrilamientos, etc.

–Contando con todo –respondió Phileas Fogg siguiendo su juego, porque la discusión ya no respetaba el whist.

–¡Pero si los indios o los indostanos quitan los raíles! –exclamó Andrés Stuart–. ¡Si detienen los trenes, saquean los furgones y descuartizan a los viajeros!

–Contando con todo –repitió Phileas Fogg, quien tendiendo su juego, añadió–: Dos triunfos mayores.

Andrés Stuart, a quien correspondía dar, recogió las cartas, diciendo:

–Teóricamente tiene usted razón, señor Fogg; pero en la práctica...

–En la práctica también, mi señor Stuart.

–Quisiera verlo.

–Sólo depende de usted. Partamos juntos.

–¡Líbreme Dios!, pero bien, apostaría cuatro mil libras a que semejante viaje, hecho en esas condiciones, es imposible.

–Muy posible, por el contrario –insistió Fogg.

–Pues bien, hágalo.

–¿La vuelta al mundo en ochenta días?

–Sí.

–No hay inconveniente.

–¿Cuándo?

–Enseguida. Le prevengo solamente que lo haré a su costa.

–¡Es una locura! –exclamó Andrés Stuart, que empezaba a inquietarse por la insistencia de su compañero de juego–. Más vale que sigamos jugando.

–Entonces, vuelva a dar, porque lo ha hecho usted mal.

Andrés Stuart recogió nuevamente las cartas con mano febril, y de repente, dejándolas sobre la mesa, dijo:

–Pues bien, sí, míster Fogg, apuesto cuatro mil libras...

–Amigo Stuart –dijo Fallentin–, cálmese. Esto no es formal.

–Cuando dije que apostaba –respondió Stuart– era formalmente.

–Aceptado –dijo Fogg; y, volviéndose hacia sus compañeros, añadió–: Tengo veinte mil libras depositadas en casa de Baring y Hermanos. Gustosamente las arriesgaría en esa apuesta.

–¡Veinte mil libras! –exclamó John Sullivan–. ¡Veinte mil libras, que cualquier tardanza imprevista le puede hacer perder!

–No existe lo imprevisto –respondió Phileas Fogg, sencillamente.

–¡Pero, míster Fogg, ese plazo de ochenta días sólo está calculado como mínimo!

–Un mínimo bien empleado basta para todo.

–¡Pero a fin de aprovecharlo, es indispensable saltar matemáticamente de los ferrocarriles a los vapores y de éstos a aquellos!

–Saltaré matemáticamente.

–¡Es una broma!

–Un buen inglés no se chancea jamás cuando se trata de una cosa tan formal como una apuesta –respondió Phileas Fogg–. Apuesto veinte mil libras contra quien quiera a que daré la vuelta al mundo en ochenta días, o menos, esto es, en mil novecientos veinte horas, o ciento quince mil doscientos minutos. ¿Aceptan ustedes?

–Aceptamos –respondieron los señores Stuart, Fallentin, Sullivan, Flanagan y Ralph después de haberse puesto de acuerdo.

–Bien –dijo Fogg. El tren de Dover sale a las ocho y cuarenta y cinco. Lo tomaré.

–¿Esta misma noche? –preguntó Stuart.

–Esta misma noche –contestó Phileas Fogg–. Por lo tanto –añadió, consultando un calendario de bolsillo–, puesto que hoy es miércoles, 2 de octubre, deberé estar de vuelta en Londres, en este mismo salón del Reform-Club, el sábado 21 de diciembre, a las ocho y cuarenta y cinco minutos de la noche, sin lo cual las veinte mil libras depositadas en casa de Baring y Hermanos les pertenecerán de hecho y de derecho, señores. He aquí un talón extendido por esa suma.

Fue levantada acta de la apuesta, firmando los seis interesados. Phileas Fogg había permanecido sereno. Ciertamente no había apostado para ganar, y no había comprometido las veinte mil libras, la mitad de su fortuna, sino porque preveía que tendría que gastar la otra mitad para triunfar en ese difícil por no decir inejecutable proyecto. En cuanto a sus adversarios, parecían conmovidos, no por el valor de la apuesta, sino porque tenían reparo en luchar con ventaja.

Daban entonces las siete y se ofreció a míster Fogg la suspensión del juego para que pudiera hacer sus preparativos de marcha.

–¡Yo siempre estoy preparado! –respondió el impasible gentleman; y dando las cartas, exclamó–: El triunfo es oro. A usted le toca jugar, señor Stuart.

[1] Setas.

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
22-04-2019

Capítulo 4

A las siete y veinticinco, Phileas Fogg, después de haber ganado unas veinte guineas al whist, se despidió de sus honorables colegas y abandonó el Reform-Club. A las siete y cincuenta abrió la puerta de su casa y entraba.

Picaporte, que había estudiado su programa concienzudamente, quedó sorprendido al ver a míster Fogg culpable de inexactitud, acudiendo a tan inusitada hora, pues, según la nota, el inquilino de Saville-Row no debía regresar hasta medianoche.

Phileas Fogg subió primero a su cuarto y luego llamó:

–Picaporte

Éste no respondió, porque no creyó que pudiera llamarle. No era la hora.

–Picaporte –repitió míster Fogg sin gritar más que antes.

El criado apareció.

–Es la segunda vez que le llamo –dijo el señor Fogg.

–Pero no son las doce –respondió Picaporte sacando el reloj.

–Lo sé, y no le reprendo. Dentro de diez minutos partimos para Dover y Calais.

En el rostro redondo del francés apareció una especie de mueca. Era evidente que había oído mal.

–¿El señor va a viajar? –preguntó.

–Sí –respondió Phileas Fogg–. Vamos a dar la vuelta al mundo.

Con los ojos excesivamente abiertos, los párpados y las cejas en alto, los brazos sueltos, el cuerpo abatido, Picaporte ofrecía entonces todos los síntomas del asombro llevado hasta el estupor.

–¡La vuelta al mundo! –dijo entre dientes.

–En ochenta días –respondió míster Fogg–. No tenemos un momento que perder.

–¿Y el equipaje?... –dijo Picaporte, que movía inconscientemente la cabeza de derecha a izquierda y viceversa.

–No hay equipaje. Sólo un saco de noche. Dentro, dos camisas de lana, tres pares de medias, y lo mismo para usted. Ya compraremos por el camino. Bajaré mi impermeable y mi manta de viaje. Lleve buen calzado. Por lo demás, andaremos poco o nada. Vamos.

Picaporte hubiera querido responder, mas no pudo. Salió del cuarto de míster Fogg, subió al suyo, cayó sobre una silla y empleando una frase vulgar de su país, dijo para sí:

–¡Ésta sí que es buena! ¡Yo quería tranquilidad!

Y maquinalmente hizo su preparativo de viaje. ¡La vuelta al mundo en ochenta días! ¿Estaría loco su amo? No... ¿Sería broma? Si iban a Dover, bien. A Calais, conforme. En suma, esto no podía contrariar al buen muchacho, que no había pisado el suelo de su patria en cinco años. Tal vez se llegaría hasta París, y ciertamente volvería a ver con gusto la gran capital, porque un caballero tan economizador de sus pasos se detendría allí... Sí, indudablemente; ¡pero no era menos cierto que partía, que se movía, ese gentleman, tan casero hasta entonces!

A las ocho, Picaporte había preparado el modesto saco que contenía su ropa y la de su amo; después, perturbado aún de espíritu, salió del cuarto, cerró la puerta con sumo cuidado y se reunió con míster Fogg.

Éste ya estaba dispuesto. Llevaba debajo del brazo el Bradshaw's Continental Railway Steam Transit and general Guide, que debía suministrar todas las indicaciones necesarias para el viaje. Tomó el saco de manos de Picaporte, lo abrió, y metió en él un paquete de esos bellos billetes de Banco que corren en todos los países.

–¿No ha olvidado usted nada? –preguntó.

–Nada, señor.

–¿Mi impermeable y mi manta?

–Aquí están.

–Bueno; tome este saco.

Míster Fogg entregó el saco a Picaporte.

–Y cuídalo –añadió–. Hay dentro veinte mil libras.

Por poco se escapa el saco de manos de Picaporte, como si las veinte mil libras hubieran sido de oro y pesado con liberalidad.

El amo y el criado bajaron entonces, y la puerta de la calle fue cerrada con doble vuelta.

A la extremidad de Saville-Row había una parada de coches. Phileas Fogg y su criado montaron en un *cab*, el cual se dirigió rápidamente a la estación de Charing Cross, donde acaba uno de los ramales del South–Eastern Railway[1].

A las ocho y veinte, el *cab* se detuvo ante la verja de la estación. Picaporte se apeó. Su amo le siguió y pagó al cochero.

En aquel momento, una pobre mendiga con un niño de la mano, con los pies descalzos en el lodo, cubierta con un sombrero deteriorado, del cual colgaba una pluma lamentable, y con un chal hecho jirones sobre sus andrajos, se acercó a míster Fogg y le pidió limosna.

Míster Fogg sacó del bolsillo las veinte guineas que acababa de ganar al whist, y dándoselas a la mendiga, le dijo:

–Tome, buena mujer, me alegro de haberla encontrado.

Y pasó de largo.

Picaporte tuvo como una sensación de humedad en sus pupilas. Su amo acababa de dar un paso dentro de su corazón.

Míster Fogg y él entraron en la gran sala de la estación. Allí, Phileas Fogg dio a Picaporte la orden de adquirir dos billetes de primera para París, y después, al volverse, se encontró con sus cinco amigos del Reform-Club.

–Señores, me voy; y como he de visar mi pasaporte en distintos lugares, eso les servirá a ustedes para comprobar mi itinerario.

–¡Oh, míster Fogg –respondió cortésmente Gualterio Ralph– es innecesario! ¡Nos bastará su palabra de caballero!

–Más vale así –dijo míster Fogg.

–No olvide usted que deberá estar de vuelta... –observó Andrés Stuart.

–Dentro de ochenta días –respondió míster Fogg–, el sábado 21 de diciembre de 1872, a las ocho y cuarenta y cinco minutos de la noche. Hasta la vista, señores.

A las ocho y cuarenta, Phileas Fogg y su criado tomaron asiento en el mismo departamento. A las ocho y cuarenta y cinco resonó un silbido, y el tren emprendió la marcha.

La noche estaba oscura. Caía una lluvia menuda. Phileas Fogg, arrellanado en su rincón, no hablaba. Picaporte, atolondrado aún, oprimía maquinalmente contra su pecho el saco con los billetes de Banco, preocupado por aquella responsabilidad que le caía encima.

Pero el tren no había pasado aún de Sydenham cuando Picaporte lanzó un verdadero grito de desesperación.

–¿Qué es eso? –preguntó míster Fogg.

–Que ... en mi precipitación... en mi turbación... he olvidado...

–¿Qué?

–¡Apagar el gas de mi cuarto!

–Pues bien, muchacho –respondió fríamente míster Fogg–; seguirá ardiendo por cuenta de usted.

[1] Ferrocarril del sudeste.

Capítulo 5

Al dejar Londres, Phileas Fogg no sospechaba, sin duda, el gran ruido que su partida iba a provocar. La noticia de la apuesta se extendió primero en el Reform-Club y produjo una verdadera emoción entre los miembros de aquel respetable círculo. Luego, esta emoción pasó del club a los periódicos por la vía de los reporteros, y de los periódicos al público de Londres y de todo el Reino Unido.

Esta cuestión de la vuelta al mundo se comentó, se discutió, se examinó con la misma pasión y el mismo ardor que si se hubiese tratado de otro negocio del Alabama. Unos se convirtieron en partidarios de Phileas Fogg; otros, que pronto formaron una mayoría considerable, se pronunciaron contra él. Realizar semejante vuelta al mundo de otra suerte que en teoría o sobre el papel, en ese mínimo de tiempo, con los actuales medios de comunicación, era no solamente imposible, sino insensato.

El Times, el Standard, el *Evening Star*, el *Morning Chronicle* y veinte periódicos más de los de mayor circulación, se declararon contra el señor Fogg. Tan sólo el *Daily Telegraph* lo defendió hasta cierto punto. Phileas Fogg fue tratado de maniático y loco, y a sus colegas del Reform-Club se les criticó por haber admitido semejante apuesta, que acusaba debilidad en las facultades mentales de su autor.

Acerca del asunto se publicaron varios artículos apasionados en extremo. Todo el mundo sabe el interés que se dispensa en Inglaterra a cuanto se relaciona de cerca o de lejos con la geografía. Así es que no había lector, cualquiera que fuese la clase a que perteneciese, que no devorase las columnas consagradas al caso de Phileas Fogg.

Durante los primeros días algunos atrevidos –las mujeres principalmente– se inclinaron por él, sobre todo cuando el *Illustrated London News* publicó su retrato, tomado de una fotografía

depositada en los archivos del Reform-Club. Ciertos caballeros se atrevían a decir: “¿Y por qué no había de suceder? Cosas más extraordinarias se han visto”. Estos solían ser los lectores del *Daily Telegraph*. Pero pronto se advirtió que aun ese mismo periódico comenzaba a enfriarse.

En efecto, un extenso artículo publicado el 7 de octubre en el Boletín de la Real Sociedad de Geografía, trató la cuestión en todos los aspectos y demostró claramente la locura de la empresa. Según este artículo, el viajero lo tenía todo en su contra: obstáculos humanos, obstáculos naturales. Para que el disparatado proyecto pudiese alcanzar éxito era necesario admitir una concordancia maravillosa en las horas de llegada y de salida, concordancia que no existía ni existiría jamás. En Europa, donde las distancias son relativamente cortas, se puede en rigor contar con que los trenes llegarán a la hora fijada; pero cuando tardan tres días en atravesar la India y siete en cruzar los Estados Unidos, ¿podían fundarse sobre su exactitud los elementos de semejante problema? ¿Y las averías en las locomotoras, los descarrilamientos, los choques, los temporales y la acumulación de nieve? ¿No parecía presentarse todo contra Phileas Fogg? ¿Acaso los vapores no podrían encontrarse durante el invierno expuesto a los vientos o a las brumas? ¿Es tal vez extraño que los más rápidos andadores de las líneas transoceánicas experimenten retrasos de dos y tres días? Y bastaba con un solo retraso, con uno solo, para que la cadena de las comunicaciones sufriese una ruptura irreparable. Si Phileas Fogg faltaba, aunque tan sólo fuese por algunas horas, a la salida de algún vapor, se vería obligado a esperar el siguiente, y por este solo motivo su viaje se vería comprometido irrevocablemente.

Este artículo tuvo mucha boga. Lo reprodujeron casi todos los periódicos, y las acciones de Phileas Fogg bajaron de un modo considerable.

Durante los primeros días que siguieron a la partida de mister Fogg, se habían empeñado importantes sumas sobre lo aleatorio de su empresa. Sabido es que el mundo de los apostadores de Inglaterra es mundo más inteligente y elevado que el de los jugadores. Apostar es el temperamento inglés. Por eso, no tan sólo fueron los individuos del Reform-Club quienes cruzaron apuestas

considerables en pro o en contra de Phileas Fogg, sino entre la masa del público se cruzaron buena parte de ellas. Como los caballos de carrera, Phileas Fogg fue inscrito en una especie de studbook[1]. Quedó convertido en valor de Bolsa, y se cotizó en la plaza de Londres. Se pedía y se ofrecía el Phileas Fogg en firme o a plazo, y se hacían enormes negocios. Pero cinco días después de su salida, el artículo del Boletín de la Sociedad de Geografía intensificó el número de las ofertas. El Phileas Fogg bajó y llegó a ser ofrecido por paquetes. Tomado primero a cinco, luego a diez, ya no se tomó sino a uno por veinte, por cincuenta y aun por ciento.

Sólo conservó un partidario, el viejo paralítico lord Albermale. El honorable gentleman, clavado en su butaca, hubiera dado su fortuna gustosamente por poder hacer el mismo viaje aunque fuera en diez años, y apostó cuatro mil libras en favor de Phileas Fogg. Y cuando al mismo tiempo le demostraban lo necio e inútil del proyecto, limitábase a responder: Si la cosa es factible, bueno será que sea inglés quien primero la lleve a término”.

Entretanto, los partidarios de Phileas Fogg se iban reduciendo en número; todo el mundo, y no sin razón, se volvía contra él; ya no lo tomaban sino a uno por ciento cincuenta, y hasta por doscientos, cuando siete días después de su marcha un incidente completamente inesperado hizo que no se le quisiera ya a ningún precio.

En efecto, durante aquel día, a las nueve de la noche, el director de la policía metropolitana recibió un despacho telegráfico concebido así:

Suez a Londres. Rowan, director policía, administración central, Scotland Yard. Sigo al ladrón del Banco, Phileas Fogg. Envíen sin tardanza orden de arresto a Bombay (India Inglesa).

Fix, detective

El efecto de este despacho fue inmediato. El honorable caballero desapareció para dejar sitio al ladrón de billetes de Banco. Su fotografía, depositada en el Reform-Club, con las de sus colegas, fue examinada. Reproducía rasgo por rasgo al hombre cuyas señas habían sido determinadas en el expediente de investigación. Todos

recordaron lo que tenía de misteriosa la vida de Phileas Fogg, su aislamiento, su partida repentina, y pareció evidente que este personaje, pretextando un viaje alrededor del mundo y apoyándolo en una apuesta insensata, no tenía otro objeto que hacer perder la pista a los agentes de la policía inglesa.

[1] Cartel o registro.

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
22-04-2019

Capítulo 6

He aquí las circunstancias que dieron origen al envío del despacho concerniente al señor Phileas Fogg.

El miércoles 9 de octubre se esperaba, para las once de la mañana, en Suez, el paquebote Mongolia de la Compañía Peninsular y Oriental, vapor de hierro, de hélice y spardecks[1], dos mil ochocientas toneladas de arqueo y una fuerza nominal de quinientos caballos de fuerza.

El Mongolia hacía sus viajes con regularidad desde Brindisi a Bombay por el canal de Suez. Era uno de los más veloces de la Compañía, habiendo sobrepasado siempre la marcha reglamentaria de diez millas por hora entre Brindisi y Suez, y de nueve millas cincuenta y tres centésimas entre Suez y Bombay.

Aguardando la llegada del Mongolia, dos hombres se paseaban en el muelle entre la multitud de indígenas y de extranjeros que afluyen a aquella ciudad, antes villorrio, y cuyo porvenir ha quedado asegurado por la grandiosa obra del señor Lesseps.

Uno de aquellos hombres era el agente consular del Reino Unido, establecido en Suez, quien, a despecho de los desgraciados pronósticos del gobierno británico y de las siniestras predicciones del ingenioso Stephenson, veía llegar diariamente navíos ingleses que cruzaban el canal, abreviando así en la mitad el antiguo camino de Inglaterra a las Indias por el Cabo de Buena Esperanza.

El otro era un hombrecillo enteco, de aspecto bastante inteligente, nervioso, que contraía los músculos de sus párpados con notable persistencia. A través de éstos brillaba una mirada viva, pero cuyo ardor sabía atenuar a voluntad. En aquel momento descubría cierta impaciencia, yendo, viniendo y no pudiendo permanecer quieto.

Aquel hombre se llamaba Fix, y era uno de esos detectives o agentes de policía inglesa que habían sido destacados a distintos puertos después del robo perpetrado en el Banco de Inglaterra. Este Fix debía vigilar con el mayor cuidado a todos los viajeros que

tomasen el camino de Suez, y, si uno de ellos parecía sospechoso, seguirle, hasta que recibiese un mandato de arresto.

Precisamente hacía dos días que Fix había recibido del director de la policía metropolitana las señas del presunto autor del robo, o sea, de aquel personaje bien portado cuya presencia se había advertido en la sala de pagos del Banco.

El detective, engolosinado, sin duda, por la elevada recompensa prometida en caso de éxito, aguardaba con una impaciencia muy comprensible la llegada del Mongolia.

—¿Y dice usted, señor cónsul —preguntó por décima vez—, que ese buque no puede tardar?

—No, señor Fix —respondió el cónsul—. Ha sido visto ayer a la altura de Port Said, y los ciento sesenta kilómetros del canal no son nada para un andador como éste. Le repito que el Mongolia ha ganado siempre la prima de veinticinco libras que el gobierno concede por cada adelanto de veinticuatro horas sobre el tiempo reglamentario.

—¿Viene directamente de Brindisi? —preguntó Fix.

—Del mismo Brindisi, donde toma la valija de Indias y de donde ha salido el sábado a las cinco de la tarde. Tened paciencia, pues, porque no tardará en llegar. Pero no sé cómo, por las señas que ha recibido podrá reconocer a su hombre si viaja a bordo del Mongolia.

—Señor cónsul —replicó Fix—, esas gentes las sentimos más bien que las reconocemos. Hay que tener olfato, y ese olfato es un sentido peculiar nuestro, al cual concurren el oído, la vista y el olor. Durante mi vida he cogido a más de uno de esos caballeros, y con tal que mi ladrón esté a bordo, le respondo que no se me escapará de las manos.

—Lo deseo, señor Fix, porque se trata de un robo importante.

—¡Un robo importante! —respondió el agente, entusiasmado—. ¡Cincuenta y cinco mil libras! ¡No siempre tenemos ocasiones parecidas! ¡Los ladrones se van haciendo muy mezquinos! ¡La raza de los Sheppard se va extinguiendo! ¡Ahora se dejan ahorcar tan sólo por unos cuantos chelines!

—Señor Fix —continuó el cónsul—, habla usted de tal manera, que deseo ardientemente logre éxito en su comisión, pero se lo repito, lo creo difícil en las condiciones en que se halla usted. ¿Sabe que con

las señas que ha recibido, ese ladrón se parece absolutamente a un hombre de bien?

–Señor cónsul –respondió dogmáticamente el inspector de policía–, los grandes ladrones se parecen siempre a los hombres honrados. Ya comprenderá usted que los que tienen traza de bribones sólo cuentan con un recurso: el de ser probos, sin lo cual serían arrestados con facilidad. Las fisonomías honradas son las debemos desenmascarar más frecuentemente. Convengo en que este trabajo es dificultoso, y es más bien hijo del arte que del oficio.

Ya veremos que el referido Fix no carecía de cierta dosis de amor propio.

Entretanto, poco a poco se iba animando el muelle. Marineros de diversas nacionalidades, comerciantes, corredores, mozos de cuerda y fellahs afluían allí para esperar la llegada del vapor, que no debía estar muy lejos.

El tiempo era bastante apacible, aunque algo frío, a consecuencia del viento que soplaba del este. Algunos alminares se destacaban sobre la población bajo los pálidos rayos del sol. Hacia el sur se prolongaba una escollera de dos mil metros, cual un brazo, sobre la ruta de Suez. Por la superficie del mar Rojo circulaban varias lanchas pescadoras o de cabotaje, algunas de las cuales han conservado la elegancia de la antigua galera.

Mientras andaba por entre toda aquella gente, Fix, por hábito profesional, estudiaba con rápida mirada el semblante de los transeúntes.

Eran entonces las diez y media.

–¡Pero no llegará nunca ese vapor! –exclamó al oír dar la hora en el reloj del puerto.

–Ya no puede estar lejos –respondió el cónsul.

–¿Cuánto tiempo se detendrá en Suez? –preguntó Fix.

–Cuatro horas, lo que tarde en carbonear. De Suez a Adén, a la salida del mar Rojo, hay mil trescientas diez millas, y necesita proveerse de combustible.

–¿Y de Suez a Bombay, no hace ninguna escala?

–Ninguna.

–Pues bien –dijo Fix–, si el ladrón ha tomado pasaje en ese buque, tendrá el plan de desembarcar en Suez, para llegar por otra

vía a las posesiones holandesas o francesas de Asia. Bien debe saber que en la India, que es tierra inglesa, no estará seguro.

—A no ser que sea muy entendido —replicó el cónsul—, porque ya sabe usted que un criminal inglés siempre está mejor escondido en Londres que en el extranjero.

Tras de esta reflexión, que dio mucho que pensar al agente, el cónsul regresó a su despacho, situado allí cerca. El inspector de policía se quedó solo, entregado a una impaciencia nerviosa y con el extraño presentimiento de que el ladrón debía de estar a bordo del Mongolia; y, en verdad, si el tunante había salido de Inglaterra con propósito de establecerse en el Nuevo Mundo, debía de haber obtenido la preferencia por el camino de las Indias, menos vigilado o más difícil de vigilar que el del Atlántico.

Fix no permaneció mucho tiempo entregado a sus reflexiones, porque la llegada del vapor fue anunciada por agudos silbidos. Todo el tropel de ganapanes y de fellahs se precipitó sobre el muelle en tumulto algo inquietante para los miembros y trajes de los pasajeros. De la orilla se destacaron unas diez lanchas para ir al encuentro del Mongolia.

Pronto se divisó el gigantesco casco de aquel buque que pasaba ante las márgenes del canal, y daban las once cuando atracó por fin en la rada, mientras el vapor se desprendía con estrepitoso silbido por los tubos de escape de las máquinas.

Los pasajeros eran bastante numerosos a bordo. Algunos permanecieron en el entrepuente contemplando el pintoresco panorama de la ciudad, pero la mayoría decidieron desembarcar en las lanchas que se habían aproximado al Mongolia.

Fix examinaba escrupulosamente a todos los que desembarcaban.

En aquel momento se le acercó uno de ellos quien después de haber repelido vigorosamente a los fellahs que le asediaban con sus ofertas de servicio, le preguntó con mucha cortesía si podía indicarle la oficina del agente consular inglés. Y al mismo tiempo, este pasajero le presentaba un pasaporte, sobre el cual deseaba que constase el visado británico.

Instintivamente, Fix tomó el pasaporte, y con rápida mirada lo leyó; esta lectura provocó en el agente cierto movimiento

involuntario. El papel tembló en sus manos. Las señas que constaban en el pasaporte eran idénticas a las que había recibido del director de la policía británica.

–Este pasaporte no es suyo –dijo Fix al pasajero.

–No –respondió éste–; es el pasaporte de mi amo.

–¿Y su amo?

–Se ha quedado a bordo.

–Pero –repuso el agente– es indispensable que se presente en persona en el despacho del consulado, con objeto de identificarlo.

–¿Y eso es necesario?

–Ya le dicho que es indispensable.

–¿Y dónde está la oficina?

–Allí, en la esquina de la plaza –indicó el inspector, mostrando una casa que distaba unos doscientos pasos.

–Entonces, voy a buscar a mi amo, que no tendrá mucho gusto en molestarse.

Después de esto, el pasajero saludó a Fix y regresó a bordo del vapor.

[1] Entrepunte.

Capítulo 7

El inspector volvió al muelle y se dirigió rápidamente al despacho del cónsul; enseguida, por petición suya urgente, fue introducido a presencia de dicho funcionario.

–Señor cónsul –le espetó sin más preámbulo–, tengo poderosas razones para creer que nuestro hombre ha tomado pasaje a bordo del Mongolia.

Y Fix refirió lo ocurrido entre el criado y él con motivo del pasaporte.

–Bien, señor Fix –respondió el cónsul–, no lamentaría ver el rostro de ese bribón. Pero no se presentará si es lo que usted supone. Un ladrón no procura dejar tras de sí rastro de su paso, sobre todo no siendo obligatorio el visado del pasaporte.

–Señor cónsul –respondió el agente–, si como debemos suponerlo, es hombre inteligente, vendrá.

–¿A hacer visar su pasaporte?

–Sí. Los pasaportes nunca sirven más que para molestar a los hombres honrados y facilitar la fuga de los tunantes. Le aseguro que éste estará en regla, pero espero que no lo visará usted.

–¿Y por qué no, si el pasaporte es auténtico? –respondió el cónsul–. No tengo derecho a negarme a visarlo.

–A pesar de ello, señor cónsul, es indispensable que yo detenga aquí a ese hombre hasta haber recibido de Londres una orden de arresto.

–¡ Ah! Eso es cuenta de usted, señor Fix –respondió el cónsul–; pero yo no puedo...

El cónsul no terminó su frase. En aquel momento llamaron a la puerta de su gabinete, y el ordenanza de la oficina introdujo a dos extranjeros, uno de los cuales era, precisamente, el criado que había conversado con el agente de policía.

En efecto, eran amo y criado. El primero sacó el pasaporte, rogando lacónicamente al cónsul que se sirviera visarlo. Tomó éste

el documento y lo leyó con gran atención, mientras Fix, en un rincón del gabinete, observaba o, más bien, devoraba al extranjero con sus ojos.

Cuando el cónsul acabó su lectura, dijo:

–¿Es usted Phileas Fogg, esquire?

–Sí, señor –respondió el gentleman.

–¿Y ese hombre es su criado?

–Sí. Un francés llamado Picaporte.

–¿Viene usted de Londres?

–Sí.

–¿Y a dónde se dirige?

–A Bombay.

–Bien. Ya sabe que la formalidad del visado no es necesaria, y que ya no exigimos la presentación del pasaporte.

–Lo sé, señor –replicó Phileas Fogg–. Pero deseo conste mi paso por Suez...

–Como desee usted.

Y el cónsul, después de haber firmado y fechado el pasaporte, lo selló. Míster Fogg pagó los derechos; y tras de saludar fríamente al cónsul, salió seguido de su criado.

–¿Y bien? –preguntó el inspector.

–Y bien –respondió el cónsul–; tiene trazas de un perfecto caballero.

–Quizá –respondió Fix–, pero no se trata de esto. ¿No le parece, señor cónsul, que ese flemático caballero se parece, rasgo por rasgo, al ladrón cuyas señas me han sido remitidas?

–Convengo en ello; pero ya sabe usted que todas las señas...

–Estoy harto de saberlo –contestó Fix–. El criado me parece menos impenetrable que el amo. Además, es francés y no podrá abstenerse de hablar. Hasta luego, señor cónsul.

Dicho esto, el agente salió y se fue en busca de Picaporte.

Entretanto, míster Fogg, después de salir del consulado, se había dirigido al muelle. Allí dio algunas órdenes al criado, y después se embarcó en una lancha y regresó a bordo del Mongolia, metiéndose en su camarote. Tomó allí su libro de apuntes, que llevaba las notas siguientes:

Salido de Londres, el miércoles, 2 de octubre, a las ocho y cuarenta y cinco minutos de la noche. Llegado a París, el jueves, 3 de octubre, a las siete y veinte de la mañana. Llegado por el Monte Cenís a Turín, el viernes, 4 de octubre, a las seis y treinta y cinco minutos de la mañana. Salido de Turín, el viernes, a las siete y veinte minutos de la mañana. Llegado a Brindisi, el sábado, 5 de octubre a las cuatro de la tarde. Embarcado en el Mongolia, el sábado, a las cinco de la tarde. Llegado a Suez, el miércoles, 9 de octubre, a las once de la mañana. Total de horas transcurridas, ciento cincuenta y ocho y media, o sea seis días y medio.

Míster Fogg escribió esta fecha en un itinerario dispuesto por columnas, que indicaba, desde el 2 de octubre hasta el 21 de diciembre, el día de la semana, el del mes, las llegadas reglamentarias y las efectivas en cada punto principal: París, Brindisi, Suez, Bombay, Calcuta, Singapur, Hong-Kong, Yokohama, San Francisco, Nueva York, Liverpool, Londres, y que permitía calcular el adelanto obtenido o el retraso experimentado en cada etapa del viaje.

Este metódico itinerario lo tenía en cuenta todo, y míster Fogg sabía en todo momento si adelantaba o atrasaba.

Por consiguiente, inscribió también aquel día, miércoles, 9 de octubre, su llegada a Suez, que por cuadrar con la llegada reglamentaria no le daba ventaja ni desventaja.

A continuación se hizo servir el desayuno en su camarote. En cuanto a ver la población, ni siquiera pensaba en ello, porque pertenecía a esa raza de ingleses que hacen visitar por sus criados los países por donde viajan.

Capítulo 8

En pocos instantes, Fix tropezó con Picaporte, que todo lo examinaba y miraba, no creyéndose obligado a no hacerlo.

–Pues bien, amigo mío –le dijo Fix saliéndole al encuentro–, ¿ha visado el pasaporte?

–¡Ah! Es usted –respondió el francés–. Muchas gracias. Estamos completamente en regla.

–¿Y se está conociendo al país?

–Sí; pero andamos tan de prisa, que me parece viajar en sueños. ¿Es cierto que estamos en Suez?

–En Suez.

–¿En Egipto?

–En Egipto, precisamente.

–¿Y en África?

–En África.

–¡En África! –exclamó Picaporte–. No puedo creerlo. ¡Figúrese usted, caballero, que yo me imaginaba no ir más allá de París, y me he tenido que contentar con ver esa famosa capital, desde las siete y veinte de la mañana hasta las ocho y cuarenta, entre la estación del Norte y la de Lyon, a través de los cristales de un coche y lloviendo a mares! ¡Lo siento! ¡Me hubiera agradado ver de nuevo el cementerio de Père Lachaise y el circo de los Campos Elíseos!

–¿Conque tanta prisa tiene usted? –preguntó el inspector de policía.

–Yo no, pero mi amo sí. A propósito, ¡tengo que comprar calcetines y camisas! Nos hemos marchado sin equipaje; tan sólo con un saco de noche.

–Le llevaré a un bazar donde encontrará todo lo que les hace falta.

–Es usted muy complaciente –respondió Picaporte.

Y ambos echaron a andar. Picaporte no cesaba de charlar.

–Sobre todo, es preciso no faltar para la hora de salida del buque.

–Aún tiene tiempo –respondió Fix–. No son más que las doce.
Picaporte sacó su gran reloj.

–¿Las doce? ¡Vaya! ¡Si no son más que las nueve y cincuenta y dos minutos!

–Ese reloj se atrasa –afirmó Fix.

–¡Mi reloj! ¡Un reloj de familia que procede de mi bisabuelo! No discrepa ni cinco minutos al año. ¡Es un verdadero cronómetro!

–Ya comprendo lo que es –respondió Fix–. Ha conservado usted la hora de Londres, que va atrasada unas dos horas con la de Suez. Debe ajustar su reloj con el mediodía de cada país.

–¡Yo tocar mi reloj! –exclamó Picaporte–. ¡Jamás!

–Entonces, no marchará con el sol.

–¡Peor para el sol, caballero! No será él quien tenga razón.

Y el buen muchacho se guardó el reloj en el bolsillo con soberbio ademán.

Algunos instantes después, Fix le decía:

–¿Conque han salido de Londres precipitadamente?

–¡Ya lo creo! El miércoles último a las ocho de la noche, míster Fogg, contra su costumbre, volvió de su círculo, y tres cuartos de hora después nos habíamos marchado.

–¿Pero a dónde va su amo?

–Siempre adelante. ¡Está dando la vuelta al mundo!

–¿La vuelta al mundo? –exclamó Fix.

–Sí, señor. ¡En ochenta días! Dice que es una apuesta; pero, dicho sea entre nosotros, no lo creo. Eso no tendría sentido común. Debe de ser por algún otro motivo.

–¡Ah! Es muy original ese míster Fogg.

–Ya lo creo.

–¿Luego es rico?

–Ciertamente, y lleva consigo una bonita suma en billetes de Banco nuevecitos. Y no escatima en nada el dinero! ¡Como que ha prometido una prima magnífica al maquinista del Mongolia si llegaba a Bombay con buen adelanto!

–¿Y hace mucho tiempo que conoce usted a su amo?

–¿Yo? –respondió Picaporte–. Entré a servirle precisamente el día de nuestra marcha.

Imagínese el efecto que semejantes respuestas debían producir en el ánimo ya sobreexcitado del inspector de policía.

Aquella precipitada salida de Londres poco después del robo; la fuerte suma con que se hacía el viaje; la prisa en llegar a países remotos; el pretexto de una apuesta excéntrica, todo confirmaba y debía confirmar a Fix en sus ideas. Aún hizo hablar más al francés, y adquirió la convicción de que aquel mozo no conocía a su amo; que éste vivía aislado en Londres; que se le suponía rico sin conocerse el origen de su fortuna; que era hombre impenetrable, etc. Pero, al propio tiempo, Fix pudo cerciorarse de que Fogg no desembarcaba en Suez y se iba a Bombay directamente siguiendo sus planes.

–¿Está lejos Bombay? –preguntó Picaporte.

–Bastante lejos –respondió el agente de policía–. Todavía deberán navegar unos doce días.

–¿Y dónde está Bombay?

–En la India.

–¿En Asia?

–Naturalmente.

–¡Diantre! Es que, le diré... Hay una cosa que me trastorna... Mi mechero.

–¿Qué mechero?

–Mi mechero de gas que se me olvidó apagarlo y está ardiendo por mi cuenta. He calculado que sale a dos chelines cada veinticuatro horas, justo seis peniques más de lo que gano, y ya comprenderá usted que por muy poco que el viaje se prolongue...

¿Comprendió Fix el negocio del gas? No es muy probable. Ya no escuchaba nada y estaba tomando una resolución. El francés y él habían llegado al bazar. Fix dejó que su compañero hiciera sus compras, le recomendó que no faltase a la salida del Mongolia, y volvió con premura a la oficina del agente consular.

Fix, ya firme en su convicción, había recobrado toda su serenidad.

–Señor –dijo al cónsul–; ya no abrigo duda ninguna. Tengo a mi hombre. Se hace pasar por un excéntrico que intenta dar la vuelta al mundo en ochenta días.

–Entonces es un ladino que cuenta con regresar a Londres después de haber hecho perder su pista a todas las policías habidos

y por haber de ambos continentes?

–Eso lo veremos –respondió Fix.

–¿Pero no se equivoca usted? –repitió nuevamente el cónsul.

–No me equivoco.

–Entonces, ¿por qué ha tenido ese ladrón el empeño de visar su pasaporte en Suez?

–¿Por qué?... Lo ignoro, señor cónsul –contestó el agente–, pero présteme atención.

Y en pocas palabras refirió lo más importante de su conversación con el criado del susodicho Fogg.

–En efecto –admitió el cónsul–, todas las presunciones están contra él. ¿Y qué va usted a hacer?

–Expedir un despacho a Londres con petición urgente de una orden de arresto, embarcarme en el Mongolia, seguir al ladrón hasta la Indias, y ya en aquella tierra inglesa salirle al encuentro cortésmente con mi orden en una mano y la otra sobre su hombro.

Después de pronunciar estas palabras fríamente, el agente se despidió del cónsul y se dirigió al telégrafo, para expedir al director de la policía metropolitana el despacho ya mencionado.

Un cuarto de hora más tarde, Fix, con un ligero equipaje en la mano y bien provisto de dinero, se embarcó en el Mongolia, y, poco después, el rápido buque surcaba a todo vapor las aguas del mar Rojo.

Capítulo 9

La distancia entre Suez y Adén es exactamente de mil trescientas diez millas, y el pliego de condiciones de la Compañía concede a sus vapores ciento treinta y ocho horas para cubrirlas. El Mongolia, cuyos fuegos se activaban considerablemente, marchaba de modo que pudiese adelantar la llegada reglamentaria.

La mayoría de los viajeros embarcados en Brindisi iban a la India. Unos se encaminaban a Bombay y otros a Calcuta, pero por la vía de Bombay, porque desde que el ferrocarril cruza en toda su anchura la península índica, ya no es necesario doblar la punta de Ceylán.

Entre los pasajeros del Mongolia había algunos funcionarios civiles y oficiales de toda graduación. De éstos unos pertenecían al ejército británico propiamente dicho, y otros mandaban tropas indígenas de cipayos, todos con crecidos, a pesar de que el gobierno se ha resistido a los derechos y cargas de la antigua Compañía de las Indias. Los subtenientes tenían nueve mil trescientas pesetas como sueldo, los brigadas ochenta y seis mil cuatrocientas y los generales, ciento cuarenta y cuatro mil[1].

Se vivía, por consiguiente, muy bien a bordo del Mongolia, entre aquella sociedad de funcionarios, con los cuales alternaban algunos jóvenes ingleses que, con un millón en el bolsillo iban a fundar a lo lejos establecimientos comerciales. El purser, hombre de confianza de la Compañía, igual al capitán a bordo, lo hacía todo con suntuosidad, en el lunch de las dos, en la comida de las cinco y media, en la cena de las ocho, las mesas crujían bajo el peso de la carne fresca y de los entremeses que suministraban la carnicería y la repostería del vapor. En cuanto a las pasajeras, había algunas que mudaban de traje dos veces al día. Había música y hasta baile cuando el mar lo permitía.

Pero el mar Rojo, como todos los golfos largos y estrechos, frecuentemente es muy caprichoso y proceloso. Cuando el viento

soplaba de la costa de Asia o de la de África, el Mongolia, de casco fusiforme, tomado de través, sufría espantosos vaivenes. Las damas desaparecían entonces; enmudecían los pianos; los cantos y las danzas cesaban a un tiempo. Y entretanto, a pesar de la ráfaga y a pesar de las olas, el vapor, impelido por su poderosa máquina, corría sin tardanza hacia el estrecho de Bab el-Mandeb.

¿Qué hacía Phileas Fogg entretanto? ¿Pudiera creerse que, siempre inquieto y ansioso, se preocupaba de los cambios de viento perjudiciales a la marcha del buque, de los desordenados movimientos del oleaje que podían originar una avería en la máquina; en fin, de todas las incidencias posibles que, obligando al Mongolia a arribar a algún puerto, hubiesen comprometido el viaje

De ningún modo; si pensaba en estas eventualidades, cuando menos no lo dejaba traslucir. Era siempre el hombre impassible, el miembro imperturbable del Reform-Club, a quien ningún incidente o accidente podía sorprender. No parecía mucho más conmovido que el cronómetro de a bordo. Raras veces se le veía sobre cubierta. Poco cuidado le daba observar aquel mar Rojo, tan fecundo en recuerdos y teatro de las primeras escenas históricas de la Humanidad. No acudía a reconocer las curiosas poblaciones diseminadas por sus orillas y cuyos pintorescos perfiles destacábanse de vez en cuando en el horizonte. Ni siquiera pensaba en los peligros de aquel golfo, de que siempre han hablado con espanto los antiguos historiadores, Estrabón, Arriano, Artemidoro, Edrisi, y en el cual no se aventuraban los navegantes en épocas remotas sin haber consagrado su viaje con sacrificios propiciatorios.

¿Qué hacía entonces aquel hombre original encarcelado en el Mongolia? Primeramente hacía sus cuatro comidas diarias, sin que jamás el cabeceo ni los vaivenes pudieran desconcertar máquina organizada tan maravillosamente. Y después jugaba al whist.

Había encontrado compañeros para el juego tan rabiosamente aficionados como él; en recaudador de impuestos que iba a Goa, un ministro, un reverendo, Décimo Smith, que regresaba a Bombay, y un brigadier general del ejército inglés, que iba a incorporarse a su cuerpo a Benarés. Estos tres personajes tenían por el whist igual

pasión que míster Fogg, y durante horas enteras jugaban con más o menos silencio que él.

En cuanto a Picaporte, no le afectaba el mareo. Ocupaba un camarote de proa y comía concienzudamente. Debemos decir que este viaje, hecho en semejantes condiciones, no le disgustaba, y procuraba sacar partido de él. Bien mantenido, bien alojado, veía tierras, y además abrigaba la esperanza de que esta broma acabaría en Bombay.

Al día siguiente de la salida de Suez, 9 de octubre, no dejó de agradecerle el encuentro que hizo en la cubierta del obsequioso personaje a quien se había dirigido al desembarcar en Egipto.

–No me engaño –le dijo al acercarse con amable sonrisa–; es usted el caballero que fue tan complaciente en servirme de guía por las calles de Suez.

–En efecto –respondió el agente–. ¡Le reconozco! Es usted el criado de ese inglés tan original...

–Precisamente, señor...

–Fix.

–Señor Fix –replicó Picaporte–. Me alegro de verle a bordo. ¿Y adónde va usted?

–Al mismo punto que usted, a Bombay.

–Mucho mejor. ¿Ha hecho ya este viaje?

–Bastantes veces –respondió Fix–. Soy agente de la Compañía Peninsular.

–Entonces, ¿conoce usted la India?

–¡Ya lo creo! –respondió Fix–. Aunque no querría aventurarme mucho.

–¿Y es interesante ese país?

–Muy interesante. Mezquitas, alminares, templos, pagodas, tigres, serpientes, bayaderas. Pero debemos esperar, que tiempo tendrá usted de visitarlo.

Así lo espero, señor Fix. ¡Ya comprenderá que no es permitido a un hombre de entendimiento sano pasar la vida saltando de un vapor a un ferrocarril, y de un ferrocarril a un vapor, con el pretexto de dar la vuelta al mundo en ochenta días! No. Toda esta gimnasia terminará en Bombay, no lo dude usted.

–¿Y está bien míster Fogg? –preguntó Fix con el acento más natural.

–Muy bien, señor Fix. Y yo también, por cierto. Como lo mismo que un ogro en ayunas. Es el aire del mar.

–Pero nunca veo a su amo sobre cubierta.

–Jamás. No es curioso.

–¿Sabe usted, señor Picaporte, que ese pretendido viaje en ochenta días pudiera muy bien ocultar alguna misión secreta..., una misión diplomática por ejemplo?

–A fe mía, señor Fix, que yo nada sé, se lo declaro, ni daría media corona por saberlo.

Desde este encuentro, Picaporte y Fix hablaron juntos más de una vez. El inspector de policía tenía empeño en trabar intimidad con el criado de míster Fogg. Esto podía serle útil en caso necesario. Le ofrecía a menudo en el *bar room*[2] del Mongolia algunos vasos de whisky o de pale–pale, que el buen muchacho aceptaba sin ceremonia, y hacía repetir para no ser menos, pareciéndole aquel señor Fix un caballero muy honrado.

Entretanto el vapor marchaba con rapidez. El día trece dio vista a la ciudad de Moka, que apareció dentro de su cintura de murallas ruinosas, sobre las cuales se destacaban algunas verdes palmeras. A lo lejos, en las montañas, desarrollábanse dilatadas campiñas de cafetales. Fue para Picaporte un encanto la vista de esa célebre ciudad, y aun le pareció que con sus murallas circulares y un fuerte desmantelado, que tenía la configuración de una asa, se asemejaba a una inmensa taza de café.

Durante la siguiente noche, el Mongolia cruzó el estrecho de Babel–Mandeb, cuyo nombre árabe significa “Puerta de las lágrimas”; y al día siguiente, 14, hacía escala en Steamer Point al noreste de la rada de Adén. Allí era donde debía carbonear nuevamente.

Grave e importante asunto es esa alimentación de los hogares de las naves de vapor, a semejante distancia de los centros de producción. Sólo para la Compañía Peninsular es un gasto anual de ochocientas mil libras (cerca de veintinueve millones de pesetas). Ha sido necesario establecer depósitos en varios puertos, saliendo el costo del carbón en tan remotos parajes, a setenta y dos pesetas la tonelada.

El Mongolia tenía que recorrer aún mil seiscientas cincuenta millas para llegar a Bombay, y debía estar tres horas en Steamer Point con objeto de llenar sus bodegas.

Pero esta demora no podía perjudicar en modo alguno el programa de Phileas Fogg. Estaba prevista. Además, el Mongolia, en lugar de llegar a Adén el 15 de octubre por la mañana, entraba el 14 por la tarde. Era un adelanto de quince horas.

Míster Fogg y su criado bajaron a tierra, porque aquél deseaba visar el pasaporte. Fix los siguió procurando pasar inadvertido. Cumplidas las formalidades, Phileas Fogg regresó a bordo para continuar su interrumpida partida de whist.

Pero Picaporte estuvo, según su costumbre, callejeando en medio de aquella población de somalíes, banianos, parsis, judíos, árabes, europeos, que integran los veinticinco mil habitantes de Adén. Admiró las fortificaciones que hacen de esa ciudad el Gibraltar del mar de las Indias, y unos magníficos aljibes en los cuales trabajaron los ingenieros del rey Salomón.

—¡Qué curioso es eso, qué curioso! —exclamaba Picaporte, volviendo a bordo—. Me convengo de que no es inútil viajar si se quieren ver cosas nuevas.

A las seis de la tarde, el Mongolia batió con su hélice las aguas de la rada de Adén y, poco después, surcaba el océano Índico. Se concedían ciento sesenta horas para hacer la travesía entre Adén y Bombay. Por lo demás, el mar fue favorable. El viento era noroeste y las velas pudieron ayudar al vapor.

El buque, mejor sostenido, cabeceó menos, y las pasajeras aparecieron de nuevo sobre su cubierta, recién compuestas, comenzando otra vez los cantos y los bailes.

El viaje se hizo en las mejores condiciones posibles, y Picaporte estaba muy gozoso de la amable compañía que la suerte le había deparado en la persona del señor Fix.

El domingo, 20 de octubre, a mediodía, se divisó la costa india. Dos horas más tarde, el práctico subía a bordo del Mongolia. En el horizonte, un fondo de colinas se perfilaba armoniosamente sobre la bóveda celeste, y muy pronto se destacaron con viveza las filas de palmeras que adornan la ciudad. El vapor penetró en la rada

formada por las islas Salcette, Colaba, Elefanta, Butcher, y a las cuatro y media atracaba junto a los muelles de Bombay.

Phileas Fogg terminaba entonces la trigésima tercera partida del día, y su compañero y él, gracias a un manejo audaz, concluyeron aquella breve travesía haciendo las trece bazas.

El Mongolia no debía llegar a Bombay hasta el 22 de octubre y arribaba el 20. Era, por lo tanto, una ventaja de dos días desde la salida de Londres. La cual fue inscrita metódicamente en la columna de beneficios del itinerario de Phileas Fogg.

[1] El sueldo de los funcionarios civiles es aún más elevado. Los simples adjuntos, en el primer grado de la jerarquía, disfrutaban diez mil ochocientas pesetas; los jueces, ochenta y seis mil cuatrocientas; los presidentes de tribunal, trescientas sesenta mil; los gobernadores cuatrocientas treinta y dos mil, y el gobernador general, más de ochocientas cincuenta mil.

[2] Cámara baja, especie de café cantina.

Capítulo 10

Nadie ignora que la India, ese vasto triángulo inverso cuya base está al norte y la punta al sur, comprende una superficie de un millón cuatrocientas mil millas cuadradas, sobre la cual se halla desigualmente esparcida una población de ciento ochenta millones de habitantes. El gobierno de la Gran Bretaña ejerce un dominio real sobre cierta parte de ese inmenso país. Tiene un gobernador general en Calcuta, gobernadores en Madrás, Bombay y Bengala, y un teniente gobernador en Agra.

Pero la India inglesa, propiamente dicha, sólo mide una superficie de setecientas mil millas cuadradas y una población de ciento a ciento diez millones de habitantes. Mucho decir es que una notable parte del territorio se haya librado hasta hoy de la autoridad de la reina; y, en efecto, entre algunos rajahs del interior, fieros y terribles, la independencia india es aún absoluta.

Desde 1756, época en que se fundó el primer establecimiento inglés en el lugar ocupado hoy por la ciudad de Madrás, hasta el año en que estalló la gran insurrección de los cipayos, la célebre Compañía de Indias fue omnipotente. Paulatinamente iba agregando a sus dominios las diversas provincias adictas a los rajahs por medio de rentas que no pagaba o pagaba mal; nombraba un gobernador general y todos los empleados civiles y militares; pero esto ya no existe, y las posesiones inglesas de la India dependen de la Corona directamente.

Por eso el aspecto, las costumbres y las divisiones etnográficas de la península tienden a modificarse diariamente. Antes se viajaba por todos los antiguos medios de transporte, a pie, a caballo, en carro, en carretilla, en litera, a cuestras de otro, en coach, etc. Ahora unos barcos de vapor recorren a gran velocidad el Indo y el Ganges, y un ferrocarril que cruza la India en toda su anchura, ramificándose en su trayecto, pone a Bombay a tres días tan sólo de Calcuta.

El trazado de este ferrocarril no sigue la línea recta a través de la India. La distancia a vuelo de pájaro sólo es de mil a mil cien millas, y los trenes, aun con la velocidad media, no invertirían tres días en el trayecto; pero esta distancia está aumentada en una tercera parte al menos por las curvas que describe el camino al ascender hasta Allahabad, al norte de la península.

He aquí, en suma, el trazado del Great Indian Peninsular Railway. Partiendo de Bombay, atraviesa Salcette, salta al continente frente a Tannah, cruza la sierra de los Ghatos Occidentales, corre al noroeste hasta Burhampur, surca el territorio casi independiente en Bundelkund, sube hasta Allahabad, se inclina al este, encuentra el Ganges en Benarés, se desvía ligeramente, y volviendo al sudeste por Burdivan y la ciudad francesa de Chandernagor, va a formar cabeza de línea en Calcuta.

Eran las cuatro y media de la tarde cuando los pasajeros del Mongolia habían desembarcado en Bombay y el tren de Calcuta partía a las ocho en punto.

Míster Fogg se despidió de sus compañeros, salió del vapor, ordenó a su criado que hiciera algunas compras, le recomendó expresamente que estuviera antes de las ocho en la estación, y con su paso regular, que había seguido como el péndulo de un reloj astronómico, se encaminó a la oficina de pasaportes.

Por lo que se desprende de esto, nada pensaba ver de las maravillas de Bombay, ni la casa de la ciudad, ni la magnífica biblioteca, ni los fuertes, ni los docks, ni el mercado de algodones, ni los bazares, ni las mezquitas, ni las sinagogas, ni las iglesias armenias, ni la espléndida pagoda de Malebar-Hill, adomada con dos torres poligonales. No contemplaría las obras maestras de Elefanta, ni sus misteriosos hipogeos, ocultos al sudeste de la rada, ni las grutas kankerias de la isla de Salcette, soberbios vestigios de la arquitectura budista.

¡No, nada! Al salir de la oficina de pasaportes, Phileas Fogg se fue pausadamente a la estación, y allí se hizo servir la comida. Entre otros manjares, el fondista creyó deber recomendarle cierto guisado de conejo del país, que le ponderó muchísimo.

Phileas Fogg aceptó el guisado y lo probó concienzudamente, pero, a pesar de la salsa, le pareció detestable.

Llamó al fondista.

–Señor –le dijo mirándole de hito en hito–, ¿es esto conejo?

–Sí, milord –respondió descaradamente el perillán–, conejo de este país.

–¿Y no ha maullado cuando le han muerto?

–¡Maullado! ¡Oh, milord! ¡Un conejo! Le juro...

–Señor fondista –replicó con fría entonación míster Fogg–, no jure, y acuérdesese usted de esto: antiguamente en la India los gatos eran animales sagrados. Era el buen tiempo.

–¿Para los gatos, milord?

–Y tal vez lo fuera también para los viajeros.

Después de esta observación, míster Fogg siguió comiendo con calma.

Algunos momentos después que míster Fogg, el agente Fix desembarcó también del Mongolia y fue corriendo a entrevistarse con el director de la policía de Bombay. Le dio a conocer la misión de que estaba encargado y su situación acerca del presunto autor del robo. ¿Se había recibido de Londres una orden de prisión?... No se había recibido nada. Y, en efecto, la orden no podía haber llegado aún.

Fix quedó desconcertado. Quiso conseguir del director la orden, pero le fue negada. Era asunto que competía a la administración metropolitana, siendo ella la única que podía expedir legalmente un mandato de prisión. Esta severidad de principios, esta observancia rigurosa de la ley, se explica muy bien por las costumbres inglesas, que en materia de libertad individual no admiten arbitrariedad alguna.

Fix no insistió, y comprendió que debía resignarse a esperar la orden; pero resolvió no perder de vista a su impenetrable bribón durante todo el tiempo que permaneciera en Bombay. No tenía duda de que allí se detendría algún tiempo Phileas Fogg, convicción de que participaba Picaporte, lo cual daría lugar a la llegada del mandato.

Pero desde las últimas órdenes que le diera su amo, Picaporte había comprendido que en Bombay sucedería lo que en Suez y París, y que el viaje no terminaría allí y se proseguiría, por lo menos, hasta Calcuta y acaso más lejos. Y empezó a pensar si la apuesta

sería cosa formal, y si la fatalidad no le llevaba a él, que quería vivir descansado, a dar la vuelta al mundo en ochenta días.

Entretanto, y después de haber adquirido algunas camisas y calcetines, se paseaba por las calles de Bombay. Había gran concurrencia, y en medio de europeos de todas procedencias, veíanse persas con gorros puntiagudos, bunhyas con turbantes redondos, indios con bonetes cuadrados, armenios con traje largo y parsis con mitra negra. Era, precisamente, una fiesta que celebraban los parsis o gnebros, descendientes directos de los sectarios de Zoroastro, que son los más industrioses, civilizados, inteligentes y austeros de todos los indios, raza a que pertenecen hoy los comerciantes indígenas más ricos de Bombay. Aquel día celebraban una especie de carnaval religioso, con procesiones y festejos, en los cuales tomaban parte bayaderas vestidas con gasas recamadas de oro y plata, y que al son de gaitas y tantanes danzaban maravillosamente, y por otra parte con perfecta decencia.

Innecesario es insistir aquí en qué Picaporte contemplaba tan curiosas ceremonias, y era todo ojos y oídos para ver y escuchar, y dando a su fisonomía la facha de booby más perfecto que puede imaginarse.

Por desgracia para él y para su amo, cuyo viaje estuvo a punto de comprometer, su curiosidad le llevó más lejos de lo que convenía.

Después de haber visto ese carnaval parsi, Picaporte se dirigía a la estación, cuando, al pasar por delante de la magnífica pagoda de Malebar-Hill, tuvo la desventurada idea de visitarla por dentro.

Ignoraba dos cosas: que la entrada a ciertas pagodas indias está prohibida formalmente a los cristianos, y segundo, que aun los mismos creyentes no pueden entrar sin dejar antes el calzado a la puerta. Debemos consignar aquí que, por razones de sana política, el gobierno inglés, respetando y haciendo respetar hasta en sus más insignificantes pormenores la religión del país, castiga con todo rigor a cualquiera que infrinja sus prácticas.

Picaporte entró al templo sin pensar en lo que hacía, como un simple viajero, y admiraba ese deslumbrador oropel de la ornamentación brahmánica, cuando, inesperadamente, fue derribado sobre las sagradas losas del templo. Tres sacerdotes, con mirada furiosa, se arrojaron sobre él, arrancaron sus zapatos y

calcetines y comenzaron a tundirlo a golpes, prorrumpiendo en salvaje gritería.

El francés, vigoroso y ágil, se levantó con viveza. De un puñetazo y de un puntapié derribó a dos adversarios muy entorpecidos con su traje talar, y lanzándose fuera de la pagoda con tanta velocidad como sus piernas le permitían dejó muy pronto atrás al tercer indio, que había salido en su seguimiento amotinando a la multitud.

A las ocho menos cinco, algunos minutos antes de emprender la marcha el tren, sin sombrero, descalzo y habiendo perdido su paquete de compras, Picaporte llegaba al ferrocarril.

Allí, en el andén, estaba Fix, que había seguido a Fogg hasta la estación, comprendiendo que aquel tunante partía de Bombay. Tomó la inmediata resolución de acompañarle a Calcuta, y más lejos si necesario fuese. Picaporte no vio a Fix, que estaba en la sombra, pero Fix oyó el relato de las aventuras que Picaporte estaba haciendo brevemente a su amo.

–Espero que no le volverá a suceder –respondió simplemente Phileas Fogg, tomando asiento en uno de los vagones del tren.

El pobre mozo, desconcertado y descalzo, siguió a su amo sin pronunciar palabra.

Fix iba a subir a otro vagón, cuando una idea que modificó repentinamente su proyecto de partida, le detuvo.

–No; me quedo –dijo–. Un delito cometido en territorio indio... Ya tengo asegurado a mi hombre.

En aquel momento, la locomotora lanzó un vigoroso silbido, y el tren desapareció en la oscuridad.

Capítulo 11

El tren había salido a la hora reglamentaria, llevando cierto número de viajeros, algunos oficiales, funcionarios civiles y comerciantes de opio y de añil a quienes llamaba su tráfico llevaba a la parte oriental de la península.

Picaporte ocupaba el mismo compartimiento que su amo. Un tercer viajero se sentó en el rincón vacío.

Era Sir Francis Cromarty, brigadier general, uno de los compañeros de juego de míster Fogg durante la travesía de Suez a Bombay, que iba a reunirse con sus tropas acantonadas cerca de Benarés.

Sir Francis Cromarty, alto, rubio, de cincuenta años de edad, que se había distinguido grandemente en la guerra de los cipayos, hubiera en verdad merecido la calificación de indígena. Desde su juventud habitaba la India y no había ido sino raras veces a su patria. Era hombre instruido, que de muy buen grado hubiera dado informes sobre los usos, historia y organización del país indio si Phileas Fogg hubiese sido hombre capaz de solicitarlos. Pero este caballero no pedía nada. No viajaba, sino que estaba describiendo una circunferencia. Era un cuerpo grave recorriendo una órbita alrededor del globo terráqueo según las leyes de la mecánica racional. En aquel momento rectificaba para sus adentros el cálculo de las horas invertidas desde su salida de Londres, y se hubiera frotado las manos de contento a no ser enemigo de movimientos inútiles.

Sir Francis Cromarty no había dejado de reconocer la originalidad de su compañero de viaje, aunque no le hubiera estudiado sino con los naipes en la mano. Tenía, pues, poderosas razones para indagar si el corazón que latía bajo aquella corteza era humano, si Phileas Fogg poseía un alma sensible a las bellezas de la naturaleza y a las aspiraciones morales. Era esto para él cuestión de ventilar. De todos los seres originales que el brigadier general había encontrado en su

vida, ninguno podía compararse con aquel producto de las ciencias exactas.

Phileas Fogg no había ocultado a sir Francis Cromarty su proyecto de viajar alrededor del mundo ni las condiciones en que lo llevaba a cabo. El brigadier general no vio en esta apuesta más que una excentricidad sin objeto útil, y a la cual faltaba, necesariamente, el *transire benefaciendo* que debe guiar a todo hombre razonable. En el modo de proceder del extravagante caballero, lo pasaría, evidentemente, sin hacer nada ni por sí mismo ni por sus semejantes.

Una hora después de haber salido de Bombay, el tren, salvando los viaductos, había atravesado la isla Salcette y corría sobre el continente. En la estación de Gallyan, dejó a la derecha el ramal que por Kandallah y Punah, desciende al sudoeste de la India, y llegó a la estación de Pauwell. Luego entró en las montañas muy ramificadas de los Ghatos Occidentales, cuyas altas cimas están cubiertas de espeso bosque.

De vez en cuando, sir Francis Cromarty y Phileas Fogg cambiaban algunas palabras, y en aquel momento el brigadier general, procurando animar una conversación que languidecía con frecuencia, dijo:

–Hace algunos años, míster Fogg, hubiera usted tenido aquí un atraso que, sin duda alguna, hubiera comprometido su itinerario.

–¿Por qué, sir Francis?

–Porque el ferrocarril terminaba al pie de esas montañas, que era preciso atravesar en palanquín o a caballo hasta la estación de Kandallah, situada en la vertiente opuesta.

–Esta tardanza no hubiera perjudicado en modo alguno, ni tampoco alterado, el plan de mi programa –respondió míster Fogg–. No he dejado de prever la eventualidad de ciertos obstáculos.

–Sin embargo, míster Fogg –repuso el brigadier general–, ha estado usted a punto de cargar con muy mal negocio por la aventura de ese mozo.

Picaporte, con los pies envueltos en la manta de viaje, dormía profundamente, sin soñar que se hablaba de él.

–El gobernador inglés es muy severo, y con razón, con esa clase de delitos –repuso sir Francis Cromarty–. Atiende más que todo a

que se respeten los usos religiosos de los indios, y si hubiese cogido al criado de usted...

–Y bien, cogiéndolo, sir Francis –respondió míster Fogg– le habrían condenado, y después de sufrir su pena hubiera vuelto a Europa, tranquilamente. ¡No veo por qué ese asunto hubiera podido perjudicar a su amo!

Y con esto, la conversación se enfrió de nuevo. Durante la noche, el tren cruzó os Ghatos, pasó por Nasik, y al día siguiente 21 de octubre, corría por un territorio casi llano formado por la comarca del Khandeish. La campiña, bien cultivada, estaba llena de villorrios, sobre los cuales el alminar de la pagoda sustituía al campanario de la iglesia europea. Aquella fértil estaba regada por numerosos arroyuelos, en su mayoría afluentes o subafluentes del Godavery.

Picaporte, despierto ya, miraba y no podía creer que atravesaba el país de los indios en un tren del Great Indian Peninsular Railway. Aquello le parecía inverosímil, y, no obstante, nada era más positivo. La locomotora, dirigida por el brazo de un maquinista inglés y caldeada con hulla inglesa, despedía el humo sobre las plantaciones de algodón, café, moscada, clavillo y pimienta. El vapor se contorneaba en espirales alrededor de los grupos de palmeras, entre las cuales aparecían pintorescos bungalows y algunos viharis, especie de monasterios abandonados, y templos maravillosos, enriquecidos por la inagotable ornamentación de la arquitectura india. Después, había dilatadas extensiones de tierra que se dibujaban hasta perderse de vista; juncales donde no faltaban ni las serpientes ni los tigres espantados por los silbidos del tren y, finalmente, selvas perdidas por el trazado del camino, frecuentadas aún por elefantes que miraban, con ojo pensativo pasar el disparado convoy.

Durante aquella mañana, más allá de la estación de Malligaum, los viajeros cruzaron este territorio funesto tantas veces ensangrentado por los fieles de la diosa Kali. No lejos se elevaba Elora, con sus pagodas admirables; no lejos, la célebre Aurungabad, capital del indómito Aurengyeb, entonces simple capital de una de las provincias segregadas del reino de Nizam. En aquella región era donde Faringhea, el jefe de los thugs, el rey de los estranguladores, ejercía su dominio. Estos asesinos, unidos por un lazo impalpable,

estrangulaban, en honor de la diosa de la Muerte, víctimas de toda edad, sin derramar nunca sangre y hubo un tiempo en que no se pudo recorrer paraje alguno de aquel terreno sin encontrar algún cadáver. El gobierno inglés ha conseguido evitar en gran parte esos asesinatos; pero la espantosa asociación continúa existiendo y funciona todavía.

A las doce y media, el tren se detuvo en la estación de Burhampur, y Picaporte pudo procurarse, a peso de oro, un par de babuchas, adornadas con abalorios, que se puso con un sentimiento de evidente vanidad.

Los viajeros almorzaron rápidamente y salieron hacia la estación de Assurghur, después de haber costeadado el río Tapti, que desagua en el golfo de Gambaya, cerca de Surate.

Es conveniente dar a conocer los pensamientos que ocupaban entonces el ánimo de Picaporte. Hasta su llegada a Bombay, había creído y podido creer que las cosas no pasarían de allí. Pero desde que corría a todo vapor a través de la India, había tenido lugar un cambio en su ánimo. Sus inclinaciones naturales reaparecían con celeridad. Volvía a sus caprichosas ideas de la juventud, tomaba por lo serio los proyectos de su amo, creía en la realidad de la apuesta, y, por lo tanto, en la vuelta al mundo y en un máximo de tiempo que no debía excederse. Se inquietaba ya por las tardanzas posibles y por los accidentes que podrían sobrevenir en el camino. Se sentía como interesado en aquella apuesta, y temblaba ante la idea que tenía de haberla podido comprometer la víspera con su imperdonable estupidez. Por eso, siendo mucho menos flemático que míster Fogg, estaba mucho más inquieto. Contaba y volvía a contar los días transcurridos, maldecía las paradas del tren, lo acusaba de lentitud y vituperaba "in mente" a míster Fogg por no haber prometido una recompensa al maquinista. El buen muchacho ignoraba que lo que era posible en un vapor no tenía aplicación en un ferrocarril, cuya velocidad era reglamentaria.

Por la tarde fueron cruzados los desfiladeros de las montañas de Suptur, que separan el territorio de Khandeish del de Bundeikund.

Al día siguiente, 22 de octubre, respondiendo a una pregunta de sir Francis Cromarty, Picaporte, luego de consultar su reloj, dijo que eran las tres de la mañana. Y en efecto, ese famoso reloj, aquel

famoso reloj, siempre regulado por el meridiano de Greenwich, que estaba a cerca de setenta grados al oeste, debía atrasar, y atrasaba, en efecto cuatro horas.

Sir Francis recibió, por lo tanto, la hora dada por Picaporte, a quien hizo la misma observación que ya le había hecho Fix. Trató de hacerle comprender que debía regular su reloj por cada nuevo meridiano, y que caminando constantemente hacia el este, es decir, al encuentro del Sol, los días eran más cortos tantas veces cuatro minutos como grados se recorrían. Todo fue en vano. Hubiese o no comprendido la observación del brigadier general, el testarudo Picaporte no quiso adelantar su reloj, conservando invariablemente la hora de Londres. Manía inocente, por otra parte, y que no perjudicaba a nadie en nada.

A las ocho de la mañana, y a quince millas antes de la estación de Rothal, el tren se detuvo en medio de un extenso claro del bosque, rodeado de bungalows y de cabañas de obreros. El conductor del tren pasó delante de la línea de los vagones diciendo:

–Los viajeros deben apearse aquí.

Phileas Fogg miró a sir Francis Cromarty, quien pareció no comprender nada de aquella detención en medio de un bosque de tamarindos y de khajoures.

No menos sorprendido, Picaporte se lanzó a la vía y volvió casi al punto, exclamando:

–¡Señor, ya no hay ferrocarril!

–¿Qué quiere usted decir? –preguntó sir Francis Cromarty.

–Quiero decir que el tren no continúa.

El brigadier general descendió al instante del vagón. Phileas Fogg la siguió sin apresurarse. Ambos se dirigieron al conductor.

–¿Dónde estamos? –preguntó sir Francis Cromarty.

–En la aldea de Kholby –dijo el conductor.

–¿Nos detenemos aquí?

–Sin duda. El ferrocarril todavía no está terminado...

–¡Cómo! ¿No está acabado?

–No. Falta un trozo de cincuenta millas entre este punto y Allahabad, donde comienza otra vez el camino de hierro.

–¡Sin embargo, los periódicos han anunciado la apertura completa de la línea férrea!

–¡Qué quiere usted! Los periódicos se han equivocado.

–¿Y despachan billetes desde Bombay a Calcuta? –replicó sir Francis Cromarty, que empezaba a acalorarse.

–Sin duda –replicó el conductor–; pero los viajeros saben muy bien que deben hacerse trasladar de Kholby a Allahabad.

Sir Francis Cromarty estaba encolerizado. Picaporte de buena gana hubiera acogotado al conductor, que ya no podía continuar el viaje. No se atrevió a mirar a su amo.

–Sir Francis –dijo sencillamente míster Fogg–, vamos a discutir, si le parece bien, el medio de llegar a Allahabad.

–Míster Fogg, se trata aquí de una tardanza absolutamente perjudicial a los intereses de usted.

–No, sir Francis; ya estaba prevista.

–¡Cómo! ¿Sabía usted que la vía...?

–De ningún modo; pero sabía que un obstáculo cualquiera surgiría tarde o temprano en el camino. Ahora bien, nada hay comprometido. Tengo dos días de adelanto que sacrificar. Hay un vapor que sale de Calcuta para Hong–Kong el 25 al mediodía. Estamos a 22 y llegaremos a tiempo a Calcuta.

Nada había que oponer a una respuesta dada con tan completa seguridad.

Demasiado cierto era que los trabajos del ferrocarril terminaban allí. Los periódicos son como algunos relojes que tenían la manía de adelantar, y habían anunciado prematuramente la inauguración de la línea. La mayor parte de los viajeros conocía esa interrupción de la vía, y al apearse del tren se habían apresurado a alquilar los vehículos de todo género que había en el villorrio, palkigharis de cuatro ruedas, carretas arrastradas por cebús (especie de bueyes gibosos), carros de viaje semejantes a pagodas ambulantes, palanquines, caballos, etc. Así es que míster Fogg y sir Francis, después de haber registrado toda la aldea, se volvieron sin haber encontrado nada.

–Iré a pie –dijo Phileas Fogg.

Picaporte, que entonces se reunía con su amo, hizo un significativo ademán al considerar sus magníficas babuchas. Por suerte había ido también de descubierta por su parte, y titubeando un poco, dijo:

–Señor, me parece que he encontrado un medio de transporte.

–¿Cuál?

–¡Un elefante! ¡Un elefante que pertenece a un indio que vive a cien pasos de aquí!

–Vamos a ver el elefante –dijo m^{rs}ter Fogg.

Cinco minutos más tarde, Phileas Fogg, sir Francis Cromarty y Picaporte llegaban cerca de una choza adosada a una cerca formada por altas empalizadas. En la choza había un indio, y en el cercado un elefante. El indio introdujo a m^{rs}ter Fogg y a sus dos compañeros en él.

Allí se encontraron en presencia de un animal medio domesticado, que su propietario domaba, no para convertirlo en animal de carga, sino de combate. Con este fin había empezado a modificar el carácter naturalmente apacible del elefante, procurando conducirlo poco a poco a ese paroxismo de furor llamado mutsh en lengua india, y esto manteniéndolo durante tres meses con azúcar y manteca. Este tratamiento acaso parezca poco a propósito para obtener semejante resultado, pero no deja de ser empleado con éxito por los criadores. Afortunadamente para Fogg, el elefante en cuestión llevaba poco tiempo de ese régimen, y el mutsh no se había declarado aún.

Kiouni, así se llamaba el animal, podía, como todos sus congéneres, hacer durante mucho tiempo una marcha rápida, y, a falta de otra cabalgadura, Phileas Fogg decidió servirse de él.

Pero los elefantes son caros en la India, ya que comienzan a escasear. Los machos adecuados para las funciones de los circos, son muy solicitados. Estos animales cuando están domesticados, no se reproducen sino raras veces, de tal suerte, que solamente pueden obtenerlos cazándolos. Por eso están muy cuidados; y cuando m^{rs}ter Fogg preguntó al indio si quería alquilarle su elefante, el indio se negó a ello resueltamente.

Fogg insistió y ofreció un precio excesivo por el animal, diez libras por hora. Se negó. ¿Veinte libras? Se negó también. ¿Cuarenta libras? Siempre el mismo resultado. Picaporte brincaba a cada pregunta. Pero el indio no se dejaba tentar.

Era buena suma, sin embargo. Suponiendo que el elefante invirtiese quince horas hasta Allahabad, eran seiscientas libras lo

que producía para su dueño.

Phileas Fogg, sin acalorarse, propuso entonces la compra del animal y le ofreció mil libras.

El indio se negaba a vender. Tal vez el perillán olfateaba un buen negocio.

Sir Francis Cromarty llevó a míster Fogg aparte y le recomendó que reflexionase antes de excederse. Phileas Fogg respondió a su compañero que no tenía costumbre de obrar sin reflexionar, que se trataba, en fin de cuentas, de una apuesta de veinte mil libras, que aquel elefante le era necesario, y que aun pagándolo veinte veces más de lo que valía, lo poseería.

Míster Fogg se acercó de nuevo al indio, cuyos ojuelos, encendidos por la codicia, dejaban adivinar que no se trataba para él sino de una cuestión de precio. Phileas Fogg ofreció, sucesivamente, mil quinientas, mil ochocientas, y, por último dos mil. Picaporte, tan coloradote de ordinario, estaba pálido de emoción.

A las dos mil libras el indio se entregó.

—¡Por mil babuchas —exclamó Picaporte—. ¡A buen precio hay quien pone la carne de elefante!

Ultimado el negocio, ya no faltaba más que el guía, lo cual fue más fácil. Un joven parsi, de rostro inteligente, ofreció sus servicios. Míster Fogg aceptó y le prometió una alta remuneración, lo cual no podía menos que contribuir a redoblar su inteligencia. Sin tardanza, sacaron y equiparon el elefante. El parsi conocía muy bien el oficio de mahut o cornac. Cubrió con una especie de hopalanda el lomo del elefante, y dispuso por cada lado dos especies de cuévanos no demasiado confortables.

Phileas Fogg pagó al indio en billetes de Banco que extrajo del famoso saco. Parecía, ciertamente que se sacaban de las entrañas de Picaporte. Después, míster Fogg ofreció a sir Francis Cromarty trasladarlo a la estación de Allahabad. El brigadier general aceptó. Un viajero más no podía fatigar al corpulento elefante.

Compraron víveres en Kholby. Sir Francis Cromarty tomó asiento en uno de los cuévanos, y Phileas Fogg en otro. Picaporte montó a horcajadas sobre la hopalanda, entre su amo y el brigadier general. El parsi se acomodó sobre el cuello del elefante, y a las nueve

salían del villorrio y penetraban en la frondosa selva de esas palmeras asiáticas llamadas latuneros.

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
22-04-2019

Capítulo 12

Con objeto de abreviar la distancia, el guía dejó a la derecha el trazado de la vía, cuyos trabajos se estaban llevando a cabo. El ferrocarril, debido a los obstáculos que ofrecían las caprichosas ramificaciones de los montes Vindhias, no seguía el camino más corto, que era el que convenía tomar. El parsi, muy familiarizado con las veredas de su país, pretendía ganar unas veinte millas atajando por la selva, y confiaron en esto.

Phileas Fogg y Francis Cromarty, metidos hasta el cuello en sus cuévanos, iban muy traqueteados por el rudo trote del elefante, a quien imprimía su conductor una rápida marcha. Pero soportaban la situación con la peculiar flema británica, hablando por otra parte poco y viéndose apenas uno a otro.

En cuanto a Picaporte, apostado sobre el lomo del animal y directamente sometido a los vaivenes, cuidaba muy bien, según le recomendara su amo, de no tener la lengua entre los dientes, porque se la podía cortar estúpidamente. El buen muchacho, unas veces despedido hacia el cuello del elefante, otras hacia las ancas, daba volteretas como un payaso sobre el trampolín; pero en medio de sus saltos de carpa se reía y bromeaba, sacando de vez en cuando un terrón de azúcar, que el inteligente Kiouni tomaba con la trompa, sin interrumpir un solo momento su trote regular.

Tras dos horas de marcha, el guía detuvo el elefante y le concedió una hora de descanso. El animal devoró ramas y arbustos después de haber bebido en una charca inmediata. Sir Francis Cromarty no se quejó de esta detención, pues estaba molido. Míster Fogg parecía estar tan descansado como si acabara de salir de su cama.

–¡Pero usted es de hierro! –exclamó el brigadier general, contemplándole con admiración.

–De hierro forjado –contestó Picaporte, que se ocupó en preparar un almuerzo breve.

A las doce, el guía dio señal de marcha. El país ofreció de pronto un aspecto muy agreste. A las grandes selvas sucedieron los bosques de tamarindos y de palmeras enanas, y luego dilatadas llanuras áridas, erizadas de árboles raquíticos y sembradas de grandes pedruscos de sienita. Toda aquella parte del alto Bundelkund, poco frecuentada por los viajeros, está habitada por una población fanática, endurecida en las prácticas más terribles de la religión india. La dominación de la Gran Bretaña no ha podido establecerse regularmente sobre un territorio sometido a la influencia de los rajahs, a quienes hubiera sido difícil de dar alcance en sus inaccesibles retiros de los Vindhias.

Varias veces divisaron bandas de indios feroces que hacían un ademán de cólera al observar el rápido paso del elefante. Por otra parte, el parsi los evitaba en lo posible, por considerarlos como gente indeseable. Durante aquellas jornadas, los animales se ofrecieron a sus miradas en escaso número; apenas algunos monos que huían haciendo mil contorsiones y muecas que divertían mucho a Picaporte.

Entre otras ideas una inquietaba grandemente al animoso y fiel muchacho. ¿Qué haría míster Fogg del elefante cuando hubiese llegado a la estación del Allahabad? ¿Se lo llevaría? ¡Imposible! El precio del transporte añadido al de compra, sería ruinoso. ¿Lo vendería o lo dejaría en libertad? Aquel apreciable animal bien merecía que se le tuviese consideración. Si por casualidad míster Fogg se lo regalase, muy apurado se vería él, Picaporte, y esto no dejaba de inquietarle.

A las ocho de la noche ya había traspuesto la principal cadena de los Vindhias, y los viajeros hicieron alto al pie de la falda septentrional, en un bungalow ruinoso.

La distancia recorrida durante la jornada era de veinticinco millas, y les faltaba por recorrer otras tantas para llegar a la estación de Allahabad.

La noche era fría. El parsi encendió dentro del bungalow una hoguera de ramas secas, cuyo calor fue acogido alegremente. La cena se compuso con las provisiones compradas en Kholby. Los viajeros comieron cual gente rendida y cansada. La conversación, que empezó con algunas frases entrecortadas, se terminó con

sonoros ronquidos. El guía estuvo vigilando junto a Kiouni, que se durmió de pie, apoyado en el tronco de un árbol gigantesco.

Ningún incidente ocurrió aquella noche. Algunos rugidos de lobos, de tigres y de panteras perturbaron de cuando en cuando el silencio, mezclados con los agudos chillidos de los monos. Pero los carnívoros se contentaron con gritar y no hicieron ninguna demostración hostil contra los huéspedes del bungalow.

Sir Francis Cromarty dormía pesadamente, como un bravo militar curtido en las fatigas. Picaporte, durante un sueño agitado, repitió las volteretas del día anterior. En cuanto a míster Fogg, descansó tan apaciblemente como si se estuviese en el confortable dormitorio de su tranquila casa de Saville-Row.

A las seis de la mañana fue emprendida la marcha nuevamente. El guía confiaba en llegar a la estación de Allahabad aquella misma tarde. De este modo, míster Fogg no perdería sino una parte de las cuarenta y ocho horas economizadas desde el principio del viaje.

Descendieron por las últimas cuestas de los Vindhias. Kiouni proseguía su marcha rápida, y hacia mediodía el guía dio vuelta al villorrio de Kallenger, situado junto al Gani, uno de los afluentes del Ganges. Siempre que podía evitaba los parajes habitados, creyéndose más seguro en el campo desierto, donde se encuentran las primeras depresiones de la cuenca del gran río. La estación de Allahabad no estaba ya a más de doce millas al nordeste. Hicieron alto bajo un bosquecillo de bananos, cuya fruta, tan sana como el pan y tan succulenta como la crema, según afirman los viajeros, fue muy apreciada.

A las dos, el guía penetró en la espesura de una selva inmensa, que debía atravesar por espacio de muchas millas. Prefería viajar así, a cubierto de los bosques. En todo caso, hasta entonces no había tenido ningún encuentro desagradable, y el viaje acabaría, al parecer, sin accidentes, cuando el elefante, dando algunas señales de inquietud, se paró de repente.

Eran entonces las cuatro.

—¿Qué sucede? —preguntó sir Francis Cromarty, sacando la cabeza fuera de su cuévano.

—Lo ignoro —contestó el parsi prestando oído a un murmullo confuso que pasaba por la espesa enramada.

Pocos momentos después el murmullo fue mas perceptible. Parecía un concierto, distante aún, de voces humanas y de instrumentos de cobre.

Picaporte se volvió todo ojos y orejas. Míster Fogg aguardaba pacientemente sin pronunciar una sola palabra. El parsi saltó a tierra, ató el elefante a un árbol y se adentró en lo más espeso del bosque. Algunos minutos después regresó diciendo:

–Una procesión de brahmanes viene hacia aquí. Si es posible, procuraremos pasar inadvertidos.

El guía desató el elefante y lo condujo a una espesura, recomendando a los viajeros que no se apeasen, mientras él mismo estaba apercebido para montar rápidamente en caso de hacerse necesaria la fuga. Suponía que la comitiva de fieles pasaría sin descubrir su presencia, porque lo tupido de la enramada los ocultaba completamente.

Se acercaba el discordante ruido de las voces e instrumentos metálicos. Unos cantos monótonos se mezclaban con el toque de tambores y timbales. Pronto apareció bajo los árboles la cabeza de la procesión, a unos cincuenta pasos del lugar que ocupaban míster Fogg y sus compañeros. Distinguían con facilidad, a través de las ramas, el curioso conjunto de aquella ceremonia religiosa.

En primera línea avanzaban unos sacerdotes cubiertos de mitras y vestidos con largos y abigarrados trajes. Estaban rodeados de hombres, mujeres y niños, que cantaban una especie de salmodia fúnebre, interrumpida en intervalos iguales por golpes de tantán y de timbales. Detrás de ellos, sobre un carro de ruedas anchas, cuyos radios figuraban con las llantas un ensortijamiento de serpientes, apareció una estatua horrorosa, tirada por dos pares de cebús ricamente enjaezados. La estatua tenía cuatro brazos, el cuerpo teñido de rojo sombrío, los ojos extraviados, el pelo enredado, la lengua colgante y los labios teñidos de alheña y betel. En su cuello se arrollaba un collar de cabezas de muerto y sobre su caderas veíase un cinturón de manos cortadas. Estaba de pie sobre un gigante derribado, al cual le faltaba la cabeza.

Sir Francis Cromarty reconoció aquella estatua.

–La diosa Kali –dijo en voz baja–; la diosa del amor y de la muerte.

–De la muerte, consiento –dijo Picaporte–; pero del amor, jamás. ¡Qué mujer tan horrible!

El parsi le hizo seña de que callara.

Alrededor de la estatua se movía y agitaba en convulsiones un grupo de ancianos faquires, listados con bandas de ocre, cubiertos de incisiones cruciales que goteaban sangre, estúpidos energúmenos que en las ceremonias indias se precipitan todavía bajo las ruedas del carro de Jaggernaut.

Detrás de ellos algunos brahmanes, en toda la suntuosidad de sus trajes originales, arrastraban a una mujer que apenas podía sostenerse por sus propios pies.

Aquella mujer era joven, y blanca como una europea. Su cabeza, cuello, hombros, orejas, brazos, manos y pulgares, estaban sobrecargados de joyas, collares, brazaletes, pendientes y sortijas. Una túnica recamada de oro y recubierta de una ligera muselina dibujaba los contornos de su talle.

Detrás de esa joven –contraste violento a la vista– unos guardias, armados de sables desnudos que llevaban en el cinto y largas pistolas adamasquinadas, conducían un cadáver sobre un palanquín.

Era el cuerpo de un anciano cubierto de sus opulentas vestiduras de rajah, llevando, como en vida, el turbante bordado de perlas, el vestido tejido de seda y oro, la cintura de casimir adiamantado y sus magníficas armas de príncipe indio.

A continuación venían unos músicos y una retaguardia de fanáticos, cuyos gritos cubrían a veces el atronador estruendo de los instrumentos, los cuales cerraban el cortejo.

Sir Francis miraba toda aquella pompa con aire singularmente triste, y volviéndose hacia el guía le dijo:

–¿Un sutty?

El parsi hizo una seña afirmativa y se puso un dedo en los labios. La larga procesión desplegóse lentamente bajo los árboles, y no tardaron en desaparecer en la profundidad de la selva.

Poco a poco, los cantos se amortiguaron. Hubo todavía algunas ráfagas de lejanos gritos, y a todo aquel tumulto sucedió un profundo silencio.

Phileas Fogg había oído la palabra pronunciada por sir Francis Cromarty, y tan pronto como la procesión desapareció, preguntó:

–¿Qué es suttty?

–Un suttty, míster Fogg –contestó el brigadier general–, es un sacrificio humano, pero voluntario. Esa mujer que acaba usted de ver será quemada mañana en las primeras horas del día.

–¡Ah, pillos! –exclamó Picaporte, que no pudo contener este grito de indignación.

–¿Y el cadáver? –preguntó el señor Fogg.

–Es el del príncipe, su marido –explicó el guía–, un rajah independiente de Bundelkund.

–¿Cómo? –exclamó Phileas Fogg, sin que su voz revelase la menor emoción–. ¿Esas bárbaras costumbres subsisten aún en la India, y los ingleses no han podido destruirlas?

–En la mayor parte de esta península –continuó sir Francis Cromarty– esos sacrificios no se cumplen ya; pero no tenemos ninguna influencia sobre esas comarcas salvajes, y especialmente sobre el territorio de Bundelkund. Toda la falda septentrional de los Vindhias es el teatro de incesantes muertes y saqueos.

–¡Desdichada! –comentaba Picaporte–. ¡Quemada viva!

–Sí –repuso el brigadier general–, quemada; y si no lo fuera, no pueden ustedes imaginar siquiera a qué miserable condición se vería reducida por sus mismos deudos. Le afeitarían la cabeza, le darían por alimentos algunos puñados de arroz, la rechazarían, sería considerada como una criatura inmunda, y moriría en algún rincón como un perro sarnoso. Por eso, la perspectiva de esa horrible existencia impele frecuentemente a esas infortunadas criaturas al suplicio mucho más que el amor o el fanatismo religioso. No obstante, en algunas ocasiones, el sacrificio es realmente voluntario, y se necesita la enérgica intervención del gobierno para impedirlo. Así fue como hace algunos años, residiendo en Bombay, una joven viuda pidió al gobierno autorización para quemarse con el cuerpo del mando. Como pueden ustedes suponer, el gobierno lo negó. Entonces la viuda corrió a refugiarse en el territorio de un rajah independiente, donde consumó su sacrificio.

Durante la relación del brigadier general, el guía movía la cabeza, y cuando aquél concluyó de hablar, éste último dijo:

–El sacrificio que ha de celebrarse mañana al amanecer no es voluntario.

–¿Cómo lo sabe usted?

–Es una historia conocida por todos los habitantes del territorio de Bundelkund –respondió el guía.

–Sin embargo, esa desventurada no parecía ofrecer resistencia alguna –observó sir Francis Cromarty.

–Porque la han embriagado con zumo de cáñamo y de opio.

–¿Pero adónde la conducen?

–A la pagoda de Pillaji, a dos millas de aquí. Allí pasará la noche esperando la hora del sacrificio.

–¿Y ese sacrificio se celebrará?

–Mañana, con los primeros albores del día.

Después de esta contestación, el guía hizo salir de la espesura el elefante y montó sobre su cuello. Pero en el momento en que iba a excitarle con un silbido particular, míster Fogg lo detuvo, y dirigiéndose a sir Francis Cromarty, le dijo:

–¿Y si salvásemos a esa mujer?

–¡Salvar a esa mujer, señor Fogg! –exclamó el brigadier general.

–Cuento aún con doce horas de adelanto y puedo dedicarlas a rescatarla.

–¡Es usted entonces hombre de corazón! –dijo sir Francis Cromarty.

–Algunas veces –contestó, sencillamente Phileas Fogg–; cuando me sobra tiempo.

Capítulo 13

El intento era atrevido, lleno de dificultades, de imposible realización quizá. Míster Fogg iba a arriesgar su vida o, al menos, su libertad, y por lo tanto, el éxito de sus proyectos, pero no vaciló. Tenía además en sir Francis Cromarty un decidido auxiliar.

En cuanto a Picaporte, estaba preparado y se podía disponer de él. La idea de su amo le exaltaba. La sentía con alma y corazón bajo aquella corteza de hielo, y se iba encariñando con él de veras.

Quedaba el guía. ¿Qué partido tomaría en el asunto? ¿No se inclinaría en favor de sus compatriotas?

A falta de concurso, era menester asegurar, cuando menos, su neutralidad.

Sir Francis le planteó la cuestión con franqueza.

–Mi oficial –respondió el guía–, soy parsi, y mi mujer es parsi; dispongan ustedes de mí.

–Bien, guía –dijo míster Fogg.

–Sin embargo, sépanlo ustedes bien –repuso el parsi–; no tan sólo arriesgamos nuestras vidas, sino que nos arriesgaremos a sufrir suplicios horribles si nos cogen. Mírenlo, pues.

–Mirado está –respondió míster Fogg–. Creo que debemos aguardar la noche para obrar.

–Así opino yo también –respondió el guía.

El valiente indio expuso entonces algunos pormenores acerca de la víctima. Era una india de célebre belleza y de raza parsi, hija de acaudalados comerciantes de Bombay. Había recibido en esta ciudad una educación completamente inglesa y por sus modales e instrucción hubiera pasado por europea. Se llamaba Aouda.

Huérfana, fue casada a pesar suyo con aquel viejo rajah de Bundelkund. Tres meses después enviudó, y sabiendo la suerte que le esperaba se escapó, pero fue cogida en su fuga, y los parientes del rajah, que tenían interés en su muerte, la condenaron a aquel suplicio, del cual era difícil que se escapase.

Semejante relación de hechos tenía que arraigar en míster Fogg y sus compañeros su generosa resolución. Se decidió que el guía conduciría el elefante hacia la pagoda de Pillaji, a la cual debía acercarse todo lo posible.

Media hora después se hizo alto en un bosque a quinientos pasos de la pagoda, que no podía percibirse, pero los alaridos de los fanáticos se oían con toda claridad.

Los medios de llegar hasta la víctima fueron discutidos entonces. El guía apenas conocía aquella pagoda de Pillaji, en la cual afirmaba que la joven estaba encarcelada. ¿Podía penetrarse por una de las puertas cuando toda la banda estuviese sumida en el sueño de la embriaguez, o sería necesario abrir un boquete en la pared? Esto no podía decidirse sino en el momento y en el mismo lugar de la acción; pero lo indudable era que el rapto debía llevarse a cabo aquella misma noche, y no cuando la víctima fuese conducida al suplicio, porque entonces ninguna intervención humana podría salvarla.

Míster Fogg y sus compañeros aguardaron la noche, y tan pronto como llegó la oscuridad, hacia las seis de la tarde, resolvieron efectuar un reconocimiento alrededor de la pagoda. Los últimos gritos de los faquires se extinguieron entonces. Según su costumbre, aquellos indios debían hallarse entregados a la pesada embriaguez del hang, opio líquido, mezclado con infusión de cáñamo, y quizá sería posible deslizarse entre ellos hasta el templo.

El parsi, guiando a míster Fogg, al brigadier sir Francis Cromarty y a Picaporte, se deslizó cautelosamente hacia la pagoda a través del bosque. Después de arrastrarse en silencio durante diez minutos por las matas, llegaron al borde de un riachuelo y allí, a la luz de las antorchas de hierro impregnadas de resina, divisaron un montón de leña apilada. Era la hoguera formada con sándalo precioso y bañada ya con aceite perfumado. En su parte posterior descansaba, embalsamado, el cuerpo del rajah, que debía arder al mismo tiempo que la viuda. A cien pasos de esta hoguera se elevaba la pagoda, cuyos alminares se esfumaban en la sombra por encima de los árboles.

–Vengan ustedes –dijo el guía.

Y redoblando las precauciones, seguido de sus compañeros, se deslizó en silencio a través de las altas hierbas.

El silencio sólo era interrumpido por el murmullo del viento en las ramas.

Poco después el guía se detuvo en la extremidad de un claro iluminado por algunas antorchas. El suelo aparecía cubierto de grupos de durmientes entorpecidos por la embriaguez. Parecía un campo de batalla sembrado de muertos. Hombres, mujeres, niños, todos estaban mezclados. Algunos había acá y acullá que dejaban oír el ronquido de la embriaguez.

Al fondo, entre la masa de árboles, se alzaba confusamente el templo de Pillaji; pero, con gran despecho por parte del guía, los guardias del rajah, alumbrados por antorchas fuliginosas, vigilaban la puerta paseándose sable en mano. Había que suponer que en el interior los sacerdotes estarían velando también.

El parsi no se adelantó más, porque había reconocido la imposibilidad de forzar la entrada del templo, e hizo retroceder a sus acompañantes.

Phileas Fogg y sir Francis Cromarty habían comprendido, como él, que no podían intentar nada por aquella parte.

Se detuvieron y conferenciaron en voz baja.

–Aguardemos –dijo el brigadier general–; no son mas que las ocho todavía, y es probable que esos guardias sucumban también al sueño.

–Probable es, en efecto –admitió el parsi.

Phileas Fogg y sus compañeros se recostaron al pie de un árbol y esperaron.

El tiempo se les hacía muy largo. De vez en cuando el guía los dejaba e iba a observar. Los guardias del rajah seguían vigilando cuidadosamente a la luz de las antorchas, y una luz vaga se filtraba por las ventanas de la pagoda.

Esperaron hasta medianoche. La situación no variaba en nada. Había fuera la misma vigilancia, y era evidente que no podía contarse con el sueño de los guardias. La embriaguez del hang les había sido probablemente dispensada. Era necesario obrar de otro modo y penetrar por una abertura hecha en la muralla de la pagoda.

Restaba la cuestión de saber si los sacerdotes vigilaban cerca de su víctima con tanto celo, como los soldados en la puerta del templo.

Después de otra conversación, el guía estuvo dispuesto a marchar. Míster Fogg, sir Francis y Picaporte le siguieron. Dieron una vuelta bastante larga con objeto de alcanzar la pagoda por detrás.

A las doce y media de la noche llegaron al pie de los muros sin haber encontrado a nadie. Ninguna vigilancia existía por ese lado, pero tampoco había en él ni puerta ni ventanas.

La noche era sombría. La luna, entonces en su último cuarto, aparecía apenas en el horizonte, encapotado con algunos nubarrones. La altura de los árboles aumentaba aún más la oscuridad.

Pero no bastaba haber llegado al pie de las murallas; era preciso abrir un boquete, y para esta operación, Phileas Fogg y sus compañeros no tenían otra cosa que navajas. Por fortuna las paredes del templo estaban hecha de una mezcla de ladrillos y madera, que no era difícil de perforar. Una vez quitado el primer ladrillo, los otros seguirían fácilmente.

Comenzaron a trabajar haciendo el menor ruido posible. El parsi por un lado y Picaporte por otro trabajaban en arrancar los ladrillos, de manera que pudiera obtenerse un boquete de dos pies de anchura.

El trabajo adelantaba, cuando se oyó un grito en el interior, y casi al punto le respondieron desde fuera con otros gritos.

Picaporte y el guía interrumpieron su trabajo. ¿Los habrían descubierto? ¿Se había dado el alerta? La prudencia más elemental les recomendaba que se fueran, lo cual hicieron al propio tiempo que Phileas Fogg y sir Francis Cromarty. Se ocultaron de nuevo bajo la espesura del bosque, aguardando que la alarma, si la había, se desvaneciese, y dispuestos a proseguir la operación inmediatamente.

Pero, ¡contratiempo funesto! Unos guardias aparecieron al otro lado de la pagoda, instalándose allí para impedir la aproximación.

Difícil sería escribir el despecho de aquellos cuatro hombres que se veían interrumpidos en su tarea. Sin poder llegar hasta la víctima, ¿cómo la salvarían? Sir Francis Cromarty se roía los puños.

Picaporte estaba fuera de sí y apenas podía contenerle el guía. El impasible Fogg aguardaba, sin expresar sus sentimientos.

–¿Ya no nos resta más que reanudar nuestro viaje? –preguntó el brigadier general en voz baja.

–No tenemos otro remedio –respondió el guía.

–Aguarden aún –dijo Fogg–. Me basta llegar a Allahabad antes del mediodía.

–¿Pero qué espera usted? –inquirió sir Francis Cromarty–. Dentro de algunas horas será de día, y...

–La probabilidad, que se nos puede aparecer de nuevo en el momento supremo.

El brigadier general hubiera querido leer en los ojos de Phileas Fogg.

¿Con qué pensaba contar aquel inglés frío y calmado? ¿Quería precipitarse sobre la joven en el momento del suplicio y arrebatársela a sus verdugos abiertamente?

Hubiera sido una locura, y no podía admitirse que aquel hombre estuviera loco hasta ese punto. No obstante, sir Francis consintió en esperar hasta el desenlace de tan terrible escena; pero el guía no dejó a sus compañeros en el paraje donde se habían refugiado, sino que los condujo al sitio que precedía a la plazoleta donde dormían los indios. Abrigados por un grupo de árboles, nuestros viajeros podrían observar lo que había de pasar sin ser vistos para proceder en el momento oportuno.

Entretanto, Picaporte, sentado en las primeras ramas de un árbol, estaba rumiando una idea que primeramente había cruzado por su mente como un relámpago, y acabó por incrustarse en su cerebro.

Había comenzado a decir para sí: ¡Qué locura! Y entonces repetía: ¿Y por qué no? ¡Es una probabilidad, quizá la única, y con semejantes brutos! ...

En todo caso, Picaporte no formuló de otro modo su pensamiento; pero no tardó en deslizarse con flexibilidad de serpiente bajo las ramas inferiores del árbol, cuya extremidad se inclinaba sobre el suelo.

Las horas pasaban, y bien pronto algunos matices menos sombríos anunciaron la proximidad del día. Sin embargo la oscuridad era profunda.

Aquel era el momento preciso. Hubo como una resurrección en la adormecida multitud. Los grupos se animaron. Resonaron los golpes de tantán, y estallaron otra vez los gritos y los cánticos. Para la infortunada víctima había llegado la hora de la muerte.

En el acto, las puertas de la pagoda se abrieron. Una luz viva se escapó del interior. Y míster Fogg y sir Francis Cromarty pudieron percibir a la víctima vivamente alumbrada, que dos sacerdotes sacaban fuera. Hasta les pareció que, sacudiendo el entorpecimiento de la embriaguez por un supremo instinto de conservación, la desgraciada intentaba huir de entre las manos de sus verdugos. El corazón de sir Francis Cromarty palpitó, y por un movimiento convulsivo, asiendo la mano de Phileas Fogg, sintió que esta mano sostenía una navaja abierta.

En aquel momento, la multitud se puso en movimiento. La joven había caído en ese entorpecimiento provocado por el humo del cáñamo. Pasó por entre los faquires que la escoltaban con sus vociferaciones religiosas.

Phileas Fogg y sus compañeros la siguieron, mezclándose entre las últimas filas de la multitud.

Dos minutos más tarde llegaban al borde del río y se detenían a menos de cincuenta pasos de la hoguera, sobre la cual estaba el cuerpo del rajah. Entre la semioscuridad vieron a la víctima inerte, tendida junto al cadáver de su esposo.

Enseguida acercaron una tea, y la leña impregnada de aceite se inflamó inmediatamente.

Entonces sir Francis y el guía retuvieron a Phileas Fogg, que en un momento de generosa demencia intentaba arrojarse sobre la hoguera...

Pero Phileas Fogg los había ya repelido, cuando la escena cambió de repente. Hubo un grito de terror, y toda aquella muchedumbre se arrojó a tierra amedrentada.

Supusieron que el viejo rajah no había muerto, puesto que le vieron de repente levantarse, tomar a la joven mujer en sus brazos y bajar de la hoguera en medio de torbellinos de humo que le daban una apariencia de espectro.

Los faquires, los guardias, los sacerdotes, acometidos de súbito terror, hallábanse tendidos boca abajo sin atreverse a levantar la

vista ni mirar semejante prodigio.

La inanimada víctima pasó a los vigorosos brazos que la llevaban, sin que les pareciese pesada. Fogg y Francis habían permanecido de pie; el parsi había inclinado la cabeza.

El resucitado llegó a donde estaba míster Fogg y sir Francis Cromarty, y con voz breve, dijo:

–¡Huyamos!

¡Era Picaporte en persona, quien se había deslizado hasta la hoguera en medio del denso humo! ¡Era Picaporte, que, aprovechando la oscuridad que reinaba aún, había libertado de la muerte a la joven! ¡Era Picaporte, quien haciendo su papel con gran audacia, pasaba por en medio del espantado público con la mujer en brazos!

Un instante después, los cuatro desaparecieron por la selva a lomos del elefante, que trotaba rápidamente. Pero entonces, los gritos, los clamores y una bala que atravesó el sombrero de Phileas Fogg les anunció que el ardid había sido descubierto en aquellos momentos.

En efecto, sobre la inflamada hoguera se destacaba entonces el cuerpo del viejo rajah. Los sacerdotes, repuestos de su espanto, habían comprendido que acababa de efectuarse un rapto ante sus mismos ojos.

Al punto se precipitaron al bosque siguiéndoles los guardias, que hicieron una descarga general; pero los raptos huían rápidamente, y en pocos momentos se hallaron fuera del alcance de las balas y de las flechas.

Capítulo 14

Había tenido éxito el atrevido rapto de Auda, y una hora después Picaporte se estaba riendo aún de su triunfo. Sir Francis Cromarty había estrechado la mano del intrépido muchacho. Su amo le había dicho: “Bien”, lo cual en boca de este impasible caballero, equivalía a una honrosa aprobación. A esto había respondido Picaporte que todo el honor de la hazaña correspondía a su amo. Para él no había habido más que una chistosa ocurrencia, y se reía al pensar que durante algunos instantes, él, Picaporte, antiguo gimnasta, ex sargento de bomberos, había sido el viudo de una linda dama, un viudo a punto de ser incinerado.

En cuanto a la joven india, no había tenido conciencia de lo sucedido. Envuelta en mantas de viaje, descansaba entonces en uno de los cuévanos.

Entretanto, el elefante, guiado con mucha seguridad por el parsi, corría rápidamente por la selva todavía oscura. Una hora después de haber dejado la pagoda de Pillaji, se lanzaba al través de una dilatada llanura. A las siete se hizo alto. La joven seguía en una postración completa. El guía le hizo beber algunos tragos de agua y de brandy; pero la influencia embriagante que pesaba sobre ella debía prolongarse todavía por algún tiempo.

Sir Francis Cromarty, que conocía los efectos de la embriaguez producida por la inhalación de los vapores de cáñamo, no abrigaba inquietud alguna.

Pero aunque el restablecimiento de la joven india no inquietaba el ánimo del brigadier general, no le sucedía lo mismo cuando pensaba en el porvenir. No vaciló, pues, en decir a Phileas Fogg que si Auda se quedaba en la India, volvería a caer irremisiblemente en manos de sus verdugos. Estos energúmenos se extendían por toda la península indostánica, y ciertamente, a pesar de la policía inglesa, recobrarían a su víctima, fuese en Madrás, Bombay o Calcuta. Y sir Francis Cromarty citaba en apoyo de su afirmación un hecho de

igual naturaleza que había ocurrido recientemente. A su modo de pensar, la joven sólo estaría segura marchándose del Indostán.

Phileas Fogg respondió que tendría presente semejante observación y resolvería.

Hacia las diez, el guía anunció la estación de Allahabad. Allí arrancaba de nuevo la interrumpida línea férrea, cuyos trenes recorren en menos de un día y una noche la distancia que separa Allahabad de Calcuta.

Phileas Fogg llegaría, pues, con el tiempo suficiente para tomar el vapor que partía al siguiente día, 25 de octubre, a las doce de la mañana, en dirección de Hong-Kong.

La joven fue depositada en un cuarto de la estación. Se encargó a Picaporte que fuese a comprar para ella algunos objetos de tocador, vestido, chal, abrigo, etc... lo que encontrase. Su amo le abrió crédito ilimitado.

Picaporte partió al punto y recorrió las calles de la población. Allahabad es la Ciudad de Dios, una de las más venerables de la India, en razón de estar construida en la confluencia de los dos ríos sagrados, el Ganges y el Junna, cuyas aguas atraen a los peregrinos de toda la península indostánica. Sabido es, por otra parte, que según la leyenda del Ramayana, el Ganges nace en el Cielo, desde donde, gracias a Brahma, baja hasta la Tierra.

Mientras hacía sus compras, Picaporte vio la ciudad, antes defendida por un fuerte magnífico, que se ha convertido en la actualidad, en prisión del Estado. Ya no hay comercio ni industria en esta población, antes industrial y mercantil. Picaporte, que buscaba en vano una tienda de novedades, como si hubiera estado en Regent Street, a algunos pasos de Farmer y Cía, no halló más que a un revendedor, viejo judío dificultoso, que le diese los objetos que necesitaba, un vestido de tela escocesa, un ancho mantón y un magnífico abrigo de pieles de nutria, por todo lo cual no vaciló en pagar setenta y cinco libras. Y luego se volvió triunfante a la estación.

Auda empezaba a recobrar el conocimiento. La influencia del narcótico que le habían administrado los sacerdotes de Pillaji se iba disipando poco a poco, y sus hermosos ojos recobraban toda su dulzura india.

Cuando el rey poeta, Uxaf Uddol, celebraba los encantos de la reina de Almahnagra, se expresó así:

“Su brillante cabellera, regularmente dividida en dos partes, sirve de cerco a los armoniosos contornos de sus mejillas delicadas y blancas, brillantes de lustre y de frescura. Sus cejas de ébano tienen la forma y la fuerza del arco de Kama, dios del amor, y bajo sus sedosas pestañas, en la negra pupila de sus grandes ojos límpidos, nadan como en los lagos sagrados del Himalaya los más puros reflejos de la celeste luz. Pequeños, iguales y blancos, sus dientes resplandecen entre la sonrisa de sus labios, como gotas de rocío en el seno semicerrado de una flor de granado. Sus lindas orejas de simétricas curvas, sus sonrosadas manos, sus piecitos arqueados y tiernos como las yemas del loto, brillan con el resplandor de las más bellas perlas de Ceylán, de los más bellos diamantes de Golconda. Su delgada y flexible cintura, que puede abarcarse con una sola mano, realza la elegante configuración de sus redondas caderas y la riqueza de su busto, en el cual la juventud en flor ostenta sus más perfectos tesoros; y bajo los sedosos pliegues de su túnica parece haber sido cincelada en plata por la mano divina de Vicvacarma, el escultor eterno.”

Pero sin toda esa amplificación poética, baste decir que Auda, la viuda del rajah de Bundelkund, era una hermosa mujer en toda la acepción europea de la palabra. Hablaba inglés con suma pureza, y el guía no había exagerado al afirmar que aquella joven parsi había sido transformada por la educación.

Entretanto, el tren iba a dejar la estación de Allahabad. El parsi estaba esperando. Míster Fogg le pagó lo convenido, sin darle un *farthing* de más. Esto asombró algo a Picaporte, que sabía todo lo que debía su amo a la adhesión del guía. El parsi había, en efecto, arriesgado la vida voluntariamente en el lance de Pillaji, y si más tarde los indios llegaban a saberlo, difícilmente se libraría de su venganza.

Quedaba también por ventilar la cuestión de Kiouni. ¿Qué hacían de un elefante que tan caro había costado?

Pero Phileas Fogg había tomado ya una resolución.

–Parsi –dijo al guía–, has sido servicial y adicto. He pagado tu servicio, pero no tu adhesión. ¿Quieres ese elefante? Tuyo es.

Los ojos del guía brillaron.

–¡Es una fortuna lo que me da! –exclamó.

–Acéptala –insistió míster Fogg– y aún seré deudor tuyo.

–Enhorabuena –exclamó Picaporte–. Toma, amigo mío, Kiouni es un animal animoso y valiente.

Y yendo hacia el elefante le ofreció algunos terrones de azúcar, diciendo:

–¡Toma, Kiouni, toma, toma!

El elefante lanzó algunos gruñidos de satisfacción, y luego cogió a Picaporte por la cintura y lo levantó hasta la altura de su cabeza. Picaporte, sin asustarse, hizo una caricia al animal, el cual lo volvió a dejar en tierra suavemente, y al apretón de trompa del buen Kiouni respondió un apretón de manos del honrado mozo.

Pocos momentos después, Phileas Fogg, sir Francis Cromarty y Picaporte, instalados en un cómodo vagón cuyo mejor asiento iba ocupado por Auda, corrían a todo vapor hacia Benarés.

Ochenta millas a lo sumo separan a esta ciudad de Allababad, las cuales fueron recorridas dos horas.

Durante el trayecto, la joven recobró por completo los sentidos, quedando disipados los vapores embriagadores del hang.

¡Cuál fue su asombro al encontrarse en aquel compartimiento del ferrocarril, vestida a la europea y en medio de viajeros que le eran desconocidos en absoluto!

Principiaron sus compañeros prodigándole cuidados y reanimándola con algunas gotas de licor; y después el brigadier general le refirió lo ocurrido. Insistió sobre la decisión de Phileas Fogg, que no había vacilado en comprometer su vida para salvarla, y sobre el desenlace de la aventura, debido a la audaz imaginación de Picaporte.

Míster Fogg dejó hablar, sin decir una palabra. Picaporte, avergonzado, repetía que la cosa no merecía tanto.

Auda dio gracias a sus libertadores, con una efusión expresada con sus lágrimas más que con sus palabras. Sus hermosos ojos, mejor que sus labios, fueron los intérpretes de su reconocimiento. Y después, llevándola en pensamiento a las escenas del suttty, y viendo sus miradas esa tierra india donde tantos peligros la amenazaban, fue acometida de un estremecimiento de terror.

Phileas Fogg comprendió lo que pasaba en el ánimo de Auda, y para tranquilizarla le ofreció con mucha frialdad conducirla a Hong-Kong, donde viviría hasta que aquel asunto se olvidase.

Auda aceptó la oferta con reconocimiento. Precisamente residía en Hong-Kong uno de sus parientes, parsi como ella, y uno de los principales comerciantes de la ciudad, que es por completo inglesa, aun cuando se halla en las costas de China.

A las doce y media el tren se detenía en la estación de Benarés. Las leyendas indias afirman que esta ciudad ocupa el sitio de la vetusta Casi, que antiguamente hallábase suspendida en el espacio entre el cenit y el nadir, como la tumba de Mahoma. Pero en la época actual, más positiva, Benarés, la Atenas de la India, según los orientalistas, descansaba prosaicamente sobre el suelo, y Picaporte pudo, por un momento, entrever sus casas de ladrillo y sus chozas de cañizo, que le daban un aspecto desairado en absoluto, sin color local ninguno.

Allí debía detenerse sir Francis Cromarty. Las tropas de cuyo mando debía hacerse cargo estaban acampadas a algunas millas al norte. El brigadier general se despidió de Phileas Fogg, deseándole todo el éxito posible y expresando el voto de que repitiese el viaje de un modo menos original y más provechoso. Míster Fogg estrechó ligeramente los dedos de su compañero de viaje. Los cumplidos de Auda fueron más afectuosos. Jamás olvidaría ella lo que debía a sir Francis Cromarty. En cuanto a Picaporte, fue honrado con un buen apretón de manos de parte del brigadier general. Conmoverlo, le preguntó cuándo podría prestarle algún servicio. Después se separaron.

Desde Benarés; la vía férrea seguía en buena parte el valle del Ganges. A través de los cristales del vagón, y con un tiempo sereno, contemplaban el paisaje variado de Behar, montañas cubiertas de verdor, campos de cebada, maíz y trigo, ríos y estanques poblados por verdosos caimanes, aldeas bien acondicionadas y selvas que aún conservaban la hoja. Algunos elefantes y cebús con su protuberancia dorsal o giba como los camellos, iban a bañarse a las aguas del río sagrado; y también, a pesar de lo adelantado de la estación y de la temperatura ya fría, veíanse cuadrillas de indios de ambos sexos que cumplían piadosamente sus santas abluciones.

Esos fieles encarnizados enemigos del budismo, son sectarios fervientes de la religión brahmánica, que se encarna en tres personas: Vishnú, la divinidad solar; Siva, la personificación divina de las fuerzas naturales, y Brahma, el jefe supremo de los sacerdotes y legisladores. ¡Pero con qué ojo Brahma, Siva y Vishnú debían considerar a esa India, ahora britanizada, cuando algún barco de vapor pasaba silbando y turbaba las aguas sagradas del Ganges, espantando a las gaviotas que revoloteaban en la superficie, a las tortugas que pululaban en sus orillas y a los devotos tendidos a lo largo de sus márgenes!

Todo este panorama desfiló como un relámpago, y frecuentemente sus pormenores quedaron ocultos por una nube de vapor blanco. Los viajeros apenas pudieron entrever el fuerte de Chunar, a veinte millas al sur de Benazepur, y sus importantes fábricas de agua de rosas; el sepulcro de lord Cornwallis, que se eleva en la orilla izquierda del Ganges; la ciudad fortificada de Buxar, Patna, la gran población industrial y mercantil, donde existe el principal mercado del opio de la India; Monghir, ciudad, más que europea, inglesa como Manchester o Birmingham, conocida por sus fundiciones de hierro, sus fábricas de armas blancas, y cuyas altas chimeneas parecían tiznar con su negro humo el cielo de Brahma, ¡verdadera mancha en el país de los ensueños!

Después llegó la noche, y entre los alaridos de los tigres, osos y lobos que huían ante la locomotora, el tren pasó a toda velocidad, no pudiéndose, pues, ver nada de las maravillas de Bengala, ni Golconda, ni las ruinas de Gurni Muhshedabad, que antes fue capital, ni Burdwan, ni Huyl, ni Chandernagor, ese punto francés del territorio indio, donde se hubiera conmovido Picaporte al ver ondear la bandera de su patria.

Por último, a las siete de la mañana llegaron a Calcuta. El vapor que salía para Hong-Kong no levaba anclas hasta mediodía; Phileas Fogg podía disponer, por consiguiente, de cinco horas.

Según el itinerario, debía llegar a la capital de la India el 25 de octubre, veintitrés días después de haber salido de Londres, y llegaba el día fijado. No llegaba, pues, ni adelantado, ni atrasado. Desgraciadamente, los días ganados entre Londres y Bombay, quedaban perdidos, del modo que se sabe, en la travesía de la

península indostánica; pero es de suponer que Phileas Fogg no lo sentía.

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
22-04-2019

Capítulo 15

El tren se detuvo en la estación. Picaporte se apeó el primero, y fue seguido de míster Fogg, quien ayudó a su joven compañera a descender al andén. Phileas Fogg pensaba ir directamente al vapor de Hong-Kong, con objeto de instalar allí convenientemente a mistress Auda, de quien no quería separarse mientras estuviese en aquel país tan peligroso para ella.

Cuando míster Fogg iba a salir de la estación, se acercó a él un agente de policía y le dijo:

–¿El señor Phileas Fogg?

–Yo soy.

–¿Es ese hombre su criado? –añadió el agente, designando a Picaporte.

–Sí.

–Tengan ustedes la bondad de seguirme.

Míster Fogg no hizo movimiento alguno que demostrase la menor sorpresa. El agente era un representante de la Ley, y para todo inglés, la Ley es sagrada. Picaporte, con sus hábitos franceses, quiso hacer observaciones, pero el agente le tocó con su varilla, y Phileas Fogg le hizo seña de obedecer.

–¿Puede acompañarme esta dama? –preguntó míster Fogg,

–Puede hacerlo –le respondió el agente.

Míster Fogg, Auda y Picaporte fueron conducidos a un palkighari, especie de carruaje de cuatro ruedas y cuatro asientos, tirado por dos caballos. Partieron sin que nadie hablase durante el trayecto, que duró unos veinte minutos.

Primeramente el carruaje atravesó la ciudad negra, de calles estrechas formadas por unas casuchas donde pululaba una población cosmopolita, sucia y andrajosa, y luego pasó por la ciudad europea, embellecida con casas de ladrillo, adornada de palmeras, erizada de arboledas, y que a pesar de la hora tan temprana recorríanla ya elegantes jinetes y magníficos trenes.

El palkighari se paró delante de una habitación de apariencia sencilla, pero que no parecía apropiada para usos domésticos. El agente hizo bajar a sus presos (pues bien podía dárselos ese nombre) y los condujo a un aposento con rejas, diciéndoles:

–A las ocho y media comparecerán ustedes ante el juez Obadiah...

–¡Vamos, nos han cogido! –exclamó Picaporte, dejándose caer sobre una silla.

Auda, procurando en vano disfrazar su emoción, dijo a míster Fogg:

–¡Es necesario que me abandone! ¡Se ve usted perseguido por mi causa! ¡Es por haberme salvado!

Phileas Fogg se contentó con responder que eso no era posible. ¡Perseguido por ese asunto del sutty! ¡Inadmisible! ¿Cómo se atreverían a presentarse los que querellasen? Había, sin duda, alguna equivocación. Míster Fogg añadió que en todo caso no abandonaría a la joven y la conduciría a Hong-Kong.

–¡Pero el buque leva anclas a las doce! –dijo Picaporte.

–Antes de las doce estaremos a bordo –contestó sencillamente el impasible gentleman.

Quedó esto afirmado tan terminantemente, que Picaporte no pudo menos de decir para sí:

–¡Diantre, cierto será! Antes de las doce estaremos a bordo.

Pero esto no le tranquilizaba por completo.

A las ocho y media la puerta del cuarto se abrió. El agente de policía volvió a presentarse e introdujo a los presos en la pieza vecina. Era ésta una sala de audiencia, y había un público bastante numeroso compuesto de europeos y de indígenas, que ocupaban la sala.

Míster Fogg, mistress Auda y Picaporte se sentaron en un banco, en frente de los asientos reservados para el juez y el escribano.

Ese juez, el juez Obadiah, no tardó en llegar seguido del escribano. Era un señorón regordete. Tomó una peluca que estaba colgada de un clavo y se la puso con presteza.

–La primera causa –dijo; pero llevando la mano a su cabeza, exclamó–: ¡Eh! ¡Si no es mi peluca!

–En efecto, señor Obadiah, es la mía –repuso el escribano.

–Querido señor Oysterpuf, ¿cómo quiere usted que un juez pueda dictar una buena sentencia cubierto con la peluca de un escribano?

Verificóse el cambio de pelucas. Durante estos preliminares, Picaporte hervía de impaciencia porque la aguja le parecía andar terriblemente de prisa en el gran reloj del estrado.

–La primera causa –repitió entonces el juez Obadiah.

–¡Phileas Fogg! –llamó el escribano Oysterpuf.

–Presente –respondió míster Fogg.

–¡Picaporte!

–¡Presente!

–¡Bien! –dijo el juez Obadiah–. Hace dos días, acusados, les están espiando en todos los trenes de Bombay.

–¿Pero de qué nos acusan? –exclamó Picaporte impaciente.

–Van a saberlo –contestó el juez.

–Caballero –dijo entonces míster Fogg–, soy ciudadano inglés y tengo derecho...

–¿Le han faltado a usted las consideraciones? –preguntó el juez Obadiah.

–De ningún modo.

–¡Bien! Que entren, pues, los querellantes.

Por orden del juez se abrió una puerta, y tres sacerdotes indios fueron introducidos por un alguacil.

–¿No lo decía yo? –dijo Picaporte–. ¡Esos bribones son los que querían quemar a esa joven señora!

Los sacerdotes se mantuvieron de pie delante del juez, y el escribano leyó en voz alta una querrela de sacrilegio formulada contra el señor Phileas Fogg y su criado, acusados de haber profanado un lugar consagrado por la religión brahmánica.

–¿Han oído ustedes? –preguntó el juez a Phileas Fogg.

–Sí, señor –repuso míster Fogg mirando el reloj–, y lo confieso.

–¡Ah! ¿Conque lo confiesa usted?

–Lo confieso, y estoy aguardando que esos tres sacerdotes declaren a su vez lo que querían hacer en la pagoda de Pillaji.

Los sacerdotes se miraron. No comprendían, al parecer, nada de las palabras del acusado.

–¡Sin duda! –exclamó Picaporte–. ¡En esa pagoda de Pillaji, ante la cual iban a quemar a su víctima!

Los sacerdotes volvieron a quedar estupefactos, y asombrándose profundamente también el juez Obadiah.

–¿Qué víctima? –preguntó–. ¿Quemar a quién? ¿En medio de la ciudad de Bombay?

–¿Bombay? –exclamó Picaporte.

–Sin duda. No se trata de la pagoda de Pillaji, sino de la pagoda de Malabar–Hill en Bombay.

–Y como pieza de convicción, he aquí los zapatos del profanador –añadió el escribano, colocando un par de ellos encima de la mesa.

–¡Mis zapatos! –exclamó Picaporte, quien, altamente sorprendido no pudo contener esta involuntaria exclamación.

Fácil es comprender lo confundidos que quedarían amo y criado. Se habían olvidado del incidente de Bombay, y éste era precisamente el que los traía ante el magistrado de Calcuta.

En efecto, el agente Fix había comprendido todo el partido que podía sacar de tan desdichado asunto. Atrasando su marcha doce horas, había ido a aconsejar lo que debían hacer los sacerdotes de Malabar–Hill. Les había prometido resarcimiento de perjuicios, sabiendo muy bien que el gobierno inglés se mostraba muy severo con semejantes delitos, y después, por el tren siguiente, los había hecho ir en seguimiento de los culpables. Pero a causa del tiempo empleado en libertad a la joven viuda, Fix y los indios llegaron a Calcuta antes que Phileas Fogg y su criado, a quienes los magistrados, prevenidos por despacho telegráfico, debían hacer prender al apearse del tren.

Júzguese del despecho de Fix cuando supo que Phileas Fogg no había llegado a la capital del Indostán. Debió de creer que el ladrón, deteniéndose en una de las estaciones, se había refugiado en una de las provincias septentrionales. Durante veinticuatro horas, Fix estuvo de acecho en la estación, entregado a mortales inquietudes. ¡Cuál fue, después, su alegría, al verle aquella misma mañana bajar del vagón en compañía, es cierto, de una joven cuya presencia no podía explicar! Al punto envió contra él un agente de policía, y así Fogg, Picaporte y la viuda del rajah de Bundelkund fueron conducidos ante el juez Obadiah.

A no estar Picaporte tan preocupado, habría visto en un rincón de la sala al detective, que asistía al juicio con interés fácil de

comprender, porque en Calcuta, como en Bombay y como en Suez, no tenía aún el mandato de prisión.

Entretanto, el juez Obadiah había tomado nota de la confesión que se le había escapado a Picaporte, quien hubiera dado todo lo que poseía por poder retirar sus imprudentes palabras.

–¿Los hechos se confiesan? –dijo el juez.

–Confesados –replicó míster Fogg.

–Visto –repuso el juez– que la ley inglesa entiende proteger igual y rigurosamente todas las religiones de las poblaciones indias; estando el delito confesado por el señor Picaporte; convencido de haber profanado con sacrílego pie el pavimento de la pagoda de Malabar–Hill, en Bombay, el día 20 de octubre, condena al susodicho Picaporte a quince días de prisión y una multa de trescientas libras.

–¿Trescientas libras? –exclamó Picaporte, que sólo se manifestó impresionado por la multa.

–¡Silencio! –ordenó el alguacil con áspera voz.

–Y –añadió aún el juez Obadiah– considerando que no está materialmente probado que haya dejado de haber convivencia entre el criado y el amo, y que en todo caso éste es responsable de los hechos y gestiones de quienes están a su servicio, condena al señor Phileas Fogg a ocho días de prisión y ciento cincuenta libras de multa. Escribano, llama a otros.

Fix, en su rincón, experimentaba una satisfacción indecible. Phileas Fogg, detenido ocho días en Calcuta, era más de lo que necesitaba para dar tiempo a que llegase el mandamiento.

Picaporte estaba anonadado. Semejante sentencia arruinaba a su amo. Una apuesta de veinte mil libras perdida, y todo por haber tenido la curiosidad de entrar en aquella maldita pagoda.

Phileas Fogg, tan dueño de sí, como si la sentencia no le hubiese alcanzado, no había movido siquiera las cejas. Pero en el momento en que el escribano llamaba otro juicio, se levantó y dijo:

–Ofrezco fianza.

–Tiene usted de derecho de hacerlo –respondió el juez.

Fix sintió frío en los huesos, pero recobró su tranquilidad cuando oyó que el juez, considerando la cualidad de extranjeros de Phileas

Fogg y su criado, fijaba la fianza para cada uno de ellos en la enorme suma de mil libras.

Eran dos mil libras más de gasto para míster Fogg si no cumplía la condena.

–¡Pago! –exclamó el gentleman.

Y retiró del saco que llevaba Picaporte un paquete de billetes de Banco que dejó sobre la mesa del escribano.

–Esta suma le será devuelta al salir de la cárcel –dijo el juez–. Entretanto, están ustedes libres.

–Ven conmigo –dijo Phileas Fogg a su criado.

–¡Pero al menos que me devuelvan mis zapatos! –exclamó Picaporte con un movimiento de rabia.

Le devolvieron sus zapatos.

–¡Bien caros cuestan! –exclamó entre dientes–. ¡Más de mil libras cada uno! ¡Sin contar que me aprietan!

Picaporte siguió con actitud compungida a míster Fogg, quien había ofrecido su brazo a la joven. Fix esperaba que el ladrón no se decidiera a perder la suma de dos mil libras y que cumpliría sus ocho días de cárcel. Echó, pues, a andar tras de míster Fogg. Tomó éste un coche, en el cual Auda, Picaporte y él subieron enseguida. Fix corrió detrás del coche, que se detuvo en uno de los muelles.

A media milla de la rada, el Rangoon estaba aparejado con su pabellón de marcha izado sobre el mástil. Daban las once. Míster Fogg llegaba, pues, con una hora de adelanto. Fix le vio apearse y entrar en un bote con Auda y su criado. El agente dio con el pie en el suelo.

–¡Bribón! –exclamó–. ¡Se marcha! ¡Dos mil libras sacrificadas! ¡Pródigo como un ladrón! ¡Ah! ¡Le seguiré hasta el fin del mundo si es necesario; pero al paso que va, todo el dinero del robo se habrá ido!

El inspector de policía tenía sus fundamentos para hacer esta reflexión. En efecto: desde que se había salido de Londres, entre gastos de viaje, pagos, compra de un elefante, finanzas y multas. Phileas Fogg había sembrado ya más de cinco mil libras por el camino, y el tanto por ciento que se concede a los policías sobre lo recobrado iba siempre bajando.

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
22-04-2019

Capítulo 16

El Rangoon, uno de los buques que la Compañía Peninsular y Oriental emplea para el servicio del mar de China y del Japón, era un vapor de hierro, de hélice, con el desplazamiento en bruto de mil setecientas setenta toneladas, y la fuerza nominal de cuatrocientos caballos. Igualaba al Mongolia en velocidad, pero no en comodidades. Por eso mistress Auda no estuvo tan bien instalada como hubiera deseado Phileas Fogg. Por otra parte, tratándose sólo de una travesía de tres mil quinientas millas, o sea de once a doce días, la joven no fue viajera de difícil acomodamiento.

Durante los primeros días del viaje, mistress Auda contrajo mayor intimidad con Phileas Fogg. En todas ocasiones le expresaba el más vivo reconocimiento. El flemático caballero la escuchaba, en apariencia al menos, con la mayor frialdad, sin que una entonación ni un ademán revelasen la más ligera emoción. Cuidaba que nada faltase a la joven. A ciertas horas acudía regularmente, si no a hablar, al menos a escucharla. Cumplía con ella los deberes de la más estricta urbanidad, pero con la gracia y la imprevisión de un autómatas cuyos movimientos se hubiesen dispuesto para ese fin. Mistress Auda no sabía qué pensar de ello, pero Picaporte le había explicado algo la excéntrica personalidad de su amo. Le había instruido de la apuesta que le hacía dar la vuelta al mundo. Mistress Auda había sonreído; pero al fin le debía la vida, y su salvador no podía salir perdiendo en que ella le viese a través de su reconocimiento.

Mistress Auda confirmó el relato que el guía indio había hecho de su interesante historia. Pertenece ella, en efecto, a esa raza que ocupa el primer lugar entre los indígenas. Varios negociantes parsi han hecho grandes fortunas en las Indias comerciando con algodones. Uno de ellos, sir James Jejeebloy, había sido ennoblecido por el gobierno inglés, y mistress Auda era pariente de un rico personaje que habitaba en Bombay. Contaba ella con

encontrar en Hong-Kong al honorable Jejeeh, primo de sir Jejeebloy. ¿Hallaría allí refugio y protección? No podía asegurarlo, y a esto respondía míster Fogg que no se inquietase, porque todo se arreglaría matemáticamente. Esta fue la palabra que empleó.

¿Comprendía la joven viuda la significación de tan horrible adverbio? No se sabe; pero sus hermosos ojos –límpidos como los sagrados lagos del Himalaya– se fijaban en los de Fogg, quien, tan intratable y tan abotonado como siempre, no parecía dispuesto a arrojarse en el referido lago.

Esta primera parte de la travesía del Rangoon se efectuó con excelentes condiciones. El tiempo era bonancible, y toda la porción de la inmensa bahía que los marinos llaman “los brazos de Bengala”, se mostró favorable a la marcha del vapor. El Rangoon no tardó en cruzar por delante del Gran Andaman, principal isla de un grupo que los navegantes divisan desde lejos, por su pintoresca montaña de Saddle Peak, de dos mil cuatrocientos pies de altura.

Se fue siguiendo la costa de bastante cerca. Los salvajes papúes de la isla no se mostraron. Estos son unos seres colocados en el último peldaño de la escala humana, pero que han sido infundadamente considerados como antropófagos.

El desarrollo panorámico de las islas era soberbio. Inmensos bosques de palmeras asiáticas, arecas, bambúes, nueces moscadas, tecks, mimosas gigantescas, helechos arborescentes cubrían el primer plano del país, perfilándose más lejos los elegantes contornos de las montañas. Sobre la costa pululaban a millares esas preciosas salanganas, cuyos nidos comestibles son un manjar muy apreciado en el Celeste Imperio. Pero todo ese espectáculo variado, ofrecido a las miradas por el grupo de Andaman, paso pronto, y el Rangoon se dirigió con rapidez hacia el estrecho de Malaca, que debía darle acceso a los mares de China.

¿Qué hacía durante la travesía el inspector Fix, tan desgraciadamente arrastrado en aquel viaje de circunnavegación? Al salir de Calcuta, después de haber dejado instrucciones para que si le llegaba el mandamiento, le fuese remitido a Hong-Kong, había podido embarcarse a bordo del Rangoon, sin haber sido visto de Picaporte, y confiaba en disimular su presencia hasta la llegada a puerto. En efecto, difícil le hubiera sido explicar por qué se hallaba a

bordo sin excitar las sospechas de Picaporte, que debía creerlo en Bombay. Pero la lógica misma de las circunstancias reanudó sus relaciones con el honrado mozo. ¿De qué modo? Vamos a relatarlo.

Todas las esperanzas, todos los deseos del inspector de policía se concentraban entonces en un solo punto del mundo, Hong-Kong, porque el vapor se detenía muy poco tiempo en Singapur para poder obrar en esta ciudad. La prisión debía tener lugar por consiguiente en Hong-Kong, porque, si no, irremisiblemente se le escaparía el ladrón otra vez.

En efecto, Hong-Kong era todavía inglesa, pero la última. Más allá, China, Japón y América ofrecían un refugio casi seguro a míster Fogg. En Hong-Kong no bastaría ya un simple mandamiento de prisión, sino demoras, dilaciones y obstáculos de toda naturaleza, lo que el ladrón aprovecharía para escaparse definitivamente. Si la operación no se podía llevar a cabo en Hong-Kong, sería, si no imposible, mucho más difícil poderla efectuar con alguna probabilidad de éxito.

Por consiguiente —decía Fix durante las dilatadas horas que pasaba en el camarote—, o el mandamiento estará en Hong-Kong y prenderé a mi hombre, o no estará y será preciso retrasar su viaje a toda costa. ¡Fracasado en Bombay y en Calcuta, si no doy el golpe en Hong-Kong, perderé mi reputación! Cueste lo que cueste, es necesario triunfar. ¿Pero qué medio emplearé para demorar, si fuese necesario, la partida de ese maldito Fogg?

Como última solución, Fix estaba decidido a revelárselo todo a Picaporte, dándole a conocer el amo a quien servía y del cual no era cómplice ciertamente. Picaporte, con esta revelación, debería creerse comprometido, y entonces se pondría de parte de Fix. Pero una sola palabra dicha por Picaporte a su amo bastaría para comprometer irremisiblemente el negocio.

El inspector de policía se hallaba, pues, muy apurado, cuando la presencia de Auda a bordo del Rangoon, en compañía de Phileas Fogg, le abrió nuevas perspectivas.

¿Quién era aquella mujer? ¿Qué circunstancias la habían llevado a ser compañera de Fogg? El encuentro había tenido efecto evidentemente entre Bombay y Calcuta. ¿Pero en qué punto de la península? ¿Era él acaso quien había reunido a Phileas Fogg con la

joven viajera? ¿Ese viaje a través de la India, por el contrario había sido emprendido con el fin de reunirse con tan linda persona? ¡Porque era lindísima! Bien lo había advertido Fix en la sala de audiencia del tribunal de Calcuta.

Fácil es comprender cuán inquieto debía estar el agente. Ocurriósele la idea de algún rapto criminal. ¡Sí! ¡Eso debía ser! Tal pensamiento se incrustó en el cerebro de Fix, reconociendo todo el partido que de semejante circunstancia podía sacar. Fuese o no casada la joven, había rapto, y era posible suscitar en Hong-Kong tales dificultades al raptor, que no pudiera salir de ellas ni aun a fuerza de dinero.

Pero no había que aguardar la llegada del Rangoon a Hong-Kong. Aquel Fogg tenía la detestable costumbre de saltar de un buque a otro y antes que la denuncia se entablase podía estar ya muy lejos.

Lo que importaba era prevenir a las autoridades inglesas y señalar el paso del Rangoon antes del desembarque. Nada era más fácil, puesto que el vapor hacía escala en Singapur, y esta ciudad estaba unida con la costa de China por un cable telegráfico.

Sin embargo, antes de obrar, y con el fin de proceder con más seguridad, Fix resolvió interrogar a Picaporte. Sabía que no era muy difícil hacerle hablar, y se decidió a romper el disimulo que hasta entonces había guardado. Pero no había tiempo que perder, porque era el 31 de octubre, y al día siguiente el Rangoon debía hacer escala en Singapur.

Saliendo, pues, aquel día de su camarote, Fix subió a cubierta con intento de salir al encuentro de Picaporte dando muestras de la mayor sorpresa. Picaporte se estaba paseando a proa cuando el inspector corrió hacia él, exclamando:

–¿Usted aquí en el Rangoon?

–¡El señor Fix a bordo! –respondió Picaporte, altamente sorprendido al reconocer a su compañero de travesía del Mongolia–. ¡Cómo! ¡Le deje en Bombay y le encuentro en camino de Hong-Kong! Entonces, ¿también da usted la vuelta al mundo?

–No –contestó Fix– y pienso detenerme en Hong-Kong, al menos durante algunos días.

–¡Ah! – exclamó Picaporte, que tuvo un momento de asombro–. ¿Y cómo no le he visto a usted desde la salida de Calcuta?

–Cierto malestar... un poco de mareo... He guardado cama en mi camarote... El golfo de Bengala no me hace tan bien como el mar de las Indias. ¿Y su amo, el señor Fogg?

–Con buena salud y tan puntual como su itinerario. ¡Ni un día de retraso! ¡Ah! Señor Fix, no sabe usted que también está con nosotros una señora joven!

–¿Una señora joven? –dijo el agente, que aparentaba perfectamente no comprender lo que su interlocutor quería decir.

Pero Picaporte le puso pronto al corriente de la historia. Refirió el incidente de la pagoda de Bombay, la adquisición del elefante al precio de dos mil libras, el suceso del suttu, el rapto de Auda, la sentencia del tribunal de Calcuta, la libertad bajo fianza. Fix, que conocía la última parte de estos incidentes, simulaba ignorarlos todos, y Picaporte se dejaba llevar por el encanto de relatar sus aventuras a un oyente que tanto interés demostraba en escucharle.

–Pero en suma –preguntó Fix–, ¿es que su amo intenta llevarse a esa joven a Europa?

–No, señor Fix, no. Vamos a entregarla a uno de sus parientes: rico comerciante de Hong-Kong.

–¡No hay remedio! –exclamó el detective, disimulando su despecho–. ¿Quiere una copa de ginebra, señor Picaporte?

–Con mucho gusto, señor Fix. ¡Nuestro encuentro a bordo del Rangoon bien merece que bebamos!

Capítulo 17

Desde aquel momento, Picaporte y el agente se encontraron con frecuencia; pero Fix estuvo muy reservado con su compañero y no trató de hacerle hablar. Sólo vio una o dos veces a míster Fogg, quien permanecía en el salón del Rangoon, ora haciendo compañía a Auda, ora jugando al whist, según su invariable costumbre.

En cuanto a Picaporte, comenzó a pensar formalmente sobre la extraña casualidad que traía otra vez a Fix al mismo camino que su amo. Y en efecto, con menos había para sorprenderse. Un caballero muy amable y a la verdad muy complaciente, que aparece primero en Suez, que se embarca en el Mongolia, que desembarca en Bombay, donde dice que debe quedarse; que se encuentra luego en el Rangoon en dirección de Hong-Kong; en una palabra, siguiendo paso a paso el itinerario de míster Fogg, tenía que inducir a meditación más o menos profunda. Había en ello sus coincidencias. ¿Tras de quién iba Fix? Picaporte estaba dispuesto a apostar sus babuchas, las había precisamente conservado, a que Fix saldría de Hong-Kong al mismo tiempo que ellos; y casi con toda seguridad en el mismo vapor.

Aun cuando Picaporte hubiera estado discurriendo durante un siglo, nunca hubiera acertado con la misión de que estaba encargado el agente. Jamás se hubiera imaginado que Phileas Fogg fuera seguido como un ladrón vulgar alrededor del globo terrestre. Pero como la condición humana quiere explicarlo todo, he aquí cómo Picaporte, por una repentina inspiración, interpretó la presencia permanente de Fix, y en verdad, que no dejaba de ser plausible su ocurrencia. En efecto, según él, Fix no era ni podía ser más que un agente enviado en seguimiento de Phileas Fogg por sus compañeros del Reform-Club, con objeto de comprobar si el viaje se hacía efectivamente alrededor del mundo según el itinerario convenido.

–¡Es evidente, es evidente! –decía para sí el honrado mozo, ufano de su perspicacia–. ¡Es un espía que esos caballeros han enviado tras nosotros! ¡Eso no es digno! ¡Míster Fogg, tan probo, tan hombre de bien! ¡Hacerle espiar por un agente! ¡Ah! ¡Señores del Reform-Club, caro les costará!

Encantado Picaporte de su descubrimiento, resolvió, sin embargo, no decir nada a su amo por temor a que éste se resintiese con razón ante la desconfianza que manifestaban sus adversarios. Pero se propuso embromar a Fix con este motivo, mediante palabras embozadas y sin comprometerse.

El miércoles, 30 de octubre, por la tarde, el Rangoon entraba en el estrecho de Malaca, que separa la península de este nombre de las tierras de Sumatra. Unos islotes montuosos, muy escarpados y pintorescos, ocultaban a los pasajeros la vista de la gran isla.

Al día siguiente, a las cuatro de la mañana, habiendo el Rangoon ganado media jornada sobre la travesía reglamentaria, anclaba en Singapur con objeto de renovar su provisión de carbón.

Phileas Fogg inscribió este adelanto en la columna de beneficios, y esta vez bajó a tierra, acompañando a Auda, que había manifestado deseos de pasearse durante algunas horas.

Fix, a quien parecía sospechosa toda acción de Fogg, les siguió con disimulo. En cuanto a Picaporte, que se reía *in petto* al ver la maniobra de Fix, fue a hacer sus compras habituales.

La isla de Singapur no es grande ni de respetable aspecto. Carece de montañas, y por lo tanto, de perfiles; pero en su pequeñez es encantadora. Es un parque cortado por magníficas carreteras. Un bonito tren, tirado por esos elegantes caballos importados de Nueva Holanda, transportó a mistress Auda y a Phileas Fogg al centro de unos grupos de palmeras de brillante hoja y de esos árboles que producen el clavo de especia, formado con el capullo mismo de la flor entreabierto. Allí los setos de arbustos de la pimienta sustituían las cambroneras de las campiñas europeas; los saguteros, los grandes helechos con su soberbio follaje, variaban el aspecto de aquella región tropical; los árboles de nuez moscada con sus barnizadas hojas saturaban el aire de penetrante perfume. Los monos, en tropeles, ostentando su viveza y sus muecas, no faltaban en los bosques, ni los tigres en los juncales. A quien se asombre de

que en tan reducida isla no hayan sido destruidos tan terribles carnívoros, les responderemos que vienen de Malaca atravesando el estrecho a nado.

Luego de haber recorrido la campiña durante dos horas, mistress Auda y su compañero –que miraban un poco sin ver– regresaron a la ciudad, extensa aglomeración de casas pesadas y bajas rodeadas de lindos jardines donde se hallaban los mangostanes, piñas y las mejores frutas del mundo.

A las diez volvían al vapor, después de haber sido seguidos, sin sospecharlo, por el inspector, que también había tenido que hacer gasto de coche.

Picaporte los esperaba en el puente del Rangoon. El buen muchacho había comprado algunas docenas de mangostanes, tan grandes como manzanas medianas, de color pardo oscuro por fuera, rojo subido por dentro, y cuya pulpa blanca, al fundirse entre los labios, procura a los verdaderamente golosos un goce sin igual. Picaporte tuvo una gran satisfacción en ofrecerlos a mistress Auda quien se lo agradeció con suma gracia.

A las doce, el Rangoon, después de carbonear, largaba sus amarras; y algunas horas más tarde los pasajeros perdían de vista las altas montañas de Malaca, cuyas selvas abrigan los más hermosos tigres de la tierra.

Singapur dista mil trescientas millas de la isla de Hong-Kong, pequeño territorio inglés separado de la costa de China. Phileas Fogg tenía interés en recorrerlas en seis días a lo sumo, con objeto de tomar en Hong-Kong el vapor que partía el 6 de noviembre para Yokohama, uno de los principales puertos de Japón.

El Rangoon iba muy cargado. Se habían embarcado en Singapur numerosos pasajeros, indios, ceilaneses, chinos, malayos, portugueses, la mayor parte de los cuales iban en las clases inferiores.

El tiempo, bastante bueno hasta entonces, cambió con el último cuarto de luna. La mar se puso gruesa. El viento arreció, pero felizmente por el sudeste, lo cual favorecía la marcha del vapor. En esos momentos el capitán hacía desplegar velas. El Rangoon, aparejado en bergantín, navegó a menudo con sus dos gavia y trinquete, aumentando su velocidad bajo la doble acción del vapor y

del viento. Así fueron recorridas, sobre una zona estrecha y a veces muy penosa, las costas de Anam y Cochinchina.

Pero la culpa la tenía más bien el Rangoon que el mar; y los pasajeros, que se sintieron indispuestos en su mayor parte, debieron achacar su malestar al buque.

En efecto, los vapores de la Compañía Peninsular que hacen el servicio de los mares de China tienen un defecto de construcción muy grave. La relación del calado en carga con la cabida ha sido mal calculada, y por lo tanto, ofrecen al mar muy débil resistencia. Su volumen cerrado, impenetrable al agua, es insuficiente. Están anegados, y a consecuencia de esta disposición bastaban algunos bultos echados a bordo para modificar su marcha. Son, por consiguiente, esos buques muy inferiores, si no por el motor y el aparato evaporatorio, a los tipos de las mensajerías francesas, tales como la Emperatriz y el Cambodge. Mientras, según los cálculos de los ingenieros, estos buques pueden embarcar una cantidad de agua igual a su propio peso antes de sumergirse, los de la Compañía Peninsular, el Golconda, el Corea y el Rangoon no podrían recibir el sexto de su peso sin naufragar.

Convenía, pues, tomar grandes precauciones durante el mal tiempo. Era menester algunas veces estar a la capa con poco vapor, lo cual era una pérdida de tiempo que no parecía afectar a Phileas Fogg en modo alguno, pero que irritaba sumamente a Picaporte. Acusaba entonces al capitán, al maquinista, a la Compañía, y enviaba al diantre a todos los que se dedicaban al transporte de viajeros. Tal vez también la idea de aquel mechero de gas que seguía ardiendo por su cuenta en la casa de Saville-Row, constituía una gran parte de su impaciencia.

—¿Parece que tiene usted mucha prisa en llegar a Hong-Kong? — le dijo un día el detective.

—¡Mucha prisa! —contestó Picaporte, absorto.

—¿Supone usted que míster Fogg tiene también mucha prisa en tomar el vapor de Yokohama?

—¡Una prisa espantosa!

—¿Luego ahora cree en ese extraño y fantástico viaje alrededor del mundo?

—Absolutamente. ¿Y usted, señor Fix?

–¿Yo? No creo en él.

–¡Truhán! –replicó Picaporte, guiñando el ojo.

Tal palabra dejó pensativo al agente. El calificativo le inquietó mucho sin saber por qué. ¿Le había descubierto el francés? No sabía que pensar. ¿Cómo podría Picaporte haberse enterado de su condición de detective, cuyo secreto de nadie podía ser sabido? Y no obstante, al hablar así, Picaporte lo había hecho con segunda intención.

Aconteció también que el buen muchacho se propasó aún más otro día, sin poder contener la lengua.

–Vamos, señor Fix –preguntó a su compañero con malicia–, ¿acaso una vez llegados a Hong-Kong tendremos el sentimiento de dejarle allí?

–No lo sé –respondió Fix bastante desconcertado– ¡No lo sé!... ¡Tal vez!...

–¡Ah! –exclamó Picaporte–. Si nos acompañase sería una dicha para mí. ¡Vamos! ¡Un agente de la Compañía Peninsular no debe quedarse en el camino! ¡Iba usted sólo a Bombay, y ya pronto estaremos en China! ¡América no está lejos, y de América a Europa sólo hay un paso!

Fix miraba con atención a su interlocutor, que le mostraba el semblante más afable del mundo, y adoptó el partido de reírse con él. Pero éste, que estaba de broma, le preguntó si su oficio le producía mucho.

–Sí y no –contestó Fix sin pestañear–. Hay negocios buenos y malos. ¡Pero bien comprenderá usted que no viajo a mis expensas!

–¡Oh! ¡En cuanto a eso, estoy seguro de ello! –exclamó Picaporte riéndose más y con complacencia.

Terminada la conversación, Fix entró en su camarote y se entregó a la meditación. Estaba a todas luces descubierto. De un modo o de otro, el francés había reconocido su cualidad de agente de policía. ¿Pero se lo habría revelado al amo? ¿Qué papel hacía en todo aquello? ¿Era cómplice o no? ¿El negocio estaba descubierto y, por lo tanto, fallido? El agente pasó algunas horas angustiosas, creyéndolo unas veces perdido todo, esperando en otras que Fogg ignorase la situación, y, por último, no sabiendo qué partido tomar.

Entretanto, se estableció la calma en su cerebro y resolvió obrar francamente con Picaporte. Si no se encontraba en las condiciones apetecidas para prender a Fogg en Hong-Kong, y si Fogg se preparaba para salir del territorio inglés definitivamente, él, Fix, se lo revelaría todo a Picaporte. O el criado era cómplice de su amo –y éste lo sabía todo, en cuyo caso el negocio estaba definitivamente comprometido–, o el criado no tenía parte alguna en el robo, y entonces su interés estaba en separarse del ladrón.

Tal era, pues, la situación respectiva de aquellos dos hombres, mientras que Phileas Fogg se distinguía por su magnífica indiferencia. Cumplía racionalmente su órbita alrededor del mundo, sin inquietarse de los asteroides que giraban a su alrededor.

Y no obstante, había en las cercanías, según expresión de los astrónomos, un astro perturbador que hubiera debido producir algunas alteraciones en el corazón del caballero. ¡Pero no! El encanto de mistress Auda no tenía influencia alguna, con gran sorpresa de Picaporte, y las perturbaciones, si existían, hubieran sido más difíciles de calcular que las de Urano, que han ocasionado el descubrimiento de Neptuno.

¡Sí! ¡Era una sorpresa diaria para Picaporte, que leía tanto agradecimiento hacia su amo en los ojos de la hermosa joven! ¡Decididamente, Phileas Fogg sólo tenía corazón bastante para conducirse con heroísmo, pero no con amor, no! En cuanto a las perturbaciones que los azares del viaje podían causarle, no daba indicio alguno de ellos. Pero Picaporte vivía en continua angustia. Apoyado un día en el pasamano de la máquina, contemplaba cómo a intervalos precipitaba ésta su movimiento, cuando la hélice salió de pronto fuera de las olas por un violento cabeceo, escapándose el vapor por las válvulas, lo cual provocó las iras de tan digno mozo.

–¡No están bastante cargadas esas válvulas –exclamó–. ¡Eso no es andar! ¡Al fin, ingleses! ¡Ah! Si fuese un buque americano, quizá saltaríamos, pero iríamos más aprisa.

Capítulo 18

Durante los primeros días de la travesía, el tiempo fue bastante malo. El viento arreció mucho. Entablándose en el noroeste, contrarió la marcha del vapor, y el Rangoon, demasiado inestable, cabeceó considerablemente, adquiriendo los pasajeros el derecho de guardar rencor a las anchurosas oleadas que el viento levantaba sobre la superficie del mar.

Durante los días 3 y 4 de noviembre aquello fue una especie de tempestad. La borrasca batió el mar incesantemente. El Rangoon debió estarse a la capa durante media jornada, manteniéndose con diez vueltas de hélice nada más, y tomando el sesgo a las olas. Todas las velas fueron arriadas, y aun sobraban todos los aparejos, que silbaban en medio de las ráfagas.

La velocidad del vapor, como es fácil de suponer, quedó considerablemente rebajada, y se pudo calcular que la arribada a Hong-Kong tendría efecto veinte horas después de la normal y quizá más, si la tempestad no cesaba.

Phileas Fogg asistía a ese espectáculo de un mar furioso que parecía luchar directamente contra él, sin perder su habitual impassibilidad. Su frente no se nubló ni un instante, y a pesar de ello, una tardanza de veinte horas podía comprometer su viaje, haciéndole perder la salida del vapor de Yokohama. Pero aquel hombre sin nervios no experimentaba ni impaciencia ni aburrimiento. Hasta parecía que la tempestad estaba en su programa y prevista de antemano. Mistress Auda que habló de este contratiempo con su compañero, lo encontró tan sereno como antes.

Fix no veía las cosas del mismo modo. Por el contrario, la tempestad le agradaba. Su satisfacción no hubiera tenido límites si el Rangoon se hubiera visto obligado a huir ante la tormenta. Semejantes tardanzas le cuadraban bien, porque pondrían a míster Fogg en la precisión de permanecer algunos días en Hong-Kong. Al cabo, el cielo, con sus ráfagas y borrascas, se inclinaba a su favor.

Se encontraba algo indispuerto; ¡pero qué importa! No hacía caso de sus náuseas, y cuando su cuerpo se retorció por el mareo, su ánimo se ensanchaba con satisfacción inmensa.

En cuanto a Picaporte, bien puede presumirse a que cólera se entregaría durante ese tiempo de prueba. ¡Hasta entonces todo había marchado bien! La tierra y el agua parecían haber estado a disposición de su amo. Vapores y ferrocarriles, todo le obedecía. El viento y el vapor se habían concertado para favorecer su viaje. ¿Había llegado la hora de las decepciones? Picaporte, como si las veinte mil libras de la apuesta debieran salir de su bolsillo, no vivía ya. Aquella tempestad le exasperaba, la ráfaga le enfurecía, y gustosamente hubiera azotado a aquel mar tan desobediente. ¡Pobre mozo! Fix le ocultó con cuidado su satisfacción personal, e hizo bien, porque, si Picaporte hubiera adivinado la secreta alegría de Fix, éste lo hubiera pasado mal.

Picaporte, durante toda la borrasca, permaneció sobre el puente del Rangoon. No hubiera podido estarse abajo. Se encaramaba a la arboladura y ayudaba a las maniobras con la ligereza de un mono, asombrando a todos. Dirigía preguntas al capitán, a los oficiales, a los marineros, que no podían menos de reirse al verle tan desconcertado. Picaporte quería a toda costa saber cuánto duraría la tempestad, y le enseñaban el barómetro, que no se decidía a subir. Picaporte sacudía el barómetro, pero nada conseguía, ni aun con las injurias que prodigaba al irresponsable instrumento.

Por fin la tempestad se apaciguó; el estado del mar cambió en la jornada del 4 de noviembre. El viento volvió dos cuartos al sur y se tomó favorable.

Picaporte se serenó juntamente con el tiempo. Las gavias y los foques pudieron desplegarse, y el Rangoon prosiguió su rumbo con asombrosa velocidad.

Pero no era posible recobrar todo el tiempo perdido. Había que resignarse, y la tierra no se divisó hasta el día 6 a las cinco de la mañana. El itinerario de Phileas Fogg señalaba la llegada para el 5. Había, pues, una pérdida de veinticuatro horas y necesariamente se perdía la salida para Yokohama.

A las seis, el piloto subió a bordo del Rangoon y se colocó en el puente que cubría la escotilla de la máquina para dirigir el buque por

los pasos hasta el puerto de Hong-Kong.

Picaporte ardía en deseos de preguntar a aquel hombre si el vapor de Yokohama había partido, pero no se atrevió, por no perder la esperanza hasta el último momento. Había confiado sus inquietudes a Fix, quien trataba, el muy zorro, de consolarlo, diciéndole que míster Fogg lo arreglaría tomando un vapor próximo, lo cual animaba mucho a Picaporte.

Pero si Picaporte no se aventuraba a hacer preguntas al piloto, míster Fogg, después de haber consultado su Bradshaw, le preguntó con calma si sabía cuándo saldría un buque de Hong-Kong para Yokohama.

–Mañana, a primera marea –contestó el piloto.

–¡Ah! –exclamó míster Fogg sin manifestar ningún asombro.

Picaporte, que estaba presente, hubiera abrazado de buen grado al piloto, por el contrario, Fix le hubiera retorcido con gusto el cuello.

–¿Cuál es el nombre de ese vapor? –preguntó míster Fogg.

–El Carnatic –contestó el piloto.

–¿No debía de marchar ayer?

–Sí, señor; pero tenía que hacer reparaciones en su caldera y aplazó la salida para mañana.

–Le doy las gracias –respondió míster Fogg, que con paso automático bajó al salón del Rangoon.

En cuanto a Picaporte, tomó la mano del piloto y la estrechó vigorosamente diciendo:

–¡Usted, joven piloto, es un hombre digno!

El piloto nunca habrá llegado a saber probablemente por qué sus respuestas le valieron tan amistosa expresión. Después de un silbido de la máquina, dirigió el vapor por entre aquella flotilla de juncos, tankas, barcos de pesca y buques de todo género, que obstruían los pasos de Hong-Kong.

A la una, el Rangoon estaba en el muelle y los pasajeros desembarcaban.

Debemos convenir que en esta ocasión el azar había favorecido singularmente a Phileas Fogg. Sin la necesidad de reparar las calderas el Carnatic habría levado anclas el 5 de noviembre, y los viajeros para el Japón hubieran tenido que aguardar durante ocho días la salida del vapor siguiente. Es cierto que míster Fogg estaba

retrasado en veinticuatro horas, pero este atraso no podía tener para él consecuencias sensibles.

En efecto, el vapor que hace la travesía del Pacífico desde Yokohama a San Francisco, estaba en correspondencia directa con el de Hong-Kong y no podía salir antes de la llegada de éste. Habría en efecto las tales veinticuatro horas de retraso en Yokohama, pero en los veintidós días que dura la travesía del Pacífico sería fácil recuperarlas. Phileas Fogg se hallaba, pues, con veinticuatro horas de diferencia en las condiciones de su programa, treinta y cinco días después de su salida de Londres.

El Carnatic no debía salir hasta el día siguiente, a las cinco, y por lo tanto, mister Fogg podía disponer de dieciséis horas para sus asuntos, es decir, para los de mistress Auda. Al desembarcar, ofreció su brazo a la joven y la condujo a una litera, pidiendo a los portadores que le indicasen una fonda. indicaron el Hotel Club, adonde llegó el palanquín veinte minutos después, seguido de Picaporte.

Fue alquilado un cuarto para la joven, y Phileas Fogg cuidó que nada le faltase. Después le dijo que iba inmediatamente a ponerse en busca de los parientes, en poder de quienes debía dejarla. Al mismo tiempo dio a Picaporte la orden de permanecer en la fonda hasta su regreso, para que la joven no estuviese sola.

El caballero se hizo conducir a la Bolsa. Allí conocerían probablemente a un personaje tal como el honorable Jejeeh, que era uno de los más ricos comerciantes de la ciudad.

El corredor a quien se dirigió mister Fogg conocía, en efecto, al negociante parsi; pero hacía dos años que éste, después de haber hecho fortuna, había ido a establecerse a Europa, en Holanda, según se creía, lo cual se explicaba por las numerosas relaciones que había tenido con este país durante su vida comercial.

Phileas Fogg regresó al Hotel Club y al punto se presentó ante mistress Auda, a quien, sin más preámbulo, manifestó que el honorable Jejeeh no residía ya en Hong-Kong, habitando, con toda seguridad en Holanda.

Mistress Auda no replicó nada de pronto. Se pasó la mano por la frente y estuvo meditando algunos instantes. Después, dijo con suave voz:

–¿Qué debo hacer, míster Fogg?
–Muy sencillo –contestó el impasible caballero–. Venir a Europa.
–Pero yo no puedo abusar...
–No abusa usted, y su presencia no entorpece mi programa – y dirigiéndose a su criado, llamó –: Picaporte.
–Señor –respondió el criado.
–Al Carnatic y toma tres camarotes.
Picaporte, gozoso de seguir el viaje en compañía de la joven, que le trataba con mucho amabilidad, dejó al punto el Hotel Club.

Capítulo 19

Hong-Kong no es más que un islote cuya posesión quedó asegurada para Inglaterra por el Tratado de Nankín después de la guerra de 1842. En algunos años el genio colonizador de la Gran Bretaña había fundado allí una importante ciudad y creado un puerto, el puerto de Victoria. La isla se halla situada en la desembocadura del río Cantón, habiendo solamente sesenta millas hasta la ciudad portuguesa de Macao, construida en la ribera opuesta. Hong-Kong debía necesariamente vencer en la lucha mercantil, y ahora, la mayor parte del tránsito chino se efectúa por la ciudad inglesa. Los docks, los hospitales, los wharfs, los depósitos, una catedral gótica, la casa del gobernador, calles, todo hacía creer que una de las ciudades de los condados de Kent o de Surrey, atravesando la esfera terrestre, se había trasladado a ese punto de la China, casi en los antípodas.

Con las manos metidas en los bolsillos, Picaporte se dirigió hacia el puerto Victoria, mirando los palanquines, las carretillas de vela, todavía usadas en el Celeste Imperio, y toda aquella muchedumbre de chinos, japoneses y europeos que se apiñaban en las calles. Con escasa diferencia, aquello era aún muy parecido a Bombay, Calcuta o Singapur. Hay como un reguero de ciudades inglesas así esparcidas alrededor del mundo.

Picaporte llegó al puerto Victoria. Allí, en la embocadura del río Cantón, había un hormiguero de buques de todas las naciones: ingleses, franceses, americanos y holandeses, navíos de guerra y mercantes, embarcaciones japonesas y chinas, juncos, champanes, tankas y aun barcos–flores que formaban jardines flotantes sobre las aguas. Paseándose, Picaporte observó cierto número de indígenas vestidos de amarillo y de edad muy avanzada. Habiendo entrado en una barbería china para hacerse afeitado a lo chino, supo por el barbero, que hablaba bastante bien el inglés, que aquellos ancianos pasaban de ochenta años, porque al llegar a esta edad

tenían el privilegio de vestir de amarillo, que es el color imperial. A Picaporte le pareció esto muy chistoso sin saber por qué.

Después de afeitarse se dirigió al muelle de embarque del Carnatic; y allí vio a Fix, que se paseaba de arriba abajo y viceversa, lo cual no dejó de sorprenderle. Pero el inspector de policía dejaba ver en su semblante muestras de un despecho vivísimo.

–¡Bueno! –dijo entre sí Picaporte–. Esto va mal para los señores del Reform-Club.

Y salió al encuentro de Fix con su alegre sonrisa, sin aparentar que advertía la inquietud de su compañero.

Ahora bien: el agente tenía poderosas razones para echar pestes contra el infernal azar que le perseguía. ¡No había mandamiento! Era evidente que éste corría tras de él y no podría alcanzarle sino permaneciendo algunos días en la ciudad. Y como Hong-Kong era la última población inglesa del trayecto, míster Fogg se le iba a escapar definitivamente si no conseguía detenerle.

–¿Y bien, señor Fix, está usted decidido a venir con nosotros a América? –preguntó Picaporte.

–Sí –contestó Fix apretando los dientes.

–¡Enhorabuena! –exclamó Picaporte soltando una ruidosa carcajada–. Bien sabía yo que no podría separarse de nosotros. ¡Venga a tomar su pasaje, venga!

Y ambos entraron en el despacho de los transportes marítimos, tomando camarotes para cuatro personas; pero el empleado les advirtió que estando concluidas las reparaciones del Carnatic se marcharía éste aquella misma noche a las ocho, y no al siguiente día, como se había anunciado.

–Muy bien –exclamó Picaporte–; esto no vendrá mal a mi amo. Voy a avisarle.

En aquel momento, Fix tomó una resolución extrema. Resolvió decírselo todo a Picaporte. Era éste el único medio de retener a Phileas Fogg durante algunos días en Hong-Kong.

Al salir del despacho, Fix ofreció a su compañero convidarle en una casa de té. Picaporte tenía tiempo, y aceptó el convite.

Había en el muelle una de atractivo aspecto, y en ella entraron ambos. Era una extensa sala bien adornada, en el fondo de la cual

había una tarima de campaña, guarnecida de almohadas, y sobre la cual se hallaban cierto número de durmientes.

Unos treinta consumidores ocupaban en la gran sala unas mesitas de junco tejido. Los unos vaciaban pintas de cerveza inglesa, ale o porter; los otros, copas de licores alcohólicos, gin o brandy. Además, la mayor parte de ellos fumaban en largas pipas de barro colorado, llenas de bolitas de opio mezclado con esencia de rosas. Después, de vez en cuando, algún fumador enervado caía bajo la mesa; y los mozos, cogiéndolo por los pies y la cabeza, lo trasladaban al tinglado para que allí durmiera tranquilamente. Estaban colocados en él como treinta de éstos embriagados, unos junto a otros, en el último grado de embrutecimiento.

Fix y Picaporte comprendieron que habían entrado en un fumadero frecuentado por esos miserables alelados, enflaquecidos, idiotas, a quienes la mercantil Inglaterra vende anualmente doscientos sesenta millones de pesetas de esa funesta droga llamada opio. ¡Tristes millones cobrados sobre uno de los vicios más funestos para la salud de los hombres!

Bien ha procurado el gobierno chino remediar este abuso por medio de leyes severas, pero en vano. De la clase rica, a la cual estaba, al principio, formalmente reservado el uso del opio, descendió el vicio hasta las clases inferiores, y ya no fue posible contener sus estragos. Se fuma opio en todas partes, entregándose a esa deplorable pasión hombres y mujeres, que después de acostumbrarse a esta inhalación no pueden pasar sin ella, porque experimentan horribles contracciones en el estómago. Un buen fumador puede aspirar ocho pipas al día, pero se muere en cinco años.

Fix y Picaporte habían entrado, por lo visto, en uno de esos fumaderos que abundan hasta en Hong-Kong. Picaporte no tenía dinero, pero aceptó gustoso la invitación de su compañero, reservándose pagársela en su tiempo y lugar. Fueron pedidas dos botellas de oporto, a las cuales hizo el francés mucho honor; mientras que Fix, más reservado, observaba a su compañero, con gran atención. Hablaron de diferentes cosas, sobre todo de la excelente idea que tuvo Fix al tomar pasaje en el Carnatic. Y a

causa de este vapor, cuya salida se anticipaba, Picaporte, después de vaciar las botellas, se levantó para advertir a su amo.

Fix le detuvo.

–Un momento –le dijo.

–¿Qué quiere usted, señor Fix?

–He de hablarle de cosas serias.

–¡De cosas serias! –exclamó Picaporte, vaciando algunas gotas de vino que se habían quedado en el fondo de su vaso–. Pues bien, mañana hablaremos. No tengo tiempo hoy.

–Quédese –insistió Fix–. ¡Se trata de su amo!

Picaporte, al oír esto, miró con fijeza a su interlocutor.

La expresión del semblante de Fix le pareció singular, y se sentó.

–¿Qué tiene usted, pues, que decirme? –preguntó.

Fix apoyó la mano en el brazo de su compañero, y bajando la voz, dijo:

–¿Ha adivinado quién soy?

–¡Caracoles! –soltó Picaporte, sonriendo.

–Entonces voy a confesarlo todo...

–¡Ahora que lo sé todo, compadre! ¡Ah! ¡Eso no tiene chiste! ¡Pero, en fin, siga; mas antes déjeme decirle que esos caballeros hacen gastos bien inútiles!

–¡Inútiles! –dijo Fix–. ¡Habla usted por hablar! ¡Ya se ve que no conoce la importancia de la suma!

–Sí que la conozco perfectamente –respondió Picaporte–. ¡Se trata de veinte mil libras!

–¡Cincuenta y cinco mil! –rectificó Fix, estrechando la mano del francés.

–¡Cómo! –exclamó Picaporte–. Míster Fogg se habrá atrevido... ¡Cincuenta y cinco mil libras!... Pues bien, razón de más para no perder momento –añadió, levantándose otra vez.

–¡Cincuenta y cinco mil libras! –repuso Fix, que hizo sentar de nuevo a Picaporte, después de haber hecho traer un frasco de brandy–, y si salgo bien, me gano una prima de dos mil libras. ¿Quiere quinientas con la condición de ayudarme?

–¿Ayudarle? –exclamó Picaporte, cuyos ojos se abrieron desmesuradamente.

–Sí, ayudarme a detener a míster Fogg durante algunos días en Hong-Kong.

–¿Eh? –exclamó Picaporte–, ¿Qué dice usted? ¡Cómo! ¡No contentos con hacer seguir a mi amo y sospechar de su lealtad, esos caballeros quieren, además, promover obstáculos! ¡Me avergüenzo de ellos!

–¿Qué es eso? ¿Qué quiere decir? –preguntó Fix.

–Quiero decir que es puramente muy poco delicado. Eso equivale a despojar a míster Fogg y cogerle el dinero del bolsillo.

–¡De eso, precisamente, se trata!

–Pero es una asechanza odiosa –exclamó Picaporte, animándose por la influencia del brandy que le servía Fix y que bebía sin advertirlo–, una verdadera asechanza. ¡Unos caballeros! ¡Unos colegas!

Fix empezaba a no comprender.

–¡Unos colegas! –exclamó Picaporte–. ¡Miembros del Reform-Club! ¡Sepa usted, señor Fix, que mi amo es un hombre honrado, y que cuando hace una apuesta siempre trata de ganarla lealmente!

–Pero quién cree usted que soy? –preguntó Fix clavando su mirada en Picaporte.

–¡Pardiez! ¡Un agente de los individuos del Reform-Club, con la única misión de vigilar el itinerario de mi amo, lo cual es altamente humillante! Así es que si bien hace algún tiempo he adivinado su oficio, me he guardado muy bien de revelárselo a míster Fogg.

–¿No sabe nada? –preguntó con viveza Fix.

–Nada –afirmó Picaporte, vaciando otra vez el vaso.

El inspector de policía se pasó la mano por la frente y vaciló antes de tomar la palabra. ¿Qué debería hacer? El error de Picaporte le parecía sincero, pero dificultaba aún más su proyecto. Era evidente que el muchacho hablaba con buena fe y que no era cómplice de su amo.

–Pues bien –dijo–; puesto que no es cómplice suyo, me ayudará.

El agente se había afirmado en su resolución, y por otra parte, no había tiempo que perder. A toda costa era indispensable prender a Fogg en Hong-Kong.

–Escuche –dijo Fix con presteza y escúcheme bien. Yo no soy lo que piensa usted; es decir, un agente de los miembros del Reform-

Club...

–¡Bah! –exclamó Picaporte mirándole con aire burlón.

–Soy un inspector de policía, encargado de una misión metropolitana...

–¡Usted... inspector de policía!...

–Sí, y lo pruebo –repuso Fix–. He aquí mi título.

Y el agente, sacando un papel de la cartera, enseñó a su compañero un nombramiento firmado por el director de la policía central. Picaporte miraba atónito a Fix, sin poder articular una sola palabra.

–La apuesta de mister Fogg –prosiguió Fix– no es más que un pretexto del que son juguete usted y sus compañeros del Reform-Club, porque tenía interés en asegurarse su inconsciente complicidad.

–¿Y por qué? –preguntó Picaporte curioso.

–Escuche. El día 28 de septiembre último se cometió en el Banco de Inglaterra un robo de cincuenta y cinco mil libras por un sujeto cuyas señas pudieron recogerse. He aquí las señas, que son, una por una, las de mister Fogg.

–¡Quite allá! –exclamó Picaporte, hiriendo la mesa con su robusto puño–. ¡Mi amo es el hombre más honrado del mundo!

–¿Qué sabe usted, puesto que ni siquiera le conoce? Entró usted a servirle el día de su partida, y se marchó precipitadamente con ese proyecto insensato, sin equipaje y llevándose una gruesa suma de billetes de Banco! ¿Y se atreve usted a sostener que es hombre de bien?

–¡Sí! ¡Sí! –repitió maquinalmente el buen mozo.

–¿Quiere, pues, que le prenda a usted como cómplice suyo?

Picaporte se había asido la cabeza con ambas manos. No parecía el mismo. No se atrevía a mirar al inspector de policía. ¡Phileas Fogg, ladrón, el salvador de Auda, el hombre generoso y valiente...! Y, sin embargo, ¡cuántas pruebas contra él! Picaporte trataba de rechazar las sospechas que invadían su entendimiento. No quería creer en la culpabilidad de su amo.

–En fin, ¿qué quiere usted de mí? –preguntó al agente de policía, conteniéndose por un supremo esfuerzo.

–Oiga –respondió Fix–. He seguido a míster Fogg hasta aquí, pero no he recibido aún el mandamiento de prisión que he pedido a Londres y es indispensable que me ayude usted a detenerlo en Hong-Kong...

–¡Yo! ¿Que ayude a...?

–¡Y partiremos la prima de dos mil libras prometidas por el Banco de Inglaterra!

–¡Jamás! –respondió Picaporte, que intentó levantarse y volvió a caer, sintiendo que su razón y sus fuerzas le faltaban a un tiempo.

– Señor Fix –dijo tartamudeando–. Aun cuando fuese verdad todo lo que me ha dicho..., aun cuando mi amo fuera el ladrón que busca usted..., lo cual niego..., he estado... estoy a su servicio...; le conozco como bueno y generoso ... Venderlo... jamás..., no, por todo el oro del mundo ... ¡Soy de un lugar donde no se come pan de esa especie!

–¿Se niega usted?

–Me niego.

–Supongamos que nada he dicho –respondió Fix–, y bebamos.

–Sí, bebamos.

Picaporte se sentía cada vez más invadido por la embriaguez. Comprendiendo Fix que era necesario a toda costa separarlo de su amo, quiso rematarlo. Había sobre la mesa algunas pipas cargadas de opio. Fix puso una en manos de Picaporte, quien la tomó, la llevó a los labios, la encendió, aspiró algunas bocanadas, y cayó con la cabeza aturdida bajo la influencia del narcótico.

–En fin –dijo Fix, al ver a Picaporte anonadado–, míster Fogg no recibirá a tiempo el aviso de la salida del Carnatic, y si parte, por lo menos no se irá con este maldito francés.

Y salió después de haber pagado el gasto.

Capítulo 20

Durante la anterior escena, que iba, quizá, a comprometer gravemente el porvenir de míster Fogg, éste se paseaba con Auda por las calles de la ciudad inglesa. Desde que la joven había aceptado la oferta de conducirla a Europa, míster Fogg había tenido que pensar en todos los pormenores que requiere tan larguísimo viaje. Que un inglés como él diese la vuelta al mundo con un saco de noche, pase; pero una mujer no podía emprender semejante travesía en tales condiciones. De ahí resultaba la necesidad de adquirir vestidos y objetos necesarios para el viaje. Míster Fogg hizo este servicio con la calma que le caracterizaba, y a todas las excusas y observaciones de la joven viuda, confundida con tanto obsequio, contestaba invariablemente:

–Esto es en interés de mi viaje; está en mi programa.

Efectuadas las compras, míster Fogg y la joven entraron en el hotel, y comieron en la mesa redonda que estaba servida suntuosamente. Después, mistress Auda, algo cansada, pasó a su habitación, estrechando antes la mano de su imperturbable salvador.

El honorable Phileas Fogg pasó toda la velada leyendo el *Times* y el *Illustrated London News*.

Si algo debiera haberle asombrado, era no haber visto a su criado a la hora de acostarse; pero sabiendo que el vapor no salía de Hong-Kong hasta el día siguiente, no se preocupó por ello. Pero por la mañana Picaporte no acudió tampoco al llamamiento de la campanilla.

Nadie hubiera podido decir lo que pensó el honorable caballero al saber que su criado no había regresado a la fonda. Míster Fogg no hizo más que tomar su saco, avisar a mistress Auda y enviar a buscar un palanquín.

Eran entonces las ocho y la marea que debía aprovechar el Carnatic para su salida, estaba indicada para las nueve y media.

Cuando el palanquín llegó a la puerta de la fonda, míster Fogg y mistress Auda subieron al cómodo vehículo, y el equipaje siguió detrás de una carretilla.

Media hora más tarde los viajeros bajaban al muelle de embarque, y allí recibieron la noticia de que el Carnatic había emprendido viaje la víspera.

Míster Fogg, que esperaba encontrar a la vez al buque y a su criado, tuvo que pasar sin el uno y sin el otro; pero en su rostro, no apareció ninguna señal de inquietud, y se limitó a contestar.

–Es un incidente, señora mía, y nada más.

En aquel momento, un personaje, que lo observaba con atención, se acercó a él. Era el inspector Fix, quien le saludó y le dijo:

–¿No es usted, como yo, caballero, uno de los pasajeros del Rangoon llegado ayer?

–Sí, señor –contestó fríamente míster Fogg–; pero no tengo la honra...

–Dispéñeme, pero creí encontrar aquí a su criado.

–¿Sabe usted dónde está, caballero? –preguntó con viveza la joven viuda.

–¡Cómo! ¿No está con ustedes? –dijo Fix, fingiéndose sorprendido.

–No –repuso mistress Auda–. Desde ayer no hemos vuelto a verle. ¿Se habrá embarcado sin nosotros a bordo del Carnatic?

–¿Sin ustedes, señora?... –exclamó el agente–. Pero, permítame una pregunta: ¿pensaban, por lo visto, marcharse en el vapor?

–Sí señor.

–Yo también, señora, y me encuentro muy contrariado. ¡Habiendo terminado el Carnatic sus reparaciones, salió de Hong-Kong, doce horas antes sin avisar a nadie, y ahora será preciso aguardar ocho días la próxima salida!

Al pronunciar estas palabras “ocho días”, Fix sentía latir de gozo su corazón. ¡Ocho días! ¡Fogg detenido ocho días en Hong-Kong! Había tiempo de recibir el mandamiento de prisión. En fin, la suerte se declaraba en favor del representante de la Ley.

Júzguese qué golpe recibiría cuando oyó decir a Phileas Fogg con sosegada voz:

–Pero me parece que en el puerto de Hong-Kong hay otros buques.

Y míster Fogg ofreció su brazo a mistress Auda y se dirigió a los docks, en busca de un buque dispuesto a marchar.

Fix le seguía, desconcertado. Diríase que un hilo invisible le tenía atado a aquel hombre.

No obstante, el azar parecía abandonar a quien con tanta constancia había servido hasta entonces. Durante tres horas Phileas Fogg recorrió el puerto en todos sentidos, decidido, si era necesario, a fletar una embarcación para ir a Yokohama; pero no vio más que buques en carga o descarga, y que, por lo tanto, no podían aparejar. Fix comenzó a recobrar esperanzas.

Pero el caballero inglés no se desanimaba, estaba dispuesto a continuar sus investigaciones, aun cuando para ello tuviera que ir hasta Macao, cuando le salió al encuentro un marino, quien descubriéndose, le dijo:

–¿Busca Su Honor un barco?

–¿Lo tiene usted dispuesto a marchar? –preguntó míster Fogg.

–Sí, señor; un barco–piloto, número 43, el mejor de la flotilla.

–¿Marcha bien?

–Entre ocho y nueve millas por lo menos. ¿Quiere verlo Su Honor?

–Sí.

–Su Honor quedará satisfecho. ¿Se trata de un paseo por mar?

–No. De un viaje.

–¡Un viaje!

–¿Se encargaría usted de conducirme a Yokohama?

El marino, al oír esto, se quedó con los brazos colgando y los ojos desencajados.

–¿Su Honor se quiere burlar?

–¡No! He perdido la salida del Carnatic, y debo estar el 14, lo más tarde, en Yokohama, para tomar el vapor de San Francisco.

–Lo siento –contestó el piloto–; pero es imposible.

–Le ofrezco cien libras por día, y una prima de doscientas libras si llego a tiempo.

–¿De veras? – preguntó el piloto.

–Muy de veras –afirmó míster Fogg.

El piloto se había retirado aparte. Miraba al mar; evidentemente luchaba entre el deseo de ganar una suma enorme y el temor de aventurarse tan lejos. Fix padecía, entretanto, mortales angustias.

Por su parte, míster Fogg se había vuelto hacia Auda, y le decía:

–¿No tendrá miedo?

–Con usted, no, míster Fogg –respondió la joven viuda.

El piloto se había adelantado de nuevo hacia nuestro impasible caballero, dando vueltas al sombrero entre las manos.

–¿Y bien, piloto? –dijo míster Fogg.

–Pues bien, Su Honor –respondió el piloto–, no puedo arriesgar ni a mis hombres, ni a mí, ni a usted en tan larga travesía, sobre una embarcación de veinte toneladas y en esta época del año. Además, no llegaríamos a tiempo, porque hay mil seiscientas cincuenta millas de Hong-Kong a Yokohama.

–Mil seiscientas tan sólo –dijo míster Fogg.

–Lo mismo da.

Fix respiró una bocanada de aire.

–Pero –añadió el piloto–, habría quizá, modo de arreglar la cosa de otro manera.

–¿Cómo? –preguntó Phileas Fogg.

–Yendo a Nagasaki, en la punta meridional del Japón, mil cien millas, o a Shangai, que está a ochocientas millas de Hong-Kong. En esta última travesía nos separaríamos poco de la costa china, lo cual sería una gran ventaja, tanto más, cuanto que las corrientes se dirigen hacia el Norte.

–Piloto –respondió Phileas Fogg–, en Yokohama es donde debo tomar el correo americano, y no en Shangai ni en Nagasaki.

–¿Por qué no? –repuso el piloto–. El vapor de San Francisco no sale de Yokohama, sino que hace allí escala, así como en Nagasaki, siendo Shangai su punto de partida.

–¿Es cierto lo que dice?

–Cierto.

–¿Y cuándo sale el vapor de Shangai?

El 11, a las siete de la tarde. Tenemos cuatro días para llegar, esto es, noventa y seis horas; y con un promedio de ocho millas por hora, si nos acompaña la suerte, si el viento es del sudeste, si la mar está

bonancible, podremos salvar las ochocientas millas que nos separan de Shangai.

–¿Y cuándo puede usted emprender la marcha?

–Dentro de una hora. El tiempo de comprar víveres y aparejar.

–Asunto convenido... ¿Es usted patrón del buque?

–Sí, señor; John Bunsby, patrón de la Tankadera.

–¿Quiere usted un adelanto?

–Si no sirve de molestia a Su Honor.

–Aquí tiene doscientas libras a cuenta... Caballero –añadió Phileas Fogg, volviéndose hacia Fix–, si quiere aprovechar..

–Iba a solicitar de usted ese favor –contestó resueltamente Fix.

–Pues bien. Dentro de media hora, estaremos a bordo.

–Pero ese pobre muchacho –indicó mistress Auda, a quien la desaparición de Picaporte preocupaba mucho.

–Voy a hacer por él todo cuanto pueda –respondió Phileas Fogg.

Y mientras Fix, nervioso y calenturiento, rabioso, se dirigía al barco–piloto, ambos se fueron a las oficinas de policía de Hong-Kong. Allí Phileas Fogg dio las señas de Picaporte para que lo enviaran a Europa. La misma formalidad se cumplió en el consulado de Francia, y después de haber pasado por el hotel donde fue recogido el equipaje, volvieron los viajeros al puerto.

Daban las tres. El barco–piloto número 43, con su tripulación a bordo y sus víveres embarcados, estaba a punto de hacerse a la vela.

Era la Tankadera una bonita goleta de veinte toneladas, delgada de proa, franca de corte, muy prolongada en su línea de agua. Parecía un yate de carreras. Sus brillantes colores, sus herrajes galvanizados, su puente blanco como el marfil, indicaban que el patrón John Bunsby sabía lo que se hacía en cuanto se refería a limpieza y curiosidad. Sus dos mástiles se inclinaban algo hacia atrás. Llevaba cangreja, mesana, trinquete, foques, cuchillos y botadores, y podía aparejar bandola para viento en popa. Marchaba maravillosamente, y de hecho había ganado ya muchos premios en las carreras de barcos–pilotos.

La tripulación de la Tankadera se componía del patrón John Bunsby y de cuatro hombres. Eran de esos atrevidos marinos que en todos tiempos se aventuran en empresas difíciles y conocen

admirablemente aquellos mares. John Bunsby, hombre de cuarenta y cinco años, vigoroso y de tez morena, mirada viva y la figura enérgica, actitud bien plantada y muy sobre sí, hubiera inspirado confianza a los pasajeros más recelosos.

Phileas Fogg y mistress Auda pasaron a bordo, donde ya se encontraba Fix. Por la carroza de popa de la goleta se bajaba a una cámara cuadrada, cuyas paredes se arqueaban por encima de un diván circular. En medio había una mesa alumbrada por una lámpara a prueba de oscilaciones. Era aquello muy pequeño, pero muy limpio.

–Lamento no poderle ofrecer otra cosa mejor –dijo míster Fogg a Fix, quien se inclinó sin responder.

El inspector de policía sentía cierta humillación en aprovechar así los obsequios de míster Fogg.

–¡Seguramente –decía para sí–, es un bribón muy cortés, pero es un bribón al fin y al cabo!

A las tres y diez minutos fueron izadas las velas. El pabellón de Inglaterra ondeaba en la cangreja de la goleta. Los pasajeros estaban sentados en el puente. Míster Fogg y mistress Auda dirigieron una postrer mirada al muelle con el objeto de ver si Picaporte aparecía.

Fix no dejaba de tener su miedo, porque la casualidad hubiera podido guiar hasta aquel paraje al desgraciado muchacho a quien había tratado tan indignamente, y entonces hubiera mediado una explicación desventajosa para el agente. Pero el francés no se presentó, y sin duda, estaba aún bajo la influencia del embrutecimiento producido por el narcótico.

Por fin, el patrón John Bunsby pasó mar afuera, y tomando el viento con cangreja, mesana y foques, se lanzó ondulante sobre las aguas.

Capítulo 21

Era muy aventurado el emprender aquella navegación de ochocientas millas sobre una embarcación de veinte toneladas y, sobre todo, en aquella época del año. Los mares de la China son generalmente malos; están expuestos a terribles borrascas, en particular durante los equinoccios, y aún no habían transcurrido los primeros días de noviembre.

Muy ventajoso hubiera sido, desde luego, para el piloto, conducir los pasajeros a Yokohama, puesto que le pagaban a tanto por día; pero arrostraría la grave imprudencia de intentar semejante travesía en tales condiciones, y era ya bastante audacia, si no temeridad, el subir hasta Shangai. No obstante, John Bunsby tenía mucha confianza en su Tankadera, que se elevaba sobre el oleaje como una malva, y quizá no iba descaminado.

Durante las últimas horas de aquella jornada, la Tankadera navegó por los caprichosos pasos de Hong-Kong, y en todas sus maniobras conducíase admirablemente.

–No necesito, piloto –dijo Phileas Fogg, en el momento en que la goleta salía mar afuera–, recomendarle toda la diligencia posible.

–Confíe Su Honor en mí –respondió John Bunsby–. En materia de velas, llevamos todo lo que el viento permite llevar.

–Es su oficio, y no el mío, piloto, y confío en usted.

Phileas Fogg, con el cuerpo erguido, las piernas separadas, a plomo como un marino, miraba, sin alterarse, el ampollado mar. La joven viuda, sentada a popa, se sentía conmovida al contemplar el océano, oscurecido ya por el crepúsculo, y sobre el cual se arriesgaba en una débil embarcación. Por encima de su cabeza desplegábanse las blancas velas, que la arrastraban por el espacio cual olas gigantescas. La goleta, levantada por el viento, parecía volar por el aire.

Llegó la noche. La luna entraba en el primer cuarto, y su insuficiente luz no tardaría en extinguirse entre las brumas del

horizonte. Las nubes que venían del este iban invadiendo ya una parte del cielo.

El piloto había dispuesto sus luces de posición, precaución indispensable en aquellos mares, muy frecuentados en las cercanías de la costa. Los encuentros con buques no eran raros, y con la velocidad que navegaba, la goleta se hubiera estrellado al más ligero choque.

Fix estaba meditabundo en la proa. Se mantenía apartado, pues sabía que Fogg era poco hablador; por otra parte, le repugnaba hablar con el hombre de quien aceptaba servicios. También pensaba en el porvenir. Le parecía cierto que míster Fogg no se detendría en Yokohama, y que tomaría inmediatamente el vapor de San Francisco con objeto de llegar a América, cuya vasta extensión le aseguraría la impunidad y la seguridad. El plan de Phileas Fogg le parecía sumamente sencillo.

En vez de embarcarse en Inglaterra para los Estados Unidos, como un bribón vulgar, Fogg había dado la vuelta, atravesando las tres cuartas partes del globo, para alcanzar con más seguridad el continente americano, donde se comería tranquilamente los millones del Banco, después de haber desorientado a la policía. Pero, una vez en los Estados Unidos, ¿qué haría Fix? ¿Abandonar a aquel hombre? No, y cien veces no. Mientras no hubiese conseguido su extradición, no lo soltaría. Era su deber, y lo cumpliría hasta el fin. En todo caso, se había presentado una circunstancia feliz. Picaporte no estaba ya con su amo, y, sobre todo, después de las confidencias de Fix importaba que amo y criado no volvieran a verse jamás.

Phileas Fogg, por su parte, no dejaba de pensar en su criado, que, de modo tan singular, había desaparecido. Después de meditar mucho, no le parecía imposible que, por mala inteligencia del pobre mozo se hubiese embarcado en el Carnatic en el último momento. También era ésta la opinión de mistress Auda, que echaba de menos a aquel fiel servidor, a quien tanto debía. Podía, pues, acontecer que le encontrasen en Yokohama, y sería fácil saber si el Carnatic lo había llevado.

Hacia las diez de la noche, la brisa refrescó. Acaso hubiera sido prudente tomar un rizo; pero el piloto, después de observar con

atención el estado del cielo, dejó el velamen tal como estaba. Por otra parte, la Tankadera llevaba admirablemente el trapo con gran calado de agua, y todo estaba preparado para aferrar inmediatamente, en caso de chubasco.

A medianoche, Phileas Fogg y Auda bajaron a la cámara. Fix les había precedido y se había tendido en el diván. En cuanto al piloto y sus hombres, permanecieron toda la noche sobre cubierta.

El siguiente día, 8 de noviembre, al salir el sol, la goleta había recorrido más de cien millas. La corredera indicaba que el promedio de velocidad estaba entre las ocho y nueve millas. La Tankadera, durante esta jornada, no se alejó sensiblemente de la costa, cuyas corrientes le eran favorables. La tenían a cinco millas, lo más, por babor, y aquella costa, irregularmente perfilada, aparecía de vez en cuando entre algunos claros. Viniendo el viento de tierra, la mar era menos fuerte, feliz circunstancia para la goleta, porque las embarcaciones de poco calado sufren por el oleaje, que corta su velocidad y las mata, valiéndonos de la expresión de aquellos marinos.

A mediodía, la brisa amainó algo, y el viento cambió para el sudeste. El piloto mandó desplegar los cuchillos, pero al cabo de dos horas, los aferró, porque el viento arreciaba de nuevo.

Míster Fogg y la joven, refractarios por fortuna al mareo, comieron con apetito las conservas y la galleta de a bordo. Invitaron a Fix, quien tuvo que aceptar, sabiendo que es tan necesario dar lastre al estómago como a los buques; pero esto le contrariaba. ¡Viajar a expensas de aquel hombre, nutrirse con sus propios víveres, le parecía algo desleal! No obstante, comió con algún melindre, es verdad, pero, al fin, comió.

Con todo, después de dar fin a la comida, creyó que debía llamar a míster Fogg aparte, y le dijo:

–Caballero...

Esta palabra “caballero” le escocía algo, y aun se contenía para no echar la mano al cuello de aquel “caballero”.

–Caballero, ha estado muy obsequioso ofreciéndome pasaje; pero si bien mis recursos no me permiten obrar con tanta esplendidez como usted, pretendo pagar mi parte...

–No hablemos más de esto, caballero –respondió Míster Fogg.

–Pero si me empeño...

–No, señor –repitió Fogg con voz que no admitía réplica–. Eso entra en los gastos generales.

Fix se inclinó; se ahogaba, y yendo a recostarse a proa, no volvió a pronunciar palabra en todo el día.

Entretanto, se andaba rápidamente. John Bunsby tenía buena esperanza. Varias veces dijo a míster Fogg que se llegaría a tiempo a Shangai y míster Fogg respondía que contaba con ello. Por lo demás, toda la tripulación desplegab su celo ante la recompensa que los engolosinaba. No había, por lo tanto, escota que no se hallase bien tendida, ni vela que no estuviese bien reclamada, ni podía imputarse al timonel ningún falso borneo. No se hubiera maniobrado con más maestría en una regata del Royal Yacht Club.

Por la tarde, el piloto daba como recorridas doscientas veinte millas desde Hong-Kong, y Phileas Fogg podía esperar que al llegar a Yokohama no tendría tardanza ninguna que apuntar en su programa. Por ende, el primer contratiempo grave que experimentaba desde su salida de Londres no le causaría, con toda probabilidad, perjuicio alguno.

Durante la noche, hacia las primeras horas de la mañana, la Tankadera entraba francamente en el estrecho de Fu-Kieu, que separa la costa china de la gran isla de Formosa, y cortaba el trópico de Cáncer. El mar estaba muy duro en ese estrecho, lleno de remolinos, formados por contracorrientes. La goleta iba muy trabajada. La marejada quebrantaba su marcha, y era difícilísimo tenerse en pie sobre cubierta.

Con el alba, el viento arreció más. Había en el cielo apariencias de un próximo chubasco. Además, el barómetro anunciaba un cercano cambio en la atmósfera; su marcha diurna era irregular, y el mercurio oscilaba caprichosamente. La marejada hacia el sudeste se presentaba ampollada como indicio precursor de la tempestad. La víspera, el sol se había puesto entre una bruma roja, en medio de los destellos fosforescentes del océano.

El piloto observó un buen espacio de tiempo aquel mal aspecto del cielo, y murmuró entre dientes, algunas palabras poco inteligibles. En cierto momento, dijo en voz baja a su pasajero:

–¿Puede decirse todo a Su Honor?

–Todo –contestó Phileas Fogg.

–Pues bien; vamos a tener chubasco.

–¿Del norte o del sur? –preguntó sencillamente míster Fogg.

–Del sur. Véalo usted. Se está preparando un tifón.

–Bienvenido el tifón del sur, puesto que nos empujará hacia el buen camino –respondió Fogg.

–Si así lo toma usted –replicó el piloto–, nada tengo que decir.

Los presentimientos de John Bunsby no le engañaban. En una época menos avanzada del año, el tifón, según expresiones de un célebre meteorólogo, se hubiera desvanecido en cascada luminosa de llamarada eléctrica; pero en el equinoccio de invierno era de temer que estallase con violencia.

El piloto tomó de antemano sus precauciones. Arrió todas las velas de la goleta y retiró las vergas sobre cubierta. Los botadores fueron despasados. Las escotillas se condenaron cuidadosamente. Ni una gota de agua podría penetrar en el casco de la embarcación. Sólo se izó en el trinquete una sola vela triangular para conservar a la goleta con viento en popa, y así, todo listo, se esperó.

John Bunsby había recomendado a sus pasajeros que bajasen a la cámara; pero, en tan estrecho espacio, casi privado de aire, y con los sacudimientos de la marejada, no podía tener nada de agradable aquel encierro. Ni míster Fogg, ni mistress Auda, ni el mismo Fix, consintieron en abandonar la cubierta.

A las ocho, la borrasca de agua y de ráfagas cayó a bordo. Sólo con su trinquetilla, la Tankadera fue despedida como una pluma por aquel viento, del cual no se puede formar exacta idea sino cuando sopla en tempestad. Comparar su velocidad a la cuádruple marcha de una locomotora lanzada a todo vapor sería quedar por debajo de la verdad.

Durante toda la jornada la embarcación corrió así hacia el norte, arrastrada por olas monstruosas, y conservando, por fortuna, una velocidad igual a la de ellas. Veinte veces estuvo a pique de quedar anegada por una de las montañas de agua que se levantaban por popa, pero la catástrofe se evitaba con un diestro golpe de timón dado por el piloto. Los pasajeros quedaban, algunas veces empapados por los rociadas que recibían con toda filosofía. Fix gruñía incesantemente; pero la intrépida Auda, con la vista fija en su

compañero, cuya sangre fría admiraba, se manifestaba digna de él, y arrostraba a su lado la tormenta. En cuanto a Phileas Fogg, parecía que el tifón formaba parte de su programa.

Hasta entonces, la Tankadera había hecho siempre rumbo hacia el norte; mas por la tarde, como era de temer, el viento saltó tres cuartos al noroeste. La goleta, dando entonces el costado a la marejada, fue sacudida espantosamente. El mar la hería con violencia suficiente para espantar, cuando no se sabe, como en aquel caso con qué solidez están enlazadas entre sí todas las partes de un buque.

Con la noche la tempestad se acentuó, y viendo llegar la oscuridad y con ésta crecer la tormenta, John Bunsby abrigó serios temores. Se preguntó si sería tiempo de dirigirse a la costa, y consultó a la tripulación, después de lo cual se acercó a Fogg y le dijo:

–Creo, Su Honor, que haríamos bien en arribar a un puerto de la costa.

–Yo también lo creo –contestó Phileas Fogg.

–¡Ah! –dijo el piloto–; ¿pero en cuál?

–Sólo conozco uno –respondió tranquilamente con su habitual flema míster Fogg.

–¿Y es?

–Shangai...

El piloto estuvo algunos momentos sin comprender lo que significaba semejante respuesta y lo que encerraba de obstinación y de tenacidad. Después exclamó:

–¡Pues bien, sí! Su Honor tiene razón. ¡A Shangai!

Y la dirección de la Tankadera se mantuvo denodadamente hacia el norte.

¡Noche ciertamente terrible! Fue un milagro que no volcase la goleta. Dos veces se vio comprometida, y todo hubiera desaparecido de cubierta, a no mantenerse firmes las trincas. Auda estaba destrozada, pero no profirió queja alguna. Más de una vez tuvo míster Fogg que acudir a ella para protegerla contra la violencia de las olas.

Al asomar el día, la tempestad se desencadenaba todavía con extraordinario furor. Sin embargo, el viento volvió al sudeste. Era

una modificación favorable, y la Tankadera hizo rumbo otra vez en aquel mar bravío, cuyas olas se estrellaban entonces con las producidas por la nueva dirección del viento. De aquí el choque de marejadas encontradas que hubiera desmantelado una embarcación construida con menos solidez.

A intervalos regulares se divisaba la costa por entre las rasgadas brumas, pero ni un solo buque a la vista. La Tankadera era la única que se aguantaba a la mar.

A mediodía, hubo algunos síntomas de calma, que con el descenso del sol en el horizonte, se acentuaron con más decisión.

La corta duración de la tempestad fue debida a la misma violencia. Los pasajeros, quebrantados, pudieron tomar algún alimento.

La noche fue relativamente apacible. El piloto ordenó restablecer las velas en bajos rizos. La velocidad de la embarcación era considerable. Al amanecer del 11, reconocida la costa, aseguró John Bunsby que Shangai no distaba cien millas.

No quedaba más que aquella jornada para andar esas cien millas. Aquella misma tarde debía llegar míster Fogg a Shangai si no quería faltar a la salida del vapor de Yokohama. A no estallar la tempestad, durante la cual perdió bastantes horas, hubiera estado en aquel momento a treinta millas del puerto.

La brisa amainaba sensiblemente, y la mar se calmaba a la vez. La goleta se cubrió de trapo. Cuchillos, velas de estay, contrafoque, en todo hacía presa el viento, levantando espuma en el mar la velocidad del barco.

A mediodía, la Tankadera no estaba a más de cuarenta y cinco millas de Shangai. Le faltaban seis horas para llegar al puerto, antes de la salida del vapor de Yokohama.

Los temores se despertaron con viveza. Se quería llegar a toda costa. Todos, excepto Phileas Fogg, sentían latir de impaciencia su corazón. ¡Era necesario que la goleta se mantuviese en un promedio de nueve millas por hora, y el viento seguía calmándose! Era una brisa irregular que soplaba de la costa a rachas, después de cuyo paso desaparecía el oleaje.

No obstante, la embarcación era tan ligera, sus velas, de tejido fino, recogían tan bien los movimientos sueltos de la brisa, que con

ayuda de la corriente, a las seis, John Bunsby no contaba ya más que diez millas hasta el golfo de Shangai, porque esta ciudad esta a doce millas de la embocadura.

A las siete aún faltaban tres millas hasta Shangai. De los labios del piloto se escapó una formidable imprecación. La prima de doscientas libras iba a escapársele. Miró a míster Fogg, quien estaba impasible, a pesar de que en aquel momento se jugaba la fortuna entera.

Entonces apareció sobre el agua un largo huso negro, coronado por un penacho de humo. Era el vapor americano, que salía como de costumbre a la hora reglamentaria.

–¡Maldición! –exclamó John Bunshy, que rechazó la barca con desesperado brazo.

–¡Señales! –dijo simplemente Phileas Fogg.

En la proa de la Tankadera había un cañoncito de bronce que servía para señales en tiempo de bruma.

El cañón fue cargado hasta la boca; pero, en el momento en que el piloto iba a aplicar la mecha, dijo míster Fogg:

–¡Bandera color castaño!

La bandera se arrió a medio mástil en demanda de auxilio, esperando que al verla el vapor americano modificaría su rumbo para acudir a la embarcación.

–¡Fuego! –dijo míster Fogg.

Y la detonación del cañoncito estalló por los aires.

Capítulo 22

El Carnatic, salido de Hong-Kong el 7 de noviembre, a las seis y media de la tarde, se dirigía a todo vapor hacia las tierras del Japón. Llevaba cargamento completo de mercancías y pasajeros. Dos cámaras de popa estaban desocupadas; eran las que se habían tomado para Phileas Fogg.

Al día siguiente por la mañana, los hombres de proa pudieron ver, no sin sorpresa, a un pasajero que, con la vista medio desvaída, el andar vacilante, la cabeza inclinada, salía de la carroza de segunda y venía a sentarse, vacilante, sobre una pieza de repuesto.

Ese pasajero era Picaporte en persona. He aquí lo acontecido:

Algunos instantes después que Fix salió del fumadero, dos mozos habían recogido a Picaporte, profundamente dormido, y lo habían trasladado a la tarima reservada a los fumadores. Bo mucho más tarde, Picaporte, perseguido hasta en sus pesadillas por una idea fija, se despertaba y luchaba contra la enervante acción del narcótico. El pensamiento de su deber no cumplido sacudía su entorpecimiento. Bajaba de aquella tarima de ebrios, y apoyándose vacilante en las paredes, cayendo y levantándose, pero siempre impelido por una especie de instinto, salía del fumadero gritando como en sueños: ¡el Carnatic, el Carnatic!

El vapor estaba ya humeando y dispuesto a marchar. Picaporte no tenía más que dar algunos pasos. Se lanzó sobre el puente volante, salvó el espacio y cayó sin aliento a proa, en el momento en que el Carnatic soltaba sus amarras.

Algunos marineros, como gente acostumbrada a esta clase de escenas, descendieron al pobre mozo a una cámara de segunda, y Picaporte no despertó hasta la mañana siguiente, a ciento cincuenta millas de las tierras de China.

Por eso Picaporte se hallaba aquel día sobre la cubierta del Carnatic, viniendo a aspirar, a pleno pulmón las frescas brisas del mar. Este aire puro lo serenó. Comenzó a reunir sus ideas y no lo

consiguió sin esfuerzos. Pero, al fin, recordó las escenas de la víspera, las confidencias de Fix, el fumadero, etc.

–¡Es increíble –decía para sí–, que haya estado tan ebrio! ¿Qué diría míster Fogg? En todo caso, no he faltado a la salida del buque, que es lo importante.

Y después, acordándose del inspector Fix, añadía:

–En cuanto a ése, espero que ya nos habremos desembarazado de él, y que después de lo que me ha propuesto, no se atreverá a seguirnos sobre el Carnatic. ¡Un inspector de policía, un detective en persecución de mi amo, acusado del robo cometido en el Banco de Inglaterra! ¡Quita allá! ¡Míster Fogg es tan ladrón como yo asesino!

¿Picaporte debería referir todo eso a su amo? ¿Convendría enterarle del papel que desempeñaba Fix en todo aquel asunto? ¿No sería mejor aguardar su llegada a Londres para decirle que un agente de policía metropolitana le había seguido alrededor del mundo, y reírse juntos de él? Indudablemente que sí, y en todo caso, había tiempo de resolver esta cuestión. Lo más urgente era presentarse a míster Fogg, y darle excusas por lo sucedido.

Sobre cubierta no vio a nadie que se pareciese a míster Fogg, ni a mistress Auda.

–Bueno –se dijo–, mistress Auda estará acostada todavía, y en cuanto a míster Fogg, habrá tropezado con algún jugador de whist, y, según su costumbre...

Diciendo esto, Picaporte bajó al salón. Allí no estaba su amo. Picaporte preguntó al sobrecargo cuál era el camarote que ocupaba míster Fogg. Él le contestó que no conocía a ningún pasajero de este nombre.

–Dispense –dijo Picaporte, insistiendo–. Se trata de un caballero alto, frío, poco comunicativo, acompañado de una joven señora...

–No tenemos señoras jóvenes a bordo –respondió el sobrecargo–. Por lo demás, he aquí la lista de los pasajeros, y puede usted consultarla.

Picaporte la leyó, y allí no figuraba el nombre de su amo.

Tuvo una especie de desvanecimiento. Ni una sola idea cruzó por su cerebro.

–Pero, ¿estoy en el Carnatic? –preguntó.

–Sí.

–¿En rumbo para Yokohama?

–Exactamente.

¡Picaporte había tenido de pronto el temor de haberse equivocado de buque! Pero, si él estaba en el Carnatic, era bien seguro que su amo se había embarcado.

Picaporte se dejó caer sobre un sillón como herido por un rayo. Acababa de ocurrírsele, súbitamente, una idea clara. Recordó que la hora de salida del Carnatic había sido adelantada y que no se lo había avisado a su amo. ¡Culpa suya era, por consiguiente, que míster Fogg y mistress Auda hubiesen perdido el viaje!

¡Culpa suya, sí, pero más aún del traidor que para separarlo de su amo y detener a éste en Hong-Kong, lo había embriagado a él! Porque, al fin, comprendió el ardid del inspector de policía. ¡Y en aquel momento míster Fogg, seguramente arruinado, ya perdida la apuesta, estaría detenido, preso tal vez! Picaporte se mesaba los cabellos. ¡Ah! ¡Si Fix cayese alguna vez entre sus manos, como le ajustaría las cuentas!

En fin, después de los primeros momentos de postración, Picaporte recobró su sangre fría, y estudió la situación, que era poco envidiable. El francés viajaba con rumbo al Japón. Estaba seguro de llegar a este país, pero ¿cómo se marcharía de él? Tenía los bolsillos vacíos. ¡Ni un chelín, ni un penique! Sin embargo, su pasaje y manutención estaban pagados de antemano. Contaba, pues, con cinco o seis días para pensar la solución que había de tomar. Comió y bebió durante la travesía cual no puede describirse. Comió por su amo, por mistress Auda y por sí mismo. Comió como si el Japón, adonde iba a desembarcar, hubiera sido país desierto, desprovisto de toda sustancia comestible.

El 13, a la primera marea, el Carnatic entraba en el puerto de Yokohama.

Este punto es una importante escala del Pacífico, donde se detienen todos los vapores empleados en el servicio de correos y viajeros entre América del Norte, China, Japón y las islas de Malasia. Yokohama está situado en la misma bahía de Yedo[1], a corta distancia de esta inmensa ciudad, segunda capital del imperio japonés, antigua residencia del takun, cuando existía este

emperador civil y rival de Miako[2], la gran ciudad habitada por el mikado, emperador eclesiástico, descendiente, según leyenda, de todos los remotísimos dioses.

El Carnatic atracó al muelle de Yokohama, cerca de las escolleras y de la Aduana, en medio de numerosos buques de todas las naciones.

Picaporte puso el pie, sin entusiasmo ninguno en aquella tierra tan curiosa de los Hijos del Sol. No tuvo mejor cosa que hacer que tomar el azar por guía y andar errante por las calles de la población.

Picaporte se vio al pronto en una ciudad absolutamente europea, con casas de fachadas bajas, adornadas de cancelas, bajo las cuales se desarrollaban elegantes peristilos, y que cubría con sus calles, sus plazas, sus docks y sus depósitos, todo el espacio comprendido desde el promontorio del Tratado hasta el río. Allí, como en Hong-Kong y como en Calcuta, hormigueaba una mezcla de gentes de toda casta, americanos, ingleses, chinos, holandeses, mercaderes dispuestos a comprarlo y a venderlo todo, y entre los cuales el francés era tan extranjero como si hubiese nacido en el país de los hotentotes.

Picaporte tenía un recurso, que era el de recomendarse cerca de los agentes consulares franceses o ingleses, establecidos en Yokohama; pero le repugnaba relatar su historia, tan íntimamente relacionada con la de su amo, y antes de esto quería apurar todos los demás medios.

Después de haber recorrido la parte europea de la ciudad sin que el azar le hubiese servido, entró en la parte japonesa, decidido, si era necesario, a llegar hasta Yedo.

Esta porción indígena de Yokohama se llama Benten, nombre de una diosa del mar, adorada en las islas vecinas. Allí se veían magníficas alamedas de pinos y cedros; puertas sagradas de extraña arquitectura; puentes envueltos entre cañas y bambúes; templos abrigados por una muralla inmensa y melancólica de seculares cedros; conventos de bonzos, donde vegetaban los sacerdotes del budismo y los sectarios de la religión de Confucio; calles interminables, donde había abundante cosecha de chiquillos de tez sonrosada y coloradas mejillas, figuritas que parecían recortadas de algún biombo indígena, y que jugaban en medio de

unos perrillos de piernas cortas y de unos gatos amarillentos, sin rabo, muy perezosos y muy cariñosos.

En las calles, todo era movimiento y agitación incesante; bonzos que pasaban en procesión, tocando sus monótonos tamboriles; yakuninos, oficiales de la Aduana o de policía; con sombreros puntiagudos incrustados de laca y dos sables al cinto; soldados vestidos de percalina azul con rayas blancas y armados con fusiles de percusión, hombres de armas del mikado, metidos en su justillo de seda, con loriga y cota de malla, y otros muchos militares de diversas condiciones, porque en el Japón, la profesión de soldado es tan distinguida como despreciada en China. Y asimismo hermanos postulantes, peregrinos de larga vestidura, simples paisanos de cabellera suelta, negra como el ébano, cabeza abultada, busto largo, piernas delgadas, estatura baja, tez teñida desde los sombríos matices cobrizos hasta el blanco mate, pero nunca amarillo como los chinos, de quienes se diferencian los japoneses esencialmente. Y, por último, entre carruajes y palanquines, mozos de cuerda, carretillas de velamen, norimones con caja laqueada, congos[3] suaves, verdaderas literas de bambú, se veía circular a cortos pasos y con pie chiquito calzado con zapatos de lienzo, sandalias de paja o zuecos de madera labrada, algunas mujeres poco bonitas, de ojos encogidos, deprimido pecho, dientes ennegrecidos a usanza del día, pero que llevaban con elegancia el traje nacional llamado kirimon, especie de bata cruzada con una banda de seda, cuya ancha cintura formaba atrás un extravagante lazo, que las modernas parisienses han copiado.

Picaporte se entretuvo paseando durante algunas horas entre aquella abigarrada muchedumbre, mirando también las curiosas y opulentas tiendas, los bazares en que se aglomeraba todo el oropel de la bisutería japonesa, los restaurantes adornados con banderolas y banderas, en los cuales le estaba vedado entrar; y las casas de té, en las cuales se bebe a tazas llenas el agua odorífera con el saki, licor sacado del arroz fermentado; y los confortables fumaderos donde se aspira un tabaco muy fino, y no el opio, cuyo uso es apenas conocido en Japón.

Después Picaporte se encontró en la campiña, en medio de inmensos arrozales. Allí ostentaban sus últimos colores y sus

últimos perfumes las brillantes camelias, nacidas, no ya en arbustos, sino en árboles y dentro de las cercas de bambúes se veían cerezos, ciruelos, manzanos, que los indígenas cultivan más bien por sus flores que por sus frutos, y que están defendidos contra los pájaros, palomas, cuervos, y otras aves voraces por medio de maniqués haciendo muecas o con torniquetes chillones. No había cedro majestuoso que no abrigase algún águila ni sauce bajo el cual no se encontrase alguna garza melancólicamente posada sobre un pie; finalmente, por todas partes había cornejas, patos, gavilanes, gansos silvestres y muchas de esas grullas a las cuales tratan los japoneses de señorías, porque simbolizan, para ellos, la longevidad y la dicha.

Al andar así vagando, Picaporte descubrió algunas violetas entre las hierbas cortas.

–¡Bueno –dijo–, ya tengo cena!

Pero las olió y no tenían perfume alguno.

–¡No tengo suerte! –pensó.

Cierto es que el buen muchacho había almorzado, por previsión, todo lo copiosamente que pudo antes de salir del Carnatic, pero después de un día de paseo se sintió muy vacío el estómago. Bien había observado que en la muestra de los carniceros faltaba el carnero, la cabra o el cerdo, y como sabía que es un sacrilegio matar bueyes, únicamente reservados a las necesidades de la agricultura, había deducido que la carne escaseaba en Japón. No se engañaba; pero a falta de todo eso, su estómago se hubiera arreglado con jabalí, gamo, perdices o codornices, aves o pescado con que se alimentan exclusivamente los japoneses, a la par que el producto de sus arrozales. Pero debió hacer de tripas corazón y dejar para el día siguiente el cuidado de proveer a su manutención.

Llegó la noche, y Picaporte regresó a la ciudad indígena, vagando por las calles en medio de faroles multicolores, viendo a los farsantes ejecutar sus maravillosos ejercicios y a los astrólogos que, al aire libre, reunían la gente alrededor de su telescopio. Después volvió al puerto, esmaltado con las luces de los pescadores, que atraían los peces por medio de poderosas antorchas encendidas.

Finalmente, las calles se despoblaron. A la multitud sucedieron las rondas de yakuninos, oficiales que con sus magníficos trajes y en

medio de un séquito parecían embajadores, y Picaporte repetía alegremente cada vez que encontraba alguna vistosa patrulla:

–¡Bueno va! ¡Otra embajada japonesa que se dirige a Europa!

[1] Hoy Tokio.

[2] Hoy Kioto.

[3] Los norimones y congos son unas sillas de mano que se distinguen en particular por el mayor lujo de aquéllos.

Capítulo 23

Al día siguiente Picaporte, derrengado y hambriento, díjose que era necesario comer a toda costa, y que cuanto antes lo hiciese, sería mejor. Bien tenía el recurso de vender el reloj, pero antes hubiera muerto de hambre. Entonces o nunca era ocasión para aquel buen muchacho de utilizar la voz fuerte, si no melodiosa, de que le había dotado la naturaleza.

Sabía algunas coplas de Francia y de Inglaterra, y resolvió ensayarlas. Los japoneses debían, a lo mejor, ser aficionados a la música, puesto que todo se hace a son de timbales, tantanes y tambores, no pudiendo menos de apreciar, por lo tanto, el talento de un cantor europeo.

Pero era, tal vez, temprano, para organizar un concierto, y los *dilettanti*, súbitamente despertados, no hubieran pagado acaso al cantante en moneda con la efigie del mikado.

Picaporte se decidió, por consiguiente, a esperar algunas horas; pero mientras iba caminando, le ocurrió que parecía demasiado bien vestido para un artista ambulante, y concibió entonces la idea de trocar su traje por unos guiñapos que estuviesen más de acuerdo con su posición. Este cambio debía producirle, además, un saldo, que podría aplicar, inmediatamente a calmar su apetito.

Una vez tomada esta resolución, faltaba llevarla a la práctica, y sólo después de muchas investigaciones descubrió Picaporte a un vendedor indígena a quien expuso su petición. El traje europeo agradó al ropavejero, y no tardó Picaporte en salir ataviado con un viejo ropaje japonés y cubierto con una especie de turbante de estrías, desteñado por la acción del tiempo. Pero, en compensación, sonaron en su bolsillo algunas monedas de plata.

—¡Bueno —pensó—; me figuraré que estamos en carnaval!

El primer cuidado de Picaporte, así japonizado, fue el de entrar en un *tea house*[1], de apariencia modesta, y allí almorzó un resto de

ave y algunos puñados de arroz, cual hombre para quien la comida era aún problemática.

—Ahora —dijo para sí, después de restaurarse copiosamente— se trata de no perder la cabeza. Ya no tengo el recurso de vender esta vestidura por otra parte que sea aún más japonesa. ¡Es necesario, pues, discurrir el medio de dejar lo más pronto posible este país del Sol, del cual no guardaré más que un lamentable recuerdo!

Se le ocurrió entonces visitar los vapores que estaban dispuestos a salir para América. Contaba con ofrecerse en calidad de cocinero o de criado, no pidiendo por toda retribución más que el pasaje y el sustento. Una vez en San Francisco, procuraría salir de apuros. Lo importante era salvar las cuatro mil setecientas millas del Pacífico que se extienden entre el Japón y el Nuevo Mundo.

No siendo Picaporte hombre que dejase dormir una idea, se dirigió al puerto de Yokohama; pero a medida que se aproximaba a los docks, su proyecto, que tan sencillo le había parecido al concebirlo, se le iba haciendo impracticable. ¿Por qué habían de necesitar cocinero a bordo de un vapor americano; y qué confianza podía inspirar del modo como iba ataviado? ¿Qué recomendaciones podía ofrecer? ¿Qué personas podrían abonarle?

Estando así reflexionando, cayó su vista sobre un inmenso cartel que una especie de clown paseaba por las calles de Yokohama. Ese cartel decía, en inglés, lo siguiente:

COMPañÍA JAPONESA ACROBÁTICA HONORABLE WILLIAM
BATULCAR

Últimas representaciones antes de su salida para los Estados Unidos de los NARIGUDOS-NARIGUDOS bajo la invocación directa del dios Tingú

¡Gran atracción!

—¡Los Estados Unidos! —exclamó Picaporte—; ¡ya di con mi negocio!

Siguió al del cartel y entró en la ciudad japonesa. Un cuarto de hora más tarde se detenía ante una gran barraca coronada con varios haces de banderolas, y cuyas paredes exteriores representaban sin perspectiva, pero con exagerados colores, toda una banda de juglares.

Era el establecimiento del honorable Batulcar, especie de Barnum americano, director de una compañía de saltimbanquis, juglares, clowns, acróbatas, equilibristas y gimnastas que, según el cartel, daban sus últimas representaciones antes de dejar el imperio del Sol para dirigirse a los Estados Unidos.

Picaporte entró bajo un peristilo que precedía al barracón, y preguntó por el señor Batulcar, quien se presentó en persona.

–¿Qué desea usted? –dijo a Picaporte, a quien creyó un indígena.

–¿Necesita algún criado? –preguntó Picaporte.

–¡Criado! –exclamó el Barnum, acariciando la poblada perilla gris que adornaba su barba–; tengo dos, obedientes y fieles, que nunca me han dejado y que me sirven de balde, y sólo por la comida... Son éstos –añadió, enseñando sus robustos brazos surcados de venas gruesas como si éstas fueran las cuerdas de un contrabajo.

–¿Es decir, que no puedo servirle para algo?

–Para nada.

–¡Diantre! Es que me hubiera convenido mucho marcharme con usted.

–¡Hola! –dijo el honorable Batulcar–. ¡Lo mismo es usted japonés que yo mico! ¿Por qué va así vestido?

–Cada uno se viste como puede.

–Cierto. ¿Es francés?

–Sí, parisiense.

–¿Entonces, sabrá hacer muecas?

–¡A fe mía –respondió Picaporte, incomodado por la pregunta–, nosotros, los franceses, sabemos hacer muecas, es verdad, pero no mejor que los americanos!

–Es verdad, pues bien, si no lo tomo como criado, puedo tomarle como clown. Ya me comprenderá usted, bravo mozo. ¡En Francia se exhiben farsantes extranjeros, y en el extranjero farsantes franceses!

–¡Ah!

–Por lo demás, ¿es usted vigoroso?

–Sobre todo cuando acabo de comer.

–¿Y sabe cantar?

–Sí –respondió Picaporte, que en otros tiempos había tomado parte en algunos conciertos callejeros.

–¿Pero sabe cantar cabeza abajo, con una peonza girando sobre la planta del pie izquierdo y un sable en equilibrio sobre la planta del pie derecho?

–¡Pardiez! –contestó Picaporte, que recordaba los primeros ejercicios de su edad juvenil.

–¡Es que todo consiste en eso! –dijo el honorable Batulcar.

La contrata quedó terminada hic et nunc.

En fin, Picaporte había encontrado una colocación. Estaba contratado para hacerlo todo en la célebre compañía japonesa, lo cual, si no resultaba muy halagüeño, le permitiría estar en San Francisco antes de transcurridos ocho días.

La representación, con tanto aparato anunciada por el honorable Batulcar, debía comenzar a las tres de la tarde, y bien pronto resonaron en la puerta los formidables instrumentos de una orquesta japonesa. Bien se comprende que Picaporte no había podido estudiar su papel, pero debía prestar el apoyo de sus robustos hombros en el gran ejercicio del racimo humano ejecutado por los narigudos del dios Tingú. Este “gran atractivo” de la representación, debía cerrar la serie de ejercicios gimnásticos.

Antes de las tres, los espectadores habían invadido el vasto barracón. Europeos e indígenas, chinos y japoneses, hombres, mujeres y niños, se apiñaban sobre las estrechas banquetas y en los palcos que daban frente al escenario. Los músicos habían entrado, y la orquesta completa, batintines, tantanes, castañuelas, flautas, tamboriles y bombos estaban operando con todo furor.

Fue aquella función lo que son todas las representaciones de acróbatas, pero es preciso confesar que los japoneses son los primeros equilibristas del mundo. Armado el uno con un abanico y con trocitos de papel, ejecutaba el ejercicio de las mariposas y las flores. Otro trazaba con el perfumado humo de su pipa una serie de palabras azuladas que formaban en el aire un letrero de salutación para la concurrencia. Este jugaba con bujías encendidas que

apagaba sucesivamente al pasar ante sus labios y encendía una con otra sin interrumpir el juego. Aquél reproducía, por medio de peones giratorios, las combinaciones más inverosímiles. Bajo su mano aquellas zumbantes maquinillas parecían animarse con vida propia en sus interminables giros; corrían sobre tubos de pipa, sobre los filos de los sables, sobre alambres, verdaderos cabellos tendidos de uno a otro lado del escenario, daban vuelta sobre el borde de vasos de cristal, trepaban por escaleras de bambú, se dispersaban por todos los rincones produciendo efectos armónicos de extraño carácter, combinando las diversas tonalidades. Los juglares jugueteaban con ellos y les hacían girar hasta en el aire; despidiéndolos luego como volantes, con paletillas de madera, sin que dejaran de girar ni un instante; se los metían en un bolsillo, y cuando los sacaban aún daban vueltas, hasta el momento en que la distensión de un muelle los hacía desplegar en haces de fuegos artificiales.

Inútil es describir los maravillosos ejercicios de los acróbatas y gimnastas de la compañía. Los juegos de la escalera, de la percha, de la bola, de los toneles, etc., fueron ejecutados con precisión admirable; pero el principal atractivo de la velada era la exhibición de los narigudos, asombrosos equilibristas que Europa no conoce todavía.

Esos narigudos forman una corporación particular, colocada bajo la advocación directa del dios Tingú. Vestidos cual héroes de la Edad Media, llevaban un espléndido par de alas en sus espaldas. Pero lo que especialmente los distinguía era una nariz larga con la cual llevaban adornado el rostro y sobre todo el uso que de ella hacían. Esas narices no eran otra cosa más que unos bambúes de cinco, seis y aun diez pies de longitud, rectos unos, encorvados otros, lisos éstos, verrugosos aquellos. Sobre estos apéndices, fijados con solidez, se realizaban los ejercicios de equilibrio. Una docena de los sectarios del dios Tingú se echaron de espaldas, y sus compañeros se pusieron a jugar sobre sus narices, enhiesta cual pararrayos, saltando, volteando de una en otra y ejecutando las suertes más inverosímiles.

Para terminar, a bombo y platillo se había anunciado al público la pirámide humana, en la cual unos cincuenta narigudos debían

figurar la Carroza de Jaggernaut. Pero en vez de formar esta pirámide tomando los hombros como punto de apoyo, los artistas del honorable Batulcar debían sustentarse narices sobre narices. Se había marchado de la compañía uno de los que formaban la base de la carroza, y como bastaba ser vigirioso y hábil para ocupar este lugar, Picaporte había sido elegido para reemplazarle.

¡Ciertamente que el pobre mozo se sintió muy compungido –triste recuerdo de la juventud–, cuando se endosó su traje de la Edad Media adornado de alas multicolores, y se vio aplicar sobre la cara una nariz de seis pies! Pero en fin, esa nariz era su pan, y tuvo que resignarse a dejársela poner.

Picaporte entró en escena y fue a colocarse con aquellos de sus compañeros que debían figurar la base de la Carroza de Jaggernaut. Todos se tendieron por tierra con la nariz elevada hacia el cielo. Una segunda sección de equilibristas se colocó sobre los largos apéndices, una tercera después, y luego una cuarta, y sobre aquellas narices, que sólo se tocaban por la punta, se levantó un monumento humano hasta la cornisa del teatro.

Los aplausos redoblaban, y los instrumentos de la orquesta resonaban como otros tantos truenos, cuando, conmoviéndose la pirámide, el equilibrio se rompió, y saliéndose de quicio una de las narices de la base, el monumento se desmoronó cual castillo de naipes...

Picaporte tuvo la culpa de esto, pues abandonando su puesto, saltando del escenario sin el auxilio de las alas, trepando por la galería de la derecha, cayó a los pies de un espectador, exclamando:

–¡Amo mío! ¡Amo mío!

–¿Usted?

–¡Yo!

–¡Pues bien! ¡Entonces al vapor, muchacho!

Míster Fogg, mistress Auda, que le acompañaba, y Picaporte, salieron precipitadamente por los pasillos; tropezaron fuera del barracón con el honorable Batulcar, furioso, que reclamaba indemnización por la “rotura”. Phileas Fogg apaciguó su furor echándole un puñado de billetes de Banco, y a las seis y media, en el momento en que iba a partir, míster Fogg y mistress Auda ponían

el pie en el vapor americano, seguidos de Picaporte, con las alas a la espalda y llevando en el rostro la nariz de seis pies, que aún no había podido quitarse.

[1] Literalmente, casa de te, establecimiento donde sirven también otras cosas.

Capítulo 24

Fácil es comprender lo acontecido a la vista de Shangai. Las señales hechas por la Tankadera fueron observadas por el vapor de Yokohama. Viendo el capitán la bandera parda, se dirigió a la goleta, y algunos instantes después Phileas Fogg, pagando su pasaje según lo convenido, metía en el bolsillo del patrón John Bunsby ciento cincuenta libras. Después, el honorable caballero, mistress Auda y Fix, subieron a bordo del vapor, que siguió su rumbo a Nagasaki y Yokohama.

Llegados el 14 de noviembre a la hora reglamentaria, Phileas Fogg, dejando que Fix fuera a sus negocios, se dirigió a bordo del Carnatic, y allí supo, con satisfacción de mistress Auda –y tal vez con la suya, pero al menos lo disimuló–, que efectivamente, el francés Picaporte había llegado la víspera a Yokohama.

Phileas Fogg, que debía marcharse aquella misma noche para San Francisco, se decidió en el acto a buscar a su criado. Se dirigió en vano a los agentes consulares inglés y francés, y después de haber recorrido inútilmente las calles de Yokohama, desesperaba ya de encontrar a Picaporte, cuando la casualidad le hizo entrar en el barracón del honorable Batulcar. Seguramente no hubiera reconocido a su criado bajo aquel excéntrico atavío de heraldo; pero Picaporte, en su posición invertida, vio a su amo en la galería. No pudo contener un movimiento de su nariz, y de aquí el rompimiento del equilibrio y lo que se siguió.

Esto es lo que supo Picaporte de boca de la misma mistress Auda, quien le refirió entonces cómo se había efectuado la travesía de Hong-Kong a Yokohama, en compañía de un tal Fix, sobre la goleta Tankadera.

Al oír nombrar a Fix, Picaporte no pestañeó. Creía que no había llegado el momento de revelar a su amo lo ocurrido; así es que en la relación que hizo de sus aventuras se culpó a sí mismo,

excusándose con haber sido sorprendido por la embriaguez del opio en un fumadero de Hong-Kong.

Míster Fogg escuchó esta relación con frialdad y sin responder, y después abrió a su criado un crédito suficiente para procurarse a bordo un traje más conveniente. Menos de una hora después, el honrado mozo, después de haberse quitado las alas y la nariz, y de mudarse de ropa, no conservaba ya nada que recordase al sectario del dios Tingú.

El vapor que hacía la travesía de Yokohama a San Francisco pertenecía a la compañía del Pacific Mail Steam, y se llamaba General Grant. Era un gran buque de ruedas, de dos mil quinientas toneladas, bien acondicionado y dotado de mucha velocidad. Sobre cubierta se elevaba un enorme balancín, en una de cuyas extremidades se articulaba la barra de un pistón y en la otra la de una biela que, transformando el movimiento rectilíneo en circular, se aplicaba directamente al árbol de las ruedas. El General Grant estaba aparejado en corbeta de tres palos, y poseía gran superficie de velamen, que ayudaba poderosamente al vapor. Largando doce millas por hora, el vapor no debía emplear menos de veintiún días en atravesar el Pacífico. Phileas Fogg estaba, pues, confiado en que llegando el 2 de diciembre a San Francisco, estaría el 11 en Nueva York y el 20 en Londres, ganando algunas horas sobre la fecha fatal del 21 de diciembre.

Los pasajeros eran bastante numerosos a bordo del vapor. Había ingleses, americanos, una verdadera emigración de coolies para América, y cierto número de oficiales del ejército de Indias, que utilizaban su licencia dando la vuelta al mundo.

Durante la travesía no hubo ningún incidente náutico. El vapor, sostenido sobre sus anchas ruedas, y apoyado por su fuerte velamen, cabeceaba poco, y el océano Pacífico justificaba bastante bien su nombre. Míster Fogg estaba tan tranquilo y tan poco comunicativo como de costumbre. Su joven compañera se sentía cada vez más inclinada hacia él, por otra atracción diferente de la del reconocimiento. Aquel caballero silencioso, tan generoso en suma, le impresionaba más de lo que creía, y casi sin percatarse de ello se dejaba llevar por sentimientos cuya influencia no parecía hacer mella sobre el enigmático Fogg.

Además, mistress Auda se interesaba muchísimo en los proyectos del impasible caballero. Le inquietaban las contrariedades que pudieran comprometer el éxito del viaje, y a veces hablaba con Picaporte, que no dejaba de leer entre líneas en el corazón de mistress Auda. Ese buen muchacho tenía ya una fe ciega en su amo; no agotaba los elogios respecto a la honradez, la generosidad, la abnegación de Phileas Fogg, y después tranquilizaba a mistress Auda en cuanto al éxito del viaje, repitiendo que lo más difícil estaba hecho, que ya quedaban atrás los fantásticos países de la China y del Japón, que ya marchaban hacia las naciones civilizadas, y finalmente, que un tren de San Francisco a Nueva York y un transatlántico de Nueva York a Londres bastarían, sin duda alguna, para terminar aquella dificultosa vuelta al mundo en los plazos convenidos.

Nueve días después de haber salido de Yokohama, Phileas Fogg había recorrido exactamente la mitad del globo terrestre.

En efecto: el General Grant pasaba el 23 de noviembre por el meridiano 180, bajo el cual se encuentran en el hemisferio austral los antípodas de Londres. De ochenta días disponibles, míster Fogg había empleado ya ciertamente cincuenta y dos, y no le quedaban sino veintiocho; pero si el gentleman se encontraba a medio camino en cuanto a los meridianos se refería, había recorrido en realidad más de las dos terceras partes del trayecto total, a consecuencia de los rodeos de Londres a Adén, de Adén a Bombay, de Calcuta a Singapur y de Singapur a Yokohama. Siguiendo circularmente el paralelo 50, que es el de Londres, la distancia no hubiera sido más que unas doce mil millas, mientras que, por los caprichosos medios de locomoción, había que recorrer veintiséis mil, de las cuales se habían andado ya diecisiete mil quinientas el 23 de noviembre. En lo sucesivo, el camino era directo, y Fix, ya no estaba allí para acumular obstáculos.

Aconteció también que, en esa misma fecha, 23 de noviembre, Picaporte experimentó suma alegría. Recuérdese que se había obstinado en conservar la hora de Londres, en su famoso reloj de familia, teniendo por equivocadas todas las horas de los países que atravesaba. Pues bien; aquel día, sin haber tocado su reloj, le encontró conforme con los cronómetros de a bordo. Fácil es

comprender el triunfo de Picaporte, que hubiera querido tener delante a Fix para saber lo que diría.

—¡Ese tunante, que me refería un montón de historias sobre los meridianos, el Sol y la Luna! —repetía Picaporte—. ¡Vaya una gente! ¡Si la escuchasen, buena relojería habría! Ya estaba yo seguro que algún día se decidiría el Sol a arreglarse por mi reloj.

Picaporte ignoraba que si la esfera de su reloj hubiese estado dividida en veinticuatro horas, en vez de doce, como los relojes italianos, no hubiera tenido motivo ninguno de triunfo, porque las manecillas de su instrumento, cuando fuesen las nueve de la mañana, señalarían las de la noche; es decir, la hora vigésima primera después de medianoche, diferencia precisamente igual a la que existe entre Londres y el meridiano, que está a los 180 grados.

Pero si Fix hubiera sido capaz de explicar ese efecto puramente físico, Picaporte no lo habría comprendido ni admitido; por otra parte, si en aquel momento el inspector de policía se hubiese dejado ver a bordo, es probable que Picaporte le ajustase otras cuentas y de un modo muy diferente.

¿Y dónde estaría Fix entonces?

Precisamente a bordo del General Grant.

En efecto, al llegar a Yokohama, el agente, separándose de míster Fogg, a quien esperaba encontrar en el resto del día, se había dirigido inmediatamente al despacho del cónsul inglés. Allí encontró el mandamiento que, corriendo detrás de él desde Bombay, tenía ya cuarenta días de fecha, mandamiento que le había sido enviado de Hong-Kong por el mismo Carnatic, a cuyo bordo se le creía. Júzguese del despecho que experimentó el detective. El mandamiento ya era inútil. ¡Míster Fogg no estaba en las posesiones inglesas, y era necesario un expediente de extradición para prenderlo!

—¡Caracoles! —dijo para sí, después de pasado el primer arrebató de ira—. El mandamiento no sirve para aquí, pero me servirá en Inglaterra. Ese bribón tiene trazas de regresar a su patria, creyendo haber desorientado a la policía. Bien. Le seguiré hasta allí. En cuanto al dinero, ojalá le quede algo, porque en viajes, pagos, procesos, multas, elefantes y gastos de toda clase, mi hombre ha

dejado ya más de cinco mil libras por el camino. En fin de cuentas, el Banco es rico.

Tomada su resolución, Fix se embarcó en el General Grant. Estaba a bordo cuando míster Fogg y mistress Auda llegaron. Con sorpresa suya, reconoció a Picaporte bajo su traje de volatinero. En el acto se ocultó en su camarote con objeto de ahorrar una explicación que podía comprometerlo todo, y gracias al número de pasajeros, contaba con no ser visto de su enemigo, cuando aquel día se encontró precisamente con él a proa.

Picaporte se arrojó al cuello de Fix sin otra explicación, y, con gran satisfacción de ciertos americanos, que apostaron inmediatamente a su favor, administró al desventurado inspector una soberbia tunda, que demostró la alta superioridad del pugilismo francés sobre el inglés.

Cuando Picaporte acabó, encontróse, más tranquilo y aliviado. Fix se levantó en bastante mal estado, y mirando a su adversario, le dijo con frialdad:

–¿Ha concluido usted?

–Sí, por ahora.

–Entonces, vamos a hablar.

–Que yo...

–En interés de su amo.

Picaporte, como subyugado por semejante sangre fría, siguió al inspector de policía, y ambos se sentaron aparte.

–Me ha zurrado usted –dijo Fix–. Bien. Lo esperaba. Ahora, escúcheme. Hasta ahora, he sido adversario de míster Fogg; pero, en adelante, voy a ayudarle.

–¡Al fin! –exclamó Picaporte–. ¿Le cree ya un hombre honrado?

–No –contestó con frialdad, Fix–, lo creo un bribón... ¡Chist! No se mueva usted y déjeme terminar. Mientras míster Fogg ha estado en las posesiones inglesas, he tenido interés en detenerlo, aguardando un mandamiento de prisión. Todo lo he intentado con ese objeto. He echado detrás de él a los sacerdotes de Bombay, le embriagué a usted en Hong-Kong, lo separé de su amo, le hice perder el vapor de Yokohama...

Picaporte seguía escuchando con los puños separados.

–Ahora –prosiguió Fix–, míster Fogg regresa, según parece, a Inglaterra. Le seguiré hasta allí, pero aplicando para apartar obstáculos tanto celo como he empleado hasta ahora para acumularlos. ¡Ya ve usted, mi juego ha cambiado, porque así lo quiere mi interés! Añado que su interés es igual al mío, porque sólo en Inglaterra es donde sabrá usted si está al servicio de un criminal o al de un hombre de bien, pero hemos de esperar a que lleguemos allá.

Picaporte había escuchado a Fix con mucha atención, y se convenció de su buena fe.

–¿Somos amigos? –preguntó Fix.

–Amigos, no –contestó Picaporte–. Seremos aliados y a beneficio de inventario, porque a la menor apariencia de traición le retorceré el pescuezo.

–Convenido –dijo tranquilamente el inspector de policía.

Once días después, el 3 de diciembre, el General Grant penetraba en la bahía de San Francisco por la Puerta de Oro y atracaba junto al muelle.

Míster Fogg todavía no había ganado ni perdido un solo día.

Capítulo 25

Eran las siete de la mañana cuando Phileas Fogg, mistress Auda y Picaporte pusieron el pie en el continente americano, si es que puede darse ese nombre al muelle flotante en que desembarcaron. Esos muelles, que suben y bajan con la marea, facilitan la carga y descarga de los buques. Allí se arriman los clippers de todas dimensiones, los vapores de todas las nacionalidades, y esos barcos de varios pisos, que hacen el servicio del Sacramento y sus afluentes. Allí se amontonan también los productos de un comercio que se extiende a México, Perú, Chile, Brasil, Europa, Asia y a todas las islas del océano Pacífico.

Picaporte, en su alegría de tocar por fin tierra americana, creyó que debía desembarcar dando un salto mortal del mejor estilo; pero al dar en el suelo, que era de tablas carcomidas, estuvo a punto de atravesarlo. Desconcertado del modo como se había apeado dio un grito estentóreo, que hizo volar una bandada de cuervos marinos y pelícanos, huéspedes habituales de los muelles flotantes.

Tan pronto como míster Fogg desembarcó, preguntó a qué hora salía el primer tren para Nueva York. Le dijeron que a las seis de la tarde, y por consiguiente, podía emplear un día entero en la capital de California. Hizo traer un coche para mistress Auda y para él. Picaporte montó en el pescante, y el vehículo, a tres dólares la hora, se dirigió al hotel Internacional.

Desde el sitio elevado que ocupaba Picaporte observaba con curiosidad la gran ciudad americana: anchas calles, casas bajas bien alineadas; iglesias y templos de estilo gótico anglosajón; docks inmensos; depósitos como palacios, unos de madera, otros de ladrillo; en las calles muchos coches, ómnibus, tranvías y las aceras atestadas, no sólo de americanos y europeos, sino de chinos e indios, que componían una población de doscientos mil habitantes.

Picaporte quedó bastante sorprendido de lo que veía, porque no tenía idea más que de la antigua ciudad de 1849, población de bandidos, incendiarios y asesinos, que acudían a la busca de pepitas de oro, inmenso tropel de todos los miserables, donde se jugaba el polvo de oro con el revólver en una mano y la navaja en la otra. Pero aquellos tiempos ya habían pasado, y San Francisco ofrecía el aspecto de una gran ciudad comercial. La elevada torre del Ayuntamiento, donde vigilan los guardias, dominaba todo aquel conjunto de calles y avenidas cortadas a escuadra, y entre las cuales había plazas con verdosos jardines, y después una ciudad china que parecía haber sido importada del Celeste Imperio en un joyero. Ya no había sombreros de anchas alas, ni camisas coloradas a usanza de los buscadores de placeres, ni indios con plumas, sino sombreros de seda y levitas negras llevadas por una multitud de caballeros dotados de actividad devoradora. Ciertas calles, entre otras, Montgommery Street, el Regent-Street de Londres, el bulevar de los italianos de París, el Broadway de Nueva York, estaban llenas de espléndidas tiendas que ofrecían en sus escaparates los productos de todo el mundo.

Cuando Picaporte llegó al hotel Internacional no creyó haber salido de Inglaterra.

El piso bajo del hotel estaba ocupado por inmenso bar, especie de buffet, abierto "gratis" para todo transeúnte. Cecina, sopa de ostras, galletas y Chester, todo esto se despachaba allí sin que el consumidor tuviese que aflojar el bolsillo. Sólo pagaba la bebida, ale, oporto o jerez, si tenía el capricho de beber; esto pareció muy americano a Picaporte.

El restaurante del hotel era confortable. Mister Fogg y mistress Auda se instalaron en una mesa, y fueron abundantemente servidos en platos liliputienses por unos negros del más puro color de azabache.

Después de almorzar, Phileas Fogg, acompañado de mistress Auda, salió del hotel para ir a visar su pasaporte en el consulado inglés. Encontró en la acera a su criado, quien le preguntó si sería prudente, antes de tomar el ferrocarril del Pacífico, adquirir algunas carabinas "Enfield" o revólveres "Colt". Picaporte había oído hablar de los sioux y de los pawns, que paran los ferrocarriles como

simples ladrones. Míster Fogg respondió que era una preocupación; pero le dejó la libertad de obrar como le pluguiese, y después se dirigió a la oficina del agente consular.

Phileas Fogg no había andado doscientos pasos, cuando “por una de las más raras casualidades” encontró a Fix. El inspector se manifestó extraordinariamente sorprendido. ¡Cómo! ¡Habían hecho la travesía juntos sin verse a bordo! En todo caso, Fix no podía menos de considerarse honrado con la vista del caballero a quien tanto debía, y llamándole sus negocios a Europa, se alegraba mucho de proseguir su viaje en tan amable compañía.

Míster Fogg respondió que la honra era suya; y Fix, que no lo quería perder de vista, le pidió permiso para visitar con él aquella curiosa ciudad de San Francisco, lo cual no tuvo inconveniente en concederle.

Mistress Auda, Phileas Fogg y Fix, echaron, pues, a pasear por las calles, y no tardaron en hallarse en Montgomery Street, donde la afluencia de la muchedumbre era enorme. En las aceras, en medio de la calle, en los raíles del tranvía, a pesar del paso incesante de coches y ómnibus, en el umbral de las tiendas, en las ventanas de todas las casas, y aun en los tejados, había una multitud innumerable. En medio de los grupos circulaban hombres—carteles, y por el aire ondeaban banderas y banderolas, oyéndose una gritería inmensa por todos lados.

—¡Hurra por Kamerfield!

—¡Hurra por Mandiboy!

Era un mitin, al menos así lo pensó Fix, quien transmitió su creencia a míster Fogg, añadiéndole:

—Quizá haremos bien en no meternos entre esa batahola, porque sólo se reparten golpes.

—En efecto —admitió Phileas Fogg—, y los puñetazos, porque tengan el carácter de políticos, no dejan de ser puñetazos.

Fix creyó conveniente sonreírse al oír esta observación, y con objetivo de ver sin ser atropellados, mistress Auda, Phileas Fogg y él tomaron sitio en la meseta superior de unas gradas que dominaban la calle. Delante de ellos, y en la acera de enfrente, entre la tienda de un carbonero y un almacén de petróleo, se extendía un

ancho mostrador al aire libre, hacia el cual convergían las diversas corrientes de la multitud.

¿Y por qué aquel mitin? ¿Con qué motivo se celebraba? Phileas Fogg lo ignoraba en absoluto. ¿Se trataba del nombramiento de un alto funcionario militar o civil, de un gobernador de Estado o de un miembro del Congreso? Permitido era conjeturarlo al ver la extraordinaria animación que tenía agitada a la población entera.

En aquel momento, hubo entre la multitud un movimiento considerable. Todas las manos estaban al aire. Algunas de ellas, sólidamente cerradas, se elevaban y bajaban, al parecer, entre vociferaciones, manera enérgica, sin duda, de formular un voto. Aquella masa de gente estaba agitada por remolinos semejantes a los producidos por las oleadas del mar. Las banderas oscilaban, desaparecían un momento y reaparecían hechas jirones. Las ondulaciones de la marejada se propagaban hasta la escalera, mientras que todas las cabezas cabrilleaban en la superficie como la mar movida súbitamente por un chubasco. El número de sombreros bajaba a la vista, y casi todos parecían haber perdido su altura normal.

–Esto es, evidentemente, un mitin –dijo Fix–, y la cuestión que lo ha provocado debe de ser palpitante. No me extrañaría que se tratase nuevamente la cuestión del “Alabama”, aunque ésa ya esté resuelta.

–Tal vez –contestó sencillamente míster Fogg.

–En todo caso –repuso Fix–, hay dos campeones en la lid: el honorable Kamerfield y el honorable Mandiboy.

Mistress Auda, asida del brazo de Phileas Fogg, miraba con sorpresa aquella tumultuosa escena y Fix iba a preguntar a uno de sus vecinos la razón de aquella efervescencia popular, cuando se pronunció un movimiento más decidido. Redoblaron los vítores sazonados con injurias. Los mástiles de las banderas se transformaron en armas ofensivas. Ya no había manos, sino puños en todas partes. Desde lo alto de los coches detenidos y de los ómnibus interceptados en su marcha, se repartían sendos porrazos. Todo servía de proyectil. Botas y zapatos describían por el aire largas trayectorias, y hasta pareció que algunos revólveres mezclaban con las vociferaciones sus detonaciones nacionales.

Aquella barahúnda se acercó a la escalera y refluyó sobre las primeras gradas. Uno de los partidarios era evidentemente rechazado, sin que los simples espectadores pudieran reconocer si la ventaja estaba de parte de Mandiboy o de Kamerfield.

–Creo prudente retirarnos –dijo Fix, quien tenía empeño en que su hombre no recibiese un mal golpe o se mezclase en un mal negocio–. Si se trata de Inglaterra en todo esto y nos llegan a conocer, nos veremos muy comprometidos en el tumulto.

–Un ciudadano inglés... –respondió Phileas Fogg.

Pero el gentleman no terminó su frase. Detrás de él, desde aquella terraza precedida de las gradas, salieron espantosos alaridos. Se gritaba: ¡Hurra! ¡Hip! ¡Hip!, por Mandiboy. Era un tropel de electores que llegaba a la pelea cogiendo por el flanco a los partidarios de Kamerfield.

Míster Fogg, mistress Auda y Fix se hallaron entre dos fuegos. Era demasiado tarde para huir. Aquel torrente de hombres, armas de bastones con puño de plomo y de rompecabezas era irresistible. Phileas Fogg y Fix se vieron horriblemente atropellados al preservar a la joven Auda. Míster Fogg, no menos flemático que de costumbre, quiso defenderse con esas armas naturales que la naturaleza ha puesto en el extremo de los brazos de todo inglés; pero fue en vano. Un enorme mocetón de perilla roja, tez encendida, ancho de espaldas, que parecía ser el jefe de la cuadrilla, levantó su formidable puño sobre míster Fogg, y hubiera lastimado de fijo al caballero si Fix, por salvarle, no hubiese recibido el golpe en su lugar. Un enorme chichón se desarrolló instantáneamente bajo el sombrero del detective transformado en simple capucha.

–¡Yankee! –dijo míster Fogg, echando sobre su adversario una mirada de profundo desprecio.

–¡English! –respondió el otro.

–Nos volveremos a ver

–Cuando guste. ¿Su nombre?

–Phileas Fogg. ¿Y el de usted?

–El coronel Stamp Proctor.

Y dicho esto la marejada pasó. Fix había quedado por el suelo y se levantó con la ropa destrozada, pero sin daño de cuidado. Su gabán largo de viaje se había rasgado en dos trozos desiguales, y

su pantalón se parecía a esos calzones que ciertos indios, cosas de la moda, no se ponen sino después de haberles quitado el fondo. Pero, en suma, mistress Auda se había librado y Fix era el único que había salido con su puñetazo.

–Gracias –dijo míster Fogg al inspector tan luego como estuvieron fuera de las turbas.

–No hay por qué –respondió Fix–, pero acompáñeme.

–¿A dónde?

–A una sastrería.

En efecto, tal visita era oportuna. Los trajes de Phileas Fogg y de Fix estaban hechos jirones, como si estos dos caballeros se hubiesen batido por cuenta de los honorables Kamerfield y Mandiboy.

Una hora más tarde estaban convenientemente vestidos y cubiertos. Y luego regresaron al hotel Internacional.

Allí Picaporte esperaba a su amo, armado con media docena de revólveres–puñales de seis tiros, de fuego central. Cuando vio a Fix en compañía de míster Fogg, su frente se oscureció. Pero mistress Auda le hizo una relación de lo acaecido, y Picaporte se tranquilizó. A todas luces, Fix no era ya enemigo, sino aliado, y cumplía con su palabra.

Acabada la comida, trajeron un coche para conducir los viajeros y el equipaje a la estación. Al montar, míster Fogg dijo a Fix:

–¿No ha vuelto a ver a ese coronel Proctor?

–No –contestó Fix.

–Volveré a América para buscarlo –dijo, con frialdad, Phileas Fogg–. No sería conveniente que un ciudadano inglés se dejase tratar de esta manera.

El inspector sonrió y no pronunció palabra. Pero, como se ve, míster Fogg pertenecía a esa raza de ingleses que, si no toleran el duelo en su país, se baten en el extranjero cuando se trata de defender su honra.

A las seis menos cuarto los viajeros llegaron a la estación, donde estaba el tren dispuesto a marchar.

En el momento en que míster Fogg iba a entrar en el vagón, se dirigió a un empleado y le dijo:

–Dígame, ¿no ha habido algunos disturbios hoy en San Francisco?

–Era un mitin, caballero –contestó el empleado.

–Sin embargo, he creído observar alguna animación en las calles.

–Se trataba solamente de un mitin organizado para una elección.

–La elección de algún general en jefe, ¿verdad? –preguntó míster Fogg.

–No, señor; de un juez de paz.

Después de oír esta expuesta, Phileas Fogg montó en el vagón, y el tren partió a todo vapor.

Capítulo 26

Ocean to ocean[1], así dicen los americanos, y esas tres palabras debían ser la denominación general de la gran línea que atraviesa los Estados Unidos de América en su mayor anchura. Pero, en realidad, Pacific Railway se divide en dos secciones distintas: Central Pacific, entre San Francisco y Odgen, y Union Pacific, entre Odgen y Omaha. Allí enlazan cinco líneas diferentes que ponen a Omaha en comunicación frecuente con Nueva York.

Nueva York y San Francisco están, por lo tanto, unidas por una cinta ininterrumpida de metal que no mide menos de tres mil setecientos ochenta y seis millas. Entre Omaha y el Pacífico, el ferrocarril cruza una región frecuentada todavía por los indios y las fieras, dilatada extensión de territorio que los mormones comenzaron a colonizar en 1845, después de haber sido expulsados de Illinois.

Anteriormente, empleábanse, en las circunstancias más favorables, seis meses para ir de Nueva York a San Francisco. Ahora se hace el viaje en siete días.

En 1862 fue cuando, a pesar de la oposición de los diputados del Sur, que querían una línea más meridional, se fijó el trazado del ferrocarril entre los 41 y 42 grados de latitud. El presidente Lincoln, de tan sentida memoria, fijó, por sí mismo en el estado de Nebraska la ciudad de Omaha como cabeza de línea del nuevo camino. Los trabajos comenzaron en seguida, y se prosiguieron con esa actividad americana que no es papeletera ni burócrata. La rapidez de la mano de obra no debía, en modo alguno, perjudicar la buena ejecución del camino. En el llano se avanzaba a razón de milla y media por día. Una locomotora, rodando sobre los raíles de la víspera, traía los del día siguiente y corría sobre ellos a medida que se iban colocando.

El Pacific Railway tiene numerosas ramificaciones en su trayecto por los estados de Iowa, Kansas, Colorado y Oregón. Al salir de

Omaha, marcha por la orilla izquierda de Platte river hasta la embocadura de la derivación del norte, y luego sigue la derivación del sur; atraviesa los terrenos de Laramie y las montañas Wahsatch, da vuelta al lago Salado, llega a Salt Lake City, capital de los mormones, penetra en el valle de la Tuilla, recorre el desierto americano, los montes de Cedar y Humboldt, Humboldt river, Sierra Nevada, y baja por Sacramento hasta el Pacífico, sin que este trazado tenga pendientes mayores de doce pies por mil, aun en el trayecto de las Montañas Rocosas.

Tal era esa larga arteria que los trenes recorren en siete días, y que iba a permitir al honorable Phileas Fogg, así al menos lo esperaba, tomar el 11, en Nueva York, el vapor de Liverpool.

El vagón ocupado por Phileas Fogg era una especie de ómnibus largo, que descansaba sobre dos juegos de cuatro ruedas cada uno, cuya movilidad permitía salvar las curvas de pequeño radio. En el interior no había compartimentos, sino dos filas de asientos dispuestos a cada lado, perpendicularmente al eje, y entre los cuales estaba reservado un paso que conducía a los gabinetes de tocador y otros, con que cada vagón va provisto. En toda la longitud del tren, los coches comunican entre sí por unos puentecillos, y los viajeros podían circular de uno a otro extremo del convoy, que ponía a su disposición vagones-salones, vagones-terrazas, vagones-restaurantes, vagones-cafés. No faltaban más que vagones-teatros, pero algún los habrá, sin duda.

Por los puentecillos circulaban sin cesar vendedores de libros y periódicos ofreciendo su mercancía, y vendedores de licores, comestibles y cigarros, que no carecían de compradores.

Los viajeros habían salido de la estación de Oakland a las seis de la tarde. Ya era de noche, noche fría, sombría, con el cielo encapotado, cuyas nubes amenazaban convertirse en nieve. El tren no avanzaba con mucha rapidez. Teniendo en cuenta las paradas, no recorría más de veinte millas por hora, velocidad que, sin embargo, le permitía atravesar los Estados Unidos en el tiempo reglamentario.

Se conversaba poco en el vagón, y por otra parte el sueño iba a apoderarse pronto de los viajeros. Picaporte se encontraba colocado cerca del inspector de policía, pero no le hablaba. Desde los últimos

acontecimientos, sus relaciones se habían enfriado notablemente. Ya no había simpatía ni intimidad. Fix no había cambiado nada de su modo de ser; pero Picaporte, por el contrario, estaba muy reservado y dispuesto a estrangular a su antiguo amigo a la menor sospecha.

Una hora después de la salida del tren comenzó a caer una nieve que no podía entorpecer, afortunadamente, la marcha del tren. Por las ventanillas ya no se veía más que una inmensa alfombra blanca, sobre la cual, desarrollando sus espirales, se destacaba, ceniciento, el vapor de la locomotora.

A las ocho, un camarero entró en el vagón y anunció a los pasajeros que había llegado la hora de acostarse. Ese vagón era un sleeping-car, que en algunos minutos queda transformado en dormitorio. Los respaldos de los bancos se doblaron; unos colchoncitos, curiosamente empaquetados, se desarrollaron por un sistema ingenioso; quedaron improvisados en pocos instantes unos camarotes y cada viajero pudo tener a su disposición una cama confortable defendida por recias cortinas contra toda mirada indiscreta. Las sábanas eran blancas, las almohadas blandas, y no había más que acostarse y dormir, lo que cada cual hizo como si se hubiera encontrado en el cómodo camarote de un barco, mientras el tren corría a todo vapor por el estado de California.

En esa porción del territorio que se extiende entre San Francisco y Sacramento, el suelo es poco accidentado. Esa parte del ferrocarril, llamada Central Pacific Road, tomaba a Sacramento como punto de partida y avanzaba al Este, al encuentro del que partía de Omaha. De San Francisco, la capital de California, la línea corría directamente al nordeste, siguiendo el American river, que desagua en la bahía de San Pablo. Las ciento veinte millas comprendidas entre estas dos importantes ciudades fueron recorridas en seis horas, y hacia la medianoche, mientras los viajeros se hallaban entregados a su primer sueño, pasaron por Sacramento, no pudiendo, por lo tanto, ver nada de esa considerable ciudad, residencia de la legislatura del estado de California, ni sus bellos muelles, ni sus anchas calles, ni sus espléndidos palacios, ni sus plazas, ni sus templos.

Más allá de Sacramento, el tren, después de pasar las estaciones de Junction, Roclin, Auburn y Colfax, penetró en el macizo de Sierra Nevada. Eran las siete de la mañana cuando pasó por la estación de Cisco. Una hora después, el dormitorio era de nuevo un vagón ordinario, y los viajeros podían ver por los cristales los pintorescos paisajes de aquel montañoso país. El trazado del ferrocarril obedecía los caprichos de la sierra, yendo unas veces adherido a las faldas de la montaña, otras suspendido sobre los precipicios, evitando los ángulos bruscos por medio de curvas atrevidas, penetrando en gargantas estrechas que parecían sin salida. La locomotora, brillante como unas andas, con su gran chimenea, que despedía fulgores rojizos y su plateada campana, mezclaba sus silbidos y bramidos con los de los torrentes y cascadas, retorciendo su humo por las ennegrecidas ramas de los pinos.

Había pocos túneles o ninguno, y no existían puentes. El ferrocarril seguía los contornos de las montañas no buscando en la línea recta el camino más corto de uno a otro punto y no violentando a la naturaleza.

Hacia las nueve, por el valle de Corson, el tren penetraba en el estado de Nevada, siguiendo siempre la dirección nordeste. A las doce pasaba por Reno, donde los viajeros tuvieron veinte minutos para almorzar.

Desde este punto, la vía férrea, costeano el Humboldt river, se elevó durante algunas millas hacia el norte, siguiendo su curso; después torció al este, no debiendo ya separarse de ese río hasta llegara a los Humboldt ranges, donde nace, casi a la extremidad oriental del estado de Nevada.

Después de haber almorzado, míster Fogg, mistress Auda y sus compañeros volvieron a sus asientos. Phileas Fogg, la joven Auda y sus compañeros, confortablemente colocados, contemplaban el variado paisaje que se presentaba a su vista; dilatadas praderas, montañas que se perfilaban en el horizonte y creeks de espumosas aguas. De vez en cuando aparecía, en masa dilatada, un gran rebaño de bisontes cual dique movedizo. Esos innumerables ejércitos de rumiantes oponen a veces un obstáculo insuperable al paso de los trenes. Se han visto millares de ellos desfilar, durante horas y horas en apiñadas hileras a través de los raíles. La

locomotora tiene entonces que detenerse y aguardar a que la vía esté libre.

Y eso fue lo que aconteció en aquella ocasión. A las tres de la tarde, la vía quedó interrumpida por un rebaño de diez o doce mil cabezas. La máquina, después de haber amortiguado su velocidad, intentó introducir su espolón en tan inmensa columna; pero, al fin, hubo de detenerse ante la impenetrable masa.

Aquellos rumiantes, búfalos, como impropriamente los llaman los americanos, marchaban con tranquilo paso, dando a veces formidables mugidos. Tenían una estatura superior a los de Europa; piernas y cola cortas; con una joroba muscular; las astas separadas en la base; la cabeza, cuello y espalda cubiertos con una melena de largo pelo. No podía pensarse en detener aquella emigración. Cuando los bisontes adoptan una marcha, nada hay que pueda modificarla; es un torrente de carne viva que no puede ser contenido por dique alguno.

Los viajeros, diseminados sobre los pasadizos, contemplaban el curioso espectáculo; pero el que debía tener más prisa que todos, Phileas Fogg, había permanecido en su puesto, esperando filosóficamente a que los búfalos quisieran dejarle paso. Picaporte estaba enfurecido por la tardanza que ocasionaba aquella aglomeración de animales. De buena gana hubiera descargado sobre ellos su arsenal de revólveres.

—¡Qué país! —exclamó—. ¡Unos simples bueyes que detienen los trenes y que van así en procesión sin prisa ninguna, como si no estorbasen la circulación! ¡Caracoles! ¡Quisiera yo saber si míster Fogg había previsto este contratiempo en su programa! ¡Y ese maquinista no se atreve a lanzar su máquina a través de ese ganado!

El maquinista no había intentado forzar el obstáculo, obrando con sana prudencia, porque hubiera aplastado, sin duda alguna, a los primeros búfalos atacados por el espolón de la locomotora; pero, por poderosa que fuera la máquina, habría hecho alto en seguida, dando lugar a un descarrilamiento y a una detención indefinida del tren.

Lo mejor era, pues, esperar con paciencia, y ganar después el tiempo perdido acelerando la marcha del tren. El desfile de los

bisontes duró tres horas largas, y la vía no estuvo expedita sino al caer la noche. En este momento, las últimas filas del rebaño atravesaban el ferrocarril, mientras las primeras filas desaparecían por el horizonte meridional.

Eran, pues, las ocho cuando el tren cruzó los desfiladeros de los Humboldt ranges, y las nueve y media cuando penetró en el territorio de Utah, la región del Gran Lago Salado, el curioso país de los mormones.

[1] De océano a océano.

Capítulo 27

Durante la noche del 5 al 6 de diciembre, el tren corrió al sudeste sobre un espacio de unas cincuenta millas, y luego subió otro tanto hacia el nordeste, acercándose al gran lago Salado. Serían las nueve de la mañana cuando Picaporte salió a tomar el aire a la plataforma. El tiempo estaba frío y el cielo cubierto, pero no nevaba. El disco del sol, abultado por las brumas, parecía como una enorme pieza de oro, y Picaporte se ocupaba en calcular su valor en libras esterlinas, cuando le distrajo de tan útil trabajo la aparición de un personaje bastante extraño.

Este personaje, que había tomado el tren en la estación de Elko, era hombre de elevada estatura, muy moreno y con bigote negro; vestía pantalón negro, corbata blanca y guantes de piel de perro. Parecía un reverendo. Iba de un extremo a otro del tren, y en la portezuela de cada vagón pegaba con obleas una nota manuscrita.

Picaporte se acercó y leyó en una de esas notas que el honorable elder William Hitch, misionero mormón, aprovechando su presencia en el tren número 48, daría de once a doce, en el coche número 117, una conferencia sobre el mormonismo, invitando a oírla a todos los caballeros deseosos de instruirse en los misterios de la religión de los “santos de los últimos días”.

Picaporte, que sólo sabía del mormonismo sus costumbres polígamas, base de la sociedad mormónica, se propuso asistir a ella.

La noticia se esparció rápidamente por el tren, que llevaba un centenar de viajeros. Entre ellos, treinta a lo más, atraídos por el cebo de la conferencia, ocupaban a las once los asientos del coche número 117, figurando Picaporte en la primera fila de los fieles. Ni su amo ni Fix habían creído oportuno molestarse.

A la hora fijada, el elder William Hitch, se levantó, y con voz bastante irritada, como si de antemano le hubiesen contradicho, exclamó:

—¡Les digo yo que Joe Smith es un mártir, que su hermano Hiram es un mártir, y que las persecuciones del gobierno de la Unión contra los profetas van a hacer también un mártir de Brigham Young! ¿Quién se atreverá a sostener lo contrario?

Nadie se aventuró a contradecir al misionero, cuya exaltación era un contraste con su fisionomía, naturalmente serena. Pero su cólera se explicaba indudablemente, por estar entonces sometido al mormonismo a trances muy duros. El gobierno de los Estados Unidos acababa de reducir, no sin trabajo, a estos fanáticos independientes. Se había hecho dueño de Utah, sometiéndolo a las leyes de la Unión, después de haber encarcelado a Brigham Young, acusado de rebelión y de poligamia. Desde aquella época los discípulos del profeta redoblaban sus esfuerzos, y aguardando los hechos, resistían con la palabra a las pretensiones del Congreso.

Como se ve, el elder William Hitch hacía proselitismo hasta en el ferrocarril.

Y entonces refirió apasionando su relación con los raudales de su voz, la violencia de sus ademanes, la historia del mormonismo desde los tiempos bíblicos: “Cómo en Israel un profeta mormón de la tribu de José publicó los anales de la nueva religión y los legó a su hijo Mormón; cómo muchos siglos más tarde una traducción de ese precioso libro, escrito en caracteres egipcios, fue hecha por José Smith, hijo, colono del estado de Vermont, quien se reveló como profeta místico en 1825; cómo, por último, le apareció un mensajero celeste en una selva luminosa y le entregó los anales del Señor”.

En aquel momento, algunos oyentes, poco interesados por la relación retrospectiva del misionero, abandonaron el vagón; pero William Hitch, prosiguiendo, refirió “cómo Smith hijo, reuniendo a su padre, a sus dos hermanos y algunos discípulos, fundó la religión de los “santos de los últimos días”, religión que, adoptada, no tan sólo en América, sino en Inglaterra, Escandinavia y Alemania, cuenta entre sus fieles, no sólo artesanos, sino muchas personas que ejercen profesiones liberales; cómo una colonia fue fundada en Ohio; cómo se edificó un templo gastando doscientos mil dólares, y cómo se construyó una ciudad en Kirkand; cómo Smith llegó a ser un audaz banquero y recibió de un simple exhibidor de momias un

papiro que contenía la narración escrita de mano de Abraham y otros célebres egipcios”.

Como esta historia se iba haciendo un poco larga, las filas de los oyentes se fueron aclarando, y el público quedó reducido a unas veinte personas.

Pero el elder, sin importarle esta deserción, refirió los detalles “cómo José Smith quebró en 1837; cómo los accionistas le embrearon y emplumaron; cómo se le volvió a ver más honorable y más honrado que nunca, algunos años después, en Independence, en el Missouri, y jefe de una comunidad floreciente que no contaba menos de tres mil discípulos. Y entonces, perseguido por el odio de los gentiles, se vio obligado a huir al far west americano”.

Aún quedaban diez oyentes, y entre ellos el buen Picaporte, que era todo oídos. Así supo “cómo después de muchas persecuciones, Smith apareció en Illinois y fundó, en 1839, a orillas del Mississippi, Nauvoo-la-Bella, cuya población se elevó hasta veinticinco mil almas; cómo Smith fue su alcalde, juez supremo y general en jefe; cómo en 1843 se presentó candidato a la presidencia de los Estados Unidos, y cómo, por último, atraído a una asechanza a Cartago, fue encarcelado y asesinado por una banda de hombres enmascarados”.

Al llegar a este punto, sólo quedaba Picaporte en el vagón, y el elder, mirándole de hito en hito, fascinándolo con sus palabras, le recordó que dos años después del asesinato de Smith, su sucesor el profeta inspirado, Brigham Young, abandonando Nauvoo, fue a establecerse a orillas del lago Salado, y allí, en aquel admirable territorio, en medio de una región fértil, en el camino que los emigrantes atraviesan para ir a California, la nueva colonia, gracias a los principios de la poligamia del mormonismo, tomó enorme extensión.

—¡Y por eso —añadió William Hitch—, por eso la envidia del Congreso se ha ejercitado contra nosotros! ¡Por eso los soldados de la Unión han pisoteado el suelo de Utah! ¡Por eso nuestro jefe, el profeta Brigham Young, ha sido arrestado con menosprecio de toda justicia! ¿Cederemos a la fuerza? ¡Jamás! Arrojadlos de Vermont, arrojadlos de Illinois, arrojadlos de Ohio, arrojadlos de Missouri, arrojadlos de Utah, ya encontraremos algún territorio independiente

donde plantar nuestra tienda... y usted, adicto mío –añadió el elder, fijando sobre su único oyente su enojada mirada–, ¿plantará la suya a la sombra de nuestra bandera?

–¡No! –respondió con valentía Picaporte, que huyó a su vez dejando al energúmeno predicar en desierto.

Durante esta conferencia, el tren había marchado con rapidez, y hacia el mediodía tocaba en la punta noroeste del gran lago Salado. De aquí podía abrazarse, en un vasto perímetro el aspecto de ese mar interior que lleva también el nombre de Mar Muerto, y en el cual desagua un Jordán de América. Lago admirable, rodeado de bellas peñas agrestes, con anchas capas incrustadas de sal blanca, soberbia sábana de agua, que en la antigüedad cubría un espacio más considerable; pero con el tiempo, sus orillas, elevándose poco a poco, han reducido su superficie, aumentando su profundidad.

El lago Salado mide unas setenta millas de longitud y treinta y cinco de anchura y está situado a tres mil ochocientos pies sobre el nivel del mar. Muy diferente del lago Asphaltites, cuya depresión acusa mil doscientos pies menos, su intensidad salobre es considerable, y sus aguas tienen en disolución la cuarta parte de materia sólida. Su peso específico es de 1,17, siendo 1,00 el del agua destilada. Por eso allí no pueden existir peces. Los que vienen del Jordán, del Weber y de otros ríos, perecen enseguida; pero no es cierto que la densidad de las aguas sea tal que un hombre no pueda sumergirse.

Alrededor del lago la campiña estaba cultivada admirablemente, porque los mormones entienden bien los trabajos de la tierra; ranchos y corrales para los animales domésticos; campos de trigo, maíz, sorgo; praderas de exuberante vegetación; en todas partes setos de rosales silvestres, matorrales de acacias y de euforbios; tal hubiera sido el aspecto de esa comarca seis meses más tarde; pero entonces el suelo estaba cubierto por una delgada capa de nieve que se endurecía ligeramente.

A las dos, los viajeros se apeaban en la estación de Ogden. El tren no debía marchar hasta las seis. Míster Fogg, mistress Auda y sus dos compañeros tenían, por lo tanto, tiempo de ir a la Ciudad de los Santos por el pequeño ramal que se destaca de la estación de Ogden. Dos horas bastaban apenas para visitar esa ciudad

absolutamente americana, y como tal, construida por el estilo de todas las ciudades de la Unión; varios tableros de largas líneas monótonas, con la lúgubre tristeza de los ángulos rectos, según la expresión de Víctor Hugo. El fundador de la Ciudad de los Santos no podía librarse de esa necesidad de simetría que distingue a los anglosajones. En este singular país, donde los hombres no están, ciertamente, a la altura de las instituciones, todo se hace cuadrándose; las ciudades, las casas y los campamentos.

A las tres, los viajeros se paseaban, pues, por las calles de la ciudad, construida entre la orilla del Jordán y las primeras ondulaciones de los montes Wahsatch. Advirtieron pocas iglesias, y como monumentos, la casa del profeta, la *court house* y el arsenal; también unas casas de ladrillos azulados, con cancelas y galerías, rodeadas de jardines, adornadas con acacias, palmeras y algarrobos. Un muro de arcilla y piedras, hecho en 1853, ceñía la ciudad; en la calle principal, donde estaba el mercado, se elevaban algunos palacios adornados con banderas, entre otros, "Salt Lake House".

Míster Fogg y sus compañeros no encontraron la ciudad muy poblada. Las calles estaban casi desiertas, salvo la parte del templo, adonde llegaron después de atravesar algunos barrios cercados por empalizadas. Las mujeres eran bastante numerosas, lo que se explica por la composición singular de las familias mormonas. No debe creerse, sin embargo, que todos los mormones son polígamos. Cada cual es libre de hacer sobre este particular lo que guste, pero conviene observar que son las ciudadanas de Utah las que tienen especial empeño en ser casadas, porque, según la religión del país, el cielo mormón no hace participar de sus delicias a las solteras. Estas pobres criaturas no parecen tener existencia holgada ni feliz. Algunas, las más ricas sin duda, llevaban un jubón de seda negro, abierto en la cintura, ocultando la cabeza bajo una capucha o chal muy molesto. Las otras vestían sólo de indiana.

Picaporte, en su cualidad de soltero por convicción, no miraba sin cierto espanto a aquellas mormonas encargadas de hacer entre muchas la felicidad de un solo mormón. En su buen sentido, de quien se compadecía más era del marido. Le parecía terrible tener que guiar tantas damas a la vez por entre las vicisitudes de la vida,

conduciéndolas así en tropel hasta el paraíso mormónico, con la perspectiva de encontrarlas allí para la eternidad en compañía del glorioso Smith, que debía ser ornamento de aquel lugar de delicias. Decididamente, no tenía vocación para eso, y le parecía, quizá equivocándose, que las ciudadanas de Salt Lake City dirigían a su persona miradas algo inquietantes.

Por fortuna, su estancia en la Ciudad de los Santos no debía prolongarse. Alrededor de las cuatro los viajeros estaban de nuevo en la estación y volvían a ocupar sus asientos en los vagones.

S dio el silbido; pero cuando las ruedas de la locomotora, patinando sobre los raíles, comenzaban a imprimir al tren alguna velocidad, resonaron estos gritos:

–¡Alto! ¡Alto!

No se detiene un tren en marcha, y el que profería esos gritos era sin duda, algún mormón rezagado. Corría desalentado, y por fortuna para él no había en la estación puertas ni barreras. Se lanzó a la vía, saltó al estribo del último coche, y cayó sin aliento sobre una de las banquetas del vagón.

Picaporte, que había seguido con emoción los incidentes de aquella carrera atlética, fue a contemplar al rezagado, por quien cobró vivo interés al saber que se escapaba a consecuencia de una reyerta de familia.

Cuando el mormón recobró aliento, Picaporte se aventuró a preguntarle cortésmente cuántas mujeres tenía para él solo, pues por el modo como venía escapado le suponía una veintena al menos.

–¡Una, señor! –respondió el mormón, elevando los brazos al cielo–. ¡Una, y era bastante!

Capítulo 28

El tren, al salir de Great Salt-Lake y de la estación de Odgen, se elevó durante una hora hacia el norte hasta Weber River, después de recorrer unas novecientas millas desde San Francisco. En esa parte de territorio, comprendida entre aquellos montes y las Montañas Rocosas propiamente dichas, los ingenieros americanos han tenido que vencer las más serias dificultades. Así, pues, en ese trayecto, la subvención del gobierno de la Unión ha ascendido a cuarenta y ocho mil dólares por milla, al paso que no fue más que dieciséis mil en la llanura; pero los ingenieros, como hemos dicho, no violentaron a la naturaleza, sino que emplearon con ella la astucia, sesgando las dificultades, no habiendo tenido necesidad de perforar más que un túnel de catorce mil pies para llegar a la gran cuenca.

En el lago Salado era donde el trazado llegaba a la máxima altura. Desde allí su perfil describía una curva muy prolongada, que bajaba hacia el valle de Bitter-Creek, para remontarse hasta la línea divisoria de las aguas entre las montañas y el Pacífico. Los ríos eran numerosos en esa region montuosa. Hubo que pasar sobre los puentes el Muddy, el Green y otros. Picaporte se había tornado más impaciente a medida que se acercaba el término del viaje, y Fix, a su vez, hubiera querido hallarse ya fuera de aquella región extraña. Temía las tardanzas, recelaba los accidentes, y aún tenía más prisa que el propio Phileas Fogg en poner el pie sobre tierra inglesa.

A las diez de la noche, el tren se detenía en la estación de Fort Bridger, de la cual se separó al punto, y veinte millas más allá entró en el estado de Wyoming, el antiguo Dakota, siguiendo todo el valle de Bitter Creek, de donde surgen parte de las aguas que forman el sistema hidrográfico del Colorado.

Al día siguiente, 7 de diciembre, hubo un cuarto de hora de parada en la estación de Green River. La nieve había caído durante la noche con bastante abundancia; pero, mezclada con lluvia y

medio derretida, no podía estorbar la marcha del tren. Sin embargo, ese mal tiempo no dejó de inquietar a Picaporte, porque la acumulación de nieve, entorpeciendo las ruedas de los vagones, hubiera comprometido el viaje seguramente.

—¿Pero qué idea —se decía— habrá tenido mi amo de viajar durante el invierno? ¿No podía aguardar la buena estación para tener mayores probabilidades de éxito?

En aquel momento en que el honrado mozo no se preocupaba más que del estado del cielo y del descenso de la temperatura, mistress Auda experimentaba recelos más vivos, que procedían de otra causa muy diferente.

En efecto, algunos viajeros se habían apeado y se paseaban por el muelle de la estación de Green River, esperando la salida del tren. Ahora bien; a través del cristal reconoció entre ellos al coronel Stamp Proctor, aquel americano que tan groseramente se condujera con Phileas Fogg durante el mitin de San Francisco. Mistress Auda, no queriendo ser visible, se echó para atrás.

Tal circunstancia impresionó vivamente a la joven. Ésta había cobrado afecto al hombre que, por frío que fuera, le daba diariamente muestras de la adhesión más absoluta. No comprendía, sin duda, toda la profundidad del sentimiento que le inspiraba su salvador, y aunque no daba a este sentimiento otro nombre que el de agradecimiento, había más que esto sin sospecharlo ella misma. Por eso su corazón se contrajo cuando reconoció al grosero personaje a quien tarde o temprano míster Fogg quería pedir cuenta de su conducta. Evidentemente, la casualidad había llevado ahí al coronel Proctor; pero, en fin, estaba allí, y era necesario impedir a toda costa que Phileas Fogg se percatase de la presencia de su adversario.

Mistress Auda, cuando el tren echó de nuevo a andar, aprovechó un momento en que míster Fogg dormitaba para poner a Fix y a Picaporte al corriente de lo que ocurría.

—¡Ese Proctor está en el tren! —exclamó Fix—. Pues bien, tranquilícese, señora; antes de entenderse con el llamado... con míster Fogg, ajustará cuentas conmigo. Me parece que en todo caso yo soy quien ha recibido los insultos más graves.

–Y además –añadió Picaporte–, yo me encargo de él por más coronel que sea.

–Señor Fix –repuso mistress Auda–: Míster Fogg no dejará a nadie el cuidado de vengarle. Es hombre, lo ha dicho, capaz de volver a América para buscar a ese insolente. Si ve, por lo tanto, al coronel Proctor, no podremos evitar un encuentro que pudiera tener resultados muy lamentables. Es necesario, pues, que no lo vea.

–Dice usted verdad, señora –respondió Fix–; un encuentro podría perderlo todo. Vencedor o vencido, míster Fogg se vería atrasado, y...

–Y –añadió Picaporte– eso haría ganar a los señores esos del Reform Club. ¡Dentro de cuatro días estaremos en Nueva York! Pues bien; si durante cuatro días mi amo no sale de su vagón, puede esperarse que la casualidad no lo pondrá enfrente de ese maldito americano. Y ya sabremos impedirlo.

La conversación fue suspendida. Míster Fogg se había despertado y miraba el campo por entre el vidrio manchado de nieve. Pero más tarde, y sin ser oído de su amo ni por mistress Auda, Picaporte dijo al inspector de policía:

–¿De veras se batirá usted con el?

–Todos los medios emplearé para que llegue vivo a Europa –contestó sencillamente Fix con tono que denotaba implacable voluntad.

Picaporte sintió cierto estremecimiento; pero sus convicciones respecto de la no culpabilidad de su amo, siguieron totalmente inalterables.

¿Y podía hallarse algún medio de detener a míster Fogg en el compartimento, evitando todo encuentro con el coronel? No podía ser esto difícil contando con el genio calmoso del gentleman. En todo caso, el inspector de policía creyó haber dado con el medio, porque a los pocos instantes decía a Phileas Fogg:

–Largas y lentas son estas horas que se pasan así en ferrocarril.

–En efecto –contestó Phileas Fogg–; pero van pasando.

–A bordo de los buques –repuso el inspector– acostumbraba usted a jugar su partida de whist

–Sí, pero aquí sería difícil. No hay naipes ni jugadores.

–¡Oh! En cuanto a los naipes, ya los encontraremos, porque se venden en todos los vagones americanos. En cuanto a compañeros de juego, si por casualidad la señora...

–Ciertamente, caballero –respondió con viveza Auda–, sé jugar al whist. Eso forma parte de la educación inglesa.

–Y yo –repuso Fix–, tengo alguna pretensión de jugarlo bien. Por tanto, haremos la partida a tres.

–Como guste –repuso Fogg, gozoso de dedicarse a su juego favorito aun en ferrocarril.

Picaporte fue en busca del camarero y volvió luego con una tabla forrada de paño. No faltaba nada. El juego comenzó. Mistress Auda conocía bastante bien el whist, y aun recibió algunos cumplidos del severo Phileas Fogg. En cuanto al inspector, era de primera fuerza y capaz de luchar con el gentleman.

–Ahora –dijo para sí Picaporte–, ya es nuestro y no se moverá.

A las once de la mañana, el tren llegó a la línea divisoria de las aguas de ambos océanos. Aquel paraje, llamado Passe Bridger, se hallaba a siete mil quinientos veinticuatro pies ingleses sobre el nivel del mar, y era uno de los puntos más altos del trazado férreo, a través de las Montañas Rocosas. Después de haber recorrido unas doscientas millas, los viajeros se hallaron por fin en una de esas dilatadas llanuras que llegan hasta el Atlántico, y que tan propicias son para el establecimiento de líneas férreas.

Sobre la vertiente de la cuenca atlántica se desarrollaban ya los primeros ríos, afluentes o subafluentes del North Platte River. Todo el horizonte del norte y del este estaba cubierto por una inmensa cortina semicircular que forma la porción septentrional de las Montañas Rocosas, dominada por el pico de Laramie. Entre esa curvatura y la línea férrea se extendían vastas llanuras, abundantemente regadas. A la derecha de la vía aparecían las primeras rampas de la masa montañosa que se redondea al Sur hasta el nacimiento del Arkansas, uno de los grandes tributarios del caudaloso Missouri.

A las doce y media, los viajeros divisaron el fuerte Halleck, que domina aquella comarca. Con algunas horas más, el trayecto de las Montañas Rocosas quedaría hecho, y por lo tanto, podía esperarse que ningún incidente perturbaría el paso del tren por tan áspera

región. Ya no nevaba y el frío era seco. A lo lejos unas grandes aves espantadas por la locomotora. Ninguna fiera, ni oso, ni lobo, aparecía en la llanura. Era el desierto con su inmensa desnudez.

Después de un almuerzo bastante confortable, servido en el mismo vagón, míster Fogg y sus compañeros acababan de tomar los naipes nuevamente, cuando se oyeron violentos silbidos. El tren se detuvo.

Picaporte se asomó a la portezuela y no vio nada, ni había estación alguna.

Mistress Auda y Fix pudieron temer por un momento que míster Fogg bajase a la vía, pero se contentó con decir a su criado:

–Vaya a ver qué sucede.

Picaporte salió, y unos cuarenta viajeros habían dejado ya sus puestos, entre ellos el coronel Stamp Proctor.

El tren se había detenido ante una señal roja, y el maquinista, así como el conductor, discutían vivamente con un guardavía que había sido enviado al encuentro del tren por el jefe de Medicine Bow, la estación inmediata. Tomaban parte en la discusión algunos viajeros que se habían acercado, y entre otros, se oía el referido coronel Proctor con altaneras palabras e imperiosos ademanes.

Picaporte oyó decir al guardavía:

–¡No! ¡No hay medio de pasar! El puente de Medicine Bow está resentido y no aguantaría el peso del tren.

El puente de que se trataba era colgante, y cruzaba sobre un torrente a una milla del sitio donde se había detenido el tren. Según el guardavía, muchos tirantes estaban rotos, y el puente amenazaba ruina, y era imposible arriesgarse y pasarlo. El guardavía no exageraba al decirlo así, y debe tenerse en cuenta que con los hábitos de los americanos, cuando ellos son prudentes, sería locura no serlo.

Picaporte, que no se atrevía a contárselo a su amo, oía el relato, quieto como una estatua y apretando los dientes.

–¡Me parece –exclamó el coronel Proctor– que no iremos a quedarnos aquí criando raíces en la nieve!

–Coronel –exclamó el conductor–, hemos telegrafiado a la estación de Omaha para pedir un tren, pero es probable que no llegue a Medicine Bow antes de seis horas.

–¡Seis horas! –dijo Picaporte.

–Sin duda. Además, bien necesitaremos ese tiempo para llegar a pie a la estación.

–¡Pero si no está más que a una milla de aquí! –dijo un viajero.

–En efecto; pero cae al otro lado del río.

–Y no puede pasarse con barca?

–Imposible. El torrente viene crecido por las lluvias. Es un rápido y nos veremos obligados a dar un rodeo de diez millas al norte para hallar un vado.

El coronel soltó una serie de tacos, contra la Compañía y el conductor, mientras Picaporte, furioso, no andaba muy lejos de hacer coro con él. Había un obstáculo material, contra el cual habían de estrellarse esta vez todos los billetes de Banco de su amo.

Además, el descontento era general entre los viajeros, quienes, sin contar con el retraso, se veían obligados a andar unas quince millas por la nevada llanura. Hubo, pues, alboroto, vociferaciones, gritería, lo que hubiera debido llamar la atención de Phileas Fogg a no estar absorto en el juego.

Sin embargo, Picaporte tenía que darle parte de lo que pasaba, y se dirigía al vagón con la cabeza baja, cuando el maquinista, verdadero yankee llamado Foster, dijo, levantando la voz:

–Señores, quizá haya medio de pasar.

–¿Por el puente? –preguntó un viajero.

–Por el puente.

–¿Con nuestro tren? –inquirió el coronel.

–Con nuestro tren.

Picaporte se detuvo y devoraba las palabras del maquinista.

–¡Pero el puente amenaza ruina! –dijo el conductor.

–No importa –repuso Foster–. Creo que lanzando el tren a toda velocidad, hay probabilidad de cruzarlo.

–¡Caracoles! –exclamó Picaporte.

Pero cierto número de viajeros fueron inmediatamente seducidos por la proposición, que gustaba en especial al coronel Proctor. Aquel cerebro descompuesto consideraba la cosa como muy practicable. Recordó que unos ingenieros habían concebido la idea de pasar los ríos sin puentes con trenes rígidos lanzados a toda velocidad. Y en

fin de cuentas todos los interesados en la cuestión se pusieron de parte del maquinista.

–Tenemos cincuenta probabilidades de pasar –decía uno.

–Sesenta –decía otro.

–Ochenta... ¡Noventa por ciento!

Picaporte estaba asustado, si bien se hallaba dispuesto a intentarlo todo para cruzar el Medicine Creek; pero la tentativa le parecía demasiado americana.

–Por otra parte –pensó–, hay otra cosa más sencilla que ni siquiera se le ocurre a esa gente. Caballero –dijo a uno de los viajeros–, el medio propuesto por el maquinista me parece algo aventurado, pero...

–¡Ochenta probabilidades! –contestó el viajero, que le volvió la espalda.

–Bien lo sé –respondió Picaporte, dirigiéndose a otro–; pero permítame una simple reflexión.

–No hay reflexión, es inútil –respondió el americano encogiéndose de hombros–, puesto que el maquinista asegura que pasaremos.

–Sin duda pasaremos, pero sería tal vez más prudente...

–¡Cómo prudente! –exclamó el coronel Proctor, a quien hizo dar un salto esa palabra–. ¡Le dicen que a toda velocidad! ¿Comprende? ¡A toda velocidad!

–Ya sé, ya comprendo –repetía Picaporte, a quien nadie dejaba acabar–. Pero sería, si no más prudente, puesto que la palabra le choca, al menos más natural...

–¿Quién? ¿Cómo? ¿Qué? ¿Qué tiene que decir ése con su natural?... –gritaron todos.

El pobre mozo ya no sabía de quién hacerse oír.

–¿Acaso tiene usted miedo? –le preguntó el coronel Proctor.

¡Yo miedo! –exclamó Picaporte–. Pues bien, sea. ¡Les enseñaré que un francés puede ser tan americano como ellos!

–¡Al tren, al tren! –gritaba el conductor.

–¡Sí, al tren! –repetía Picaporte–. ¡Al tren! ¡Y al instante! Pero nadie me impedirá pensar que hubiera sido más natural pasar primero el puente a pie, y luego el tren.

Nadie oyó tan cuerda reflexión, ni nadie hubiera querido reconocer su conveniencia.

Los viajeros regresaron a los coches: Picaporte ocupó su asiento sin decir nada de lo ocurrido. Los jugadores estaban absortos en su partida de whist.

La locomotora silbó vigorosamente. El maquinista, invirtiendo el vapor, hizo retroceder el tren cerca de una milla, como un acróbata que va a coger impulso.

Después de otro silbido, comenzó la marcha hacia delante; se fue acelerando, y en pocos instantes la velocidad fue espantosa. No se oía ya la repercusión de los jadeos de la locomotora, sino una aspiración seguida; los pistones daban veinte golpes por segundo; los ejes humeaban entre las cajas de grasa. Se sentía, por decirlo así, que el tren entero, marchando con una rapidez de cien millas por hora, no gravitaba ya sobre los raíles. La velocidad anulaba el peso.

Y pasaron como un relámpago. Nadie vio el puente. El tren saltó, por decirlo así, de una orilla a otra, y el conductor no pudo detener su máquina desbocada sino a cinco millas más allá de la estación.

Pero apenas había pasado el convoy, cuando el puente, definitivamente arruinado, se desplomó con estrépito sobre el torrente de Medicine Bow.

Capítulo 29

Aquella tarde el tren proseguía su marcha sin obstáculos, pasaba el fuerte Sanders, trasponía el paso de Cheyenne y llegaba al de Evans. En este lugar el ferrocarril alcanzaba el punto más elevado del trayecto, o sea ocho mil noventa y un pies sobre el nivel del océano. Los viajeros ya no tenían más que bajar hasta el Atlántico por aquellas llanuras sin límites niveladas por la naturaleza.

Allí empalmaba el ramal de Denver City, ciudad principal de Colorado. Este territorio es rico en minas de oro y de plata, y más de cincuenta mil habitantes han fijado allí su residencia.

Se habían recorrido mil trescientas ochenta y dos millas desde San Francisco, en tres días y tres noches. Cuatro noches y cuatro días debían bastar, según todos los cálculos, para llegar a Nueva York. Phileas Fogg se mantenía, por lo tanto, dentro del plazo reglamentario.

Durante la noche quedo a la izquierda el campamento de Walbah. El Lodge Pole Creek discurría paralelo a la vía, siguiendo sus aguas la frontera rectilínea común a los Estados de Wyoming y de Colorado. A las once se entraba en el de Nebraska, se pasaba cerca de Sedgwick, y se tocaba en Julesburg, situado en el brazo meridional de Plate River.

Allí fue donde se inauguró el Union Pacific Road, el 23 de octubre de 1867, cuyo ingeniero jefe fue el general J. M. Dodge, y donde hicieron alto las dos poderosas locomotoras que remolcaban los nueve vagones de convidados, entre los cuales figuraba el vicepresidente míster Tomás C. Durant. Allí fue donde los sioux y los pawnies hicieron el simulacro de un combate indio; allí brillaron los fuegos artificiales, en medio de ruidosas aclamaciones: allí, por último, se publicó, por medio de una imprenta portátil, el primer número del periódico Railway Pioneer. Así fue celebrada la inauguración de ese gran ferrocarril, instrumento de progreso y de civilización; trazado a través del desierto y destinado a enlazar entre

sí ciudades que no existían todavía. El silbato de la locomotora, más poderoso que la lira de Anfión, iba a hacerles surgir en breve del suelo americano.

A las ocho de la mañana, el fuerte Mac Pherson quedaba atrás. Este punto dista trescientas cincuenta y siete millas de Omaha. La vía férrea seguía por la izquierda las caprichosas sinuosidades del brazo meridional de Plate River. A las nueve, se llegaba a la importante ciudad de North Platte, construida entre los dos brazos de ese gran río, que se reúnen de nuevo alrededor de ella para no formar en adelante ya más que una sola arteria, afluente considerable cuyas aguas se confunden con las del Missouri, un poco más allá de Omaha.

Míster Fogg y sus compañeros proseguían su juego, sin que ninguno de ellos se quejase de la longitud del camino. Fix había empezado por ganar algunas guineas que estaba perdiendo, no siendo menos apasionado para el juego que míster Fogg. Durante aquella mañana, la suerte favoreció a éste de modo singular. Los triunfos llovían, por decirlo así, en sus manos. En cierto momento, después de haber combinado un golpe atrevido, se disponía a jugar espadas, cuando detrás de la banqueta salió una voz diciendo:

–Yo jugaría oro...

Míster Fogg, mistress Auda y Fix levantaron la cabeza. El coronel Proctor estaba junto a ellos.

Stamp Proctor y Phileas Fogg se reconocieron enseguida.

–¡Ah!, es usted, señor inglés –exclamó el coronel–. ¡Es usted quien quiere jugar espadas!

–Y que las juega –respondió con frialdad Phileas Fogg, echando un diez de ese palo.

–Pues bien, me acomoda que sea oro –replicó el coronel Proctor, con irritada voz, haciendo un ademán para coger la carta jugada, y añadiendo:

–No conoce usted ese juego.

–Tal vez sea más diestro en otro –dijo Phileas Fogg, levantándose.

–¡Sólo de usted depende ensayarlo, hijo de John Bull! –replicó el grosero personaje.

Mistress Auda palideció al afluir toda su sangre al corazón. Se asió del brazo de Phileas Fogg, quien la repelió suavemente. Picaporte iba a echarse sobre el americano, el cual miraba a su adversario con aire más insultante; pero Fix se levantó, y yendo hacia el coronel Proctor, le dijo:

–Olvida usted que es conmigo con quien debe entenderse, porque no sólo me injurió usted de palabras, sino de obra también.

–Señor Fix –dijo Phileas Fogg–, perdone usted, pero esto me concierne a mí solo. Al pretender que yo hacía mal en jugar espadas, el coronel me ha injuriado de nuevo, y me dará una satisfacción.

–Cuando quiera usted y donde quiera –respondió el americano–, y con el arma que sea más de su agrado.

Mistress Auda intentó en vano detener a míster Fogg. El inspector hizo inútiles esfuerzos para hacer suya la cuestión. Picaporte quería echar al coronel por la portezuela, pero una señal de su amo lo contuvo. Phileas Fogg salió del vagón, y el americano lo acompañó al pasillo.

–Caballero –dijo míster Fogg a su adversario–, tengo mucha prisa en llegar a Europa, y una demora cualquiera perjudicaría mucho mis intereses.

–¿Y qué importa? –replicó el coronel Proctor.

–Caballero –dijo cortésmente míster Fogg–, después de nuestro encuentro en San Francisco, había formado el proyecto de regresar a América para buscarle, tan pronto como hubiese terminado los negocios que me llaman al antiguo continente.

–¡De veras!

–¿Queréis señalarme sitio para dentro de seis meses?

–¿Por qué no seis años?

–Digo seis meses, y seré exacto.

–Ésas no son más que pamplinas. O al instante o nunca.

–Acepto. ¿Va usted a Nueva York?

–No.

–¿A Chicago?

–No.

–¿A Omaha?

–No le importa a usted. ¿Conoce Plum Creek?

–No.

–Es la estación inmediata, y allí llegará el tren dentro de una hora; se detendrá diez minutos, durante los cuales se pueden disparar muy bien algunos tiros.

–Conforme; bajaré en la estación de Plum Creek.

–Y creo que allí se quedará usted –añadió el americano, con insolencia sin igual.

–¿Quién sabe, caballero? –respondió míster Fogg, y entró en su vagón tan impassible como de costumbre.

Allí el caballero comenzó por tranquilizar a mistress Auda, diciéndole que los fanfarrones nunca eran de temer. Después rogó a Fix que le sirviera de testigo en el encuentro que iba a celebrarse. Fix no podía rehusarlo, y Phileas Fogg prosiguió tranquilo su interrumpido juego, echando espadas con perfecta calma.

A las once, el silbato de la locomotora anunció la proximidad de la estación de Plum Creek. Míster Fogg se levantó, y, seguido de Fix, salió a la plataforma. Picaporte le acompañaba llevando un par de revólveres. Mistress Auda se quedó en el vagón, pálida como una muerta.

En aquel momento se abrió la puerta del otro vagón, y el coronel Proctor apareció también en la galería, seguido de su testigo, un yanquee de su temple. Pero cuando los dos adversarios iban a bajar a la vía, el conductor acudió gritando:

–No se puede bajar, señores.

–¿Y por qué? –preguntó el coronel.

–Llevamos veinte minutos de retraso, y el tren no se para.

–Pero he de batirme con el señor.

–Lo siento –repuso el empleado–, pero marchamos al punto. ¡Ya suena la campana!

La campana sonaba, en efecto, y el tren prosiguió su camino.

–Lo lamento muchísimo, señores –dijo entonces el conductor–. En cualquier otra circunstancia hubiera podido servirles. Pero, en definitiva, puesto que no han podido batirse en esa estación, ¿quién les impide batirse aquí?

–Eso no convendrá tal vez al señor –dijo el coronel Proctor burlonamente.

–Eso me conviene muy bien –respondió Phileas Fogg.

—Decididamente estamos en América —pensó Picaporte—, y el conductor del tren es un caballero.

Y pensando esto, siguió a su amo.

Los dos adversarios y sus testigos, precedidos del conductor, se fueron al último vagón del tren, ocupado tan sólo por unos diez viajeros. El conductor les preguntó si querían dejar un momento libre el sitio a dos caballeros que tenían que arreglar una cuestión de honor.

¡Cómo no! Muy gozosos los viajeros accedieron a complacer a los contendientes, y se retiraron a la plataforma.

El vagón, que tenía unos cincuenta pies de largo, se prestaba muy bien para el caso. Los adversarios podían marchar uno contra otro por entre las banquetas y fusilarse a su gusto. Nunca hubo duelo más fácil de arreglar. Mister Fogg y el coronel Proctor, provistos cada uno de dos revólveres, entraron en el vagón. Sus testigos los encerraron. Al primer silbido de la locomotora debían comenzar el fuego. Y luego, después de un transcurso de dos minutos, se sacaría del coche el que quedase de ambos caballeros terminado el duelo.

Nada más sencillo era en verdad; y tan sencillo, por cierto, que Fix y Picaporte sentían latir su corazón hasta romperse.

Se esperaba el silbido convenido cuando resonaron, de repente, unos gritos salvajes, acompañados de tiros que no procedían del vagón ocupado por los duelistas. Los disparos se escuchaban, al contrario, por la parte delantera y sobre toda la línea del tren; en el interior de éste se oían gritos de furor.

El coronel Proctor y mister Fogg, revólveres en mano, salieron al instante del vagón, y se corrieron hacia delante, donde eran más ruidosos los gritos y los disparos.

Habían comprendido que el tren era atacado por una banda de sioux.

No era la primera vez que esos atrevidos indios habían detenido los trenes. Según su costumbre, sin aguardar la parada del tren, se habían arrojado sobre el estribo un centenar de ellos, escalando los vagones como lo hace un clown al saltar sobre un caballo al galope.

Estos sioux estaban armados de fusiles. De aquí las detonaciones, que eran correspondidas por los viajeros, casi todos

armados. Los indios habían comenzado por arrojarse sobre la máquina. El maquinista y el fogonero habían sido ya casi magullados. Un jefe sioux, queriendo detener el tren, pero no sabiendo manejar el regulador, había abierto la introducción del vapor en lugar de cerrarla, y la locomotora, ahora, corría con una velocidad espantosa.

Al mismo tiempo los sioux habían invadido los vagones. Corrían como monos enfurecidos sobre las cubiertas, echaban abajo las portezuelas y luchaban cuerpo a cuerpo con los viajeros. El furgón de equipajes había sido saqueado, arrojando los bultos a la vía. La gritería y los tiros no cesaban.

No obstante, los viajeros se defendían con valor. Algunos vagones, por medio de barricadas, sostenían un sitio, como verdaderos fuertes ambulantes llevados a una velocidad de cien millas por hora. Desde el principio del ataque, mistress Auda se había conducido valerosamente. Revólver en mano se defendía heroicamente disparando por entre los cristales rotos cuando asomaba algún salvaje. Unos veinte sioux, heridos de muerte, habían caído a la vía, y las ruedas de los vagones aplastaban a los que caían sobre los raíles desde las plataformas.

Varios viajeros, gravemente heridos de bala o de tomahawk, yacían sobre las banquetas.

Era necesario acabar. La lucha llevaba diez minutos de duración, y tenía que terminar con ventaja para los sioux si el tren no se paraba. En efecto, la estación del fuerte Kearney no estaba sino a dos millas de distancia, y una vez pasado el fuerte y la estación siguiente, los sioux serían dueños del tren.

El conductor se batía junto a míster Fogg cuando una bala le alcanzó. Al caer exclamó:

–¡Estamos perdidos si el tren tarda cinco minutos en detenerse!

–¡Se detendrá! –dijo Phileas Fogg, que quiso echarse fuera del vagón.

–Estése quieto, señor –le gritó Picaporte. Yo me encargo de ello.

Phileas Fogg no tuvo tiempo de detener al animoso muchacho, quien, abriendo una portezuela, consiguió deslizarse debajo del vagón. Y entonces, mientras la lucha continuaba y las balas cruzaban por encima de su cabeza, recobrando su agilidad y

flexibilidad de clown, arrastrándose colgado por debajo de los coches, y agarrándose a las cadenas, y a las palancas de freno, arrastrándose de uno a otro con maravillosa destreza, llegó a la parte delantera del tren sin haber sido visto de nadie.

Allí, colgado por una mano entre el furgón y el tender, desenganchó con la otra las cadenas de seguridad; pero a consecuencia de la tracción, no hubiera logrado desenroscar la barra de enganche si un sacudimiento que la máquina experimentó no la hubiera hecho saltar de modo que el tren, desprendido, se fue quedando atrás, mientras la locomotora huía con mayor velocidad.

Llevado por la fuerza adquirida, el tren corrió aún durante algunos minutos; pero los frenos se manejaron bien, y se detuvo al fin a menos de cien pasos de distancia de la estación de Kearney.

Allí, los soldados del fuerte, atraídos por los disparos, acudieron apresuradamente. Los sioux no quisieron esperarlos y antes de pararse el tren completamente, toda la banda había desaparecido.

Pero cuando los viajeros se contaron en el andén de la estación, advirtieron que faltaban algunos, y entre otros el valiente francés cuyo denuedo acababa de salvarlos.

Capítulo 30

Tres viajeros, incluyendo a Picaporte, habían desaparecido. ¿Los habrían muerto en la lucha? ¿Estarían prisioneros de los sioux? Era muy pronto para saberlo.

Los heridos eran bastantes numerosos, pero se comprobó que ninguno lo estaba mortalmente. Uno de los más graves era el coronel Proctor, quien se había batido valerosamente, recibiendo un balazo en la ingle. Fue trasladado a la estación con otros viajeros, cuyo estado reclamaba inmediatos cuidados.

Mistress Auda estaba a salvo, Phileas Fogg no había recibido ni un rasguño. Fix estaba herido en el brazo levemente. Pero Picaporte faltaba, y los ojos de la joven Auda vertían lágrimas.

Entretanto, todos los viajeros habían abandonado el tren. Las ruedas de los vagones estaban manchadas de sangre. De los cubos y de los ejes colgaban informes despojos de carne. Por las llanuras, hasta perderse de vista, se veían largos rastros encarnados. Los últimos indios desaparecían entonces por el sur, hacia Republican River.

Míster Fogg permanecía quieto y cruzado de brazos. Tenía que adoptar una grave resolución. Mistress Auda le miraba sin pronunciar palabra. Comprendió él esta mirada. Si su criado estaba prisionero, ¿no debería intentarlo todo para librarlo de los indios?

–Lo encontraré muerto o vivo –dijo, sencillamente, a mistress Auda.

–¡Ah, míster Fogg! –exclamó la joven, asiendo las manos de su compañero y bañándose de lágrimas.

–¡Vivo –añadió míster Fogg–, si no perdemos un minuto!

Con esta resolución, Phileas Fogg se sacrificaba por entero. Acababa de sentenciar su ruina. Un día tan sólo de retraso, le haría faltar a la salida del vapor en Nueva York, y perdería la apuesta irremisiblemente; pero no vaciló ante la idea de cumplir con su deber.

El capitán que mandaba el fuerte Kearney estaba allí. Sus soldados, un centenar de hombres, se habían puesto a la defensiva para el caso en que los sioux hubieran dirigido un ataque directo contra la estación.

–Señor –dijo míster Fogg al capitán–, tres viajeros han desaparecido.

–¿Muertos? –preguntó el capitán.

–Muertos o prisioneros –repuso Phileas Fogg–. Ésta es una incertidumbre que debemos aclarar. ¿Tiene usted intención de perseguir a los sioux?

–Eso es grave –dijo el capitán–. ¡Esos indios pueden huir hasta más allá de Arkansas! No me es posible abandonar el fuerte que me está confiado.

–¡Señor! –exclamó Phileas Fogg–, se trata de la vida de tres hombres.

–Sin duda.... ¿Pero, puedo arriesgar la de cincuenta para salvar a tres?

–Yo no sé si puede usted, pero debe hacerlo.

–Caballero –replicó el capitán–, nadie tiene que enseñarme cuál es mi deber.

–Sea –dijo fríamente Phileas Fogg–: ¡iré solo!

–¡Usted, señor! –exclamó Fix–. ¿Irá solo en persecución de los sioux?

–¿Quiere, entonces, que deje perecer a ese infeliz a quienes todos los que están aquí deben la vida? Iré.

–Pues bien; ¡no irá solo! –exclamó el capitán, conmovido, a su pesar–. ¡No! Tiene usted un corazón valiente. ¡Treinta hombres de buena voluntad! –añadió, volviéndose a los soldados.

Toda la compañía avanzó en masa. El capitán tuvo que elegir treinta soldados, y los puso a las órdenes de un viejo sargento.

–¡Gracias, capitán! –dijo míster Fogg.

–¿Me permitirá acompañarle? –preguntó Fix al gentleman.

–Como guste usted, caballero –le respondió Phileas Fogg–; pero si desea prestarme un servicio, quédese junto a mistress Auda; y en el caso de que me suceda algo...

Una súbita palidez invadió el rostro del inspector de policía. ¡Separarse del hombre a quien había seguido paso a paso y con

tanta insistencia! ¡Dejarle aventurarse así en el desierto! Fix miró con atención al impassible caballero, y a pesar de sus prevenciones bajó la vista ante aquella mirada franca y serena.

–Me quedaré –dijo.

Algunos instantes después, míster Fogg, después de estrechar la mano de la joven y de entregarle su precioso saco de viaje, partió con el sargento y su reducida tropa, diciendo a los soldados:

–¡Amigos míos, hay mil libras para ustedes si salvan a los prisioneros!

Eran las doce y algunos minutos.

Mistress Auda se había retirado a un cuarto de la estación, y allí sola aguardó, pensando en Phileas Fogg, en su sencilla y graciosa generosidad y en su sereno valor. Míster Fogg había sacrificado su fortuna y en aquel momento se jugaba su vida, todo sin vacilación, por deber y sin alarde. Phileas era un héroe ante ella.

El inspector Fix no pensaba de la misma manera, y no podía contener su agitación. Se paseaba calenturiento por el andén de la estación. Estaba arrepentido de haberse dejado subyugar en el primer momento por míster Fogg y comprendía la necedad en que había incurrido permitiéndole marchar. ¡Cómo! ¿Había podido consentir en separarse de aquel hombre a quien acababa de seguir alrededor del mundo? Se reconvenía, se acusaba, se trataba como si hubiera sido director de la policía metropolitana, amonestando a un agente cogido en flagrante delito de candidez.

–¡He sido inepto! –decía para sí–. ¡El otro le habrá dicho quién era yo! ¡Ha partido y no volverá! ¿Dónde cogerlo ahora? ¿Pero cómo he podido dejarme fascinar así, yo, Fix, yo, que llevo en el bolsillo la orden de arresto? ¡Decididamente soy un imbécil!

Así razonaba el inspector de policía, mientras las horas transcurrían lentamente. No sabía qué hacer. Algunas veces estaba a punto de decírselo todo a mistress Auda, pero comprendía de qué modo serían acogidas sus palabras por la joven. ¿Qué partido tomar? Estaba tentado por irse a través de las llanuras en seguimiento de Fogg. No le parecía imposible volver a dar con él. ¡Las huellas del destacamento estaban impresas aún en el nevado suelo! Pero sin tardar mucho, todo vestigio quedaría borrado bajo una nueva capa de nieve.

Entonces el desaliento se apoderó de Fix. Experimentó un insuperable deseo de abandonar la partida, y precisamente se le ofreció ocasión de seguir el viaje partiendo de la estación de Kearney.

En efecto, a las dos de la tarde, mientras la nieve caía a grandes copos, se oyeron unos silbidos procedentes del este. Una enorme sombra, precedida de rojizo resplandor, avanzaba con lentitud, considerablemente oculta por las brumas, que le daban un fantástico aspecto.

Sin embargo, ningún tren de la parte del este era esperado todavía. El auxilio pedido por telégrafo fono no podía llegar con tanta rapidez, y el tren de Omaha a San Francisco no debía pasar hasta el día siguiente.

No tardó en saberse lo que era. La locomotora, que andaba a corto vapor y dando grandes silbidos, era la que, después de haberse separado del tren, había continuado su marcha con tan espantosa velocidad, llevando al maquinista y fogonero inanimados. Había corrido muchas millas, y después, apagándose el fuego por falta de combustible, la velocidad fue disminuyendo, hasta que la máquina se detuvo veinte millas más allá de la estación de Kearney.

Ni el maquinista ni el fogonero habían sucumbido, y después de un desmayo bastante prolongado recobraron los sentidos.

La máquina estaba entonces parada y cuando el maquinista se vio en el desierto con la locomotora sola, comprendió lo ocurrido, y sin que pudiera atinar como se había efectuado la separación, no dudaba que el tren estaba atrás esperando auxilio.

No vaciló el maquinista acerca de la resolución que debía adoptar. Proseguir el camino en dirección a Omaha era prudente; volver hacia el tren, en cuyo saqueo estarían, quizá, ocupados los indios, era peligroso... ¡No importa! Se rellenó la hornilla de combustible, el fuego se reanimó, la presión volvió a subir, y hacia las dos de la tarde, la máquina regresaba a la estación de Kearney, siendo ella la que silbaba entre la bruma.

Fue para los viajeros gran satisfacción el ver que la locomotora se ponía a la cabeza del tren. Iban a poder continuar su viaje, tan desgraciadamente interrumpido.

Al llegar la máquina, mistress Auda preguntó al conductor:

–¿Van a marchar enseguida?

–Al momento, señora.

–Pero esos prisioneros... nuestros desventurados compañeros...

–No puedo interrumpir el servicio –contestó el conductor–. Ya llevamos tres horas de retraso.

–¿Y cuándo pasa el otro tren procedente de San Francisco?

–Mañana por la tarde, señora.

–¡Mañana por la tarde! Pero ya no será tiempo. Es necesario aguardar.

–Imposible. Si quiere partir, suba al coche.

–No marcharé –respondió la joven.

Fix había oído la conversación. Algunos momentos antes, cuando todo medio de locomoción le faltaba, estaba decidido a marchar; y entonces, cuando el tren estaba allí y no tenía más que ocupar su asiento, le retenía un irresistible impulso. El andén de la estación le quemaba los pies y no podía desprenderse de allí. Volvía a las luchas de sus encontradas ideas, y la cólera del mal éxito le ahogaba. Quería luchar hasta el fin.

Entretanto, los viajeros y algunos heridos, entre ellos el coronel Proctor, cuyo estado era grave, habían tomado asiento en los vagones. Se oía el zumbido de la caldera y el vapor se desprendía por las válvulas. El maquinista silbó, el tren se puso en marcha, y desapareció luego, mezclando su blanco humo con el torbellino de la nieve.

El inspector Fix se quedó.

Transcurrieron algunas horas. El tiempo era muy malo y el frío excesivo. Fix, sentado en un banco, en la estación, permanecía inmóvil, hasta el punto de parecer dormido. Mistress Auda, a pesar de la nevada, salía a cada instante del cuarto que estaba a su disposición. Llegaba hasta lo último del andén queriendo penetrar la bruma con la mirada y procurando escuchar si se percibía algún ruido. Pero nada. Aterida por el frío volvía a su aposento para volver a salir algunos momentos más tarde, siempre con idéntico resultado.

Llegó la noche, y el destacamento aún no había regresado. ¿Dónde estaría? ¿Habría alcanzado a los indios? ¿Habría habido lucha, o tal vez los soldados, perdidos en medio de la nieve,

andarían a la aventura? El capitán del fuerte Kearney estaba muy inquieto, si bien procuraba disimularlo.

Por la noche, la nieve no cayó en tanta abundancia, pero el frío se intensificó. La mirada más intrépida no hubiera considerado sin espanto aquella oscura inmensidad. Reinaba un silencio absoluto, cuya infinita calma no era turbada ni por el vuelo de las aves ni por el paso de las fieras.

Durante toda aquella noche, mistress Auda, con el ánimo entregado a siniestros pensamientos, con el corazón lleno de angustias, anduvo errando por los linderos de la pradera. Su imaginación la llevaba a lo lejos, mostrándole mil peligros; es imposible expresar con palabras lo que sufrió durante tan largas horas.

Fix permanecía quieto en el mismo sitio, pero tampoco dormía. En cierto momento se le acercó un hombre y le habló, pero el agente lo despidió, después de haber respondido negativamente.

Así transcurrió la noche. Al alba, el disco medio apagado del Sol se levantó sobre un horizonte nublado, pero se podía, no obstante, extenderse la mirada hasta dos millas de distancia. Phileas Fogg y el destacamento se habían dirigido hacia el sur, y por ese lado no se divisaba más que el desierto. Eran entonces las siete de la mañana.

El capitán, muy caviloso, no sabía qué determinación tomar. ¿Debía enviar otro destacamento en busca del primero? ¿Debía sacrificar más hombres ante la escasa posibilidad de salvar a los que, sin duda alguna, había sacrificado primero? Pero su vacilación no duró mucho, y al fin llamó con una seña a uno de sus tenientes y le dio la orden de hacer un reconocimiento por el sur. Pero en ese momento sonaron unos disparos. ¿Era esto una señal? Los soldados salieron fuera del fuerte, y a media milla vieron una pequeña partida que venía en buen orden.

Míster Fogg iba a la cabeza, y junto a él estaba Picaporte y los otros dos viajeros librados de las manos de los sioux.

Había habido combate a diez millas al sur de Kearney. Pocos momentos antes de la llegada del destacamento, Picaporte y los dos compañeros comenzaron a luchar con sus guardianes, y el francés acababa de derribar su tercer adversario a puñetazos, cuando su amo y los soldados se precipitaron en su auxilio.

Todos, salvadores y salvados, fueron acogidos con gritos de alegría, y Phileas Fogg distribuyó a los soldados la prima que les había prometido, mientras Picaporte repetía, no sin algún fundamento:

–¡Decididamente, se ha de convenir que cuesto muy caro a mi amo!

Fix, sin pronunciar una palabra, miraba a míster Fogg, y hubiera sido difícil analizar las impresiones que luchaban en su interior. En cuanto a mistress Auda, había tomado la mano del gentleman y la estrechaba con las suyas sin poder pronunciar una palabra.

Entretanto, Picaporte, tan pronto como llegó, buscó el tren en la estación, creyendo encontrarle allí dispuesto a correr hacia Omaha, y esperando que se podría ganar el tiempo perdido.

–¡El tren, el tren! –gritaba.

–Se marchó –respondió Fix.

–¿Y el tren siguiente, cuándo pasa? –preguntó míster Fogg.

–Esta noche.

–¡Ah! –contestó simplemente el impasible gentleman.

Capítulo 31

Phileas Fogg llevaba veinticuatro horas de retraso, y Picaporte, causa involuntaria de esta tardanza, estaba desesperado. Había arruinado, indudablemente y sin remedio, a su querido amo.

En aquel momento, el inspector se acercó a míster Fogg, y mirándole bien de frente, le preguntó:

–Formalmente, señor Fogg; ¿tiene usted prisa?

–Formalmente, la tengo –respondió Phileas Fogg.

–Insisto –repuso Fix–. ¿Tiene usted verdadero interés en estar en Nueva York el 11, antes de las nueve de la noche, hora de salida del vapor de Liverpool?

–El mayor interés.

–¿Y si el viaje no hubiera sido interrumpido por el ataque de los indios, hubiera llegado a Nueva York el 11 por la mañana?

–Sí, con doce horas de adelanto sobre el vapor.

–Bien. Tiene usted ahora veinte horas de retraso. Entre veinte y doce, la diferencia es de ocho. Luego con ganar estas ocho horas le bastaría. ¿Quiere usted intentarlo?

–¿A pie?

–No, en trineo de vela. Un hombre me ha propuesto este sistema de transporte.

Era el hombre que había hablado al inspector de policía durante la noche y cuya oferta había sido desechada.

Phileas Fogg no respondió a Fix; pero éste le mostró al hombre de que se trataba, y el gentleman fue a su encuentro. Un instante después, Phileas Fogg y el americano, llamado Mudge, entraban en una covacha construida en la base del fuerte Kearney.

Allí, míster Fogg examinó un vehículo bastante singular, especie de tablero montado sobre dos largueros, algo levantados por delante, como las plantas de un trineo, y en el cual cabían cinco o seis personas. Por delante, se alzaba un mástil muy alto en el cual podía envergarse una inmensa cangreja. Este mástil, sólidamente

sostenido por obenques metálicos, tenía un estay de hierro que servía para guardar un foque de gran dimensión. Detrás había un timón de espadilla, que permitía dirigir el aparato.

Como se ve era un trineo aparejado en balandro. Durante el invierno, en la llanura helada, cuando los trenes se ven detenidos por las nieves, estos vehículos hacen travesías muy rápidas de una a otra estación. Están, por lo demás, muy bien aparejados, quizá mejor que un balandro, que está expuesto a volcar, y con viento en popa corren por las praderas con rapidez igual, si no superior, a la de un expreso.

En pocos instantes se concluyó el trato entre míster Fogg y el patrón de aquella embarcación terrestre. El viento era bueno. Soplabá del oeste muy frescachón. La nieve estaba endurecida, y Mudge tenía grandes esperanzas de llegar en pocas horas a la estación de Omaha, donde los trenes son frecuentes y las vías numerosas en dirección a Chicago y Nueva York. No era difícil que pudiera ganarse el retraso. Por lo tanto, no debía vacilarse en intentar la aventura.

No queriendo míster Fogg exponer a mistress Auda a los tormentos de una travesía al aire libre y del frío, que la velocidad haría, sin duda alguna, más insoportable, le propuso quedarse con Picaporte en la estación de Kearney, desde donde el buen muchacho la conduciría hasta Europa por mejor camino y en mejores condiciones.

Mistress Auda se negó a separarse de míster Fogg, y Picaporte se alegró mucho de esta determinación. En efecto, por nada en el mundo hubiera querido separarse de su amo, puesto que Fix le acompañaba.

En cuanto a lo que entonces pensaba el inspector de policía, sería difícil decirlo. ¿Su convicción estaba quebrantada por el regreso de Phileas Fogg, o bien lo consideraba como un bribón de gran talento, por creer que después de cumplida la vuelta al mundo estaría absolutamente seguro en Inglaterra? Acaso la opinión de Fix con respecto a Phileas Fogg estaba modificada, pero no por eso se hallaba menos decidido a cumplir con su deber, y más impaciente que todos a ayudar con todas sus fuerzas el regreso a Inglaterra.

A las ocho, el trineo estaba preparado para la marcha. Los viajeros, casi puede decirse los pasajeros, tomaron asiento, muy envueltos en sus mantas de viaje. Las dos inmensas velas estaban izadas, y al impulso del viento el vehículo comenzó a correr sobre la endurecida nieve a razón de cuarenta millas por hora.

La distancia que separa el fuerte Kearney de Omaha en línea recta, a vuelo de abeja, como dicen los americanos, era de doscientas millas como máximo. Manteniéndose el viento, esta distancia podía recorrerse en cinco horas, y no ocurriendo ningún incidente, el trineo entraría en Omaha a la una de la tarde.

¡Qué travesía! Los viajeros, apiñados, no podían hablarse. El frío, acrecentado por la velocidad, les hubiera cortado a buen seguro la palabra.

El trineo corría tan ligeramente sobre la superficie de la llanura como un barco sobre las aguas, pero sin marejada. Cuando la brisa llegaba rasando la tierra, parecía que el trineo iba a ser levantado del suelo por sus velas, semejantes a alas de inmensa envergadura. Mudge se mantenía, por medio del timón, en la línea recta, y con un golpe de espadilla rectificaba los borneos que el aparejo tendía a dar. Todo el velamen daba presa al viento. El foque, desviado, no estaba cubierto por la cangreja. Se levantó una cofa y dando al viento un cuchillo se aumentó la fuerza de impulso de las demás velas. No podía calcularse la velocidad matemáticamente, pero era seguro que no bajaba de las cuarenta millas por hora.

—Si nada se rompe —dijo Mudge—, llegaremos.

Y Mudge tenía interés en llegar dentro del plazo convenido, porque míster Fogg, fiel a su sistema, lo había engolosinado con una crecida oferta.

La pradera por donde corría el trineo era tan llana, que parecía un inmenso estanque helado. El ferrocarril que cruzaba por aquella región subía del sudoeste al noroeste por Grand Island Columbus, ciudad importante de Nebraska, Schuyler, Fremont y luego Omaha. Seguía en todo su trayecto por la orilla derecha del Platte River. El trineo, atajando, recorría la cuerda del arco descrito por la vía férrea. Mudge no podía verse detenido por el Platte River en el recodo que forma antes de llegar a Fremont, porque sus aguas estaban heladas. El camino se hallaba, pues, totalmente desembarazado de

obstáculos, y a Phileas Fogg sólo podían preocuparle dos circunstancias: una avería en el aparato o un cambio de viento.

La brisa, sin embargo, no amainaba; por el contrario soplaba hasta el punto de poder tumbar el cabo, si bien le sostenían con firmeza los obenques de hierro. Esos alambres metálicos, semejantes a cuerdas de un instrumento, resonaban como si un arco hubiese provocado sus vibraciones. El trineo volaba acompañado de una armonía plañidera de muy particular intensidad.

–Esas cuerdas dan la quinta y la octava –dijo míster Fogg.

Fueron éstas las únicas palabras que pronunció durante la travesía. Mistress Auda, cuidadosamente envuelta en los abrigo y mantas de viaje, estaba preservada en lo posible del alcance del frío.

En cuanto a Picaporte, roja la cara como el disco solar cuando se pone entre brumas, aspiraba aquel aire penetrante, dando rienda a sus esperanzas, con el fondo de imperturbable confianza que le distinguía. En vez de llegar por la mañana a Nueva York se llegaría por la tarde, pero aún existían probabilidades de que esto ocurriese antes de salir el vapor de Liverpool.

Picaporte experimentó hasta deseos de dar un apretón de manos a su aliado Fix, pues no olvidaba que era el inspector mismo quien había proporcionado el trineo de velas, y por lo tanto, el único medio de llegar a Omaha a tiempo, pero obedeciendo a un indefinible presentimiento se mantuvo en su acostumbrada reserva.

En todo caso, había una cosa que Picaporte no olvidaría jamás, esto es, el sacrificio de míster Fogg para librarle de los sioux arriesgando su fortuna y su vida. No; ¡jamás lo olvidaría su criado!

Mientras cada uno de los viajeros se entregaba a reflexiones diversas, el trineo volaba sobre la inmensa alfombra de nieve, y si atravesaba algunos ríos afluentes o subafluentes del Little Blue River, no se percataba nadie de ello. Los campos y los cursos de agua se igualaban bajo una blancura uniforme. El llano estaba desierto por completo. Comprendido entre el Union Pacific Road y el ramal que ha de enlazar a Kearney con San José, formaba como una gran isla inhabitada. Ni una aldea, ni una estación, ni siquiera un fuerte. De cuando en cuando se veía pasar, cual relámpago, algún árbol raquíptico, cuyo blanco esqueleto se retorció bajo la brisa.

A veces se levantaban del suelo bandadas de aves silvestres. A veces también, algunos lobos, en troteles numerosos, flacos, hambrientos, y movidos por una necesidad feroz, luchaban en velocidad con el trineo. Entonces Picaporte, revólver en mano, estaba apercebido para hacer fuego sobre los más cercanos. Si algún incidente hubiese detenido entonces el trineo, los viajeros, atacados por las encarnizadas fieras, hubieran corrido los mas graves peligros; pero el trineo seguía firme, y cogiendo buena delantera, no tardó en quedarse atrás aquella aulladora manada.

A las doce, Mudge reconoció por algunos indicios, que estaba pasando el helado curso del Platte River. No dijo nada, pero estaba ya seguro de que veinte milla más allá se hallaba la estación de Omaha.

Y en efecto, no era la una de la tarde cuando abandonando la barra, el patrón recogía velas, mientras el trineo, arrastrado por su empuje, recorría aún media milla sin velamen; por último, se detuvo y Mudge, enseñando una aglomeración de tejados blancos dijo:

–Hemos llegado.

Ya se hallaban, pues, en aquella estación, donde numerosos trenes comunicaban sin descanso con la parte oriental de los Estados Unidos.

Picaporte y Fix saltaron a tierra y estiraron sus entumecidos miembros. Ayudaron a míster Fogg y a la joven a bajar del trineo. Phileas Fogg pagó generosamente a Mudge, a quien Picaporte estrechó la mano amistosamente, y todos corrieron en seguida a la estación de Omaha.

En esta importante ciudad de Nebraska es adonde va a parar el ferrocarril que, con el nombre de Chicago Rock Island, corre directamente al este, sirviendo cincuenta estaciones.

Estaba dispuesto a marchar un tren directo, de modo que Phileas Fogg y sus acompañantes sólo tuvieron tiempo de arrojar a un vagón. No habían visto nada en Omaha; pero Picaporte reconocía que no era cosa de sentir, puesto que no era ver ciudades lo que importaba.

Con extraordinaria rapidez, el tren pasó por el estado de Iowa, por Council Bluff, Moines, Iowa City. Durante la noche cruzaba el Mississippi en Davenport, y entraba por Rock Island en Illinois. Al

día siguiente, 10, a las cuatro de la tarde, llegaba a Chicago, renacida ya de sus ruinas, y más que nunca firmemente asentada a orillas del hermoso lago Michigan.

Chicago está a 900 millas de Nueva York, y allí no faltaban trenes, por lo cual míster Fogg pudo pasar inmediatamente de uno a otro. La elegante locomotora del Pittsburgh Fort Wayne Chicago Rail Road, partió a toda velocidad, como si hubiese comprendido que el honorable caballero inglés no tenía tiempo que perder. Atravesó como un relámpago los estados de Indiana, Ohio, Pennsylvania y New Jersey, pasando por ciudades de nombres históricos, algunas de las cuales tenían calles y tranvías, pero no edificios todavía. Por fin, apareció el Hudson, y el 11 de diciembre, a las once y cuarto de la noche el tren se detenía en la estación, a la margen derecha del río, ante el mismo muelle de los vapores de la Línea Cunard, llamada por otro nombre, British and North American Royal Mail Steam Packet Co.

El *China*, con destino a Liverpool, había zarpado cuarenta y cinco minutos antes.

Capítulo 32

Al zarpar, el *China* se llevó, al parecer, la última esperanza de Phileas Fogg.

En efecto, ninguno de los otros vapores que hacen el servicio directo entre América y Europa, ni los transatlánticos franceses, ni los buques de la White Star Line, ni los de la Compañía Imman, ni los de la Línea Hamburguesa, ni otros podían responder a los proyectos del caballero inglés.

El Péreire de la Compañía Transatlántica Francesa, cuyos admirables buques igualan en velocidad y sobrepujan en comodidades a los de las demás líneas sin excepción, no partía hasta tres días más tarde, el 14 de diciembre, y además no iba directamente a Liverpool o Londres, sino al Havre, y lo mismo sucedía con los de la Compañía Hamburguesa; así es que la travesía suplementaria del Havre a Southampton hubiera anulado los últimos esfuerzos de Phileas Fogg.

En cuanto a los vapores Imman, uno de los cuales, el City of Paris, se daba a la mar al día siguiente, no debía pensarse en ellos, porque estando dedicados al transporte de emigrantes, son de máquinas poco potentes, navegan lo mismo a vela que a vapor y su velocidad es mediana. Invertían en la travesía de Nueva York a Inglaterra más tiempo del que necesitaba míster Fogg para ganar su apuesta.

De todo esto se informó el gentleman consultando su Bradshaw, que le reseñaba, día por día, los movimientos de la navegación transoceánica.

Picaporte estaba anonadado. Después de haber perdido la salida por cuarenta y cinco minutos le abrumaba, porque tenía la culpa él; que en vez de ayudar a su amo no había cesado de crearle obstáculos por el camino. Y cuando repasaba en su mente todos los incidentes del viaje; cuando calculaba las sumas gastadas en pura pérdida y sólo en interés suyo; cuando pensaba que aquella

apuesta, con los gastos considerables de tan inútil viaje, arruinaba a míster Fogg, se llenaba a sí mismo de injurias.

Sin embargo, míster Fogg no le dirigió reconvención alguna, y al abandonar el muelle de los vapores transatlánticos, no dijo más que estas palabras:

–Mañana veremos lo que se hace. Acompañadme.

Míster Fogg, mistress Auda, Fix y Picaporte, atravesaron el Hudson en el ferry boat Jersey City y subieron a un coche, que los condujo a la fonda de San Nicolás, en Broadway. Alquilaron unos cuartos, y la noche transcurrió con profundo sueño para Phileas Fogg, pero muy larga para mistress Auda y sus compañeros, a quienes la agitación no permitió descansar.

La fecha del día siguiente era el 12 de diciembre. Desde el 12, a las siete de la mañana, hasta el 21, a las ocho y cuarenta y cinco minutos de la noche, quedaban nueve días, trece horas y cuarenta y cinco minutos. Si Phileas Fogg hubiera salido la víspera en el *China*, uno de los mejores andadores de la Línea Cunard, habría llegado a Liverpool, y luego a Londres en el tiempo estipulado.

Míster Fogg abandonó el hotel solo, después de haber recomendado a su criado que le esperase y de haber prevenido a mistress Auda que estuviese dispuesta.

Después se dirigió al Hudson, y entre los buques amarrados al muelle o anclados en el río, buscó detenidamente los que estaban listos para salir. Muchos tenían la señal de partida y se disponían a tomar la mar aprovechando la marea de la mañana, porque en ese inmenso y admirable puerto de Nueva York no hay día en que cien embarcaciones no salgan con rumbo a los distintos puntos del orbe, pero casi todos eran de vela y no convenían a Phileas Fogg.

Este caballero se estrellaba, al parecer, en su última tentativa, cuando vio a gran distancia, un buque mercante de hélice, de formas delgadas, cuya chimenea, dejando escapar grandes bocanadas de humo, indicaba que se preparaba para aparejar.

Phileas Fogg alquiló un bote, se embarcó, y a poco se encontraba en la escala del *Enriqueta*, vapor de hierro con los altos de madera.

El capitán del *Enriqueta* estaba a bordo. Phileas Fogg subió a cubierta y preguntó por él. El capitán se presentó enseguida.

Era hombre de unos cuarenta años, especie de lobo de mar, con trazas de regañón y poco sociable. Tenía ojos grandes, tez de cobre oxidado, pelo rojo, ancho de cuerpo y nada del aspecto de hombre de mundo.

–¿El capitán? –preguntó míster Fogg.

–Soy yo.

–Soy Phileas Fogg, de Londres

–Y yo, Andrés Speedy, de Cardiff.

–¿Va usted a zarpar?

–Dentro de una hora.

–¿Para dónde?

–Para Burdeos.

–¿Qué cargamento lleva?

–Piedras en la cala. No hay flete y me voy en lastre.

–¿Tienes pasajeros?

–No hay pasajeros. Nunca pasajeros. Es una mercancía voluminosa y razonadora.

–¿Tiene buena marcha su buque?

–Entre once y doce nudos. El *Enriqueta* es muy conocido.

–¿Quiere llevarme a Liverpool, a mí y a tres personas más?

–¡A Liverpool! ¿Y por qué no a China?

–Digo a Liverpool.

–No.

–¿No?

–No. Estoy en ruta hacia Burdeos, y voy a Burdeos.

–¿No importa a qué precio?

–No importa el precio.

El capitán había hablado en un tono que no admitía réplica.

–Pero los armadores del *Enriqueta*... –repuso Phileas Fogg.

–No hay más armadores que yo –contestó el capitán–. El buque es mío.

–Lo fleteo.

–No.

–Lo compro.

–No.

Phileas Fogg no pestañeó. Sin embargo, la situación era grave. No sucedía en Nueva York lo que en Hong-Kong, ni con el capitán

del Enriqueta lo que con el patrón de la Tankadera. Hasta entonces el dinero del obstinado caballero había vencido todos los obstáculos. En esta ocasión el dinero no daba resultado.

Era necesario, sin embargo, hallar el medio de atravesar el Atlántico en barco, o cruzarlo en globo, lo cual hubiera sido muy aventurado y nada realizable.

A pesar de todo, parece que a Phileas Fogg se le ocurrió una idea, puesto que dijo al capitán:

–Pues bien; ¿quiere usted llevarme a Burdeos?

–No, aun cuando me diera doscientos dólares.

–Le ofrezco dos mil.

–¿Por persona?

–Por persona.

–¿Y son ustedes cuatro?

–Cuatro.

El capitán Speedy comenzó a rascarse la frente como si hubiera querido arrancarse la epidermis. Ocho mil dólares que ganar sin modificar el viaje valían bien la pena de dejar a un lado sus antipatías hacia todo pasajero. Por otra parte, pasajeros a dos mil dólares no son ya pasajeros, sino mercancía preciosa.

–Parto a las nueve –dijo tan solo el capitán Speedy–; ¿y si usted y los suyos no están aquí?

–¡A las nueve estaremos a bordo! –respondió con no menos laconismo míster Fogg.

Eran las ocho y media. Desembarcar del Enriqueta, subir a un coche, dirigirse al hotel de San Nicolás, traer a Auda, Picaporte y al inseparable Fix a quien ofreció pasaje gratis, todo lo hizo el caballero inglés con la calma que no le abandonaba nunca.

En el momento en que el Enriqueta aparejaba, los cuatro personajes estaban a bordo.

Cuando Picaporte supo lo que costaría aquella última travesía, lanzó un prolongado ¡oh! de esos que recorren todas las notas de la escala cromática descendente.

En cuanto al inspector Fix, pensó que el Banco de Inglaterra no saldría indemnizado de aquel negocio. En efecto, al llegar, y admitiendo que míster Fogg no echase todavía algunos puñados de

billetes al mar, faltarían más de siete mil libras en el saco, donde según Fix estaba lo robado.

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
22-04-2019

Capítulo 33

Una hora después, el vapor *Enriqueta* trasponía el barco faro que marca la entrada del Hudson, doblaba la punta de Sandy Hook y salía al mar libre. Durante el día costó Long Island, pasó por delante de Fire Island y corrió rápidamente hacia el este.

Al día siguiente, 13 de diciembre, a mediodía, subió un hombre al puentecillo para tomar la altura. ¡Pudiera creerse que era el capitán Speedy! Nada de eso. Era Phileas Fogg.

En cuanto al capitán Speedy, estaba buenamente encerrado con llave en su cámara, y prorrumplía en alaridos que denotaban una cólera muy perdonable, llevada hasta el paroxismo.

Lo que había ocurrido era muy sencillo. Phileas Fogg quería ir a Liverpool y el capitán accedía a llevarle. Entonces había aceptado el pasaje para Burdeos, y a las treinta horas de estar a bordo, había maniobrado tan bien a golpes de a golpes de billetes de Banco, que la tripulación, marineros y fogoneros, tripulación algo pirata, que estaba bastante disgustada con el capitán, le pertenecía. Por eso Phileas Fogg mandaba en lugar del capitán Speedy, que estaba encerrado en su cámara, mientras el *Enriqueta* se dirigía a Liverpool. Y al ver maniobrar a Phileas Fogg, bien se descubría que había sido marino.

Ahora bien: más tarde se sabrá de qué modo había de terminarse la aventura. Entretanto, mistress Auda no dejaba de estar inquieta, y Fix quedó de pronto aturdido. En cuanto a Picaporte, aquello le pareció simplemente maravilloso.

Entre once y doce nudos, había dicho el capitán Speedy, y en efecto, el *Enriqueta* se mantenía en este promedio de velocidad.

Por consiguiente, no alterándose el mar, ni saltando el viento al este, ni sobreviniendo ninguna avería al buque, ni ningún accidente a la máquina, el *Enriqueta*, en los nueve días, contados desde el 12 de diciembre al 21, podía salvar las tres mil millas que separan Nueva York de Liverpool. Es verdad que una vez llegados allí, lo

ocurrido en el *Enriqueta*, combinado con el asunto del Banco, podía llevar al caballero un poco más lejos de lo que quisiera.

Durante los primeros días la navegación se hizo en excelentes condiciones. El mar no estaba muy duro, y el viento parecía fijado al nordeste, las velas fueron izadas y el *Enriqueta* marchaba como un verdadero transatlántico.

Picaporte estaba encantado. La última hazaña de su amo, cuyas consecuencias se negaba a entrever, le entusiasmaba. Nunca había la tripulación visto a un muchacho más alegre y más ágil. Hacía muchos obsequios a los marineros y los asombraba con sus juegos gimnásticos. Les prodigaba los mejores calificativos y las bebidas más fuertes. Para él, maniobraban como caballeros, y los fogoneros se conducían como héroes. Su buen humor, muy comunicativo, se impregnaba en todos. Había olvidado el pasado, los disgustos, los peligros, y no pensaba más que en el término del viaje, tan próximo ya, hirviendo de impaciencia, como si le hubieran caldeado las hornillas del *Enriqueta*. A veces también, el digno muchacho daba vueltas alrededor de Fix y le miraba con ojos que decían mucho; pero no le hablaba, pues no existía ya intimidad alguna entre los dos antiguos amigos.

Por otro lado, Fix, preciso es decirlo, no comprendía nada. La conquista del *Enriqueta*, la compra de su tripulación, aquel Fogg maniobrando como un marino consumado, todo ese conjunto de cosas, lo aturdía. ¡Ya no sabía qué pensar! Pero después de todo, un caballero que empezaba por robar cincuenta y cinco mil libras, bien podía acabar robando un buque. Y Fix concluyó por creer naturalmente que el *Enriqueta*, dirigido por Fogg, no iba a Liverpool, sino a algún punto del mundo donde el ladrón convertido en pirata se pondría tranquilamente en seguridad. Preciso es confesar que semejante hipótesis era muy posible, y por esa razón comenzaba el agente de policía a estar seriamente pesaroso de haberse metido en aquel negocio.

En cuanto al capitán Speedy, seguía bramando en su cámara; y Picaporte, encargado de proveer a su sustento, no lo hacía sin tomar las mayores precauciones. Respecto a míster Fogg, ni aun tenía trazas de recordar que hubiese un capitán a bordo.

El 13 doblaron la punta del banco de Terranova, paraje muy malo en invierno, sobre todo cuando las brumas son frecuentes y los chubascos temibles. Desde la víspera, el barómetro, que bajó bruscamente, daba indicios de un próximo cambio en la atmósfera. Durante la noche, la temperatura se modificó y el frío fue más intenso, y saltó al propio tiempo el viento al sudeste.

Era un contratiempo. Mister Fogg, para no apartarse de su rumbo, recogió velas y forzó vapor, pero, a pesar de todo, la marcha disminuyó a consecuencia de la marejada, que comunicaba al buque movimientos muy violentos de cabeceo en detrimento de la velocidad. La brisa se iba convirtiendo en huracán, y ya se preveía el caso de que el *Enriqueta* no pudiera aguantar. Ahora bien; si era necesario huir, no quedaba otro arbitrio que lo desconocido con toda su mala suerte.

El semblante de Picaporte se nubló al mismo tiempo que el cielo, y durante dos días el honrado muchacho sufrió mortales angustias; pero Phileas Fogg era audaz marino, y como sabía hacer frente al mar, no perdió rumbo, ni aun disminuyó la fuerza del vapor. El *Enriqueta*, cuando no podía elevarse sobre la ola, la atravesaba, y su puente quedaba barrido, pero el barco pasaba. Algunas veces, también la hélice salía fuera de las aguas, batiendo el aire con sus enloquecidas palas cuando alguna montaña de agua levantaba la popa, pero el buque avanzaba siempre.

El viento, sin embargo, no arreció todo lo que hubiera podido temerse. No fue uno de esos huracanes que pasan con velocidad de noventa millas por hora. No pasó de una fuerza regular; mas por desgracia sopló con obstinación por el sudeste, no permitiendo utilizar el velamen, y eso que, como vamos a verlo, hubiera sido muy conveniente acudir en ayuda del vapor.

El 16 de diciembre no había todavía retraso de cuidado, porque era el día septuagésimo quinto desde la salida de Londres. La mitad de la travesía estaba hecha ya y ya habían quedado atrás los peores parajes. En verano se hubiera podido responder del éxito, pero en invierno se estaba a merced de los temporales. Picaporte abrigaba alguna esperanza, y si el viento faltaba, al menos contaba con el vapor.

Precisamente aquel día el maquinista tuvo sobre cubierta una conversación algo viva con míster Fogg.

Sin saber por qué, y por presentimiento, Picaporte experimentó vaga inquietud. Hubiera dado una de sus orejas para oír con la otra lo que decían. Pudo al fin coger algunas palabras, y entre otras las siguientes, pronunciadas por su amo:

–¿Está seguro de lo que dice?

–Seguro, señor. No olvide que desde nuestra salida estamos caldeando con todas las hornillas encendidas, y si tenemos bastante carbón para ir a poco vapor de Nueva York a Burdeos, no lo hay para ir a todo vapor de Nueva York a Liverpool.

–Resolveré –respondió míster Fogg.

Picaporte había comprendido, y se apoderó de él una inquietud mortal.

Iba a faltar carbón.

–¡Ah! –decía–. Será hombre famoso mi amo si vence esta dificultad.

Y habiendo encontrado a Fix, no pudo menos de ponerle al corriente de la situación, pero el inspector le contestó con los dientes del todo apretados:

–¿Entonces cree usted que vamos a Liverpool?

–¡Caracoles!

–¡Imbécil! –respondió el agente, encogiéndose de hombros.

Picaporte estuvo a punto de contestar cual se merecía a tal calificativo, cuya verdadera significación no podía comprender; pero al considerar que Fix debía estar muy mohíno y humillado en su amor propio por haber seguido una pista equivocada alrededor del mundo, no hizo caso.

Y ahora, ¿qué partido iba a tomar Phileas Fogg? Era difícil imaginarlo. Parece, sin embargo, que el flemático caballero había adoptado una resolución, porque aquella misma tarde hizo venir al maquinista y le dijo:

–Activen los fuegos haciendo rumbo hasta agotar el combustible por completo.

Algunos momentos más tarde, la chimenea del Enriqueta vomitaba torrentes de humo.

Siguió, pues, el buque marchando a todo vapor; pero dos días más tarde, el 18, el maquinista dio parte, según había anunciado, de que aquel día faltaría el carbón.

–Que no amortigüen los fuegos –ordenó Fogg–. Al contrario. Cárguense las válvulas.

Aquel día, hacia las doce de la mañana, y después de haber tomado la altura y calculado la posición del buque, Phileas Fogg llamó a Picaporte y le dio orden de ir en busca del capitán Speedy. Era esto como mandarle soltar un tigre, y bajó por la escotilla diciendo:

–Indudablemente estará hidrófobo.

En efecto, algunos minutos más tarde llegaba a la toldilla una bomba cargada de gritos e imprecaciones. Esa bomba era el capitán Speedy, y se advertía bien que estaba a punto de estallar.

–¿Dónde estamos?

Tales fueron las primeras palabras que pronunció entre la sofocación de la cólera, y ciertamente que no lo habría contado, por poco propenso que hubiera sido a la apoplejía.

–¿Dónde estamos? –repitió con el rostro congestionado.

–A setecientas setenta millas de Liverpool –contestó míster Fogg, con imperturbable calma.

–¡Pirata! –exclamó Andrés Speedy.

–Le he hecho venir a usted para...

–¡Filibustero!

–Para rogarle que me venda su buque.

–¡No, por mil pares de demonios, no y no!

–¡Es que voy a tener que quemarlo!

–¡Quemar mi buque!

–Sí, porque estamos sin combustible.

–¡Quemar mi buque! ¡Un buque que vale cincuenta mil dólares!

–Aquí tiene sesenta mil –contestó Phileas Fogg, ofreciendo al capitán un paquete de billetes.

Esto hizo un efecto prodigioso sobre Andrés Speedy. No se puede ser americano sin que la vista de sesenta mil dólares cause alguna sensación. El capitán olvidó por un momento su cólera, su encierro, todas las quejas contra el pasajero. ¡Su buque tenía veinte años, y

aquel negocio podía hacerle de oro! La bomba ya no podía estallar, porque míster Fogg le había quitado la mecha.

–¿Y me quedará el casco de hierro? –preguntó el capitán con tono singularmente suavizado.

–El caso de hierro y la máquina. ¿Es cosa concluida?

–Concluida.

Y Andrés Speedy, tomando el paquete de billetes, los contó, haciéndoles desaparecer luego en el bolsillo.

Durante esta escena, Picaporte estaba pálido. En cuanto a Fix, por poco le da un ataque. ¡Cerca de veinte mil libras gastadas, y aún dejaba Fogg al vendedor el casco y la máquina, es decir, casi el valor total del buque! Verdad es que la suma robada al Banco ascendía a cincuenta y cinco mil libras.

Después de haberse metido el capitán el dinero en el bolsillo, le dijo míster Fogg:

–No se asombre de todo esto, porque debe saber que pierdo veinte mil libras si no estoy en Londres el 21 a las ocho y cuarenta y cinco minutos de la noche. No llegué a tiempo al vapor de Nueva York, y como se negaba usted a llevarme a Liverpool...

–Y bien hecho, por los cincuenta mil diablos del infierno –exclamó Andrés Speedy–, porque salgo ganando lo menos cuarenta mil dólares. –y luego añadió con más formalidad–: ¿Sabe usted una cosa, capitán ... ?

–Fogg.

–Capitán Fogg, y es que hay que mucho de americano en usted.

Y después de haber tributado a míster Fogg lo que para él era una lisonja, se marchaba, cuando Phileas Fogg le dijo:

–¿Ahora, este buque me pertenece?

–Indudablemente, desde la quilla a la punta de los palos; pero todo lo que es madera, se entiende.

–Bien, que se arranquen todos los aprestos interiores, y que se vayan echando a la hornilla.

Júzguese la mucha leña que debió gastarse para conservar el vapor con suficiente presión. Aquel día, la toldilla, la carroza, los camarotes, el entrepuente, todo fue a la hornilla.

Al día siguiente, 19, fueron quemados los palos, las piezas de respeto, las berlingas. La tripulación empleaba un celo increíble en

hacer leña. Picaporte, rajando, cortando y aserrando hacía el trabajo de diez hombres. Era un furor de demolición.

Al día siguiente, 20, los parapetos, los empavesados, la obra muerta, la mayor parte del puente fueron devorados. El Enriqueta sólo era ya un barco raso como un pontón.

Pero aquel día se divisó la costa irlandesa y el faro de Falsenet.

Sin embargo, a las diez de la noche, el buque no se encontraba aún más que enfrente de Queenstown. ¡Faltaban veinticuatro horas para el plazo, y era precisamente el tiempo que se necesitaba para llegar a Liverpool, aun marchando a todo vapor, el cual iba a faltar también!

–Señor –le dijo entonces el capitán Speedy, que había acabado por interesarse en sus proyectos–, lamento lo que le sucede. Todo conspira contra usted. Todavía no estamos más que a la altura de Queenstown.

–¡Ah! –dijo míster Fogg–. ¿Es Queenstown esa población que divisamos?

–Sí.

–¿Podemos entrar en el puerto?

–Antes de tres horas no. Sólo en pleamar.

–¡Aguardemos! –contestó tranquilamente Phileas Fogg, sin dejar de ver en su semblante que por una suprema inspiración iba a procurar vencer la última probabilidad contraria.

En efecto, Queenstown es un puerto de la costa irlandesa, en el cual los trasatlánticos de los Estados Unidos dejan al pasar la valija del correo. Las cartas se llevan a Dublín por un expreso siempre dispuesto, y de Dublín llegan a Liverpool por vapores de gran velocidad, adelantando doce horas a los rápidos buques de las compañías marítimas.

Phileas Fogg pretendía ganar también las doce horas que sacaba de ventaja al correo de América. En lugar de llegar al día siguiente por la tarde, con el Enriqueta a Liverpool, llegaría a mediodía, y le quedaría tiempo para estar en Londres a los ocho y cuarenta cinco minutos de la noche.

A la una de la mañana, el Enriqueta estaba con la pleamar en el puerto de Queenstown, y Phileas Fogg, después de haber recibido

un apretón de manos del capitán Speedy, le dejaba en el casco raso de su buque, que aún valía la mitad de lo recibido.

Los pasajeros desembarcaron al punto. Fix tuvo entonces intención decidida de prender a míster Fogg y, sin embargo, no lo hizo. ¿Por qué? ¿Existían algunas dudas en su ánimo? ¿Había reformado su opinión? ¿Reconocía al fin que se había engañado?

Sin embargo, Fix no abandonó a míster Fogg. Con él, con mistress Auda, con Picaporte, que no tenía tiempo de respirar, subió al tren de Queenstown a la una y media de la mañana, llegó a Dublín al amanecer, y se embarcó en uno de esos vapores fusiformes de acero, todo máquina, que desdeñándose de subir con las olas pasan invariablemente a través de ellas.

A las doce menos veinte, el 21 de diciembre, Phileas Fogg desembarcaba por fin en el muelle de Liverpool. Ya no estaba más que a seis horas de Londres.

Pero en aquel momento, Fix se acercó, le puso la mano en el hombro, y exhibiendo su mandamiento, le dijo:

–¿Es usted míster Fogg?

–Sí, señor.

–¡En nombre de la Reina, le arresto!

Capítulo 34

Phileas Fogg estaba preso. Lo habían encerrado en la Custom House, aduana de Liverpool, donde debía pasar la noche, aguardando su traslado a Londres.

En el momento del arresto, Picaporte quiso arrojarse sobre el inspector, pero fue detenido por unos agentes de policía. Mistress Auda, espantada por la brutalidad del suceso, no comprendió nada de lo que pasaba; pero Picaporte se lo explicó. Míster Fogg, el honorable y valeroso caballero, a quien debía la vida, estaba preso como ladrón. La joven protestó contra esa acusación, su corazón se indignó, las lágrimas corrieron por sus mejillas cuando vio que nada podía hacer ni intentar para librar a su salvador.

En cuanto a Fix, había detenido a Phileas Fogg porque su deber se lo mandaba. Si era o no culpable, la justicia lo decidiría.

Y entonces se le ocurrió a Picaporte una idea terrible: ¿la de que él tenía la culpa de toda aquella desgracia. ¿Por qué había ocultado a míster Fogg lo que sabía? Cuando Fix le reveló su condición de inspector de policía y la misión de que estaba encargado, ¿por qué no se lo avisó a su amo? Advertido éste, quizá hubiera dado a Fix pruebas de su inocencia demostrándole su error, y en todo caso no hubiera conducido a sus expensas y en su seguimiento a aquel malaventurado agente, cuyo primer cuidado había sido el de prenderle al poner pie en el suelo del Reino Unido. Al pensar en sus culpas e imprudencias, el pobre mozo sintió irremisibles remordimientos. Daba lástima verle llorar y querer hasta romperse la cabeza.

Mistress Auda y él se quedaron, a pesar del frío, bajo el peristilo de la Aduana. No querían, ni uno ni otro, abandonar aquel sitio sin ver de nuevo a míster Fogg.

En cuanto a éste, estaba bien y perfectamente arruinado, y esto en el momento en que iba a alcanzar su objetivo. Aquel arresto lo perdía sin remedio. Habiendo llegado a las doce menos veinte a

Liverpool, el 21 de diciembre, tenía de tiempo hasta las ocho y cuarenta y cinco minutos para presentarse en el Reform Club, o sea, nueve horas y quince minutos después, pues le bastaban seis para llegar a Londres.

Quien hubiera entonces penetrado en el calabozo de la Aduana, habría visto a míster Fogg, inmóvil y sentado en un banco de madera, imperturbable y sin cólera. No era fácil asegurar si estaba resignado; pero aquel último golpe no le había tampoco conmovido, al menos en apariencia. ¿Habríase formado en él una de esas iras secretas, terribles porque están contenidas, y que sólo estallan en el último momento con irresistible fuerza? No se sabe; pero Phileas Fogg estaba allí calmoso y esperando... ¿qué? ¿Tendría alguna esperanza? ¿Creería aún en el triunfo cuando la puerta del calabozo se cerró sobre él?

Como quiera que sea, míster Fogg colocó cuidadosamente su reloj sobre la mesa y miró cómo marchaban las agujas. Ni una palabra salía de sus labios, pero su mirada tenía una fijeza singular.

En todo caso, la situación era terrible, y para quien no podía leer en aquella conciencia, se resumía así:

En el caso de ser hombre de bien, Phileas Fogg estaba arruinado.

En el caso de ser ladrón, estaba cogido.

¿Tuvo acaso, la idea de escaparse? ¿Trató de averiguar si el calabozo tenía alguna salida practicable? ¿Pensaba en huir? Casi pudiera creerse esto último, porque en cierto momento se paseó alrededor del cuarto. Pero la puerta estaba sólidamente cerrada, y la ventana tenía una fuerte reja. Volvió a sentarse y sacó de la cartera el itinerario de viaje. En la línea que contenía estas palabras:

«21 de diciembre, sábado, en Liverpool», añadió:

«Día 80, a las once y cuarenta minutos de la mañana», y aguardó.

Dio la una en el reloj de la Custom House. Míster Fogg reconoció que su reloj adelantaba dos minutos.

¡Dieron las dos! Suponiendo que tomase entonces un expreso, aun podría llegar al Reform Club antes de las ocho y cuarenta y cinco minutos. Su frente se arrugó ligeramente.

A las dos y treinta y tres minutos se escuchó ruido afuera y un estrépito de puertas que se abrían. Se oía la voz de Picaporte y también la de Fix.

La mirada de Phileas Fogg brilló un instante.

La puerta se abrió y vio que mistress Auda, Picaporte y Fix corrían a su encuentro.

Fix estaba desalentado, con el pelo en desorden y sin poder hablar.

–¡Señor... –dijo tartamudeando–, señor... perdón... una semejanza deplorable... Ladrón cogido hace tres días... ¡Está usted libre!

¡Phileas Fogg estaba libre! Se fue hacia el detective, le miró fijamente, y ejecutando el único movimiento rápido que en toda su vida había hecho, echó sus brazos atrás, y luego, con la precisión de un autómatas, golpeó con ambos puños al desgraciado inspector.

–¡Bien aporreado! –exclamó Picaporte, quien permitiéndose un juego de palabras muy digno de un francés, añadió–: ¡Caracoles! ¡Bien puede llamarse eso una bella aplicación de puños de Inglaterra![1].

Fix, derribado en el suelo, no pronunció una sola palabra, pues no le habían dado más que su merecido; y entretanto, míster Fogg, mistress Auda y Picaporte salieron de la Aduana, se metieron en un coche y llegaron a la estación.

Phileas Fogg preguntó si había algún expreso dispuesto a salir para Londres...

Eran las dos y cuarenta minutos... El expreso había salido treinta y cinco minutos antes.

Phileas Fogg pidió entonces un tren especial.

Había en presión varias locomotoras de gran velocidad; pero considerando las exigencias del servicio, el tren especial no pudo salir antes de las tres.

Phileas Fogg, después de haber hablado al maquinista de una prima por ganar, corría en dirección a Londres en compañía de la joven y de su fiel servidor.

La distancia que hay entre Liverpool y Londres debía cubrirse en cinco horas y media, cosa muy fácil estando la vía libre; pero hubo retrasos forzosos, y cuando el gentleman llegó a la estación, todos los relojes de Londres señalaban las nueve menos diez.

¡Phileas Fogg, después de haber dado la vuelta al mundo, llegaba con un retraso de cinco minutos!...

Había perdido la apuesta.

[1] En francés la palabra poing significa puño, y la palabra point significa punto, y se pronuncian igual, y como la imitación de encaje en Inglaterra se denomina aplicación al punto inglés, he aquí el retruicano al título del capítulo.

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
22-04-2019

Capítulo 35

Al siguiente día, los habitantes de Saville-Row se hubieran sorprendido mucho si les hubiesen asegurado que míster Fogg había vuelto a su domicilio. Puertas y ventanas estaban cerradas, y ningún cambio se había notado en el exterior.

Efectivamente, poco después de haber salido de la estación, Phileas Fogg dio a Picaporte la orden de comprar algunas provisiones y había entrado en su casa.

El impasible caballero había recibido con su habitual indiferencia el golpe que le hería. ¡Arruinado! ¡Y por culpa de aquel torpe inspector de policía! ¡Después de haber seguido con pie certero todo el viaje; después de haber salvado mil obstáculos y arrostrado mil peligros; después de haber tenido hasta la ocasión de hacer algunos beneficios, fracasar en el puerto mismo ante un hecho brutal, era cosa terrible! De la considerable suma que se había llevado, no le quedaba más que una suma insignificante. Su fortuna estaba reducida a las veinte mil libras depositadas en casa de Baring y Hermanos, y las debía a sus colegas del Reform Club. Después de tanto gasto, aun en el caso de ganar la apuesta, no se hubiera enriquecido ni es probable que hubiese tratado de hacerlo, siendo hombre que apostaba por pundonor; pero perdiéndola se arruinaba completamente. Además, el gentleman había tomado ya su resolución y sabía lo que le quedaba por hacer.

Había sido dispuesto un cuarto para mistress Auda en la casa de Saville-Row. La joven estaba desesperada; y por ciertas palabras que míster Fogg había pronunciado, había comprendido que éste meditaba algún funesto propósito.

Sabido es, en efecto, a qué deplorable desesperación se entregan los ingleses monomaníacos cuando les domina una idea fija. Por eso Picaporte vigilaba a su amo con disimulo.

Pero antes que todo, el buen muchacho subió a su cuarto y apagó el gas que había estado ardiendo durante ochenta días. Había

encontrado en el buzón una cuenta de la Compañía del gas, y creyó que ya era tiempo de suprimir aquellos gastos de que era responsable.

Transcurrió la noche. Míster Fogg se había acostado, pero es dudoso que durmiera. En cuanto a mistress Auda, no pudo descansar ni un solo instante. Picaporte había velado fielmente a la puerta de la habitación de su amo.

Al día siguiente, míster Fogg lo llamó y le recomendó en breves palabras que se cuidase del almuerzo de Auda, pues él tendría bastante con una taza de té y una tostada, y que la joven le dispensara por no poderla acompañar tampoco a la comida, pues tenía que consagrar todo su tiempo a ordenar sus asuntos. Sólo por la noche tendría un rato de conversación con mistress Auda.

Enterado Picaporte del programa de aquel día, no tenía otra cosa que hacer sino conformarse. Contemplaba a su amo siempre impasible, y no podía decidirse a marcharse de allí. Su corazón estaba apesadumbrado, y su conciencia llena de remordimientos, porque se acusaba más que nunca de aquel irreparable desastre. Si hubiera avisado a míster Fogg, si le hubiera descubierto los proyectos del agente Fix, aquél no hubiera, quizá llevado a éste a Liverpool, y entonces...

Picaporte no pudo contenerse.

–¡Amo mío! ¡Míster Fogg! ¡Maldígame! Yo tengo la culpa de...

–A nadie culpo –contestó Phileas Fogg, con el tono más calmoso–. Déjeme solo.

Picaporte salió del cuarto y se reunió con Auda, a quien dio a conocer las instrucciones de su amo.

–¡Señora! –añadió– ¡Yo nada puedo! No tengo influencia alguna sobre mi amo. Usted quizá...

–¿Y qué influencia puedo yo tener? –contestó Auda–. ¡Míster Fogg no se somete a ninguna! ¿Ha comprendido siquiera que mi reconocimiento ha estado a punto de desbordarse? ¿Ha leído alguna vez en mi corazón? Amigo mío, es preciso no dejarle solo ni un momento. ¿Dice usted que ha manifestado intenciones de hablarme esta noche?

–Sí, señora. Se trata, sin duda, de regularizar la situación de usted en Inglaterra.

–Aguardemos –dijo la joven quedándose pensativa.

Así es que durante aquel día, que era domingo, la casa de Saville-Row parecía deshabitada, y por vez primera desde que vivía allí, Phileas Fogg no se fue al club cuando daban las once y media en la torre del Parlamento.

¿Y por qué se había de presentar en el Reform Club? Sus colegas no le esperaban, puesto que la víspera, sábado, fecha fatal del 21 de diciembre a las ocho y cuarenta y cinco minutos, Phileas Fogg no se había presentado en el salón del Reform Club, y tenía la apuesta perdida. Ni era siquiera necesario ir a casa de su banquero para entregarla, puesto que sus adversarios tenían un talón firmado por él, bastando un simple asiento en casa de Baring y Hermanos para transferir el crédito.

No tenía, pues, míster Fogg necesidad de salir, y no salió. Estuvo en su cuarto ordenando sus asuntos. Picaporte no cesó de subir y bajar la escalera de la casa de Saville-Row, yendo a escuchar, a la puerta de su amo, con lo cual no creía ser indiscreto. Miraba por el ojo de la cerradura, imaginándose que tenía este derecho, porque temía a cada momento una catástrofe. A veces se acordaba de Fix, pero sin encono, porque, al fin, equivocado el agente, como todo el mundo, respecto de Phileas Fogg, no había hecho otra cosa que cumplir con su deber siguiéndole hasta prenderle, mientras que él... Esta idea le abrumaba y se consideraba como el último de los miserables.

Cuando estas reflexiones le hacían insoportable la soledad, llamaba a la puerta del cuarto de Auda, entraba y se sentaba en un rincón sin pronunciar palabra, mirando a la joven, que seguía pensativa.

Serían las siete y media de la tarde cuando míster Fogg hizo preguntar a mistress Auda si le podía recibir, y algunos instantes después, la joven y él estaban solos en la habitación de ésta.

Phileas Fogg tomó una silla y se sentó junto a la chimenea, enfrente de Auda, sin descubrir por su semblante emoción alguna. El Fogg de regreso era exactamente igual al Fogg de partida. Igual calma e idéntica impasibilidad.

Estuvo sin hablar cinco minutos, y luego, elevando la vista hacia Auda, le dijo:

–Señora, ¿me perdonará usted el haberla traído a Inglaterra?

–¡Yo, míster Fogg! –respondió Auda, comprimiendo los latidos de su corazón.

–Permítame acabar. Cuando tuve la idea de llevarla lejos de aquella región tan peligrosa para usted, yo era rico, y esperaba poner una parte de mi fortuna a su disposición. Su existencia hubiera sido feliz y libre. Ahora estoy arruinado.

–Lo sé, míster Fogg, y a mi vez le pregunto si me perdona el haberle seguido a usted y, ¿quién sabe?, el haber contribuido, quizás, a su ruina, retrasando el viaje que usted hacía.

–Señora, usted no podía permanecer en la India, y su salvación no quedaba asegurada sino alejándose bastante para que aquellos fanáticos no pudiesen apresarla de nuevo.

–¿Así, pues, míster Fogg, no satisfecho de librarme de una muerte horrible, se creía usted obligado, además, a asegurarme una posición en el extranjero?

–Sí, señora; pero los sucesos me han sido contrarios. Sin embargo, le ruego que me permita disponer en su favor de lo poco que nos queda.

–¿Y qué va usted a hacer?

–Yo, señora, no necesito nada –dijo con frialdad el caballero.

–¿Pero de qué modo considera la suerte que le aguarda?

–Como conviene hacerlo.

–En todo caso, la miseria no puede cebarse en un hombre como usted. Sus amigos...

–No tengo amigos, señora.

–Sus parientes...

–No tengo parientes.

–Entonces, le compadezco, míster Fogg, porque el aislamiento es cosa bien triste. ¡Cómo! ¿No hay un solo corazón con quien desahogar sus pesadumbres? Sin embargo, se dice que la miseria entre dos es soportable.

–Así lo dicen, señora.

–Míster Fogg –dijo entonces Auda, levantándose y dando su mano al caballero–, ¿quiere usted tener a un tiempo pariente y amiga? ¿Me quiere como esposa?

Míster Fogg, al oír esto, se levantó. Había en sus ojos un reflejo insólito y una especie de temblor en los labios. Auda le miraba. La sinceridad, la rectitud, la firmeza y suavidad de la mirada de una noble mujer que se atreve a todo para salvar a quien se lo ha dado todo, le admiraron primero y le cautivaron después. Cerró un momento los ojos como queriendo evitar que aquella mirada no le penetrase todavía más, y cuando los abrió, dijo sencillamente:

–La amo; por todo lo más sagrado del mundo, la amo y soy todo suyo.

–¡Ah! –exclamó mistress Auda llevando la mano al corazón.

Llamaron a Picaporte, y cuando se presentó, míster Fogg tenía aún entre sus manos la de mistress Auda. Picaporte comprendió, y su ancho rostro se tornó radiante como el Sol en el cenit de las regiones tropicales.

Míster Fogg le preguntó si no sería tarde para avisar al reverendo Samuel Wilson de la parroquia de Marylebone.

Picaporte, con la mejor sonrisa del mundo, dijo:

–Nunca es tarde.

Eran las ocho y cinco minutos.

–¿Será para mañana lunes? –preguntó Picaporte.

–¿Para mañana, lunes? –dijo Fogg, mirando a la joven Auda.

–Para mañana lunes –contestó la joven.

Y Picaporte echó a correr.

Capítulo 36

Ya es tiempo de decir el cambio de opinión que se había verificado en el Reino Unido cuando se supo la prisión del verdadero ladrón del Banco, un tal James Strand, que había sido cogido el 17 de diciembre en Edimburgo.

Tres días antes, Phileas Fogg era un criminal que la policía perseguía sin descanso, y entonces era el caballero más honrado, que estaba cumpliendo matemáticamente su excéntrico viaje alrededor del mundo.

¡Qué efecto, qué ruido en los periódicos! Todos los que habían apostado en pro y en contra y tenían olvidado aquel asunto, resucitaron como por magia. Todas las transacciones volvieron a ser valederas. Todos los compromisos revivían y debemos añadir que las apuestas adquirieron nueva energía. El nombre de Phileas Fogg volvió a subir en el mercado.

Los cinco colegas de Phileas Fogg en el Reform Club pasaron aquellos tres días con cierta inquietud puesto que volvía a aparecer ese Phileas Fogg que ya estaba olvidado. ¿Dónde se hallaría entonces? El 17 de diciembre, día en que fue preso James Strand, hacía setenta y seis días que Phileas Fogg había partido, y no se tenían noticias suyas. ¿Habría perecido? ¿Habría, tal vez, renunciado a la lucha, o proseguiría su marcha según el itinerario convenido? ¿Y el sábado, 21 de diciembre, aparecería a las ocho y cuarenta y cinco minutos de la tarde, como el dios de la exactitud, en el umbral del Reform Club?

Debemos renunciar a pintar la ansiedad en que vivió durante tres días todo ese mundo de la sociedad inglesa. Se expidieron despachos a América, a Asia, para adquirir noticias de Phileas Fogg. Se envió a observar por mañana y tarde la casa de Saville-Row... Nada. La misma policía ignoraba lo que había sido del detective Fix, que se había, con tan mala fortuna, lanzado tras de equivocada pista, lo cual no impidió que las apuestas se empeñasen

de nuevo en gran escala. Phileas Fogg llegaba, cual un caballo de carrera, a la última vuelta. Ya no se cotizaba a uno por ciento, sino por veinte, por diez, por cinco, y el viejo paralítico lord Albemarle lo tomaba a la par.

Por eso el sábado por la noche había gran concurrencia en Pall Mall y calles inmediatas. Parecía un inmenso agrupamiento de corredores en servicio permanente en las cercanías del Reform Club. La circulación estaba interrumpida. Se discutía, se disputaba, se voceaba la cotización de Phileas Fogg como la de los fondos ingleses. Los agentes de circulación podían apenas contener al pueblo, y a medida que avanzaba la hora en que debía llegar Phileas Fogg, la emoción asumía proporciones inverosímiles.

Aquella noche, los cinco colegas del gentleman estaban reunidos desde hacía nueve horas en el gran salón del Reform Club. Los dos banqueros John Sullivan y Samuel Fallentin, el ingeniero Andrés Stuart, Gualterio Ralph, administrador del Banco de Inglaterra, el cervecero Tomás Flanagan, todos esperaban con ansiedad.

En el momento en que el reloj del gran salón señaló las ocho y veinticinco, Andrés Stuart, levantándose dijo:

–Señores, dentro de veinte minutos, el plazo convenido con míster Fogg habrá expirado.

–¿A qué hora llegó el último tren de Liverpool? –preguntó Tomás Flanagan.

–A las siete y veintitrés –contestó Gualterio Ralph–, y el tren siguiente no llega hasta las doce y diez.

–Pues bien, señores –repuso Andrés Stuart–, si Phileas Fogg hubiese llegado en el tren de las siete y veintitrés ya estaría aquí. Podemos, por consiguiente, dar por ganada la apuesta.

–Aguardemos y no decidamos –dijo Samuel Fallentin–. Ya saben ustedes que nuestro colega es un excéntrico de primer orden. Su exactitud en todo es bien conocida. Nunca llega tarde ni temprano, y no me sorprendería verle aparecer aquí en el último minuto.

–Pues yo –replicó Andrés Stuart tan nervioso como siempre–, lo vería y no lo creería.

–En efecto –repuso Tomás Flanagan–, el proyecto de Phileas Fogg era insensato. Cualquiera que fuese su exactitud, no podía

evitar retrasos inevitables, y una pérdida de dos o tres días bastaría para comprometer su viaje.

–Observarán ustedes, además –añadió John Sullivan– que no hemos recibido ninguna noticia de nuestro colega y, sin embargo, no faltan líneas telegráficas por su camino.

–¡Ha perdido, señores –exclamó Andrés Stuart–, ha perdido sin remedio! Ya saben que el *China*, único vapor de Nueva York que ha podido tomar para llegar a Liverpool a tiempo, ha llegado ayer. Ahora bien; aquí está la lista de los pasajeros, publicada por la *Shipping Gazette*, y no figura entre ellos Phileas Fogg. Admitiendo las probabilidades más favorables, nuestro colega está apenas en América. Calculo en veinte días, por lo menos, el retraso que traerá sobre el plazo convenido, y el viejo lord Albemarle perderá también sus cinco mil libras.

–Es evidente –respondió Gualterio Ralph–, mañana no tendremos más que presentar en casa de Baring y Hermanos el talón de míster Fogg.

En aquel momento, el reloj del salón señalaba las ocho y cuarenta.

–Aún faltan cinco minutos –dijo Andrés Stuart.

Los cinco colegas se miraban. Se podía creer que los latidos de sus corazones experimentaban cierta aceleración, porque al fin la partida era fuerte. Pero lo quisieron disimular, puesto que, a propuesta de Samuel Fallentin tomaron asiento en su acostumbrada mesa de juego.

–¡No daría mi parte de cuatro mil libras en la apuesta –dijo Andrés Stuart, sentándose–, aun cuando me ofrecieran tres mil novecientas noventa y nueve!

Las manecillas del reloj señalaban entonces las ocho y cuarenta y dos minutos.

Los jugadores habían tomado las cartas, pero a cada momento su mirada se fijaba en el reloj. ¡Se puede asegurar que cualquiera que fuese su seguridad, nunca les habían parecido tan largos los minutos!

–Las ocho y cuarenta y tres –dijo Tomás Flanagan, cortando la baraja que le presentaba Gualterio Ralph.

Hubo un momento de silencio. El vasto salón del club estaba tranquilo; pero afuera se oía la algazara de la muchedumbre, dominada algunas veces por agudos gritos. El péndulo batía los segundos con regularidad matemática. Cada jugador podía contar las divisiones sexagesimales que herían su oído.

–¡Las ocho y cuarenta y cuatro! –exclamó John Sullivan, con voz que descubría una inmensa emoción involuntaria.

Un minuto nada más, y la apuesta estaba ganada. Andrés Stuart y sus compañeros ya no jugaban. ¡Habían abandonado las cartas y contaban los segundos!

A los cuarenta segundos, nada. ¡A los cincuenta, nada tampoco!

A los cincuenta y cinco se oyó fuera un estrépito atronador, aplausos, vítores y hasta imprecaciones que se prolongaron en redoble continuo.

Los jugadores se levantaron.

A los cincuenta y siete segundos, la puerta del salón se abrió, y no había batido el péndulo los sesenta segundos cuando Phileas Fogg aparecía, seguido de una multitud delirante que había forzado la entrada del club, y con voz tranquila, dijo:

–Aquí estoy, señores.

Capítulo 37

¡Sí! Phileas Fogg en persona.

Recuérdese que a las ocho y cinco minutos de la tarde, unas veinticuatro horas después de la llegada de los viajeros a Londres, Picaporte fue encargado de prevenir al reverendo Samuel Wilson para cierto casamiento que debía celebrarse al día siguiente.

Picaporte partió muy alegre, yendo con paso rápido al domicilio del reverendo Samuel Wilson, que no había regresado aún a casa. Naturalmente, Picaporte tuvo que esperar unos veinte minutos.

En suma, eran las ocho y treinta y cinco cuando salió de casa del reverendo. ¡Pero en qué estado! El pelo desordenado, sin sombrero, corriendo como jamás ha corrido hombre alguno, derribando a los transeúntes y precipitándose como una tromba, por las aceras.

En tres minutos llegó a la casa de Saville-Row, y casi sin aliento entró en el cuarto de míster Fogg.

No podía hablar.

–Señor... –tartamudeó Picaporte–, casamiento... imposible.

–¿Imposible?

–Imposible... para mañana.

–¿Por qué?

–¡Porque mañana... es domingo!

–Lunes –respondió míster Fogg.

–No...; hoy... sábado.

–¿Sábado?... ¡Imposible!

–¡Sí, sí, sí –exclamó Picaporte–. ¡Se ha equivocado usted en un día! ¡Hemos llegado con veinticuatro horas de adelanto..., pero sólo le quedan diez minutos!...

Picaporte tenía cogido a su amo por el cuello y lo impelía con fuerza irresistible.

Phileas Fogg, así llevado sin tener tiempo de reflexionar, salió de su casa, saltó a un cab, prometió cien libras al cochero, y después

de haber aplastado dos perros y atropellado cinco coches, llegó al Reform Club.

El reloj marcaba las ocho y cuarenta y cinco minutos cuando apareció en el gran salón.

¡Phileas Fogg había dado la vuelta al mundo en ochenta días!

¡Phileas Fogg había ganado la apuesta de veinte mil libras!

¿Y cómo siendo tan exacto y minucioso, había podido equivocarse en un día? ¿Cómo se creía en sábado, 21 de diciembre, cuando había llegado a Londres en viernes, 20 de diciembre, setenta y nueve días después de su salida?

He aquí el motivo de este error. Es muy sencillo.

Phileas Fogg, sin sospecharlo, había ganado un día en su itinerario, porque había dado la vuelta al mundo yendo hacia Oriente; lo hubiera perdido yendo en sentido inverso, es decir, hacia Occidente.

En efecto, marchando hacia Oriente, Phileas Fogg iba al encuentro del Sol, y por lo tanto, los días disminuían para él tantas veces cuatro minutos como grados recorría. Hay 360 grados en la circunferencia, los cuales, multiplicados por cuatro minutos, dan precisamente veinticuatro horas, es decir, el día inconscientemente ganado. En otros términos: mientras Phileas Fogg, marchando hacia Oriente, vio el Sol pasar ochenta veces por el meridiano, sus colegas de Londres no lo habían visto más que setenta y nueve. Por eso aquel mismo día, que era sábado y no domingo, como lo creía míster Fogg, le esperaban los de la apuesta en el salón del Reform Club. Y esto es lo que el famoso reloj de Picaporte, que siempre había conservado la hora de Londres, hubiera acusado, si al mismo tiempo que las horas y los minutos hubiese marcado los días.

Phileas Fogg había ganado, pues, las veinte mil libras; pero, como había gastado en el camino unas diecinueve mil, el resultado pecuniario no era de importancia. Sin embargo, como se ha dicho, el excéntrico no había buscado en aquella apuesta más que la lucha y no la fortuna. Y distribuyó las mil libras que le sobraban entre Picaporte y el desgraciado Fix, contra quien era incapaz de conservar rencor. Sólo que para mera formalidad descontó a su criado el precio de las mil novecientas veinte horas de gas gastado por su culpa.

Aquella misma noche, míster Fogg, tan impasible y tan flemático como siempre, dijo a mistress Auda:

–¿Le conviene aún el casamiento?

–Míster Fogg –contestó mistress Auda–, a mí es a quien toca hacerle la pregunta. Estaba usted arruinado, y ahora es rico...

–Dispense, esa fortuna le pertenece. Sin la idea de ese matrimonio, mi criado no habría ido a casa del reverendo Samuel Wilson, no se hubiera descubierto el error, y...

–¡Mi querido Fogg!... –dijo la joven.

–¡Mi querida Auda!... –respondió Phileas Fogg.

Innecesario es decir que el casamiento se celebró cuarenta y ocho horas después; y Picaporte, engreído, resplandeciente, deslumbrador, figuró en él como testigo de la novia. ¿No la había él salvado y no le debía esa honra?

Al día siguiente, al amanecer, Picaporte llamó con estrépito a la puerta de su amo.

La puerta se abrió y apareció el impasible caballero.

–¿Qué hay, Picaporte?

–Lo que hay, señor, es que acabo de saber ahora mismo...

–¿Qué?

–Que podíamos haber dado la vuelta al mundo en setenta y nueve días tan sólo.

–Sin duda –contestó míster Fogg–, no atravesando el Indostán; pero entonces no hubiera salvado a mistress Auda, no sería mi mujer, y...

Y míster Fogg cerró la puerta tranquilamente.

Así, pues, la apuesta estaba ganada, haciendo Phileas Fogg su viaje alrededor del mundo en ochenta días. Había empleado para ello todos los medios de transporte, vapores, ferrocarriles, coches, yates, buques mercantes, trineos, elefantes. El excéntrico caballero había desplegado en ese negocio sus maravillosas cualidades de serenidad y exactitud. Pero, ¿qué había ganado con semejante excursión? ¿Qué había obtenido de su viaje?

Nada, se dirá. Nada, enhorabuena, a no ser su linda mujer, que por inverosímil que parezca, le hizo el más feliz de los mortales.

Y en verdad, ¿no se daría por menos esa vuelta al mundo?

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
22-04-2019